



Uwe Timm

ICARIA

Uwe Timm

ICARIA

Traducido del alemán por
Paula Aguiriano Aizpurua

AdN Alianza de Novelas

Índice

La partida

La misión

La casa del lago

El anciano

Día 1

Indagaciones

Día 2

La villa Kaulbach

Día 3

Molly

Día 4

PX

Día 5

El hombre del adorno de gamuza

Día 6

Linderhof

Día 7

Hamburgo, Eppendorfer Weg 97

Día 8

La lancha motora

Día 9

La Estrella de Bronce

Día 10

El piquituerto

Día 11

Traslado del archivo

Día 12

Observación del enemigo

Día 13

Going home

Día 14

La última visita

Cuervos

Apéndice 1

Apéndice 2

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

A Dagmar

Un científico no debería tener
deseos ni afectos;
solo un corazón de piedra.

CHARLES DARWIN

Es mortal sustituir al viejo Dios
por un mundo ilustre que experimenta
un constante y loable progreso.

GUSTAV LANDAUER

Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum.

Está vivo.
Soy testigo.
Ha sobrevivido.

Caminaba por la calle y reía y gritaba y bailaba, con un baile algo torpe, pero un baile al fin y al cabo, y aplaudía. Nadie lo había visto jamás. Como caído del cielo. Era rechoncho y tartamudeaba. Recorría la calle pasando por delante de los escombros del edificio de la esquina, de la fachada gris de la que colgaban sábanas blancas, de la lechería, de la zapatería, de la pescadería Grün; se cruzó con Adolf Andersen, que aquel día de primavera no llevaba el uniforme marrón ni las botas relucientes, sino que iba vestido de un verde discreto, verde, verde, verde, como en la canción infantil; tampoco levantaba el brazo, como aún hacía ayer, no gritaba «*heil*», no, se agarraba el sombrero, saludaba con una amabilidad exagerada a derecha e izquierda, se detuvo desconcertado cuando el chico torpe se le acercó de frente con una sonrisa y le tendió aquella mano de dedos cortos que Andersen estrechó sorprendido y abochornado; el joven siguió su camino profiriendo extraños ruidos guturales, sin dolor, sino más bien gozo, quizá ambos, gritos de gozo doloroso. De la boca, que parecía demasiado pequeña para esa lengua, le brotaban palabras: Las nubes solo pueden significar una cosa, el árbol es otro y gime. ¿O Himmler?

No, gime.

El joven volvió a aplaudir, efectivamente, bailaba, un baile desmañado, se lo veía seguir un ritmo lento con las manos, se acercó a un árbol, el único que seguía en pie, que había resistido a las bombas, los incendios y las sierras en invierno, un castaño de hojas como pequeñas zarpas. El chico se apretó contra el tronco, palpó la corteza y su boca emitió un sonido gutural. Corrió por la calle agitando los brazos como si quisiera volar, profiriendo gritos roncros y siguiendo a los cuervos mientras imitaba sus graznidos.

Tres o cuatro meses después, cuando ya se había habituado a lo que debía ser la normalidad, los niños comenzaron a molestarlo. No lo entendían. Él levantaba un puño amenazador. Pero incluso cuando lograba atrapar a uno de ellos, no le pegaba, sino que se limitaba a decir: «¡A dormir!». Y también: «¡Callandito!».

¿Por qué dormir?

El niño dice: Yo era el más joven y fui quien más tiempo estuvo de su parte. Era un misterio verlo intentar apartar las nubes con una escoba.

Cuando yo también comencé a burlarme de él, madre me preguntó: ¿Por qué lo haces?

Porque es raro.

No, no es raro, ni malo. Los niños pueden tener maldad. Él no. No hace daño a nadie. Siempre será un poco niño.

Así fue más o menos la conversación. Y transcurrió acompañada de un sentimiento de vergüenza por haber traicionado a alguien para caer en gracia a otros.

Sus padres lo habían escondido en el piso durante doce años.

Una casa de alquiler, ocho inquilinos, cuarta planta, un ático. Allí vivían dos adultos y un niño. El niño no salía de casa. Había que repartirse lo previsto para dos adultos en la cartilla de racionamiento: mantequilla, pan, queso, verdura y patatas. Si apenas era suficiente para dos, cómo iba a bastar para tres. Y el chico comía mucho, tenía hambre, hambre constante; igual que la madre, tanta como un buitres; igual que el padre, que de vez en cuando traía algo del trabajo, zanahorias, un poco de repollo, un pedazo de jabón y, muy rara vez, miel. Un compañero del padre en la oficina de aguas tenía dos colmenas en el jardín. Sabía lo del chico y su escondite. Los días de miel eran un festival.

¿Sabían algo los demás inquilinos? Quizá alguno que otro, puede que los que vivían debajo, porque aunque los de arriba anduvieran en calcetines, debían de oír que había más de dos personas allí. No los delataron. Él era un poco diferente. Lo habrían matado.

Guardaron silencio.

¿Habrían guardado silencio si se hubiera tratado de una familia judía?

El horror, lo innumerable.

Debe nombrarse.

Las ruinas. En verano los caminos atravesaban los montículos de escombros. Senderos trillados. Por allí rondaba el asesino de los escombros. Las cenizas, los restos de huesos lo cubrían todo. Polvo de ladrillo. Humus. Verde exuberante, lupinos y cardos, también tusilago. Nubecillas de mariposas blancas se elevaban de las hondonadas. Los mayores decían que nunca habían visto tantas mariposas como en el verano de 1945. Que eran parásitos. Se comían la col, que además escaseaba, con una voracidad insaciable. Los niños las perseguían, las golpeaban con finas varas de mimbre, caían al suelo con las alas hechas trizas.

Éramos los salvadores. Matábamos a los parásitos.

En sueños volaba. Era muy fácil. Con solo extender los brazos ya me elevaba por los aires. Debajo quedaban casas, calles, árboles, el profesor Blumenthal, al que le crecían pelos de las orejas y de los agujeros de la nariz, y más allá un ciclista que se tambaleaba, amenazaba con caerse y, finalmente, daba en el suelo. Volar era un placer. Esperaba ansioso la hora de acostarme. Esperaba ansioso el momento de quedarme dormido.

Mi recuerdo: Karlchen masticaba. Un movimiento constante, la mandíbula moliendo lentamente. Como si se masticara la lengua. La sonrisa le ensanchaba el rostro.

Mi recuerdo: el jeep, un coche tan sencillo y de funciones tan reconocibles, las ruedas desnudas, el volante, el cambio de marchas, la esfera metálica visible sobre el eje trasero, el neumático de recambio detrás, en el costado opuesto una pala, el parabrisas podía plegarse, no tenía puertas, los soldados se subían de un salto, cuando llovía se extendía una cubierta sobre dos arcos.

Los soldados de ocupación británicos también conducían jeeps, pero el que apareció en julio en el Eppendorfer Weg tenía una estrella en el capó, y delante se sentaba un oficial americano de uniforme caqui almidonado con una raya marcada en el pantalón, eso se me quedó grabado. Fumaba. El chófer, que no era negro pese a que más adelante se vería que muchos lo eran, repartía láminas de chicle. Un fin en sí mismo: solo sabor, un juego de

niños, y masticar, el movimiento de la cara, como de molienda, calmaba el cuerpo. El coche olía a goma, a gasolina, un olor que me acompaña desde entonces y representa el recuerdo lejano de lo distinto, de lo nuevo.

Lo sorprendente era que el hombre de uniforme nos entendía, hablaba alemán. Preguntó cómo nos llamábamos. Los niños dieron sus nombres, también su edad. Karlchen, que era mucho más atrevido o puede que simplemente más curioso, tocó el metal, los neumáticos, el espejo; sus dedos, algo torpes, acabaron alcanzando también con cautela el uniforme del oficial. Este le preguntó: ¿Cómo te llamas? Y Karlchen respondió: Karlchen. Tuvo que repetir su nombre, y también la pregunta: ¿El coche saltar?

El oficial se echó a reír. No.

El chófer le regaló a Karlchen una laminilla envuelta en papel de plata, y cuando el chico se la quiso llevar a la boca, el oficial se la quitó, desenvolvió el chicle y se lo dio. Karlchen comenzó a masticar y a aplaudir.

La partida

La espuma sobre las olas. En el barco hay un joven con un cometido. Se llama Michael Hansen, en honor al ángel que los alemanes consideran suyo. Fue su padre quien escogió el nombre. Hansen es un joven bastante normal, no llama la atención. Es alto y las mujeres dicen que es guapo. Su manera de caminar, erguido, revela que practica deporte, sus movimientos son tranquilos, enérgicos. Sabe escuchar, toda una virtud. También suele preguntar. Muchas características positivas pero nada que destaque.

El joven está junto a la barandilla con un compañero y observa el mar, este Atlántico cubierto que se funde con el cielo. Aguzan la mirada, al igual que el vigía en el puente. Buscan a los lobos grises. Un periscopio, un tubo de buceo, el rastro de burbujas de un torpedo. No hay lobos a la vista. Ya se les está dando caza con radares, aviones, cargas de profundidad. El barco, un transporte de tropas gris oscuro que antes había sido una nave de pasajeros de color blanco reluciente, es más rápido que cualquiera de esos lobos.

El joven es uno de los elegidos.

¿Por qué él?

Habla alemán y tiene permiso de conducir.

¿Y elegido por quién?

Por la División de Guerra Psicológica. PWD por sus siglas en inglés. Pero él todavía no lo sabe.

Se había alistado voluntariamente siete meses atrás y lo habían asignado a la compañía de transmisiones, que se distinguía por las dos banderas cruzadas en los botones del uniforme. Recibió una mochila A y una mochila B, que debían atarse con una correa y un mosquetón y llevarse al hombro. Completó la formación básica, aprendió a hacer la cama y con ello las triquiñuelas del orden: la manta debía estar tan tensa que si el instructor lanzaba una moneda de veinticinco céntimos, esta rebotara. Aprendió a avanzar cuerpo a tierra

sosteniendo la carabina en las manos, a mantener el equilibrio sobre vigas, a arrastrarse por debajo de alambre de espino, a escalar paredes de tablones, a mantener el equilibrio una vez más, a correr por el bosque. Seguía bien el ritmo, había jugado al baloncesto y al tenis en la Universidad de Washington. Aprendió a disparar con la carabina. Y con sus buenas evaluaciones lo destinaron a la formación de oficiales, donde aprendió táctica y a transmitir mensajes que debían ser rápidos, concisos y breves, decisivos en todas las batallas, como decía el coronel de la Escuela de Transmisiones. Incluso los soldados más valientes se movían a tientas si recibían órdenes a destiempo o imprecisas. El detalle de los botones provenía de un tiempo en que las órdenes se transmitían con banderines de una montaña a otra. Ahora había morse, teléfono, radio. También se codificaba. Y se descifraban los mensajes por radio del enemigo. Reconocimiento. Análisis de la fuerza, de los planes de ataque, de la moral entre las tropas enemigas.

Ustedes son el cerebro y los nervios de nuestro ejército, decía el coronel. Los demás, infantería, artillería, blindados, son los músculos, los tendones, los huesos.

O mejor aún, ustedes son los ángeles que transmiten todos los mensajes. Pero que también lo ven todo. Y lo oyen todo. Tienen al enemigo vigilado. No solo dónde se han situado qué tropas, sino también ¿qué piensan? ¿Qué quieren? ¿Cómo están de moral?

Hansen prestó el juramento de oficial medio año después y fue nombrado teniente segundo. Lo que se conocía como un *six month wonder*, «un milagro en seis meses». Podía ser movilizado a luchar contra los alemanes, los *kartoffel*, los nazis. Era estadounidense, aunque había nacido en Alemania, nadie le preguntó qué sentía al pensar en combatir allí, aparte del miedo a resultar herido o incluso a morir.

Había discutido con sus padres en su casa de Ringwood, cerca de Nueva York. ¿Por qué había tenido que alistarse justo después de acabar el máster? Lo habrían llamado a filas, pero habrían encontrado la manera de mantenerlo en la reserva. Sin embargo él lo había querido así. El miedo de la madre, que decía que la guerra era un disparate. Lo decía en alemán, y seguía: Te preocupas por tus hijos, los crías con todo el cuidado, todo el esfuerzo, y llegan los de arriba, los envían a la guerra y los matan a tiros. El padre

también estaba en contra, pero por un motivo distinto. Él, que hacía años que había adoptado la nacionalidad estadounidense y había renunciado a la alemana, decía que no se lucha contra tu país natal, contra parientes de sangre.

Hansen se había vestido en un almacén, se había puesto un uniforme que le quedaba justo, de corte y calidad distintos a lo que habría llevado como soldado raso; ahora vestía una chaqueta verde oscura con botones brillantes, pantalón rosado, camisa, corbatín, gorra con el águila dorada, una estrecha cinta de latón en la hombrera. Un uniforme ligero y práctico.

Conoció a Catherine tres meses antes de marcharse a Europa, cuando faltaba poco para Navidad, en el tren. Una ventisca había paralizado el tráfico en Nueva York.

Le habían concedido un fin de semana largo de vacaciones. Cuando el tren se puso en marcha, comenzaba a nevar, y cuando entraron en Grand Central Terminal, se había desatado una tormenta de nieve. Los autobuses, los taxis y los trenes de cercanías ya no circulaban. Él y la joven que se había sentado junto a él al otro lado del pasillo y con la que había charlado un poco se encontraban ahora bajo la cúpula del vestíbulo, ante aquel reloj establecido como punto de encuentro. Allí debía recogerla su amigo. Hansen le había dado un par de monedas para el teléfono y los padres de su amigo le habían dicho que sí había salido, pero que había llamado desde la carretera porque se había quedado atascado.

Hansen se había acercado con ella a un pequeño bar situado enfrente de la estación, donde aún quedaban dos sillas libres junto a una mesa coja de metal. Se apretaron entre los demás viajeros que se habían quedado tirados. El vaho de la ropa húmeda había empañado los cristales. De vez en cuando se veían pasar lentamente los faros de algún coche. Bebieron cerveza, ella insistió en compartir el último sándwich que quedaba, y tuvieron tiempo de contarse sus vidas. Entretanto ella había ido levantándose, le había pedido más monedas y había llamado por teléfono. Él la observaba hablar por el auricular junto a la barra, sacudir la cabeza, aquella tupida melena castaña oscura con reflejos rojizos. Pantalones grises de suave caída, un grueso jersey de ochos de color claro bajo el que se intuían sus pechos. Regresó, dijo que había dado el nombre del bar por si Horace volvía a llamar. El nombre,

Horace. ¿Su nombre? Catherine. Estaban allí sentados, en aquel bar atestado, más cerca el uno del otro de lo que habría sido habitual entre dos conocidos tan recientes. Cuando la joven se reía, él sentía el cuerpo femenino contra su brazo. Y se reía a menudo. La conversación pasó del inglés al alemán. Hansen le había preguntado a qué se dedicaba. Estudiaba antropología en Columbia, pero se ganaba la vida dando clases de idiomas, alemán, sobre todo a militares que se marchaban a Europa. ¿Su familia era alemana? No, era francesa, pero en casa hablaban alemán. Venía de Alsacia. Cuatro años atrás, poco después de que Francia se rindiera y los alemanes la ocuparan, su padre la había enviado a través de España a casa de un tío en Estados Unidos. Una medida de precaución ya que era imposible saber cuándo acabaría la guerra. De hecho, tras la capitulación, el Reich alemán se había anexionado Alsacia. Su familia había tenido que adoptar la nacionalidad alemana. Pero a ella la habían puesto a salvo. En el caso de su hermano no había sido posible, ya que había combatido en el ejército francés y tras la derrota había acabado en un campo de prisioneros de Prusia Oriental. Y más adelante, debido a su nueva nacionalidad, la Wehrmacht lo había llamado a filas.

Qué época esta. Menudo caos. Espero que siga vivo. Espero que sigan vivos. Llevaba tres meses sin noticias de sus padres.

Obedeciendo a un impulso, él le apoyó la mano en el brazo y dijo: Lo bueno de las malas noticias es que solemos recibirlas antes.

Ella lo miró. Y él añadió: Si lo sabré yo. Pertenezco al regimiento de Transmisiones. Le ofreció un cigarrillo a la joven, que insistió en que solo fumaba los días de fiesta. Y así permanecieron un rato sentados juntos, fumando, en un silencio cómplice.

Tras dos horas largas, la puerta del bar volvió a abrirse y entró un hombre joven vestido con una trenca marrón y cubierto de nieve. *Hello*, dijo, abrazó a Catherine, le tendió la mano a Hansen, la estrechó con fuerza y Hansen también apretó con firmeza; más tarde ese breve enfrentamiento le resultaría algo embarazoso. Se preguntó si el otro también lo habría sentido así. Este es Horace, dijo ella; él repitió: *Hello*, y después avisó de que no tenían tiempo, no podía sentarse, no había sitio, pero, sobre todo, tenía el coche mal aparcado, tenían que marcharse enseguida. Ella quiso pagar. Horace quiso pagar. Hansen se negó, el sándwich se podía repartir, el precio no, lo que en cierto modo era verdad, ya que era una cantidad impar. Sí tuvieron tiempo de intercambiar direcciones. Él apuntó la dirección del campamento y el número de teléfono de sus padres. Cuando ya se habían marchado, estudió la tarjeta

de visita. Impreso en letras metálicas, se leía: Catherine Weckmann. Olió la tarjeta, un perfume, un aroma lejano, y se la guardó al ver las miradas de los que lo rodeaban, que se dirigían hacia él y lo observaban con gesto interrogante. Quizá no había sido prudente hablar en alemán de un modo tan cercano, casi conspirativo. Podrían haberlos tomado por los espías alemanes sobre los que se advertía en carteles por Nueva York.

Durante los siguientes tres meses, Hansen y Catherine se escribieron cartas, en alemán para que sus compañeros del campamento de instrucción no pudieran leerlas, aunque no contenían nada íntimo, si acaso el deseo de volver a verse pronto. A él le gustaba el alemán de ella, trufado de expresiones arcaicas como «a más ver».

Dos días antes de embarcar en el transporte de tropas hacia Europa, Hansen se vio con ella por la noche en el Keen's Steakhouse. Hablaron, bebieron cócteles y pidieron comida. Ella quiso saber a qué se dedicaba su familia.

Él respondió que un mono los había traído a América.

Ella se echó a reír pensando que era un chiste.

Pero era cierto. Su padre, preparador de profesión, había disecado un gorila que se expondría en el Museo de Ciencias Naturales de Berlín. El director del Museo de Historia Natural de Nueva York, que viajaba por Europa, lo vio allí y quedó asombrado por su realismo. El padre recibió una oferta del museo y se marchó, y en 1932, es decir, dos años después, hizo venir a la familia: su madre, su hermana mayor y él. Más adelante su madre dio a luz a otro hijo, un chico tardío, un niño callado y soñador del que podría pensarse que lloraba el Viejo Mundo que ni siquiera había conocido.

Tuvo que confesar que, por lo visto, el gorila parecía tan real que los visitantes del museo, que entraban a la sala en penumbra sin saber lo que les esperaba, se llevaban un buen susto. Así de fiera y viva debía de resultar su mirada. Se alzaba imponente junto a una rama, como si quisiera subirse a ella. Cuando había visitas escolares de niñas, debían atarle un pequeño taparrabos sobre el sexo.

Rieron mucho. También sobre su instructor, sobre los cabos gritones, sobre sus compañeros, y Hansen, que más bien solía ser quien preguntaba, quien escuchaba, se convirtió en un narrador incontenible gracias a los cócteles, pero sobre todo gracias a la risa de ella, una carcajada luminosa que cesaba melódicamente. Oírla reír le inspiraba felicidad.

Cuando salieron de allí era demasiado tarde para coger un tren a Ringwood. Hansen habría tenido que buscarse un hotel o quedarse en la residencia de oficiales.

Catherine le ofreció pasar la noche en el piso que compartía con una amiga. Ella dormiría con su compañera.

En el apartamento los recibió una joven en pantalón y jersey. Se había levantado las gafas hacia el pelo.

Esta es Gillian, está preparando las oposiciones.

Los tres se sentaron a la mesa y hablaron un poco.

Si no te molesta la luz de la lámpara, puedes dormir en el sofá, le dijo Gillian a Catherine.

Esta preparó su cama, en la que se tumbaría él.

Estuvo a punto de decirle por impulso que no hacía falta. Habría estado encantado de dormir en sus sábanas usadas. Ella le trajo dos toallas. Después se la oyó trastear en el baño. Corría el agua. Volvió, asomó la cabeza por la puerta y dijo: *Your turn*. Hansen se duchó, se secó, olió los frasquitos hasta descubrir su aroma. Se tumbó en la cama y allí también percibió aquel olor. ¿Jazmín? Apagó la luz y oyó la conversación en voz baja de las dos mujeres en la habitación contigua. Después un silencio repentino. Pensó que se habrían acostado. Cuando ya estaba sumiéndose en el sueño, oyó que la puerta se abría con una claridad inesperada y se volvía a cerrar, que ella entraba descalza en el cuarto y se acercaba. Levantó la manta y se tumbó junto a él. Gillian tiene que trabajar, susurró, y yo no puedo dormir con luz. Respiraba como si hubiera subido las escaleras a toda prisa. Y un instante después, su voz: Pero no podemos hacer ruido.

Un rostro estrecho y proporcionado, pelo rubio, con la raya a la izquierda. Un joven de boca serena y ojos meditabundos. La apariencia también contribuyó al sorprendente giro de la velada que, si bien inesperado, parecía obedecer al deseo. Así como aquello que ninguno de los dos había mencionado, el inminente viaje a los campos de batalla europeos donde, al contrario que en el Pacífico, la guerra ya se acercaba a su fin.

El futuro no apareció en la conversación. La entrega sustituyó a las palabras.

A la mañana siguiente la compañera se marchó pronto. Catherine habló brevemente con ella, regresó. ¿Al final hicimos demasiado ruido? No, por Gillian no te preocupes, dijo ella. Se ha ido a la biblioteca. Ahora necesitamos calorías, necesitamos zumo de frutas, queso, tostadas, huevos y leche.

Bajó en el ascensor. Él se asomó a la ventana del noveno piso de la calle 76 Oeste y esperó verla salir. Fue en vano, seguramente había tomado la acera del edificio. Contempló las dos fotografías enmarcadas en plata que había en su escritorio. Una mostraba a una familia vestida con elegancia, el hombre de traje oscuro, la mujer con un vestido plisado blanco, seguramente sus padres; el chico, su hermano, de marinerito, y la niña, ella, también con vestido blanco.

En la otra foto había un joven sentado junto a la caña de un velero. Sonreía mostrando muchos dientes blancos, el color tostado de su piel destacaba sobre el blanco del polo que llevaba. Hansen tardó un instante en reconocer a Horace, que había entrado en el bar sin esa sonrisa reluciente, envuelto en ropa y empapado de nieve, para rescatarlos del caos invernal.

La ropa, el gran velero, todo apuntaba a una familia adinerada.

Catherine regresó a la habitación con una enorme bolsa de papel. Él la abrazó, traía consigo el olor del aire fresco, el sol, el pelo suelto, despeinado al viento. Se sentaron a la mesa y comieron tostadas, bebieron café, y cuando ella le tendió la mano por encima de la mesa, él estiró y la levantó de la silla; ella dejó descuidadamente la tostada mordisqueada en la mesa.

Catherine acompañó a Hansen al tren de Ringwood.

Finalmente él le preguntó por Horace.

¿Horace? Sí. Después de titubear, le contó que tenían planes de compromiso. Dentro de dos meses. Lo dijo algo apocada. Y después de más titubeos: ahora tendría que contarle a Horace lo que había sucedido. La palabra «arrepentimiento». No, no era lo que sentía, pero con solo pensar en Horace se ponía triste, y por supuesto que tenía miedo de la conversación que se avecinaba. Y no tenía ni idea de lo que sucedería. Cómo iba a saberlo.

Una conversación sobre separaciones, esa fue su despedida.

Un largo abrazo durante el cual él le pidió que no fuera al barco al día siguiente. Tendría que ocuparse de su madre y de sus hermanos, también de su padre, y además las despedidas en estaciones y muelles, que ya había

vivido de joven, eran complicadas, la espera, la demora, ese ratito antes de marcharse por fin siempre era una tortura. Ella no estaba de acuerdo, le parecía que uno se sentía a sí mismo y a los otros con más intensidad, percibía que algo se separaba de uno mismo.

Al final sí que fue. El transporte de tropas flotaba en el Hudson, pintado de gris con zigzags gris oscuro, pintura de camuflaje cubista. Los soldados se amontonaban en las cubiertas. Los distintos grados militares recorrían la pasarela con sus petates al hombro. En el muelle había amigos y familiares. Los de arriba gritaban a los de abajo. Un marinero cargó el baúl de oficial de Hansen. Su profesor le había regalado dos libros para el viaje: *Huellas*, de Ernst Bloch, y *Nocturnos. Con cuarenta y ocho ilustraciones de Alfred Kubin*, de E.T.A. Hoffmann.

Hansen estaba con sus padres, su hermana y su hermano pequeño. El padre le enumeró parientes que debía visitar cuando se produjera la capitulación de Alemania, de lo cual no había ninguna duda, y Michael Hansen se lo prometió. Y escribe en cuanto llegues, dijo la madre. Sí, prometido también. En ese instante la descubrió. Catherine estaba en el muelle con el vestido de flores. Se acercó a ella casi corriendo y le dijo: Qué bien que hayas venido; pero cuando quiso abrazarla, ella respondió con brusquedad: ¡No me toques! Solo quería decirte adiós. ¡Y no me escribas! Dio media vuelta y se marchó. Fue como si lo repeliera físicamente.

Se quedó perplejo, pensó si debía ir tras ella, preguntarle a qué se debía ese violento rechazo si al final había ido a despedirse. Pero ya había desaparecido entre todos los amigos, familiares. Su hermano pequeño se acercó y lo llevó de la mano donde sus padres y su hermana. Respondió confusamente a las preguntas y los consejos, hasta que el padre dijo: Ya tienes la cabeza en otra parte, deberías irte.

Al llegar a Amberes recibió la orden de presentarse ante el mando del 12º Cuerpo de Estados Unidos en Frankfurt. Desde Ámsterdam lo llevaron en avión hasta una base aérea de combate junto a la ciudad tomada solo seis días antes. En la pista auxiliar había un par de cazas acribillados.

- 2 de abril de 1945 -

Viaje a Frankfurt. Los alrededores se han librado de los combates. Se transporta abono o heno, carros tirados por caballos, se afilan guadañas,

mujeres que arrancan malas hierbas, niños al borde de la carretera. Casas de paredes entramadas con sus vigas horizontales y transversales. Me recuerdan al *Hansel y Gretel* que me leía madre. No hay tractores. Parece increíble que este país haya construido cohetes y reactores.

- 3 de abril de 1945 -

Un escenario distinto en Frankfurt. Fábricas destruidas en las que quedan enormes y misteriosas piezas de metal, tuberías reventadas, enclavamientos, vagones de tren calcinados, un puente explotado, el tambaleo sobre el *pontoon bridge*, el puente flotante, casas en ruinas, las fachadas siguen en pie, tras ellas los escombros de ladrillos y piedra, la fachada de un edificio de cuatro pisos arrancada; se veían los cuartos como en una casa de muñecas, había un piano, una mesa y un sillón. Especialmente extraña la escoba apoyada en la mesa. Enfrente una mujer colgaba la colada, el sol llegaba a todos los rincones de la habitación e iluminaba armario, sillas y mesa. Una cocina, pucheros al fuego. Al borde de la calle vigas carbonizadas, hierros torcidos, restos de paredes, olía a mortero húmedo, y las malas hierbas crecían en las montañas de escombros de aquellos edificios destruidos ya en el segundo año de guerra. Seguramente se deba a esta primavera soleada, la miseria no resulta triste sino luminosa. Sin embargo el olor es bestial. Una mezcla de moho, cal y putrefacción. Aún debe de haber cadáveres en los sótanos y bajo los escombros.

Hay poca gente en la calle, la mayoría mujeres, dos o tres hombres; uno de ellos tira de un carro cargado de madera.

En el cuartel del 12º Cuerpo, un oficial del CIC le asignó a Hansen un *jeep* y un chófer con la orden de unirse a la 42ª División de Infantería, que avanzaba en dirección a Wurzburg. Su misión: interrogatorio y reconocimiento del enemigo.

La ciudad era humo.

Los edificios, románicos, barrocos, rococós, clásicos, muchas iglesias, iglesias famosas, la catedral, la tumba de Walther von der Vogelweide, el palacio episcopal con su célebre fresco de Tiepolo en el techo que muestra los cuatro continentes, una obra maestra.

El 16 de marzo a las 21:25 horas, 220 bombarderos Lancaster del Grupo nº 5 de la RAF, el mismo grupo que ya había bombardeado Dresde, llevaron a cabo un ataque sobre la ciudad y comenzaron con bombas explosivas. Destruyeron tejados, puertas y ventanas y crearon una fuerte corriente de aire. Después se lanzaron 315.000 bombas incendiarias. Los cálculos para que el fuego se extendiera a una velocidad óptima habían sido realizados por científicos.

Y el humo salió de la ciudad y cubrió el campo, los valles, las colinas, los ríos. Después la ciudad ya no era ciudad. Era una enorme carbonera. Temperaturas por encima de los mil grados. Lo que la decadencia tarda décadas, siglos en lograr, no duró ni veinte minutos. La gente ardió en los sótanos. Yo lo vi, dice el ángel de la Historia, personas reventando como salchichas asadas a demasiada temperatura. Les colgaban las tripas. Los cadáveres los sacaban alemanes, la mayoría hombres de edad avanzada. La carne carbonizada se cubría con cal en una fosa común. El sol oscurecido, la luna desangrada, los gritos de la gente.

El 3 de abril, zapadores de la 42ª División de Infantería cruzaron el Meno. Se luchó tres días entre las ruinas de Wurzburg. Desde el Rin no se había visto una resistencia tan dura de las tropas alemanas. La ciudad se tomó el 6 de abril.

Un mando de la división dijo que los *kartoffel* habían sido un auténtico desastre, utilizó la expresión «*higgledy-piggledy*». Un caos de soldados, Juventudes Hitlerianas, hombres mayores que sin embargo habían luchado encarnizadamente. El hijo del líder regional había caído, y el *gauleiter* había huido.

Hansen tenía que haberlo interrogado.

- 8 de abril -

Wurzburg. Las iglesias y torres destruidas, destruidos también los edificios, las calles y los callejones sepultados.

Atravesamos un *pontoon bridge*, muy estrecho, tendido sobre el Meno por los zapadores. Huele a incendio. El olor a cadáver es asqueroso, penetrante. En la cuneta un muerto cubierto con una lona, las botas claveteadas apuntan a

un soldado alemán, está ahí como tirado, entre trozos de piedra y chatarra de armas. Un poco más allá hay un tanque alemán acribillado.

Nos hemos instalado en una villa cuyo dueño ha huido con toda la familia. Solo han dejado aquí a la criada, una trabajadora forzosa polaca que nos condujo a la bodega del sótano. Por la radio, música de baile de Beromünster. Foxtrot suizo y un poco de —en fin— *swing* alpino. La muchacha bailaba con osadía, se había quitado los toscos zuecos de madera; osada porque sus pies recibían pisotones constantes. Una de las veces saltó a la pata coja y se agarró el pie desnudo, pero se rio.

En una pausa se oyó artillería a lo lejos.

Conversación sobre la destrucción de la ciudad. Uno opinó que era lo que se merecían los *kartoffel*. ¿Todos? ¿De verdad? ¡Todos! Yo dije, sí, bueno, pero luego protesté, porque ese «todos» me resultaba demasiado simple. ¿También vale para los niños, para los que se enfrentaron a los nazis?

Un coronel dijo que el bombardeo había sido completamente inútil desde un punto de vista militar. Una idiotez. En cambio un comandante lo consideraba un justo castigo.

La gente vaga por las calles. Buscan familiares y amigos. Recibí la orden de interrogar a un cura que sobrevivió al incendio en el sótano de un monasterio. El pelo y las cejas quemados, ampollas en las manos y en la cara. Yo preguntaba, él negaba con la cabeza. Un cabeceo mecánico. Ni una palabra.

El maestro tiene razón, escribir lo facilita todo un poco, lo desplaza a la distancia de lo soportable.

Al despedirse, el profesor Kuppitsch le había regalado a Hansen dos cuadernos con costura de hilo para plasmar su testimonio: los ángeles llevan un libro en el que se consignan todas las infamias, pero también los actos justos. Burocracia celestial. Apunte lo que vea. Escriba en alemán, así se acercará más a sí mismo y al país, pero manteniendo las distancias.

Por la mañana llegó la orden de presentarse ante el mando de la 11ª División Acorazada, que avanzaba hacia el noreste. El jeep lo conducía Joe, un negro. De tanto en tanto se oían disparos de artillería a lo lejos. No sonaba peligroso en absoluto, más bien placentero. Pum. Hansen debía dirigirse al frente, al puesto de mando del coronel. Los soldados alemanes habían cavado

trincheras al borde de la carretera y, a juzgar por las máscaras antigás y los lanzagranadas desperdigados por el suelo, las habían abandonado sin resistencia.

Se adentraron en un paisaje ondulado, había estallado el blanco de las flores de los cerezos, el amarillo brillante de las forsitias. *Un paisaje increíble*¹, le dijo Hansen a su chófer, y este respondió con sequedad, *Ya, sin kartoffel*. No se veía a nadie en los campos. Atravesaron un pequeño bosque frondoso. Enfrente una colina, sobre ella un edificio bajo y alargado, una granja de buen tamaño. De pronto, desde delante, disparos. Una ametralladora. Habían llegado a la vanguardia del ataque.

Los disparos provenían de una granja y de una trinchera que se extendía hacia la derecha.

El chófer y Hansen saltaron del jeep, uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, y se lanzaron a la cuneta como habían practicado durante la instrucción. La ametralladora alemana golpeaba con fuerza pero a demasiada altura, los disparos llovían contra las ramas por encima de Hansen, que se había tumbado en el barro. El casco le había volado de la cabeza. Había sacado la pistola y disparaba en dirección a la granja a sabiendas de que desde tan lejos no daría a nadie. Al menos hacía algo. Desde delante le llegaban órdenes en alemán y desde atrás, en inglés. Allí estaban los suyos, que devolvían los disparos. Un capitán rugía órdenes por radio. Poco después se oyeron los tiros de la artillería, situada más atrás. Hansen vio que la granja comenzaba a arder, al principio solo asomaban algunas llamas vacilantes por las ventanas, pero después prendió el tejado. Dos tanquetas del 761º Batallón avanzaron, y a cubierto tras ellas, la infantería y con ella Hansen, que había vuelto a encajarse el casco.

Poco después los alemanes levantaron una bandera blanca.

Bandera suena muy heroico, diría Hansen más tarde; era la camiseta interior que se había quitado uno de ellos. Junto a la granja en llamas había dos cadáveres, un hombre mayor con el brazalete del Volkssturm y un muchacho de unos dieciséis años con uniforme de las Juventudes Hitlerianas. El chico estaba tumbado boca abajo, el hombre encogido de costado, como si le doliera la tripa. Lo que sorprendió a Hansen fue la cantidad de sangre que había perdido el miembro del Volkssturm. Uno piensa en las cosas más extrañas, diría más tarde, por ejemplo que un hombre tan mayor aún conserva tanta sangre. Todavía no se había secado, pero el rojo ya había adquirido un tono marrónáceo.

Los alemanes estaban apartados con los brazos en alto, un grupo abigarrado, algunos de uniforme, otros de civil. Niños de las Juventudes, un par de ellos con pantalón corto. Al lado había heridos tumbados y sentados, se quejaban, también se oía un lloriqueo infantil.

Más tarde le sorprendería que, de pura agitación y curiosidad, en ningún momento había sentido miedo. Ni se le había ocurrido que también podrían haberle dado a él. Todo había sido demasiado rápido, acompañado de una autoobservación deliberadamente distanciada para poner en práctica de forma correcta lo aprendido en la instrucción. Y le dio rabia haber perdido el casco al saltar del vehículo. En un primer momento pensó que se lo habían arrancado de un disparo. Pero después cayó en la cuenta de que no llevaba la correa ceñida. Ridículo.

Alguien gritó. Llamaron a los camilleros. Un cabo había recibido un tiro en la pierna. Un balazo le había rozado la cabeza a un joven texano. A él sí que le habían atravesado el casco. Eso también lo sabía Hansen, que los cascos no resistían un impacto directo.

El 11 de abril Hansen entró en Coburgo con la división. Una ciudad pequeña equipada para defenderse: se habían levantado barricadas de adoquines en los accesos, trincheras cavadas a orillas de un río, el Itz, que habría sido fácilmente vadeable. La ciudad había sido acibillada por la artillería y los tanques. Arriba, en la ciudadela —qué palabra tan antigua, pensó Hansen—, se izó la bandera blanca. Las SS la arriaron a balazos. Sin embargo poco después apareció de nuevo. Se decía que la había izado la exduquesa en persona, en realidad había sido una audaz refugiada de Silesia. Un tanque apartó los camiones cargados con adoquines que bloqueaban el puente. En su camino hacia el ayuntamiento, los carros de combate avanzaron por la calle de las SA, que antes era la Mohrenstraße, y que ahora estaba empavesada con sábanas y colchas blancas. Allí se detuvieron las tanquetas del batallón, las dotaciones salieron por las escotillas y los ciudadanos de Coburgo observaron pasmados a los soldados negros.

El alcalde Greim, que había lanzado la consigna de defender la ciudad hasta el último cartucho y hasta el último hombre, había huido el día anterior con su mujer, sus hijos y su criada. El delegado Sauerteig entregó la ciudad a los americanos. El coronel estadounidense hizo caso omiso de la mano que le

tendía y ordenó lo siguiente: el suministro de agua, las centrales eléctricas y los hospitales seguirán en funcionamiento. Se entregarán las armas. *Werewolves will be shot. Anyone resisting will be shot.* Hansen tradujo: Se abatirá a los «*werwolfs*», como se conocía a los guerrilleros defensivos. Se abatirá a todo aquel que se resista.

En la ciudad aún no había carteles con las ordenanzas del ejército estadounidense, que decretaban un toque de queda. Seguía en vigor la prohibición de la autoridad anterior: se abatirá a los saqueadores y desertores. En esos momentos un orden daba paso a otro que aún no estaba afianzado, un periodo de anarquía.

Un gran almacén de víveres de la Wehrmacht ardía en las afueras de la ciudad. Las llamas asomaban por las ventanas del ala derecha del edificio. Era evidente que los soldados alemanes en retirada no habían pegado fuego al depósito de forma sistemática, ya fuera intencionadamente o por el ajetreo del miedo. Mujeres, muchas mujeres —no se veía ningún hombre— se llevaban latas de conserva del almacén, algunas habían cargado cochecitos de bebé con sacos de azúcar y harina. Saqueaban el edificio impasibles, tampoco se inmutaron cuando los primeros soldados americanos pasaron en sus vehículos de combate. Estamos haciendo la compra, le dijo una mujer a Hansen, y cuando este quiso ver qué llevaba, ella abrió la mochila. Dentro había latas hinchadas por el calor pero todavía cerradas: hígado y foie gras francés. Sin duda eran reservas de los oficiales. La mujer miró a Hansen temerosa. ¿La arrestaría?

Él le hizo señas con la mano, circule.

Al día siguiente los carteles impresos en Estados Unidos ya se habían pegado por toda la ciudad. Prohibido hacer fotografías bajo pena de muerte. Toque de queda desde las seis de la tarde hasta las siete de la mañana.

No fraternisation. Prohibido confraternizar.

Alemania parece derrotada. Ves ruinas, ves flores, ves paisajes hermosos. No te dejes engañar, estás en territorio hostil. Mantente alerta, sé desconfiado: cualquier alemán podría ser peligroso. No está permitido confraternizar. Confraternizar significa hacerse amigos. Pero los alemanes no son amigos nuestros. No pueden llegar, tendernos la mano y decir: Lo sentimos mucho. No sienten haber provocado la guerra, sino haberla perdido.»

- Coburgo, 14 de abril de 1945 -

Se me exige que no mire con amabilidad a los alemanes con los que me cruzo, sino que los ignore. Que no les devuelva el saludo. Pero ¿qué significa «los alemanes»? Sin duda la actitud servil de algunos resulta repugnante. Otros muestran un distanciamiento inequívoco, no se inmutan, seguramente quieren transmitir el orgullo del vencido. Pero ¿qué pasa con el chico que creyó que se me había caído la colilla y me la trajo?

Lo cierto es que simplemente la había dejado caer. ¿No puedo sonreír? ¿Dar las gracias? Si no es en el idioma del enemigo, al menos: *Thanks*.

Posdata: los dos tanques que nos salvaron la vida en Dietersdorf pertenecían al 761º Batallón. La única unidad de combate negra del ejército estadounidense. *The Black Panthers*. Condecorada y con un espíritu combativo excepcional. Damos fe de ello.

Después de aquello, Hansen se había encargado de que se repartieran las octavillas que repetían lo mismo en alemán: la hora del toque de queda, la entrega inmediata de todas las armas, blancas y de fuego. Cuando se presentó ante el mando, un comandante de la división le ordenó elaborar un informe detallado sobre el combate en el que se había visto envuelto por casualidad, no podía decirse de otro modo.

¿«*Werwolfs*»? Si es así, *disparadles*.

La mayoría llevaban uniforme, entre ellos dos hombres con traje de ferroviario. Estos y los seis civiles llevaban brazaletes del Volkssturm Deutsche Wehrmacht conforme al reglamento. Es probable que el capitán que había informado de la escaramuza no hubiera visto los brazaletes, o quizá no había podido leerlos. La letra era pequeña. En cualquier caso, no tomó por soldados a aquellos hombres vestidos de civil con chaquetas y abrigos y bombachos. Tampoco a los chicos, la última leva, muchachos de quince o dieciséis años con el uniforme pardo de las Juventudes Hitlerianas, algunos todavía en pantalón corto, uno en *lederhosen*.

Con todo, Hansen debía interrogarlos. Querían saber por qué esos chicos, en lugar de perseguir a las niñas, se dedicaban a disparar con una carabina checa y a dejarse disparar. Se merecían unos buenos azotes.

Hansen tomó declaración al sargento que había liderado la unidad neutralizada. Veinte años. La mano izquierda vendada. El blanco empapado de rojo sangre. El uniforme también tenía manchas de sangre seca. Al

percibir la mirada de Hansen, dijo que no era más que un rasguño. Nada importante. Explicó que no sabía inglés, seguramente a los plutócratas a los que se enfrentaba les parecía que hablaba con desdén, pero en el colegio solo había aprendido griego, latín y francés. Ya había rechazado el cigarrillo que le había ofrecido Hansen, tampoco quiso sentarse. Apeló al derecho de guerra internacional, indicó rango y unidad, una compañía de cabos mayores a los que habían arrojado al frente en plena instrucción. Voluntarios, dijo que todos se habían presentado voluntarios. Se volvió más comunicativo cuando se le preguntó por qué había librado aquel combate inútil que había costado la vida de dos de sus hombres. Órdenes, respondió, deber, eso debía entenderlo como oficial que era él también.

La guerra está perdida. La batalla es inútil. Inútiles los muertos, inútil seguir destruyendo puentes y edificios.

Todavía no hay nada perdido, dijo el joven con la cabeza bien alta. Tenéis los recursos, las armas, la munición, los aviones, pero nosotros tenemos algo más poderoso: ideales, valentía, lealtad. Y entonces le preguntó a Hansen cuándo había emigrado. ¿Después del treinta y tres?

Las preguntas las hago yo, dijo Hansen, y llamó a los guardias. Se arrepintió de haberle ofrecido un cigarrillo.

¡Fuera!

El sargento se cuadró, se dio media vuelta con brusquedad, y se lo llevaron. Hay que ser fanático, pensó Hansen. Y qué suerte no haber tenido que escoger. Si su padre no se hubiera ido a Estados Unidos, él podría haberse visto allí también. Se preguntó si habría pensado y actuado igual. Y tuvo que reconocerse a sí mismo que no podía estar seguro de su respuesta.

Después interrogó a un sargento mayor que le explicó, mientras se las quitaba del uniforme: estas son la Cruz de Hierro de clase I, la insignia de plata para los heridos, el distintivo de infantería. Esa la insignia de combate cuerpo a cuerpo. Para esta última es necesario haber visto el blanco en los ojos del enemigo tres veces.

Ya no las necesitará.

¿Qué hago con ellas?

Puede metérselas en el bolsillo, si es que le cabe tanta valentía ahí dentro. ¿Pertenece al Partido?

No.

¿Cómo lo consigue entonces? Mostrar tanto heroísmo, quiero decir.

Órdenes, pero también rabia, a veces indiferencia, por último práctica,

precaución y astucia, y sobre todo esto, dijo el hombre tocándose la nariz. Olfato. Forma parte del oficio. En este gremio también puede uno hacerse experto. Disparas y cuando aciertas te dices: Bien hecho. Y te sientes satisfecho cuando no te dan, porque has estado avisado. El guerrero tiene astucia e instinto. Por supuesto hay gente que se convierte en héroe sin quererlo.

Este hombre tiene algo de filósofo, pensó Hansen. En su vida civil era óptico. Muchos años de formación. ¿Por qué seguir luchando?

¿Y dejar a los compañeros en la estacada? Ellos también están metidos en el marrón.

Puede que tenga razón, dijo Hansen, y lo envió de vuelta al campo de prisioneros.

Esos fueron los casos interesantes, los demás se limitaban a repetir: Tuvimos que hacerlo. No podíamos hacer otra cosa. Por dentro estábamos en contra. Deber. Deber. Obediencia. Negarse era una sentencia de muerte. Luchamos con decencia. Después de interrogar a catorce prisioneros, no quería volver a oír las palabras «por dentro» y «decencia». Esta última palabra la conocía de casa, su padre se la había llevado de Alemania y la utilizaba a menudo: conservar la decencia. También en el Nuevo Mundo. Aquí la tenían todos. Indecentes eran los nazis. Indecentes eran los de arriba. Un pueblo decente. Solo unos pocos indecentes, a los que sin embargo se les había hecho caso. A los que incluso se había elegido. Hansen sabía que no había sido la mayoría. Su padre siempre insistía en ello. La mayoría no había votado a los nazis. Pero después los habían seguido, entusiastas y obedientes.

- 15 de abril -

El vocabulario con el que se describen las situaciones. Culpa: excusas hiladas con el tiempo. Miedo: suele expresarse en términos fecales. Un recuerdo de la niñez, cuando realmente nos cagábamos en los pantalones.

- 16 de abril -

Cinco días después se ha abierto un pequeño establecimiento en la ciudad. Un hotel llamado Zum goldenen Anker. Un edificio antiguo con una fachada neoclásica que cubre sus paredes entramadas. El combate por Núremberg continúa. Nuestra gente se reúne aquí con mujeres. Se sientan en el bar bajo las cornamentas de los venados cazados en los bosques de Turingia. La

cabeza de un jabalí con fieros colmillos preside la mesa de tertulia. De la pared cuelga una foto coloreada del duque Ernst en uniforme y, junto a ella, un dibujo con mensaje propagandístico: *El roble alemán*. En el papel pintado de la pared de enfrente hay un rectángulo más claro. Allí, como en todas partes donde hoy se ven esas manchas ajadas, estaba colgado el retrato de Hitler.

Un par de mujeres y muchachas recias chillaban y bebían y se sentaban en los regazos de los soldados con las faldas remangadas, a pesar de que la prohibición de confraternizar seguía en vigor, pero los chicos de Texas y Michigan habrían podido alegar que no estaban confraternizando, que no eran víctimas de la erótica del enemigo, porque las mujeres eran ucranianas y polacas, trabajadoras forzosas de las fábricas de la ciudad. No eran el enemigo, eran esclavas con las que celebraban la liberación. El techo de vigas temblaba, la lámpara se balanceaba.

De vez en cuando pienso en los dos libros del equipaje. Pero no es tiempo de libros, la agitación, las impresiones cambiantes y acuciantes ni siquiera permiten que nazca en mí el deseo de leerlos, de abrirlos.

Hansen estudiaba una imagen enmarcada que mostraba al emperador Guillermo I vestido de jardinero con sombrero de paja y rastrillo ante un paisaje acolinado; frente a él, el príncipe heredero con barba larga y delantal azul, una horca en la mano; debajo de ellos, apoyado en un caballo de tiro con arado, Bismarck fumando en pipa con camisa campestre y botas. En el centro un texto: «Uno lleva el rastrillo; el otro, la horca. El tercero guía el arado. Entre todos llenan la copa».

Encima un toldo arqueado de color blanco y negro con bordes rojos que rezaba: «Protegido sea quien frecuenta este lugar / quien emplea su dinero con alegría y amabilidad / quien no provoca escándalos ni trapichea / y sabe que al salir ha de pagar. / No se pide más».

El comandante de la ciudad le había encargado a Hansen que encontrara a alguien que no fuera nazi, si es que lo había.

Los no nazis existían, no muchos, pero sí algunos: profesores despedidos al principio, comunistas prisioneros, socialdemócratas, miembros del Partido de Centro y sindicalistas. Pocos. Algunos de ellos, en especial los antiguos comunistas, habían pasado los últimos doce años en alguna prisión remota o en campos de concentración. Le habían dado un nombre, un antiguo

sindicalista. Hansen habría podido enviar a la policía militar a por él, pero al saber que las SA habían detenido al hombre en 1933 y después lo habían metido en la cárcel durante dos años, decidió ir hasta allí para no asustar al hombre, pero también por curiosidad, por saber cómo vivía alguien así.

Una bocacalle en una urbanización, casas de una planta, adosadas. Hansen hizo aparcar el jeep delante de la casa, se acercó a la puerta por un camino de losas cuidadosamente dispuestas y llamó al timbre. Le abrió una mujer joven con una bata azul y roja. La nuera. Hizo pasar a Hansen y le ofreció una butaca en el saloncito. Los cojines tapaban el sofá. Un aparador con un conjunto de figuras de porcelana, dos pastorcillas, a una de ellas se le había roto la mano que quizá antes levantaba con elegancia. Un cuadro al óleo de una puerta medieval, seguramente la de esa misma ciudad. Poco después apareció el hombre, cincuenta y muchos años. Hansen le estrechó la mano, le ofreció un cigarrillo que el tipo rechazó. No fumaba.

Hansen le preguntó: como funcionario del sindicato que había sido, ¿por qué no habían ido a la huelga después de la toma de poder, una huelga general?

¿Lucha usted contra resultados democráticos? El hombre había salido elegido. Después llegaron las prohibiciones, primero a los comunistas, más tarde a los socialdemócratas.

¿No tendrían que haber alzado la voz en ese momento?

Lo hice, contestó el hombre, se llevó la mano a la boca y se sacó la dentadura postiza. Esta fue la respuesta, añadió.

¿Cómo había salido adelante durante los años posteriores a la prisión?

Trabajando de mecánico. En los ferrocarriles del Reich. Cumplía con mi labor, pero trabajaba tan poco como fuera posible, para que las ruedas de la victoria no rodaran demasiado deprisa. No era mucho, lo cierto es que era bien poco, pero era algo, y si más gente hubiera hecho ese algo, no habríamos llegado a lo que llegamos.

La mujer trajo un café cuyo sabor recordaba lejanamente al del café y es probable que no lo fuera. Hansen se propuso llevarle un poco en la siguiente ocasión.

Por fin le preguntó si estaba preparado para colaborar en el ayuntamiento durante la época de transición.

Sí, respondió el hombre. ¿Cuándo?

Cuanto antes.

Se subió con Hansen al jeep rodeado de niños y se dirigieron al ayuntamiento. De camino a los despachos olía a mierda. Pasaron por delante de los lavabos, por debajo de cuya puerta fluía un agua marrón hacia el pasillo.

Allí estaban los concejales, pálidos, narices de bebedores, trajes de pantalón ancho, solapas excesivas, mucho espacio para la insignia de todo alemán, el imperdible con la esvástica, ninguno de los caballeros la llevaba ya.

El comandante de la ciudad preguntó quién de ellos había pertenecido al Partido. Uno comenzó a explicar que no habían tenido alternativa y que por dentro jamás, y en fin; otro, con una zona más blanca bajo la nariz que revelaba que hacía dos días que se había afeitado el cepillito, ese bigotillo negro hitleriano, se puso a hablar de los ciudadanos decentes —Hansen traducía— que cumplían con su obligación y su deber. El comandante se irguió y señaló la puerta: *Out!* Los caballeros lo habían entendido, no hizo falta que Hansen tradujera. El mecánico fue nombrado alcalde accidental. Todos los retretes del ayuntamiento estaban atascados. La mierda rebosaba. Su primera actuación oficial fue sacar de ellos con un cepillo metálico un tapón apestoso de brazaletes con la esvástica, una fotografía de Hitler, documentos destruidos e insignias del Partido. Ordenó al concejal de la mancha blanca bajo la nariz que achicara la mierda y se la llevara de allí.

Hansen se había planteado si debía visitar al hombre que le había enseñado el oficio a su padre. El octavo día después de la toma de la ciudad, al recibir una orden militar que lo enviaba de vuelta a Frankfurt, se encaminó hacia la Judengasse. Las sábanas blancas habían desaparecido de los edificios. Al antiguo líder regional lo habían obligado a barrer la calle vestido con el uniforme marrón del Partido. Un jeep con un dogo disecado en el radiador recorría las calles. Hansen comentaría más adelante que la ciudad, con su puerta medieval empizarrada y su imponente fortaleza en lo alto de la colina, era tan pintoresca como se veía en los cuadros que colgaban en su casa. Un mundo completamente distinto al de St. Louis o Nueva York, y también al de la ciudad de su infancia, Hamburgo, con sus tranvías, los altos edificios de apartamentos, las fábricas, el puerto, y aquello que recordaba como un sueño: los constantes bocinazos de los barcos en otoño y el martilleo incesante de los

astilleros.

Recorrió la Mohrenstraße, que doce años atrás había sido rebautizada como la calle de las SA y ahora había recuperado su nombre original como si nada hubiera pasado, y continuó por la Marktgasse, que volvía a llamarse Judengasse aunque el nombre escrito a mano se hubiera pegado encima apresuradamente.

Había preguntado por el preparador Schröder y un hombre con chaqueta de paño, botones de cuerno de ciervo y un sombrero verde se había ofrecido a acompañarlo; lo condujo hasta un viejo edificio de dos plantas mientras se dirigía a él en un inglés afanoso e incomprensible. En el escaparate había un zorro sarnoso disecado con plumas en el hocico y delante de él un ganso muerto que, apelando a la imaginación del observador, debía parecer recién despedazado. Así que aquel conjunto polvoriento era obra del genial maestro de su padre. Hansen pensó fugazmente en la prohibición de confraternizar. Estaba a punto de entablar relación con un tío suyo del que no sabía si había sido nazi o seguía siéndolo. Tras un breve titubeo, entró en el local. En la penumbra, un par de aves colgadas de la pared, un carlino, un galgo italiano disecado. Era posible que los clientes no hubieran hallado en ellos el parecido que esperaban con sus amadas mascotas, o que los hubieran olvidado en el tiempo que duró la transformación de muertos a muertos vivientes.

Un anciano de pelo canoso y perilla apareció y dijo con mirada sombría que ya había entregado su escopeta de caza y que no había pertenecido al Partido.

Hansen se presentó y le contó que su padre había aprendido el oficio allí, que ahora vivía en Nueva York y que le mandaba saludos.

El anciano farfulló algo parecido a «pues vaya» y «mira tú» sin mostrar sorpresa, curiosidad ni mucho menos alegría. Un poco después añadió: Tu padre fue un buen aprendiz. Después dejó vagar la mirada por encima de Hansen y a través del escaparate y finalmente salió de su ensimismamiento: Bueno, tengo que volver al trabajo.

- 24 de abril -

Parientes: un anciano gruñón que ha entregado la escopeta de caza y no ha sido nazi, o al menos eso dice. El idioma, el alemán, me resulta familiar, pero el dialecto es muy distinto y no despierta recuerdos de Hamburgo.

He vuelto a nuestro alojamiento pasando por delante de la casa municipal

renacentista con aquellos rostros de ángeles tan poco conseguidos, por delante del ayuntamiento barroco con todas esas volutas en las ventanas y los saledizos laterales, y la torrecilla del tejado en la que se ve a san Mauricio con un bastón de mando, al que se conoce como el «hombrecillo de la salchicha» porque, según nos han contado, las salchichas que se venden en el mercado al parecer son tan largas como esa vara. ¿Cómo es posible que precisamente esta pequeña ciudad en la que todo parece tan íntegro y pacífico fuera la primera en elegir a un alcalde pardo? Ya en 1928. ¿De dónde les viene a estos francos el odio a los judíos? La expresión: la ciudad desjudiada. La ciudad sin judíos. ¿Qué los motivó? Todo tiene un aspecto limpio y bonito. La arenisca color mostaza de los edificios, las flores en las ventanas, el gris tirando a verde oscuro de los tejados de pizarra. Pero quizá sea precisamente ahí, en esa pulcritud, donde nace el espíritu de humillación, irrealizado, vanidoso, que busca el odio.

El puesto de salchichas sigue ahí, pero no hay salchichas porque la carne escasea.

Al día siguiente, Hansen se subió a un jeep en dirección a Frankfurt, atravesó de nuevo el paisaje acolinado y, una vez lo encontró, se presentó ante el Cuerpo Médico.

Estudié literatura e historia, no medicina.

Da igual, dijo el oficial.

Hansen estaba convencido de que había acabado en aquella unidad por error, pero seguramente no serviría de nada protestar.

- 27 de abril -

Por la carretera, columnas de prisioneros alemanes que marchan hacia un campo en el norte. Aspecto desharrapado. Resulta difícil creer que esa masa gris haya estado a punto de dominar Europa. Y al otro lado de la carretera, en dirección sur, más figuras desharrapadas, consumidas, trabajadores forzosos de Polonia, Ucrania y Rusia, prisioneros de los campos de concentración, también prisioneros de guerra belgas, franceses, mezclados con ellos refugiados alemanes del este, mujeres, niños y ancianos, carros de tiro con fardos, maletas, cestos, una carretilla de la que tiran mujeres, una vaca atada con una cuerda, cochecitos de niños cargados hasta los topes. Dos corrientes se desplazan una junto a otra en sentidos opuestos. Los martirizados no se

cobran venganza, no amenazan con el puño, no gritan, nada, una larga fila silenciosa. Llovizna. Más color gris. De todos modos, se cuenta que a cierta distancia de las carreteras se cometen saqueos, violaciones e incluso asesinatos contra la población alemana. A los campesinos les degüellan el ganado.

- Frankfurt. 2 de mayo -

Alojamiento: una villa requisada que hasta hace cuatro semanas pertenecía a un director de IG Farben. Un palacete de arenisca y ladrillo con ventanas, balcones y torrecillas de reminiscencias góticas. Un recibidor inmenso, una pomposa escalinata, una galería en la primera planta, todo revestido de roble macizo, solidez lúgubre, una araña de cristal impresionante, pesados jarrones chinos en las consolas, óleos en las paredes, hombres barbudos, rostros fundadores, dos paisajes con vacas pastando al atardecer, grabado en una viga: *FORTES FORTUNA ADIUVAT*.

Pues vaya.

Hansen tuvo que compartir habitación con un teniente, George, un psiquiatra torpe y pecoso de Austin que, según Hansen, se parecía a Schiller, al menos a juzgar por el retrato que colgaba sobre el escritorio del profesor Kuppitsch.

El dormitorio amplio y de techos altos del dueño tenía tres ventanas con cortinas de terciopelo verde oscuro. La cama de matrimonio estaba dividida en dos y tenía ruedas, de manera que podía separarse sobre unos pequeños raíles. ¿La separarían cuando se peleaban? ¿O solo la unían para copular?

Te aviso desde ya de que ronco, y bastante. Todas mis novias se quejaban. Espero que puedas soportarlo.

George solo era tres años mayor que Hansen y había tratado heridos en un hospital de campaña en Bélgica durante la batalla de las Ardenas. Le contó que los militares no se tomaban en serio las heridas psicológicas. Aquellos oficiales de carrera tenían la sensibilidad emocional de un rinoceronte. No aceptaban la expresión «daños psíquicos». Un general había querido que trabajara con los prisioneros alemanes que habían combatido en Stalingrado, habían resultado heridos y después, una vez curados, se los había enviado de nuevo al frente. Frío, hambre, desesperación, y a pesar de todo aguantaban; era asombroso, debía investigarse. Aquel general, responsable de la motivación de las tropas, estaba muy interesado. ¡Traumas a mí! Que lloren

por las noches si quieren, pero al día siguiente quiero los ojos secos y avizores.

Para aquellos militares, superar el shock era cuestión de voluntad. No creían en los trastornos psicológicos profundos. Y mientras durara la guerra, estos pacientes seguirían siendo sospechosos de simulación. Se producían casos muy peculiares de *fatiga de combate*, como el del soldado E-2, que aseguraba que cualquier estallido hacía que lo viera todo negro. Le resultaba imposible reaccionar o apuntar al objetivo con su carabina, mucho menos dispararla. La pérdida de visión no iba acompañada de temblor de manos.

Habían enviado a George a estudiar las profundidades del horror, pero nada más aterrizar en Amberes lo habían destinado al hospital de campaña de las Ardenas debido a la falta de médicos, y eso que hasta entonces solo había visto muertos en clase de anatomía. Y de pronto se había visto operando, al principio nimiedades, limpiar metralla, coser heridas. *Espero que no se enfaden conmigo cuando se miren al espejo.*

La cirugía no le interesaba, en la universidad solo había realizado los ejercicios obligatorios: observar y terminar de coser alguna que otra sutura. Nada más. Lo que le interesaba era el cerebro. Y de repente debía ir por ahí abriendo piernas, pechos y brazos con el escalpelo. *Learning by doing*, aprender haciendo. Había recibido la ayuda de un sanitario experimentado. Pero ahora lo habían trasladado allí y había podido soltar el escalpelo. Y recibía casos como el de aquel soldado que lo veía todo negro cuando quería disparar. Durante un enfrentamiento con granadas, se había puesto a cubierto en una zanja y había visto como un lanzagranadas alemán alcanzaba un tanque Sherman; un miembro de la dotación había logrado salir por la escotilla, se había caído al suelo y se había quedado tirado allí con la mitad inferior del cuerpo en llamas y la superior levantada, gritando, como queriendo hacer flexiones, hasta que había muerto. *Lo declaré no apto para el servicio. Y, a pesar de todo, la guerra del Pacífico continúa.*

Efectivamente, George roncaba mucho y fuerte. Hansen no habría sabido decir si él también. En el cuartel nadie le había llamado la atención y no tenía más testigos, ya que su relación con las cuatro mujeres con las que había estado hasta entonces había sido breve, de días o un par de semanas, y no había tenido ocasión de hablar de ello. No había tenido con ellas la familiaridad necesaria para hacer esa pregunta sin acabar con el

romanticismo.

Todavía entonces, cuando pensaba en Catherine —y lo hacía a menudo—, la noche era cercanía, respiración, en una ocasión había hablado en sueños, había dicho algo incomprensible. Él, en cambio, había permanecido despierto, sintiendo una felicidad inmensa al notar cada uno de sus movimientos y suspiros. Una vez la había despertado con cuidado y, después de un instante, ella se había limitado a decir que sí. Aún se veía la fina franja de luz bajo la puerta de la habitación. Al acercarse la mañana se apagó, y Hansen oyó a la compañera de piso cerrar sigilosamente la puerta del apartamento.

Había empezado a escribirle dos veces, pero después había arrugado la hoja y la había tirado. Su orden: ¡No me escribas!

Un viernes, Hansen fue de Frankfurt a Dillenburg con el comandante Alexander en el asiento trasero de un Horch. Me he encargado de conseguir un coche confortable para que no tuviéramos que viajar en un jeep con este tiempo tan horroroso, dijo Leo Alexander. Será una excursión agradable, a pesar de que el motivo no lo sea tanto. Pongámonos cómodos. El hombre al que visitaremos es director suplente del Instituto Kaiser Wilhelm para la Investigación Neurológica, descubridor del síndrome Hallervorden-Spatz, es decir, una eminencia, pero una eminencia que apoyó a las SS desde 1933. También estuvo implicado en la campaña de eutanasia. Son criminales por convicción. En el decreto de Hitler de 1939 se mencionaba el criterio de los médicos. Y dicho criterio se entendió de tal modo que en estos momentos se calculan muchos más de cien mil asesinados entre el treinta y nueve y el cuarenta y uno. Había seis centros de eutanasia en funcionamiento. Se decía que los enfermos crónicos debían recibir la eutanasia por compasión. Sin embargo aquella compasión era alto secreto. Se gaseaba a los pacientes. Con monóxido de carbono. Yo visité Hadamar. El centro ya estaba clausurado, pero el personal, los cuidadores, los médicos y las enfermeras seguían allí. Los interrogamos. Los pacientes llegaban en autobuses, los desnudaban en una sala. Un médico los examinaba superficialmente. Causa de la muerte: neumonía o apendicitis. Se fotografiaba a la víctima y después se la llevaba con otros pacientes a una sala azulejada camuflada como ducha. Hasta allí llegaba la burocracia: solo el médico responsable podía abrir la llave del gas.

Observaba su muerte por un ventanuco. De veinte a treinta minutos. Entonces se abría la puerta. Los cadáveres se llevaban en carro hasta los dos hornos, se metían dentro y se quemaban. A los hombres de las SS que trabajaban allí se los llamaba fogoneros. En 1940, el asesinato número diez mil se celebró con cerveza gratis. Para todo el personal: administrativos, enfermeras, cuidadores, fogoneros y médicos.

Claro que las acusaciones también aumentaron. Los vecinos se quejaban del olor a quemado. Es más, se extendieron rumores. Se decía que pronto matarían también a los mayores. A todos los que resultaran inútiles. Hubo protestas. Algo es algo. También por parte de la iglesia católica. Hitler detuvo la operación en agosto de 1941. ¿Sabe por qué?

¿La guerra contra la Unión Soviética?

Sí. Había que mantener alta la moral del país. Y al mismo tiempo comenzó otra campaña más exhaustiva. Los fogoneros debían poner en práctica su experiencia en el este.

Tras una larga pausa, Alexander contó que en los sanatorios y en las clínicas, sin necesidad de otro decreto de Hitler, se siguió actuando por cuenta propia mediante una alimentación deficiente o administrando Luminal, Veronal o inyecciones de morfina y escopolamina. Justo el día anterior a que nosotros llegáramos a Hadamar habían asesinado a un joven y a una niña con Luminal. Ambos mongólicos. El personal no había huido. Uno de los cuidadores dijo: Por qué, si no hemos robado nada. Y el director, el doctor Wahlmann, argumentó que había que hacer sitio para los heridos y las víctimas de los bombardeos.

Después, Alexander y Hansen permanecieron en silencio uno junto al otro, y los dos miraban por la ventanilla el paisaje de principios de verano; los frutales ya habían perdido la flor pero el follaje aún era verde claro. Por encima, las nubes avanzaban con su blanco reluciente.

El Instituto para la Investigación Neurológica se había trasladado de Berlín a la pequeña ciudad de Dillenburg, en Hesse, y se había instalado en un complejo de barracones.

Aquí todo es muy sencillo, pero los rusos están lejos y la investigación continúa, especialmente la investigación genealógica, ya que últimamente está en boca de todos, explicó el profesor Hallervorden, un hombre fornido de unos sesenta años, cabello gris corto, ojos azules tras unos quevedos que

no dejó de quitarse a lo largo de la conversación para guiñar los ojos y después volver a ponérselos. ¿Sería un tic o se debía a la tensión del momento? Una secretaria trajo café. Genealogía, supercherías. Nuestras investigaciones son estrictamente científicas. Hallervorden le ofreció un puro a Alexander, a continuación, tras un breve titubeo, le tendió también la cajita a Hansen. Ambos rehusaron. El médico cogió uno, se lo encendió cuidadosamente con una cerilla larga e insistió en que era mercancía anterior a la guerra, no esa porquería que circulaba por el país. Sí que conocía aquel decreto sobre la eutanasia. Pero jamás tuvo lo más mínimo que ver con el proceso. De todos modos, como anatomista neurológico que era, nunca tenía contacto directo con pacientes, dijo mientras fumaba. Su trabajo se limitaba a la investigación. Moralmente no creía salir peor parado que un anatomista que se esfuerza por conseguir el cuerpo de un ejecutado porque necesita material de estudio lo más fresco posible.

Leo Alexander le leyó un informe: «A partir de 1940 el centro Görden/Brandenburg, en el que el profesor Hallervorden había trabajado antes como prosector, tuvo como vecino inmediato un “centro de exterminio” después de que se pusiera en marcha una cámara de gas de monóxido de carbono en la antigua prisión de Brandemburgo».

Es correcto, respondió Hallervorden. Además, a lo largo del verano pude diseccionar yo mismo quinientos cerebros de subnormales y prepararlos para su estudio.

¿Así que sabía que se asesinaban pacientes?

Oí que lo harían, así que fui donde ellos y les dije: «Mirad, chicos, si vais a matar a toda esta gente, al menos quitadles los cerebros para que el material sirva de algo». Me preguntaron: «¿Cuántos puede examinar?». Les respondí que un número ilimitado: «Cuanto más, mejor». Les di productos de fijación, recipientes de cristal y cajas, y les enseñé a extraer y fijar los cerebros, de manera que se pasaban por aquí y los traían como si repartieran compra a domicilio.

¿Compra a domicilio?

Sí.

En el trayecto de vuelta a Frankfurt, Hansen se sentó delante. Preguntó si podía hacerlo ya que desde pequeño se mareaba ligeramente cuando se sentaba detrás. Alexander iba en el asiento trasero y tomaba notas. En un

momento dijo: Desde el punto de vista de Hallervorden, todo esto tiene lógica. Si van a matar a esas personas de todos modos, por qué no aprovechar la ocasión y examinar los cerebros. ¿Hay algo que le chirríe en ese razonamiento?

Hansen reflexionó: Eso de «cuantos más, mejor». Y que estuviera disfrutando de un puro mientras lo decía.

Sí, dijo Alexander, exacto.

- (sin fecha) -

Mi nuevo superior se llama Leo Alexander, habla alemán con acento vienés. Hasta 1933 era asistente de investigación psiquiátrica en el Hospital Universitario de Frankfurt, se marchó a Estados Unidos, fue profesor de la Facultad de Medicina de Harvard y de la Universidad de Duke. En 1942 entró en el Cuerpo Médico del ejército. Ahora sirve como comandante y viste un uniforme elegante, a medida, algo que en principio solo les está permitido a los generales. Uno de los pocos que fuma puros. La misión de Alexander es interrogar a los médicos alemanes responsables de la eutanasia y de los experimentos en seres humanos. Se los procesará.

1 Todos los diálogos y expresiones que en adelante aparezcan en castellano y en cursiva estaban en inglés en el original, y se han traducido en aras de una mejor comprensión. En los casos en los que no peligraba la comprensión o en los que resultaba esencial mantener la ambientación, se ha optado por respetar las expresiones en inglés (*N. del E.*).

La misión

En Frankfurt, Hansen tuvo que personarse en el puesto de la División de Guerra Psicológica. El comandante Engel lo envió a Múnich. Este oficial había estudiado filosofía con Husserl en Friburgo y en 1932 se había marchado a América con una beca. Simpatizante de la Tercera Internacional, después de que los nacionalsocialistas se hicieran con el gobierno se quedó en Estados Unidos y dio clases en la Facultad de Clásicas de Harvard.

¿Ha oído hablar de la eugenesia?

Algo sí.

De eso se ocupará a partir de ahora.

Hansen tenía la impresión de que los de arriba no sabían qué hacer con él. Era como si lo trasladaran de un lado a otro. Pero el comandante Engel, sin necesidad de que Hansen lo preguntara, le dijo que no se preocupara, nosotros, la Sociedad de la Torre —es usted de letras, ¿verdad?—, no lo perdemos de vista. Ha visto la cruda realidad. Eso era la iniciación. Ahora vendrá la parte intelectual. Ha sido elegido. Lo digo con toda solemnidad. Por cierto —añadió en alemán con acento berlinés—, siempre he lamentado que a mi nombre le falte una ese. ¿Comprende? Bueno. Tendrá que ir a Múnich. Aquí tiene la dirección. En 1936 este nombre sonaba para el Premio Nobel de la Paz. Experto en eugenesia y fundador de la higiene racial.

Nada de interrogar a la familia, no sirve de nada. Siempre son padres de familia ejemplares que escondían huevos de Pascua y a los que se les humedecían los ojos en Navidad, cuando los niñitos abrían regalos y recitaban sus versos. Nuestro servicio ha dado con un hombre que una vez estuvo en Estados Unidos con ese doctor. El médico ha muerto pero el acompañante sigue vivo. Se han investigado las listas. Al servicio le interesa qué hicieron allí exactamente. También esas sociedades secretas que fundó: Pacific, Nordischer Bogen, o como se llamen. ¿Todavía existen? ¿Miembros? ¿Objetivos? Eso es lo que le interesa al servicio. Nosotros hilamos más fino. Queremos saber cómo se desarrolló esa teoría de la higiene racial. El hombre

dedicó años a realizar experimentos sobre la transmisión hereditaria. Doctor Alfred Ploetz. ¿Le suena el nombre?

No. *Sir*.

Mejor. Busque a su ayudante. Interróguelo. Recibirá una autorización. Confisque el archivo. Confisque el castillo.

¿Confiscar?

Sí. Solo necesitará su uniforme y dos o tres hombres.

A George también lo habían destinado a Múnich, a un equipo que debía investigar los experimentos médicos realizados con prisioneros de los campos de concentración. Los llevaron a ambos de Frankfurt a Múnich en un coche del ejército. Les asignaron una habitación en un hotel requisado en Neuhausen.

¿Una sola habitación?, preguntó Hansen.

No estáis de vacaciones.

Hansen temía no librarse jamás de los ronquidos del texano. El hotel estaba en la Nymphenburger Straße. Allí había pocos edificios destruidos, alguna que otra casa bombardeada cuyas ruinas todavía olían a mortero, otras ya estaban cubiertas de hierba.

- 10 de mayo -

Dos días desde la capitulación. Alguien ha pintado «Paz» en color blanco en la pared de una casa. La pintura ha resbalado como si la palabra llorara. En las calles: jeeps y camiones del ejército estadounidense. Poquísimos coches alemanes. La mayoría carros de tiro. En tiempos de necesidad se recurre a tecnología que ya creíamos superada. Camiones con grandes estufas en la superficie de carga alimentadas con leños. También cosas curiosas: un coche de tres ruedas tirado por un caballo. Le habían quitado el parabrisas para que el conductor pudiera dirigir y hacer trotar al delgado animal con las riendas. Una mujer con vestido azul oscuro y sombrero de ala ancha empuja un cochecito de niño lleno de hierba. ¿Será que esa mujer con un atuendo tan urbano cría conejos en su casa?

Pasando en coche: una cabra en el balcón de una casa de varios pisos. Un hombre la ordeñaba. Por la calle se ven muchas más mujeres que hombres, y estos se arrastran como si no supieran adónde ir. Por lo general las mujeres caminan más rápido, incluso las más mayores.

Un joven se había subido una manga del traje raído que llevaba y se la

había sujetado con imperdibles. Caminaba charlando junto a un hombre sentado en un carrito de tres ruedas que avanzaba empujando unos agarraderos sujetos a los costados.

El centro de la ciudad: a derecha e izquierda de las calles restos de fachadas, ruinas y escombros hasta donde alcanza la vista. Uno se pregunta si es necesario o deseable reconstruir todo esto o si no sería mejor rediseñar el centro de la ciudad. De todos modos, Múnich no está ni por asomo tan destrozada como Wurzburg.

Las mujeres más jóvenes te analizan con mirada curiosa. Los hombres, a menudo sin afeitar, te pasan por alto. Las miradas hostiles son más bien escasas, y la mayoría son de soldados recién puestos en libertad. Llevan las siglas «PW» en blanco a la espalda. Los uniformes, antes grises, se han teñido de un verde sucio.

- 14 de mayo -

Anteayer. Tiré mi cigarrillo empezado y vi que un hombre con la pierna amputada se agachaba para recogerlo. Caminaba con dos muletas, se acuclilló sobre la pierna que le quedaba, dejó una muleta en el suelo y cogió la colilla.

Vergüenza por haber tirado un cigarrillo a medio fumar sin pensarlo, al mismo tiempo vergüenza por ese joven, por su inestabilidad, también por su invalidez. Pensé en regalarle el paquete empezado. ¿No sería una humillación de peor gusto aún? Ya me había parado, dudé, entonces vi que el amputado se fumaba el cigarrillo que yo había tirado y proseguía su camino con la pierna balanceándose entre las muletas acompañado de una nubecilla de humo.

Pero también esto. Vi que uno de nuestros chóferes, que esperaba en el coche delante de la comandancia, quiso regalarle una lámina de chicle a un chico que observaba el vehículo con mucha atención.

El muchacho la tiró al suelo con gesto de —no puede describirse de otro modo— desprecio.

- 17 de mayo -

Ayer con George en un campo auxiliar junto a Ingolstadt.

Los prisioneros ya estaban vestidos, pero todavía se los reconocía por las

cabezas rapadas y la delgadez. Hablé con un hombre de Thorn al que habían trasladado de un campo del este hacia el oeste. Estando así de débiles, así de necesitados, algunos prisioneros sostenían a otros, incluso los llevaban a cuestras, para evitar que murieran. Al que se tumbaba lo mataban a tiros.

El hombre, belga, contó que las SS no sabían qué hacer con los prisioneros. Una marcha fúnebre. Su familia asesinada. Cenizas, dijo.

Había sobrevivido porque era farmacéutico. En el campo había trabajado de enfermero.

A pesar de que ya hacía cinco semanas que los habían liberado, en los barracones el olor aún era repugnante, desinfectante, cloro, pero también putrefacción, sudor, excrementos y gangrena.

Ahora que los combates han terminado, el espanto es mucho mayor y seguramente será inconcebible cuando los culpables desaparezcan de la faz de la tierra. No son monstruos, sino personas normales y corrientes. Y mientras sigan vivos tendrán miles de excusas de por qué cometieron solícitamente aquellos asesinatos obligatorios, por qué parecía «normal». Al principio quizá los acompañaba cierta mala conciencia que les decía que aquello no estaba bien, pero la fuerza de la costumbre convirtió aquellas acciones en algo natural. Por supuesto los había que actuaban con ganas, las torturas y las vejaciones les producían satisfacción, humillar a otras personas les resultaba edificante. Disfrutaban del poder ilimitado sobre la vida y la muerte. El placer, el hondo placer de poder vengarse de la propia mortalidad matando a otros.

- 18 de mayo -

Aunque tuve mis dudas de por qué entramos en la guerra (padre estaba totalmente en contra), han desaparecido después de lo que he visto.

- 20 de mayo -

Prohibido confraternizar. En las paredes y las columnas de anuncios se han pegado carteles con fotos de los campos de concentración: «La culpa es vuestra».

Por eso está prohibido confraternizar. Aunque el origen masculino de la palabra «fraternizar» hace que no sea la más adecuada; las mujeres jóvenes pasan a nuestro lado, nos provocan con sus risas, hay miradas, voces. Los GI han levantado la prohibición, al menos en las bocacalles. Se habla, se hacen

chistes. *Un paquete de Camel a cambio de un polvo rápido.*

Un oficial de enlace inglés nos ha contado que en su zona de ocupación los alemanes, cuando se cruzan con oficiales británicos, deben hacerse a un lado y quitarse el gorro o el sombrero. Creen que es posible quebrantar la arrogancia de estos opresores, que hasta hace muy poco eran el pueblo racialmente dominante, con los métodos empleados en India o en África.

La casa del lago

Hansen condujo hasta Herrsching. El comandante Engel le había dicho que era un pueblecito encantador. Difícilmente encontrará algún nazi convencido, y si lo hace, cuídelo, porque será un testigo auténtico de cómo sucedió lo que nos hemos encontrado. Todos los demás son víctimas, víctimas de la época, víctimas de las SS, víctimas de Hitler, etcétera. Una nación de víctimas. Hay toda una gradación de la condición de víctima. Al recién llegado le resulta interesante, pero en pocas semanas acaba uno hasta la coronilla.

En la parte alta del pueblo se encontraba la Escuela de Finanzas del Reich con su torre, construida con piedra maciza; como en muchos de los edificios públicos de aquel imperio de aspiraciones milenarias que había durado doce años, al diseñarlo se había tenido en cuenta el valor de sus posibles ruinas. Sin embargo estaba intacto, y se había instalado en él un hospital de campaña. El jeep de Hansen, conducido por un sargento, se unió aquí a un segundo vehículo con tres policías militares.

Siguieron a lo largo del lago; la capota bajada, hacía calor, el sol brillaba, y a lo lejos se veían los Alpes. Atravesaron un oscuro bosque de abetos, después un acceso que subía al castillo en el que había vivido e investigado el médico eugenista.

Estaba sobre una pendiente, pintado de gris, seguramente para esconderlo de los pilotos: una caja de tres plantas, sin torres, solo una torrecilla de cúpula bulbosa en uno de los costados, al parecer una capilla adosada —¿o estaba el castillo adosado a esa pequeña capilla?—, el acceso no era nada ostentoso y la entrada, muy modesta. Tan decepcionante resultaba el castillo como grandioso el paisaje, los viejos árboles, las praderas, los frutales, las caballerizas, edificios auxiliares, la sencilla residencia señorial junto al castillo, también pintada de gris, con un prado que descendía hacia el lago y una amplia vista de la otra orilla, de las colinas prealpinas, como les explicó

el sargento, que ya llevaba tres semanas destinado allí; y detrás, en el horizonte, claramente visibles en aquel día luminoso y soleado, los Alpes, el Zugspitze. Con los prismáticos Hansen vio algo blanco y resplandeciente: el glaciar.

Hansen llegó con actitud belicosa. En cabeza, el jeep de neumáticos blancos con los tres policías militares; detrás, su vehículo. Se detuvieron delante del castillo. Los policías se bajaron, Hansen también, llevaba en la mano la orden con su traducción al alemán. En ese momento salieron las mujeres por la puerta del castillo, cinco o seis abrazadas unas a otras, delante una dama de cabello gris que se acercó a Hansen con vehemencia y visiblemente agitada; antes de que este pudiera decirle que el castillo había sido requisado, la señora lo recibió con una frase en español. La repitió dos o tres veces, las demás mujeres, tres jóvenes y dos mayores, con miradas recelosas, dijeron que había refugiados en el castillo, todo lleno. Hansen declaró confiscado el archivo del profesor. El castillo debía desalojarse. La mujer repitió la frase en español. El cabo de la policía militar miraba a Hansen, esperaba órdenes, y entonces la señora le entregó un pasaporte que la identificaba como argentina.

Cuando Hansen le preguntó si era la dueña del castillo y ella lo confirmó, la mujer demostró ser resuelta y decidida y dominar el alemán a la perfección. Hansen dudó, Argentina había declarado la guerra a Alemania durante las últimas semanas del conflicto, así que se había convertido en aliada. ¿Se podía requisar el castillo de una argentina? ¿Podría tener aquello consecuencias diplomáticas? Sin embargo, después de aparecer con aquel séquito militar, retirarse en silencio no parecía favorecer la tarea que tenía en perspectiva. Preguntó por la casa señorial situada un poco más allá, ¿también le pertenecía?

No.

Se acercó a la casa en coche con los policías militares, vio que dos mujeres y un hombre trabajaban en la huerta. Hansen se bajó del vehículo; tras él, los agentes, dos gigantes: La casa está confiscada. La quiero vacía en dos horas. Solo pueden llevarse objetos personales. Una maleta, una bolsa. ¿Adónde? Al castillo. Se quejaron y les aseguraron una y otra vez —las fotos del campo de Dachau ya se habían publicado en los periódicos— que no habían tenido nada que ver con aquel horror.

Hansen replicó que el horror estaba en todas partes. Así que a hacer las maletas. Dos horas.

Al día siguiente se instaló en la elegante residencia, que parecía recién decorada. El sargento le había preguntado a una mujer mayor de uno de los edificios auxiliares del castillo si estaba dispuesta a limpiar y a hacer la colada. La señora Sachs, que había huido de Silesia con sus dos hijas, aceptó de inmediato, fue a preparar las camas, limpió las ventanas, comenzó a encerar el parqué. Se ofreció a cocinar, y si los señores tuvieran café, enseguida se lo prepararía. Todo eso lo habían acordado con gestos, ya que ella no sabía inglés y el sargento no hablaba alemán, y sin ayuda de Hansen.

Hansen enseguida se sintió a gusto en la espaciosa casa de campo con sus dos buhardillas y una gran estancia situada en la primera planta cuya vista se extendía sobre el lago hasta los Alpes. Se instaló en el primer piso, y una vez abiertas las ventanas dobles con travesaños, pensó que aquel lago pedía a gritos una lancha a motor. Sin embargo la playa era plana y pedregosa. Habría que preparar un pequeño muelle.

Preguntó al sargento si sabía dónde se podía conseguir una lancha. Él entendió a qué se refería y fueron juntos al club náutico, donde había una motora reluciente al sol. Pertenecía al juez de la corte suprema del partido nazi, Walter Buch, suegro de Martin Bormann. Buch estaba detenido y encerrado en un campo. Un bote de madera de caoba con una cubierta de popa lisa en la que tomar el sol. *Tendremos que limpiarlo.*

Al día siguiente el sargento, un hombre resuelto, ya había conseguido una excavadora de una empresa de construcción, y un GI de la compañía de zapadores levantó un pequeño muelle a cambio de diez dólares. El bote se balanceaba lentamente amarrado a un fresno, brillaba en tono castaño rojizo, la madera relucía bajo el barniz, el acero de las cornamusas y los ventiladores de cubierta resplandecía. El ejército había traído gasolina más que suficiente, pero la primera travesía hasta el nuevo puerto había tenido que ser a remolque de un pesquero. Tal como explicó el sargento, al motor de la lancha le faltaba un cabezal de distribución y todavía tenía que conseguirlo.

Tres días después también George se instaló en la casa. Escogió un cuarto en la planta baja. No quiero que te molesten mis ronquidos, dijo, y se sentó en el jardín delantero. La señora Sachs trajo café. George estaba sentado en la butaca de mimbre, fumaba, había apoyado los pies en la mesa de jardín y observaba una ardilla de aspecto muy distinto a los animalillos grises y

nerviosos de Nueva York. Mira estos animalitos alemanes, pardos como sus gobernantes, concentrados, rápidos, trabajadores, da la impresión de que también están bien organizados. Dio una calada, bebió café, extendió la vista hacia el lago y dijo: *El paraíso recobrado.*

No será para siempre.

Tenía los prismáticos al lado. De vez en cuando miraba a través de ellos y le explicaba a Hansen las diferencias entre el vuelo de las lavanderas blancas, muy numerosas allí, y el del carricerín común. Hansen tuvo que preguntarle a la señora Sachs el nombre en alemán de algunas de las aves que George había mencionado en inglés.

El anciano

Wagner recorría la Schellingstraße lentamente, con cuidado y paso a paso. Nueve meses antes se había caído. Se había roto la pierna derecha por varios sitios y se la habían entablillado. El cirujano no había querido ponerle clavos porque Alemania se encontraba en la decisiva batalla final. Demasiado esfuerzo para un octogenario. Los hospitales de campaña estaban atestados de jóvenes soldados alemanes a los que había que recomponer rápidamente para que pudieran seguir luchando por la victoria definitiva. La pierna derecha del anciano se había juntado al crecer y ahora medía tres centímetros menos. También le dolía la zona de la fractura, sobre todo cuando cambiaba el tiempo o cuando soplaba el viento foehn. Dolor más intenso en la cabeza, no eran migrañas, era en el cráneo. Una cicatriz, también mal cosida, le atravesaba el cuero cabelludo hasta la frente. Un golpe con una porra de madera. El dueño había grabado en ella con mucho arte: UN SALUDO DE LA NACIÓN / SA-STURM 3.

Este anciano que avanza pesadamente por la calle esquivando los ladrillos sueltos ha sobrevivido al Reich milenario en un sótano. En verano de 1933 lo habían soltado del campo de Dachau porque, aunque él no lo sabía, su antiguo maestro había protestado ante la *gauleitung*. Incluso había conseguido poner al teléfono a Arthur Gütt, responsable de la salud nacional en el Ministerio de Interior. Hola, Arthur. Hola, Alfred. Gütt le contó que trabajaba con ahínco en la Ley para la prevención de descendencia con enfermedades hereditarias. El texto entraría en vigor el 14 de julio de 1933. Una buena señal de relevancia mundial para la eugenesia, que con este paso dejaba el ámbito privado y chapucero y se convertía en un asunto de Estado. El maestro le dijo que quería pedirle un favor: Wagner, como el compositor, siempre era bueno mencionarlo, había colaborado con él durante años y ahora estaba detenido en Dachau por sus vínculos socialistas en los tiempos de Weimar. Quería abogar expresamente por él, aunque el maestro tuvo un lapsus y en lugar de «abogar» dijo «ahogar». Gütt respondió que vería lo que

podía hacer. Después retomaron el tema de la ley en preparación. Ahora sería posible intervenir de forma práctica. Proteger al pueblo de enfermedades perniciosas. Por fin estaría permitida la esterilización forzosa. Una medida que ya se había tomado en Estados Unidos, en Dinamarca y en Suecia. Ahora contamos con las herramientas administrativas, añadió Gütt. Sí, respondió Ploetz, es la culminación de la obra de mi vida.

En abril, Ploetz había enviado al Führer un mensaje de lealtad en el que saludaba con la más calurosa admiración al hombre que, gracias a su fuerza de voluntad, sacaría la higiene racial alemana del camino de espinas que había seguido hasta entonces y la conduciría hasta el amplio espacio de la acción libre.

Pocos días después Wagner fue liberado del campo de Dachau, bautizado eufemísticamente como «campo de custodia preventiva», y obtuvo un puesto de trabajo en el anticuario Axthelm en la Schellingstraße, también por mediación del maestro. Allí trabajó casi doce de los mil años. Pero lo primero era encontrar alojamiento, ya que su casero le había rescindido el contrato en cuanto oyó que se lo habían llevado a Dachau.

Cuando lo soltaron, a finales de julio, un taxi esperaba delante del portón con la inscripción «*Arbeit macht frei*». Por aquel entonces el campo era nuevo y se podía recoger a gente de allí. Solo se permitía a unos pocos, pero todavía había cierto margen de maniobra. Salió por la puerta, el taxista le cogió la caja de cartón y le dijo que lo habían llamado para que lo llevara a una vivienda en la Adalbertstraße.

El taxi estaba pagado, así como el alquiler, medio año por adelantado, según le dijo la señora Oberhofer, una viuda que arrendaba ese pequeño ático: un cuarto, una cocina, un lavamanos en el pasillo, el retrete en la escalera.

A Hansen le habían dado la dirección de Wagner en las oficinas del CIC. Al preguntar cómo la habían conseguido, el capitán le había dicho: *No lo sé todo, pero sí que sé muchas cosas.*

Una tarde, sin avisar, Hansen subió las escaleras de la casa y llamó al timbre. Al abrir la puerta, el anciano no pareció sorprenderse en absoluto de ver a un oficial americano ante él. Era como si le hubiera estado esperando. Hansen se presentó y explicó que le habían encomendado la misión de

examinar los documentos del teórico racial y eugenista doctor Alfred Ploetz, fallecido en 1940, así como de interrogar a los testigos. Entre los cuales se encontraba él, Wagner.

Hansen recorrió con la mirada el pequeño ático de paredes inclinadas. Una cama, una mesa, un sillón, una silla. En la única pared vertical, una estantería de libros con dos estrechas pilastras negras coronadas por capiteles dorados descoloridos. Al lado, dos cuadros, uno mostraba una casa, delante un castaño, la luz del sol entre las hojas, un estanque en primer plano. El otro estaba un poco oculto bajo la vertiente del tejado y el motivo no se reconocía a primera vista. A través del ventanuco de la buhardilla se veían otros tejados.

Hansen subrayó que no se trataba de un interrogatorio, sino de una entrevista, y que su único objetivo era realizar una investigación científica. La intención era recopilar las declaraciones de los testigos. A la pregunta de cuántas veces tendrían que reunirse, Hansen respondió que tres o quizá cuatro veces. Le pidió que se presentara al día siguiente en el cuartel McGraw. Sede del Tercer Ejército de Estados Unidos, Tegernseer Landstraße, edificio 10.

Las transcripciones están señaladas por días. Faltan las fechas. La entrevista debió de prolongarse durante más de tres meses.

Día 1

—¿Cuándo vio al doctor Ploetz por última vez?

—En el treinta y seis. Justo acababan de proponerlo para el Premio Nobel de la Paz. No es que me hubiera estado evitando hasta entonces, a mí, al elegido, no es eso, pero pasaba el tiempo sentado en su castillo con la mirada puesta en los Alpes nevados, por los que vagaba Zaratustra, y trabajaba en su laboratorio.

»Casi todos, la prensa, los afines, sobre todo sus compañeros de lucha, estaban convencidos de que recibiría el premio. Como quizá ya sepa, en Escandinavia y en América había un fuerte movimiento eugenésico conocido como negativo en contraposición a los llamados positivos, que se centraban en la selección de parejas. En Suecia, la esterilización forzosa por ley se estableció en 1934, en Dinamarca ya se practicaba antes. Y, por cierto, la introdujeron partidos socialdemócratas. En algunos estados de Estados Unidos también se llevaban a cabo esterilizaciones. El maestro y antiguo amigo era reconocido en todo el mundo como el *spiritus rector* de lo que él llamaba “la escardadura del patrimonio genético defectuoso y enfermo”. Sin embargo, sobre todo lo propusieron porque consideraba que la guerra era un elemento contraselectivo. Sí, estaba en contra de la guerra. Una postura en cierta contradicción con su idea de la lucha por la existencia. Ya que en la guerra se lucha constantemente. Yo lo vi cuando el mundo entero esperaba atento la decisión del comité de Oslo.

»En aquella época yo no solía estar en la parte de arriba de la librería, sino que pasaba la mayor parte del tiempo en el sótano, un sótano seco donde se almacenaban en estantes los libros menos solicitados —también literatura trivial—. Ella, Anita, su esposa, sabía dónde encontrarme y me visitaba de vez en cuando, me hacía subir del sótano, del foso de plomo. Venía del campo, de Ammerland, que desde la Edad de Hielo había conservado un barroco paisaje de colinas y de donde siempre se traía embutido, un pedazo de jamón o un par de huevos. Y por supuesto carne de conejo recién

sacrificado que, sin embargo, yo siempre cambiaba por pan a pesar de la molesta sensación de hambre que me acompañaba. Sentía hacia esa carne que venía del castillo una aversión manifiesta aunque difícilmente explicable.

»Subía por la estrecha escalera de hierro hasta la tienda. El agujero cuadrado se cerraba con una trampa recortada en las tablas del parqué. Puedo enseñársela en el anticuario si lo desea.

—[Ininteligible]

—Esa trampa me salvó de que me detuvieran en dos ocasiones. Si se cerraba y se colocaba encima una mesita con un par de libros, nadie sospechaba que allí hubiera acceso al submundo literario. Christoph Axthelm es a quien debo agradecerse, a pesar de que se había unido al partido nazi enseguida, ya en los años veinte. Sin embargo, cuando tomaron el poder, dejó de estar afiliado. A pesar de las numerosas advertencias, algunas entregadas personalmente por chivatos uniformados que también lo presionaban para que abonara las cuotas, dejó de estar afiliado. En pocas palabras, lo dejó por no pagar.

»Axthelm no solo ocultó que yo estaba en el sótano, sino que también mintió por mí y afirmó que estaba enfermo y que me había trasladado con unos parientes a Renania. ¿La dirección? No la sabía. Yo lo oía hablar arriba en la tienda desde abajo, en el sótano. Al final tuve que quedarme allí casi otros cuatro meses. Después de cerrar, Axthelm abría la trampa y me alcanzaba la comida.

»Eso también se lo conté a su, como decirlo, camarada, el oficial que me interrogó, cuando quisieron retirarle a Axthelm la licencia. Axthelm es un admirador de Stefan George. Quizá lo conozca, la Alemania secreta y ese tipo de extravagancias. El poeta como vidente. Versos de significados divinos. La palabra poética a modo de revelación. Axthelm no formaba parte de la resistencia. La concepción del Tercer Reich que tenían los nazis le resultaba sencillamente demasiado ramplona. Sobre todo sus representantes, que a él, conservador, le repugnaban por ser provincianos de mal gusto. La librería de viejo era su mundo. Estudiaba ofertas y colecciones hasta bien entrada la noche. Año tras año elaboraba también un catálogo primoroso profusamente ilustrado en el que yo colaboraba. El bello libro: lírica en papel de tina. Primeras ediciones.

»En verano del treinta y cuatro, apenas un año después de que me liberaran del campo, la Gestapo volvió a buscarme. Se había formado un pequeño grupo clandestino en el que yo colaboraba. No habíamos ido más

allá de las palabras y los planes, queríamos escribir octavillas y dejarlas en los portales por la noche. Un compañero había logrado sacar una multicopista manual de la sede del sindicato y la había llevado a un cobertizo en las afueras de Pasing. Sin embargo, el grupo fue descubierto antes de que se escribiera la primera octavilla. De todos modos, yo ya me había retirado antes.

—¿Por qué?

—Me estaban vigilando. Los servicios secretos no eran tan torpes como los policías que me habían seguido por Breslavia, dos hombres que simulaban estar enfrascados en la conversación cada vez que me daba la vuelta. El vigilante del bloque tenía la mira puesta en mí. Otro motivo para retirarme fue que de repente llegaron personas de fuera a los grupos clandestinos presentándose como enemigos de los nazis, pero su actitud era tan radical que solo podía tratarse de espías. Agentes provocadores. Y resultó ser cierto.

»Antes de que detuvieran al grupo, yo ya había cortado todo contacto con ellos. A partir de entonces fui libre, por decirlo de algún modo. Ya no pertenecía a ninguna organización. Era libre, pero no me había librado de la vigilancia, que acechaba a todos. Estaba el sistema público de vigilancia, fácilmente reconocible por los uniformes pardos y negros, y el civil, es decir, todos aquellos que esperaban obtener beneficios por actuar como delatores. Los caballeros habían visitado a mi casera, la señora Oberhofer, viuda de un carnicero, y aquella mujer sencilla y en realidad completamente apolítica que dedicaba su vejez a tejer preciosas mantas de ganchillo fue a la librería a avisarme. Han venido dos tipos de esos y han preguntado por usted, les he dicho que ni idea. Pero si vive en el ático, me han dicho, tiene que oírle subir y bajar las escaleras. Qué va, si soy medio sorda.

»Así que ese mismo día bajé al sótano. Pasé casi cuatro meses ahí. Tuve mucho tiempo para reflexionar sobre mí mismo. Pasé revista a mi vida en la penumbra de una bombilla de veinticinco vatios. Más adelante la cambiamos por una de sesenta. Cuando me atreví a salir a la luz del día, tuve que ponerme unas gafas oscurecidas. Las compró Axthelm. Los de los submarinos las llevan cuando salen a la superficie después de mucho tiempo sumergidos.

»Se había mencionado mi nombre. Me vigilaban y, como comprenderá, no quería volver a tomarme unas vacaciones forzosas. Así es como se decía entonces. De modo que me mudé al sótano, seco pero con olor a moho, y

dormí en un catre rodeado por miles de libros. Durante el día, el ruido de pies arrastrados y la dirección que tomaban me permitían reconocer en qué estantería se buscaba. Libros de arte. Poesía. Novelas. Literatura francesa, inglesa o alemana. Teníamos incluso un armario con literatura americana, hasta que se declaró la guerra a Estados Unidos, en diciembre de 1941. Entonces hubo que bajar los libros al subsuelo.

»Al principio conservamos la literatura alemana prohibida en un armario con llave: Kafka, Heine, Heinrich Mann, Brecht, Feuchtwanger y Döblin. ¿Conoce a Döblin, a Brecht?

—Sí, estudié Literatura Alemana. En St. Louis. Con un emigrante austriaco. Así que estoy familiarizado con el tema.

—Disculpe. En otoño de 1934 recibimos un control de la Casa Parda y le preguntaron a Axthelm si aún pensaba vender aquellos libros antipatrióticos en lugar de tirarlos a la basura. Entonces tuvimos que vaciar el armario y, para no poner el negocio en peligro, Axthelm habría tenido que entregarlos. Yo lo convencí para esconderlos en el sótano.

—¿Esconderlos?

—Sí. Accedió con reservas. Llevé los libros prohibidos al sótano y los coloqué en las estanterías de los ejemplares de saldo, entre libros de viajes, novelas negras y novelas románticas de lo más simplonas. Así, *El fogonero* de Kafka quedó junto a *La fortuna de Lieselotte*. Y *Berlin Alexanderplatz* de Döblin, junto a *La novia fugada*. Sin embargo tuve mucho cuidado de que ninguno de los libros que tanto apreciaba acabara junto a algún bardo nazi como Kolbenheyer, Blunck o Vesper.

»Con los años, otros libros también encontraron refugio en el sótano. Nos los traían a la tienda, por un par de marcos conseguíamos primeras ediciones de Erich Mühsam, Bertolt Brecht, Ernst Toller y Heinrich Mann. El volumen de ensayos *A través del desierto* de Ernst Bloch nos lo regaló un señor mayor que quería trasladarse a una residencia de ancianos. Entró en la librería y dijo: No quiero tirar el Bloch y tampoco puedo llevarlo donde las monjitas, quizá puedan custodiarlo ustedes. Un ejemplar precioso, por cierto, por si le interesa, con dedicación manuscrita del autor.

—Tengo *Huellas* de Bloch en el equipaje. Pero todavía no he tenido tiempo de ponerme con él.

—Un libro asombroso. Lea la historia del rabino que le da el cabo de una vela al judío viajero. Y de cómo aquello que parece inútil también puede dar luz y salvar la vida. *Huellas* es otro de los libros subterráneos. Sobre todo

reuní poco a poco toda la obra de Gustav Landauer, incluido un ejemplar del rarísimo texto *Así murió Hedwig Lachmann*, que Landauer únicamente publicó en una imprenta privada (y tenga en cuenta que vivía en condiciones humildes). Un relato conmovedor sobre la muerte de su joven esposa, poeta y traductora. Una rareza. Esos libros eran los partisanos escondidos entre las ediciones triviales, complacientes, amoldadas, odiosas.

»Y entonces llegaron ustedes. Los tanques Sherman entraron por la Leopoldstraße, y cuando sus primeros compañeros recorrieron la Schellingstraße, todos los ocultos y escondidos salieron a la luz, y lo digo en sentido literal: sacamos del sótano los libros de Hemingway, Faulkner, Dos Passos, Alfred Döblin, Heinrich Mann y Gustav Landauer y los pusimos en el escaparate. Ellos también fueron liberados.

—[Ininteligible]

—Sí, podría decirse que estaba en la clandestinidad. El sótano no era precisamente cómodo, un catre, una caja colonial portuguesa de madera de sándalo que se había dejado un cliente y que yo de vez en cuando lijaba un poco para respirar el aroma a tierras remotas. En la caja había un par de camisas y mudas de ropa interior. Axthelm las llevaba a la lavandería. El baño, en el que también me lavaba, estaba arriba en la tienda y solo podía ir por la noche. Durante el día me las arreglaba con un orinal tapado. Si sonaba la campanilla de la entrada escuchaba atentamente los pasos, qué tranquilizador resultaba el elegante taconeo de los zapatos de mujer. Qué angustiosas, en cambio, las pisadas firmes de las botas. Entonces me preguntaba: ¿Es ese el paso de un hombre con abrigo de cuero? Las estanterías de libros no me daban sensación alguna de seguridad, pero me distraían. Comencé a reorganizarlos. El cómo y el dónde los colocaba respondían únicamente a un sistema propio. No era fácil de entender; nada de aquí los clásicos, allá los modernos, no era un orden alfabético ni cronológico. Axthelm tampoco encontraba nada.

»A Gustav Landauer le habría gustado la distribución. Había trasladado a los libros su concepto político de la descentralización para salvarlos así de que se los llevaran y los destruyeran.

—[Ininteligible]

—Axthelm sabía y toleraba lo que yo hacía sin necesidad de hablarlo. De día, a la luz de la bombilla, buscaba en los estantes los libros que le pedían y por la noche se los alcanzaba para que él los vendiera. Entre ellos ejemplares preciosos de la biblioteca privada de Thomas Mann que Axthelm, gracias a

sus contactos en el Partido, había conseguido comprar por muy poco dinero después de que se confiscara su casa.

—Quería usted hablarme de la última vez que vio a Ploetz.

—Cierto. Una mañana del otoño de 1936 Axthelm me envió al sótano. Le habían pedido por teléfono la primera impresión de *El cuerno mágico de la juventud* de Brentano. Aquella edición estaba abajo porque el exlibris era de Bernheim. ¿Comprende? Tendríamos que haber arrancado la guarda del libro. Ese hermoso ejemplar se habría echado a perder por un nombre judío. Así que había clasificado y ordenado los tres tomos en el sótano. Los encontré enseguida. Arriba sonó la campanilla. Cuando volvía a subir por la trampa hacia la tienda vi delante de mí unos zapatos de cuero negro lustrado; uno de ellos tenía un agujerito redondo en la parte delantera lateral, seguramente por un callo. Más arriba unos pantalones de traje gris oscuro con una sutil raya gris clara, y entonces oí su voz, me quedé parado en la escalera, levanté la mirada hasta su rostro, y debo decirlo, lo vi todo gris, la barba gris, el pelo blanco, sus ojos azules grisáceos me miraban desde arriba como Dios Padre. Me quedé allí parado y en ese momento fue como si la expresión “quedarse sin habla” se hubiera escrito para mí.

»*Lupus in fabula*, lo oí decir. Se agachó con cierta dificultad y añadió: Ven, te ayudo, me habló de tú con esa confianza fraterna que nos teníamos. ¡Dame los libros!

»Me cogió los libros y así pude apoyarme con ambas manos para salir del hueco, algo que siempre me suponía un gran esfuerzo. Miró el título, muy bonito, dijo, y citó de memoria una estrofa de *Abendlied*:

“*Das Abendlied gesungen ist,
Das Kännchen ist geleert,
Lass sehn nun, wie du Kerl aussiehst
Mit deinem blanken Schwerdt*”².

»A mí, que estaba sacando el cuerpo por una trampa, no me preguntó qué tal estaba ya que la respuesta podría haber sido embarazosa. Naturalmente la griega le había explicado mi situación.

—¿La griega?

—Anita, su esposa, la llamábamos así porque su madre era griega. Me dijo: Si tienes tiempo y ganas, vayamos a tomar un té o una gaseosa. ¿Me necesitas aquí?, le pregunté a Axthelm, que respondió con una amabilidad exagerada: Por supuesto que no, vaya y tómese su tiempo. Y dirigiéndose a él: ¿Querrá el señor catedrático llevarse los libros ahora o prefiere que se los

envíe al castillo? Sí, Hitler acababa de nombrarlo catedrático honorífico. Quiso que le enviara los libros, no había prisa, la semana próxima sería más que suficiente.

—Recorrimos la Schellingstraße y pasamos por delante del taller en el que se imprimía aquel repugnante panfleto nacional.

—¿Qué panfleto?

—El *Völkische Beobachter*. Caminamos juntos, hablamos sobre el tiempo, que en Múnich siempre da pie a una buena conversación, comentamos la entrada del foehn. No mencioné el dolor de cabeza que me taladraba el lado izquierdo; desde aquel golpe con la porra, cada vez que cambiaba el tiempo, pero especialmente cuando se levantaba foehn, recordaba el himno nazi «¡Alemania, despierta!».

»Entramos en una de aquellas sencillas fondas muniqueñas. Él pidió té; yo, cerveza, a lo que él respondió con una sonrisilla irónica, una sonrisa que pretendía demostrarme que se había suavizado y que no empezaría a hablar del efecto pernicioso del alcohol como solía hacer antes. Pidió al camarero un poco de leche fría para el té. En eso también seguía siendo el mismo, aún bebía el té a la inglesa. Mientras observaba absorto cómo la nube de leche se extendía por la taza, me dijo que hacía ya varios años había leído mi artículo sobre la comunidad Amana. Muy interesante pero un poco dócil. ¿Te has doblegado? ¿Te has pasado al bando de los alzacuellos o los santurrones? ¿Yo?, repliqué. Soy como soy, ya lo sabes. Y sigo siendo el mismo.

»Antes, cuando aquel ateo convencido y beligerante aún era mi amigo, siempre que renegaba del perverso Dios, yo replicaba que no me interesaba la teodicea. Para él, Dios era un hombre mayor e impotente que presenciaba las vidas de las personas sentado en una butaca de teatro. Asesinatos y muerte. Guerras. Plagas. Se recrea en su omnipotencia perdida con el teatro de la comedia humana.

»Siempre me pareció inútil reflexionar acerca de la existencia o no de un Dios creador, a diferencia de luchar contra el sufrimiento aquí, entre nosotros. Allí estábamos sentados, uno frente al otro, y yo hablaba contra su barba gris de profeta y su frente pétrea, le dije que su ateísmo me resultaba demasiado dramático, y su materialismo, demasiado simple. Vi en su mirada que la palabra “simple” lo molestaba, no, lo ofendía. Me di cuenta de que se había desacostumbrado a que lo contradijeran. Una vez más. No me interesa

preguntarme si Dios existe. Porque no podemos saberlo. Basta con preguntarse: ¿cómo debo vivir? ¿Cómo debemos vivir? En una lucha conjunta contra el sufrimiento y la muerte. Para alcanzar la felicidad terrenal.

»Bien, bien, respondió, sigues siendo el mismo. Ha sido cosa de vuestras pequeñas reparaciones socialdemócratas, y tú sabes mejor que nadie adónde ha conducido eso, junto con el hermoso mundo de los anarquistas. Lo que estamos viviendo ahora es un auténtico punto de partida. El inicio de una nueva era. Un punto de partida con un objetivo común, una fuerza que nace del pueblo, sí, un esfuerzo, un arco se tensa y apunta más allá de una subida salarial o una reducción de jornada. Aquí hay material para formar una comunidad, para un desarrollo y una evolución de alcance insospechado. La Olimpiada de Berlín fue el ejemplo visible de dicha unión entre fuerza y belleza. O toma el servicio social, ¿no hemos comentado siempre lo importante que es el trabajo para todos, sin importar la clase social? Ahora las y los jóvenes deben prestar servicio. Drenan cenagales, levantan diques, ganan tierra al mar. ¿Acaso no se ha hecho realidad el proyecto?

»Sí. ¿Y Filemón y Baucis? La casa se incendia sobre sus cabezas.

»Lo viejo debe caer. Es una ley de la naturaleza. Lo demás es sentimentalismo social. Por fin tenemos la oportunidad de poner en práctica nuestros conocimientos. Ese era al fin y al cabo el objetivo de nuestro trabajo, de nuestras investigaciones... Siempre decía “nuestro”, a pesar de que sabía que míos no eran. Allí estaba, un poderoso plural mayestático.

»Eso hizo que volviera a sobrevenirme la violencia de sus opiniones. Presentaba sus argumentos con la seguridad en sí mismo y el poder de convicción que debieron de tener los profetas del Antiguo Testamento. Donde no hay Dios es el ser humano quien tiene que asumir su labor, y eso incluye la tarea de superarse a sí mismo como especie.

»Sin embargo, desde entonces habían cambiado muchas cosas, en los últimos años yo había pronunciado un “no” decidido demasiadas veces, un “no” por convicción.

—[Ininteligible]

—También hablamos sobre eso, sobre los gobernantes. ¿Se suponía que esos barrigones pardos de pies planos eran los fuertes germanos? ¿Así era el hombre nórdico? ¿La promesa del *übermensch*? ¿Himmler, con esa cara de contable? Sí, gracias a nuestra longeva amistad, aún podía hablar abiertamente con él. Con cualquier otro habría sido peligroso decir cosas de este tipo: ¿El gordo de Göring? ¿Goebbels, ese enano gruñón al que llaman

renacuajo porque no es más que cabeza y cola —con perdón—? ¿El Partido? ¿Ese montón de pueblerinos cerveceros? Personajes de chiste de los que no podíamos reírnos solo porque llevaban pistolas.

»Aún no se había afiliado al Partido pero él, que siempre había dicho que los científicos no podía ser partidistas, que no podían pertenecer a ninguna organización, se limitaba a decir: Bueno.

»¿Y el Führer, el señor Schicklgruber? ¿Se habría podido gritar “*Heil Schicklgruber*”? Ha sido el cambio de nombre para lograr la aliteración lo que ha hecho posible la catástrofe histórica.

»Se rio. El Führer, y repitió, bueno, quizá vocifera demasiado, pero al menos no bebe, no bebe alcohol, se echó a reír y señaló mi vaso de cerveza. Cuando lo veo, a mí también me entra sed. Es probable que al Führer no.

»Al menos había conservado algo de ironía hacia sí mismo.

»¿Y ese frío odio hacia los judíos?

»Tonterías. Tonterías. Especialmente entre la pequeña burguesía furibunda que tiene miedo de que los grandes almacenes les hagan la competencia, de que vendan más baratos los abrigos de pieles, las chaquetas y las carteras de cuero, como si el comerciante ario los tratara con más cuidado. No, dijo, eso es afán de lucro y, nos guste o no, forma parte de este sistema económico capitalista.

»Todavía era capaz de decir estas cosas porque en el fondo sabía aquello que, sin embargo, volvía a cuestionar a continuación, ya que por otra parte, añadió, el avance de los judíos, sobre todo en la justicia y en el mundo de las finanzas, efectivamente ha sido muy problemático. Pero esos abusos son tonterías, lo más probable es que se corrijan con el tiempo. Lo que había que reconocer era que ese gobierno, y eso lo hacía feliz, había puesto en práctica su trabajo, la obra de su vida. Se trata de una oportunidad única en la historia para nosotros, dijo, como si yo formara parte de aquello, es un regalo para el movimiento eugenésico internacional. La forma en que se había abordado el tema, en términos organizativos, era ejemplar. Sí, él mismo se había puesto al servicio del movimiento.

»También saqué el tema del Premio Nobel de la Paz, hizo un gesto de rechazo, dijo que eso a él le daba igual pero que si le concedían el premio sería de gran ayuda para el movimiento eugenésico a escala internacional.

»Bueno, dije yo, brindemos con cerveza y gaseosa por el *übermensch* que vendrá. ¡Que Dios lo vea! ¿Y por qué Dios?, preguntó molesto. A modo de respuesta me limité a resoplar por la nariz.

»Poco a poco se fue dando cuenta de que nos habíamos distanciado tanto que ya ni siquiera nos unía lo que habíamos vivido juntos. Su poder de convicción, que podría decirse que está emparentado con el poder de creación, se había desvanecido. Y seguramente también cayera en la cuenta de que mi antigua admiración por su trabajo y por su visión de futuro se había transformado tiempo atrás en un rechazo fundamental. Resultaba enternecedor verlo tratar de restablecer la vieja confianza y cercanía. Dijo: Para ti no es fácil, lo sé. Puedes acudir a nosotros siempre que quieras. La griega me ha explicado tu situación. Conmigo nunca la llamaba por su nombre, desde que la conocimos siempre decía “la griega”.

»No quiero quejarme. Lo he elegido libremente.

»Allí seguían los viejos sueños. Sueños comunes. También me parecen importantes, dijo, aunque ahora se sepa más y se hayan obtenido nuevos resultados. Y entonces, tras una breve pausa, añadió que le había impresionado aquel, cómo decirlo, ensayo sobre el dolor y las lágrimas que había leído en una revista. Esperó hasta ese momento para mencionarlo.

»Hice un gesto humilde. Un encargo ocasional. Sí. Y sin embargo me habría encantado decirle lo mucho que me alegraba su aliento. Lo fácil que es sobornar con ánimos y alabanzas a alguien que vive en soledad. La revista llevaba mucho tiempo prohibida. Y su editor, arrestado.

»Sentí que quería añadir algo más, que algo se le removía por dentro, pero guardó silencio y finalmente dijo: Ya va siendo hora, el coche me espera, tengo que irme.

»Nos dimos la mano, sin dramatismos, nos dijimos adiós y nos deseamos lo mejor para el futuro. Lo vi recorrer la Schellingstraße, corpulento, pesado, el sombrero negro en la cabeza.

—Está cansado. ¿Quiere que lo dejemos por hoy?

—No. Debe saber que yo esperaba esta ocasión, sí, podría decirse que llevaba casi exactamente doce años esperándola. Sabía que en algún momento podría dar testimonio. Me decía: Tienes que aguantar. Y a menudo me contaba todo esto a mí mismo tal como se lo estoy contando a usted. También tomé notas por si me fallaba la memoria. Espero no estar aburriéndolo.

—No. Para eso estoy aquí. ¿Así que fue entonces cuando se separaron?

—Sí. Todavía me parece estar viendo ese sombrero negro que se desvanece. Regresé a la librería. Un cálido día de otoño. Los viandantes caminaban en dirección contraria a la mía, de uniforme y de civil, uno de

ellos saludó, se levantó el sombrero, me asusté porque no lo conocía y creí ver en ese gesto la señal de que me habían descubierto. Pero quizá solo fue la simple cortesía de un conocido lejano o de un cliente cuyo rostro había olvidado.

»Axthelm me dijo: No sabía que usted y el catedrático... se trataran de tú. Yo respondí con un escueto “sí” y él no preguntó más. Bajé al sótano y me senté en la butaca de cuero que había bajado dos años antes, colocada justo debajo de la bombilla de manera que la luz bastara para leer.

»En ese sótano esperé el final. Lo supe desde Stalingrado. También por boca de entendidos. La epidemia parda había dejado atrás su punto álgido. Toda plaga alcanza su apogeo y después, con una certeza estadística, decae y se desmorona. Durante muchos años reuní material para corroborar esta tesis, incluso quise formular una ley —en Zúrich también asistí a cursos de estocástica—, pero está todo confiscado y seguramente destruido. Stalingrado fue ese punto de la epidemia, la mayor expansión, pero precisamente esa tensión máxima alberga en sí misma la negación. Había que intentar resistir hasta el final. Y yo quería vivir el final a toda costa. ¿Se imagina que eso pueda ser un objetivo en la vida? La desaparición del horror, porque el horror no quiere desaparecer. Ese era mi deseo: nada de una paz negociada como en Versalles, sino una derrota, una derrota radical que acabara de una vez por todas con los delirios de poder, con la fantasía de ser un pueblo elegido.

—[Ininteligible]

—Lamento de todo corazón, permítame que sea tan dramático, que mi antiguo amigo no viviera ese final: los escombros, los soldados alemanes prisioneros regresando en calcetines. Cómo marcharon a la batalla, resueltos, al paso de la oca por delante del vocinglero, botas claveteadas, retumbando, a bombo y platillo, y ahora, ahora los *übermenschen* pardos se encogen, se quitan los uniformes, se visten de civiles con andrajos. Ya no buscan la depuración, sino la apariencia discreta, la mediocridad. Quieren pasar desapercibidos entre la multitud. Son lo que siempre fueron: estúpidos capones cebados.

—Se dice que fue usted su adlátere. Que colaboró con él.

—Sí, así es, de joven fui su adlátere. Siempre me ha gustado estar a un lado. Lo admiraba. Tenía diecinueve años cuando lo conocí, él tenía cuatro más. Y acompañarlo fue, si me lo permite, cosa del destino. De no hacerlo sin duda mi vida habría sido distinta. Tuve la oportunidad de seguir su carrera de cerca. Sí, puedo dar fe. De su soberbia y de su perdición. Era grandioso en

sus consecuencias y en su devoción por la creencia de poder convertir al ser humano en algo mejor y más elevado. Y también debe mencionarse el altruismo incondicional del científico, aunque no se puede negar que para alcanzar el objetivo de sus investigaciones, centradas en la salud del pueblo, hizo concesiones notables.

»Citaba esta frase de Darwin con frecuencia: “Un científico no debería tener deseos ni afectos; solo un corazón de piedra”.

»El amigo se tomaba esto muy en serio, como todo, ya que carecía de la ligereza de la frivolidad. Se exigía a sí mismo todo lo que requiriera su proyecto de investigación. La justificación residía en la ciencia. En el conocimiento. Solo existía lo verdadero y lo falso. En medio no había nada. Fría lógica. Todo lo demás le parecían sensiblerías despreciables.

»Naturalmente también era padre de familia. Afectuoso y atento. Tenía hijos, dos chicos y una chica. Se ocupaba de la casa y el jardín, más bien del castillo y del jardín, del servicio, también del tío Erich, su hermano, un anciano que se había vuelto muy particular al emigrar a Brasil.

»Un administrador se encargaba de explotar la finca mientras Ploetz se sentaba en su habitación inclinado sobre el microscopio o repasando tablas, calculando y pensando, y acercándose una y otra vez al laboratorio instalado en un cobertizo. Todo esto era posible solo gracias a aquella mujer, su esposa, que había aportado el magnífico patrimonio con el que se habían comprado la finca y el castillo. Una mujer inteligente, fuerte, hermosa.

—Dejémoslo por hoy. El jueves iré a su casa.

—Sí. Gracias.

2 La canción nocturna se ha cantado, / la jarrita está vacía, / veamos ahora qué aspecto tienes / con tu espada reluciente (*N. de la T.*).

Indagaciones

George estaba sentado en el jardín y dijo: *No nos marcharemos jamás*. Había solicitado alojarse en la casa junto al lago con el pretexto de que allí estaba al alcance de Múnich y también de Landsberg, donde se internaría a los médicos acusados de crímenes de guerra. Enseguida había emprendido la búsqueda con sus prismáticos. La primavera había sido inusualmente cálida y las aves ya estaban incubando por segunda vez. Mientras tomaban juntos el desayuno preparado por la señora Sachs, sentados delante de la casa, le habló del *song thrush* y del *mistle thrush*, que picoteaban el prado con diligencia, y señaló con el cuchillo los pájaros, cuyo nombre Hansen buscó más tarde en el diccionario: zorzal común y zorzal charlo. Dos días después de llegar, George había descubierto un carricerín común a la orilla del lago, y un poco más tarde un segundo, así que una parejita. En su opinión, las cañas, los matorrales y por supuesto los árboles, entre los que se incluían seis viejos robles parcialmente huecos con algunas ramas cubiertas de hiedra, eran entornos maravillosos para las aves. George estaba entusiasmado: *Un paraíso ornitológico*.

Hansen había acudido a la comandancia de Múnich por la mañana. La inmensa águila de piedra con la que los GI habían realizado sus prácticas de tiro durante las primeras semanas se había cubierto con un letrero provisional del «American Military Government» y un águila americana pintada encima. Lo recibió un capitán de la administración militar, a quien propuso fotografiar los lemas propagandísticos de los nazis. Los alemanes ya estaban empezando a pintar encima. En su opinión, aquellos lemas constituían una pieza del puzle que demostraba la eficacia y la dimensión del trabajo propagandístico del régimen. El capitán, que rebuscaba nervioso en una pila de informes, dijo que había cosas más importantes como controlar las centrales eléctricas o reparar el suministro de agua, pero que el teniente hiciera sus fotitos.

Después Hansen había ido a la catedral, en el centro de la ciudad, pasando junto a los cascotes de las casas bombardeadas. La Frauenkirche también

había recibido impactos. El techo se había derrumbado pero los muros y la mayoría de los pilares habían resistido. Escaló las ruinas de la nave central. Entre los ladrillos y las tejas había vigas carbonizadas. Las altas e imponentes columnas se elevaban hacia el cielo gris. En la nave lateral, dos hombres escarbaban entre los escombros. Junto a uno de los pilares había un fragmento de escultura, reconocible por varios pliegues de las ropas, un trozo de brazo y algo que en algún momento había sido una mano. Uno de los dedos se había conservado entero, seguramente estaba extendido en señal de anuncio o advertencia. Hansen pensó que debía recoger aquel dedo intacto y guardarlo como reliquia de la destrucción. Se metió el dedo de piedra en el bolsillo de la chaqueta del uniforme.

Entonces se dirigió a la zona de la estación, donde casi todos los edificios estaban en ruinas. Delante de una panadería se había formado una larga cola. Mujeres con bolsas de malla, un par de hombres mayores, uno llevaba un casco de bombero. De la puerta cerrada colgaba un letrero de cartón: «No hay pan. No hay suministro de harina». La gente estaba allí como esperando un milagro, como si de pronto fueran a abrirse las puertas a las bodas de Caná. Hansen pasó por su lado, sus caras no mostraban odio, ni curiosidad, más bien una indiferencia apática.

Había pedido que le abonaran la paga y condujo hasta un PX para comprar todo lo necesario: detergente, papel higiénico, pasta de dientes y, sobre todo, pan, pasta, carne en lata, café, azúcar y mantequilla.

- 3 de junio -

Pienso en el anciano. Está delgado, el fino jersey está zurcido y le cuelga como una capa. No ha intentado pedirme nada. Su orgullo. El trayecto hasta el cuartel es largo y le cuesta caminar. Además, la oficina desnuda crea ambiente de interrogatorio. Lo entrevistaré en su buhardilla.

He comenzado a leer *Huellas*.

Al día siguiente fue en descapotable a Garmisch-Partenkirchen por la autovía. Había escrito a casa que el paisaje era como las iglesias barrocas, precioso, y lo repitió ahora: *The countryside is like baroque churches*.

Sarah asintió. Ella, que al ser teniente primera era su superior —otro motivo para ponerle la mano ostensiblemente en la rodilla—, respondió: *Bonita descripción*. El tacto seco y cálido de sus medias de seda. Atravesaban

el principio de la tarde con la capota bajada. Sarah había sintonizado Radio München, de manera que las montañas de la Alta Baviera oían aquello que había estado prohibido durante doce años en la emisora del Reich, jazz, *Love Me Or Leave Me* de Billy Eckstines, y cuando anunciaron *My Wild Irish Rose* de Chick Webb, Sarah se quitó el gorro militar, asomó parte del cuerpo fuera del coche y dejó que el viento le revolviere el cabello rubio rojizo. Le cogió la mano a Hansen y se la llevó a la parte interior del muslo mientras se subía un poco la falda, que le llegaba a las pantorrillas, y cantó el estribillo: *I take you by the hand and I will lead you to heaven...*

Hansen había conocido a Sarah cuatro días antes en el hotel que el ejército estadounidense había requisado en Múnich. Era jurista y la habían destinado a la justicia militar. Ella también se había alistado voluntaria para salir de Montana, del pueblucho de Billings. La guerra era una oportunidad de ver mundo, y además con buena conciencia ya que se luchaba por la libertad y la democracia.

Hansen se había sentado junto a ella en el bar y todo había ido muy rápido. Ella le habló de la universidad y él tuvo la oportunidad de volver a relatar la historia de su padre, de cómo había llegado de Hamburgo a Nueva York. Gracias a un simio. Ella se reía a menudo y con ganas.

Sarah le había hablado de los juicios contra los GI, aunque en realidad estaba prohibido. La mayoría de los casos: apropiación indebida de bienes alemanes. Conducción temeraria con daños personales. Y también se habían producido violaciones. Acusación. Sentencia. Prisión. Todo discurría ya dentro de la normalidad.

Hansen había confiscado el descapotable en Gilching, un Adler Trumpf con el lujo poco habitual de una radio, con la sensación imperante de que lo que hacía no era completamente legal. Pero ¿qué significaba eso en aquella transición de un orden a otro? El antiguo había capitulado, pero para las personas que lo sostenían en funciones no había dejado existir por completo. Hansen había obtenido una autorización para confiscar un coche alemán. Los permisos se expedían sin preguntar. Sin embargo apenas quedaban coches privados. La mayoría los había requisado la Wehrmacht o eran inservibles por falta de repuestos. El sargento conocía a alguien en Gilching con coche, un descapotable. Al llegar Hansen con la autorización, el dueño, farmacéutico

y presidente del Colegio Regional de Boticarios, se había quejado de que necesitaba el vehículo para trabajar, pero Hansen le había respondido que había bicicletas. Pedalear era sano y fortalecía el cuerpo, y eso era lo que el promovía, ¿verdad? Lo había dicho dando golpecitos a la funda de su pistola. Le había mostrado el documento de la autoridad militar, que se había expedido para la confiscación de un *basic motor-driven vehicle*, un vehículo básico a motor. ¿Valía también para un descapotable de semejante tamaño? Hansen pidió las llaves y vio por el retrovisor que el hombre, cuyo pelo teñido de negro brillaba al sol, lo seguía con la mirada.

En el cuartel había quien lo llamaba *nuestro turista de uniforme*. El puesto remoto y el vago encargo de investigar las ideas de un higienista racial le otorgaban muchas libertades. La gasolina abundaba para los trayectos de servicio.

La cámara fotográfica, una Voigtländer Bessa, se la había comprado a un guarda forestal a cambio de diez dólares y un cartón de cigarrillos. Unos días después también le había cambiado varios carretes. En rigor, aquello era mercado negro y estaba prohibido. Hansen, que por lo general era más bien correcto, se sorprendió a sí mismo: le daba igual. Reinaba el estado de excepción y, en su opinión, él también podía aprovecharlo.

Ahora cuando veía un lema ya no siempre se bajaba, sino que lo fotografiaba desde el coche. El Partido había hecho pintar las divisas del Ministerio de Propaganda en todas las paredes y puentes a la vista, en blanco o negro dependiendo del color de fondo. En los vagones de tren aún se leía la frase «Que rueden las ruedas hasta vencer». Como eslogan no estaba mal, tanto por el ritmo, con la aliteración oscura «ru-ru» y la nota luminosa de «vencer», como por el mensaje en sí.

Hansen aseguraba que, a su regreso, aquellas investigaciones no solo se analizarían en términos de la facilidad con la que se retenían estas frases — que en este caso quedaba demostrada—, sino también con la intención de reproducirlas en anuncios de cigarrillos, coches o whiskey. ¿Por qué no? Una frase pintada en blanco: *Placer para las criaturas del desierto: un Camel*.

Tonterías. No son más que eslóganes tontos, dijo Sarah y se echó a reír.

O quizá: Kilroy estuvo aquí y se tomó un buen Jim Beam, insistió Hansen. *Yo pediría uno sin dudar.*

No te metas a publicista.

«*Kilroy estuvo aquí*» había acompañado a Hansen y a las tropas por cada ciudad alemana conquistada: Wurzburg, Augsburgo, Múnich, incluso en

Coburgo, donde, al entrar la vanguardia de la tropa, los GI habían encontrado la frase en un monumento, un muro y un inodoro, como si una fuerza secreta del ejército se les adelantara con una tiza.

Sarah libraba el fin de semana siguiente y tomó el tren desde Múnich. Él la esperó en la estación de Starnberg sentado en el descapotable. El tren ya había entrado y ella salió del vestíbulo de columnas de hierro forjado, pelirroja, su pecho forzaba la abotonadura del uniforme, irradiaba una alegre franqueza, sonreía mucho, era hija de un médico rural de Montana. Tras conocerse, y después de tres whiskeys dobles, habían ido a la habitación que compartía con cuatro compañeras. Se quitó la falda, se bajó las medias y las bragas, pero conservó la chaqueta del uniforme y dijo que mientras la llevara, era su superior, túmbate, y empezó a ascender a besos desde las rodillas, los botones se deslizaban fríos sobre el vientre de Hansen, subía por el pecho, *relájate*, le ordenó, *no te muevas mientras subo*. Así de fácil había sido. Sin juramentos de amor. Sin promesas. Tampoco se inmutó cuando una de sus compañeras entró en el cuarto, le dijo: *Si te molesta, quédate fuera. Si no, entra y estate calladita*.

La compañera se quedó.

Ay, si su padre de Montana, médico y cuáquero, la hubiera visto cabalgar así, ¿habría hablado de las tentaciones, de la culpa de las circunstancias impías, o simplemente habría dicho que el mal acecha en todas partes?

Hansen llevó a Sarah a la casa del lago. George tenía visita de una joven a la que había pescado en Múnich la semana anterior. Su marido era prisionero, talaba árboles en Siberia.

Hansen y Sarah solo echaron un vistazo a la terraza acristalada en la que ambos estaban sentados, la joven en el sillón con las piernas entrelazadas; cuando Sarah entró, con una mano se estiró la falda, que se le había escurrido hacia arriba, con la otra sujetaba un cigarrillo con el meñique estirado. Estaba aprendiendo a fumar. Ella no hablaba inglés y George sabía leer alemán, también lo entendía bastante bien, sobre todo en temas médicos, pero apenas lo hablaba.

No necesitan hablar, pero nosotros sí, dijo Sarah mientras subían las escaleras.

George confraterniza, añadió más tarde, *venga, no pares. Adelante*. Y

cuando la tuvo delante, desnuda, siguió hablando, *gracias a Dios*, le besó los hombros, *a la mierda el tribunal regional*, y le lamió la cara, *se acabó el tiempo*.

Después oyeron los jadeos de la mujer de abajo. Lo que Hansen estaba experimentando allí era completamente distinto a lo de las chicas del *college* o lo de Catherine en Nueva York.

Así, tumbado junto a Sarah, aquella mujer durmiente que de vez en cuando chasqueaba la lengua, pensó en Catherine, en cómo había salido con ella a la mañana siguiente, el comienzo de la primavera había llegado por sorpresa.

Ella se había puesto primero un vestido rosa floreado y después uno azul con lunares, le había preguntado: Este o este. Y él había señalado el moteado: Exactamente ese.

Después de desayunar habían bajado en ascensor y habían ido a Central Park, los dos trasnochados pero asegurándose mutuamente que no estaban cansados, al contrario, más despiertos que nunca. Estás radiante, le dijo él. Fueron al parque, él de uniforme y ella con aquel vestido veraniego demasiado ligero. Se dio cuenta de que tiritaba y le propuso entrar en una cafetería. Alternaban el alemán y el inglés. Rodeados de gente, utilizaban el alemán para lo más íntimo, también para celebrar la fortuna que les había deparado la tormenta de nieve.

¿Estaba comparando? Sí. ¿Qué pensaba de sí mismo? Dios mío, quién lo habría dicho. ¿Se sorprendía a sí mismo? Sí, había muchas cosas de las que no se habría creído capaz. ¿O acaso era el recuerdo de ella tan lejano como el de una vida anterior con otras costumbres, otra ropa, otros amigos? En cualquier caso había anotado lo siguiente en tono ceremonioso:

El Viejo Mundo es para mí el nuevo. *Hic sunt leones*.

- 6 de junio -

En la autopista hacia el lago Chiem. Todavía se ven en los puentes consignas de resistencia pintadas en blanco: «Proteged a las mujeres alemanas de los negros. El Führer manda, nosotros aceptamos». Alguien ha añadido la coma a posteriori con pintura roja. Algunas de estas frases se han completado en otro color (negro), probablemente después de la capitulación: «El Führer manda, nosotros aceptamos (las consecuencias)».

Los rótulos informativos de las autoridades americanas de ocupación se las dan de pedagógicos: «Conducid despacio, infractores europeos».

La autopista atraviesa el paisaje acolinado, un único árbol sobre una montaña, probablemente un peral. Abetos, prados, y al fondo los Alpes, aún nevados, que se acercan imponentes.

El Viejo Mundo es para mí el nuevo. *Hic sunt leones.*

- 7 de junio -

Sol. Cielo bávaro, eso me han dicho. Nubecillas blancas sobre un magnífico fondo azul. Ejército y amor: en caso de igual rango, la jerarquía se señala en la vestimenta homogénea (uniformada) con el número de ángulos o galones metálicos. Un sistema claro de poder y autoridad. ¿Dónde existe algo así fuera del mundo animal, en el que los extremos de la cornamenta de un ciervo dan cuenta de su capacidad de procrear? A esto se añade —y aquí la coyuntura se distancia de la selección— la sutil disposición psicológica. Los soldados van y vienen. El desliz se perdona interiormente. Los hombres protectores han fracasado. Llega el vencedor. Los regalos se aceptan sin cargo de conciencia. Desde abajo se oyen los jadeos; la señorita alemana que es en realidad una señora alemana confesa. Después no hay enamorados que se lamenten. No hay separaciones dolorosas ni despedidas. Saber que el tiempo es limitado resulta más estimulante que la idea de un amorío que siempre se fundamenta en la esperanza y la constancia. El amor de los soldados: nos vemos y después ya no. Menos engorro. Estado de excepción erótico.

- 8 de junio -

He aprendido una palabra nueva para este acontecimiento natural: joder. En inglés: *screwing*.

Al joder oigo la cama.

Una gata de manchas negras y blancas, hoy ha vuelto. Le he puesto un poco de leche en un platillo y se la ha bebido con su lengua asombrosamente articulada. Se ha lamido el bigote, se me ha acercado y ha saltado a mi regazo, como ayer y anteayer. George la ha ahuyentado, teme por sus zorzales.

Es curioso lo que me ha dicho el comandante Engel: Los animales nos reconocen, pero ¿se reconocen en nosotros? Suplican irredimibles que los

comprendamos.

Día 2

—¿La ha visto? ¿Ha estado en el castillo?

—[Ininteligible]

—Vaya. Es una historia algo complicada, no tan clara como podría parecer a primera vista. Y ciertamente el motivo de la separación de su primera esposa Pauline no fue el dinero de la griega, como se rumoreó. No. Ella no se quedaba embarazada. Y tener hijos era extremadamente importante para él como genetista. Anita, a la que llamábamos la griega, era una mujer preciosa.

—Sí. La señora aún tiene muy buen aspecto.

—Ploetz era un pobre diablo. Su padre se había declarado en bancarrota. El padre de Anita era un comerciante de Bremen que se había enriquecido en Argentina con el comercio de cereal y se había comprado una gran hacienda. Unas veinte mil reses de andares pesados pastaban en la pampa argentina con el único propósito de reproducirse y producir carne para la hambrienta Inglaterra. En cambio la madre de Anita provenía de una antigua familia griega de Constantinopla. La historia suena tan banal que dan ganas de no contarla. En cualquier caso, Anita era lo que se conoce como un buen partido. Pero los rumores de que Ploetz solo se casó con ella por dinero pasan por alto su aspecto grandioso, así como su talento artístico, su temperamento, su alegría infantil y la fantasía excéntrica con la que observaba el mundo. También: sus ganas de fiesta, de tomar algo, como decía ella. Aportaba algo que él, el científico, no tenía, el carácter artístico y liviano de la *bohème*. En Berlín se relacionaba con pintores, escultores, escritores y actores. Pintaba, esculpía. Cuando vea sus amazonas de bronce se hará una idea del talento que tenía. Aunque se aprecia sobre todo en los óleos. Vea ese cuadro de ahí. Un regalo. Un molino de agua en Schreiberhau. El estanque cubierto de plantas acuáticas junto a la casa. El cielo azul se refleja en el agua gris verdosa. Un cielo como de pleno verano, como cuando las nubes blancas que se ciernen en la lejanía anuncian una tormenta vespertina. Ese animado juego

de luces y sombras en el follaje del árbol. A veces, cuando miraba el cielo gris de invierno por el tragaluz, este cuadro me llevaba de vuelta. El presentimiento de una felicidad posible.

—El cuadro es muy bonito. Como una ventana al verano.

—Aunque debe saber que para mí, los artistas más importantes son los constructivistas rusos; ahí atrás, ese cuadrado en el que solo se ven formas y colores, un Vladimir Lebedev, se lo compré a un emigrante ruso en Berlín, en los años veinte.

—[Ininteligible]

—Sí, claro. El antiguo amigo.

—[Ininteligible]

—Entiendo. Sí. De no haber sacrificado su talento por ese hombre, estoy seguro de que habría sido una pintora tan importante como Gabriele Münter. Siguió pintando de vez en cuando, también acuarelas, y hubo cosas bonitas, pero el día a día, los niños y el castillo la absorbieron. Aunque debo decir que de ningún modo estaba ocupada cocinando y limpiando, ya que gracias a su herencia disponía de personal, criadas, cocineras, chófer, jardinero; pero había que coordinarlos a todos, asignarles el trabajo del castillo y del terreno, y en general había que hacerlo todo para dejar investigar al maestro, para garantizarle la tranquilidad que exigía. No de forma verbal, pero bastaba con atender a su actitud huraña. En una de sus visitas a la librería dijo que las artistas no debían casarse. ¿Se puede dar un golpe en los dedos a un niño por jugar con los tubos de pintura? ¿Cuando estruja la escultura recién formada con barro?

»Sin embargo, jamás lo dijo en tono de reproche hacia él, en el sentido de haber cambiado de opinión, de haberse arrepentido de elegirlo. Enseguida lo tuve claro, decía, es el hombre al que quiero. A mí se me encogía el corazón, porque eso significaba que no podía quererme a mí. Y ese intenso dolor me acompañó durante mucho tiempo. No ser el elegido. En cambio él no necesitó un largo cortejo, ni ella le dio largas, ni se lo pensó mucho, ni titubeó. El primer instante fue decisivo, como sucede siempre que la atracción erótica es fuerte.

»A diferencia de él, yo sí la cortejé. La veía a menudo, buscaba su cercanía, pero nunca me declaré. Fue mi propia timidez lo que me lo impidió. En cambio me resultaba fácil hablar sobre sus cuadros, sobre pintura. Es posible que mi admiración por su trabajo fuera un obstáculo para acercarme a ella físicamente, para declararme. Hubo un instante en el que habría sido

posible. Había visitado a la joven en su estudio de Berlín-Steglitz. Una estancia orientada al norte con ventanas hasta el techo. La vista recaía sobre un jardín repleto de hayas.

—[Ininteligible]

—En una fiesta. Un cumpleaños al que me habían invitado, por aquel entonces era jefe del grupo socialdemócrata en el parlamento. Aquella mujer, cuyo aspecto hacía pensar en playas mediterráneas, en pinos y cipreses, destacaba de inmediato entre todas las demás mujeres de Berlín, Brandemburgo y Pomerania; su densa melena castaña oscura con reflejos rojizos peinada en un recogido, sus brillantes ojos oscuros, labios de un rojo natural tan intenso que cualquiera habría pensado que se los pintaba a la nueva moda. De todos modos, más tarde pude observarla en uno de esos pequeños gestos que delataban su vanidad: la vi machacarse los labios con los dientes y después regresar al salón. Pero para entonces ya era la esposa del amigo y debía representar su papel.

»Como decía, la vi en la fiesta de cumpleaños de un amigo, un pintor que por desgracia no tenía talento alguno pero sí una familia adinerada; hice de tripas corazón y le pregunté si algún día podría ver sus cuadros. Me invitó a su estudio. A partir de entonces la visité a menudo y tuve la oportunidad de ser testigo mudo de su trabajo mientras pintaba este cuadro, una barca en el estanque, de verla ante el caballete, la paleta en la mano izquierda, el pincel en la derecha, observaba, titubeaba, después una o dos pinceladas cuidadosas; presencié el proceso sentado en una silla coja. Fue una muestra de confianza, ya que sabía que por lo general no le gustaba tener compañía mientras trabajaba. Todavía hoy, el olor a trementina, al aceite de sus pinturas, allá donde lo perciba, me trae un augurio de felicidad que me ensancha el corazón y después da paso a la tristeza. Qué privilegio, pensaba, qué promesa. Ella colgó una tela blanca sobre el cuadro sin terminar y se sentó junto a mí con su bata blanca manchada de pintura. Yo le ofrecí un cigarrillo, un Salem Gold, y hablamos sobre Menzel, al que ambos admirábamos, no tanto sus obras históricas como sus interiores casi incidentales. Ella mencionó entusiasmada sus cuadros naturales y su luminoso *Ballsouper*; yo, *Das Eisenwalzwerk*. Animado por su cercanía, por su atención plenamente dirigida hacia mí, le describí el cuadro, que ella todavía no había visto, cómo Menzel había pintado el interior de una fábrica, un mundo distinto y desconocido para la mayoría, no los sempiternos abedules, castaños, estanques —esto no lo dije, ya que ella estaba trabajando en el estanque y la

barca—, sino máquinas. Primero se había pintado con óleo el interior, y de qué manera, ese ambiente, el marrón de la nave cubierto por una nube azul, no, un azul grisáceo, el humo de las máquinas, el calor que desprende la laminadora, que una carretilla justo está alimentando con un bloque de hierro incandescente, dos trabajadores con gruesos delantales que deben protegerlos someramente del calor giran el bloque con unas grandes tenazas, sobre ellos una maraña de tubos, cañerías, ruedas, correas de transmisión, en el borde del cuadro trabajadores con el torso desnudo, su turno acaba de finalizar, se lavan, y en el rincón derecho, solo una chapa abollada lo separa del bloque incandescente, un obrero sentado devora su comida de una escudilla de latón, una breve pausa, también para los demás sentados junto a él; la joven que ha traído la comida mira al espectador, le tiende la cesta vacía. Sí, en esa escena está todo a lo que se refiere Marx con la alienación del obrero, que se convierte en un apéndice de las máquinas que no le pertenecen, cómo...

»Pero ahí me interrumpió. Me preguntó por la relación entre el marrón y el azul de la nave. No le interesaba Marx, ni lo social, ni el sindicato, ni la lucha de clases, ni los socialdemócratas. ¿Y los matices de color? No se pueden describir, hay que verlos. Me habría encantado contemplar el cuadro con ella. Quizá era el deseo, la esperanza de empujarla también a pintar algo sobre el trabajo en las fábricas, sobre este mundo tecnológico opuesto a la naturaleza virgen.

»Entonces me envió otra tarjeta y me invitó a su estudio. Una de las postales que solía decorar con pequeños detalles de lo más curiosos, cilindros aplastados, pedazos de pastel, tazas hechas añicos, cuchillos despuntados.

»Decía que necesitaba mi consejo.

»Yo grité de júbilo. En voz alta, sí. Disculpe que le cuente estas intimidades.

—Para nada, no se preocupe. Cuénteme. Me imagino perfectamente cómo se sentía.

—Gracias. En fin, ya se imagina en qué estado me dirigí allí. Estaba decidido a preguntarle si quería casarse conmigo. Mi patrimonio y mi salario, que no era muy alto, ya que los socialdemócratas trabajaban por idealismo y no porque esperaran una vida holgada, no facilitaban precisamente formar una familia. Permítame subrayar que yo en aquella época no sabía lo rica que era ni la herencia que recibiría. Me abrió vestida con la bata de pintar, me agarró el brazo con un gesto familiar, me llevó a la gran estancia de las ventanas altas y me colocó frente al caballete cubierto otra vez con la tela

blanca. Descubrió el cuadro con cuidado. Estaba terminado a excepción de una pequeña zona de fondo gris oscuro que yo sabía que siempre dejaba libre hasta el final. Se veía una barca de madera en un estanque cubierto de juncos, encima un cielo de nubes blancas con una estrecha franja azul, en la orilla árboles, matorrales, un verde claro centelleante, una calma veraniega pincelada; yo me quedé inmóvil, asombrado.

»Su opinión es muy importante para mí, decía mientras me miraba, el corazón me latía como si hubiera subido las escaleras corriendo. Tranquilo, corazón mío, tranquilo, me dije.

»Es maravilloso. Si me lo permite...

»La pregunta, una pregunta que equivalía a una acción; tuve que darme un empujón casi físico para decir: Mi apreciada amiga, la veo trabajar, entregarse al caballete, al lienzo, absorta en la observación, su mirada aplicada con la misma suavidad que el pincel, acariciando la tela, hacer relucir la nueva belleza de un lago, una magnífica corriente de color, el castaño de la barca destacado sobre el azul verdoso grisáceo del agua, y siento que quiero, debo, puedo preguntarle algo...

»Sí, dijo ella, lo sé, el castaño no encaja del todo con la barca, ni con la orilla, ni con el sendero en tono gris moreno arenoso. Tiene que ser más luminoso, se apartó un par de pasos del caballete, contempló el cuadro y dijo, sí, tiene razón, cogió el pincel y lo lavó con trementina.

»¿Cómo habría podido pedirle la mano en esa situación, mientras ella estaba ocupada limpiando el pincel? Más tarde me sobrevino la sospecha de que ella había desviado la conversación porque, cómo decirlo, ya tenía el corazón ocupado, para entonces ya le había presentado al amigo. Y debido a mi timidez, le había pedido a este que averiguara en qué medida sentía ella afecto por mí. Soy consciente de que el argumento de mi historia es medieval, y que por eso es tolerable: el enviado que finalmente se lleva a la novia.

»Sin embargo, ni siquiera se me pasó por la cabeza cuando se lo pedí, ya que entonces el amigo estaba casado. Su primer matrimonio era de conveniencia, fundado en cuestiones prácticas. Como dice Kant, el matrimonio es un contrato entre dos personas de distinto sexo para la posesión mutua y de por vida de sus cualidades sexuales.

»Sin duda no había sido una decisión únicamente funcional, también se basaba en una simpatía, un afecto y un respeto mutuos, ya que su esposa, Pauline, hermana del amigo de Ploetz Ernst Rüdín, psiquiatra y eugenista, era

una persona asombrosa, inteligente, delicada, pero con una gran energía. Una de las primeras mujeres médicas de Alemania y Suiza. Su camino resultaría ser muy distinto que el del amigo. Se suicidó a una edad muy avanzada.

—¿Cómo era?

—Lo ilustraré con una escena que tuvo lugar en Zúrich en 1889. ¿O sería en el noventa? Nosotros, un grupito joven de estudiantes, escritores, socialistas, anarquistas, revolucionarios y soñadores, estábamos sentados en la terraza de un restaurante, creo recordar que era el Kropf. Un día de verano, caluroso, el final de la tarde, celebrábamos el examen recién aprobado de Pauline y Ploetz, sin alcohol porque para entonces él, que tanta cerveza había bebido, ya había renunciado al alcohol, y a nosotros nos obligaba a ello con sus historias de la clínica donde vegetaban enfermos trastornados por la bebida. Así que allí estábamos, brindando con zumo de manzana y gaseosa, cuando apareció un hombre rechoncho con barba, borracho, importunando a todos, despotricando contra Dios y contra el mundo, se acercó a la mesa con movimientos violentos, era alto y de una corpulencia brutal. Algunas mujeres y también hombres se levantaron, huyeron, sí, huyeron hacia el interior del restaurante. El tipo apartó al camarero, un italiano enjuto que había tratado de ahuyentarlo, volcó una mesa junto con los platos y la panera, clavó la mirada en el comensal, que permaneció sentado horrorizado con el cuchillo y el tenedor en las manos. Y en ese instante Pauline se levantó, se acercó al hombre furioso y le preguntó algo, él se quedó inmóvil, se tranquilizó, ella se sentó con él en una de las mesas libres, los clientes regresaron a sus sillas. Se los vio hablar como si el tumulto no hubiera tenido lugar. Se quedó con él un rato, después se levantaron, se dieron la mano, él se secó los ojos y se marchó. Fuimos testigos de una transformación milagrosa.

»Quisimos saber qué le había preguntado.

»¿Puedo ayudarlo? Nada más. Era un hombre infeliz. Su mujer había fallecido y él se había dado a la bebida. Eso también era propio del amigo, que en ese momento no se pusiera a hablar con ínfulas sobre los estragos que causaba el alcohol, sino que le dijera a ella: Pauline, ha sido maravilloso. ¿Quieres casarte conmigo?

»Disculpe, estoy divagando. Quería hablarle de la griega, de cómo el amigo casado, el maestro, que para entonces sin embargo ya no era para mí ni el maestro ni el amigo al que admiraba —aunque la sensación de cercanía por las experiencias compartidas hace que el distanciamiento de una persona de confianza cuyas opiniones ya no se comparten sea muy lento—, así pues, de

cómo Alfred conquistó a la griega. Fue a su estudio a petición mía, y puedo relatar lo que sucedió como si hubiera estado allí. Él, pero sobre todo ella, con toda inocencia, me hablaron de ese encuentro. Y más adelante hube de reconocer para mí mismo que cuando me dirigía hacia allí ya tenía un mal presentimiento.

»Le abrió la puerta y lo condujo al estudio. Le ofreció una silla, la misma silla coja en la que tantas veces me había sentado yo. Probablemente él comenzó a hablar de los niños raquíuticos que se había encontrado al pasar por Moabit. Pinte, le decía entremedias, no deje que interrumpa su trabajo, y siguió relatando la falta de luz en los patios traseros, mencionó las piernas torcidas, las costillas deformes, lo que se conocía como tórax en quilla, y mientras ella aplicaba con el pincel un poco de verde en primer plano sumida en sus pensamientos, él pasó directamente a hablar de la importancia del amamantamiento, que había desaparecido tanto entre las obreras por su larga jornada laboral, ella cubrió el cuadro y el caballete con una tela blanca, como entre las mujeres de la burguesía, para conservar a la figura. Sí, lo veo como si hubiera estado allí, lo veo levantarse de la silla hablando enérgicamente, a ella con su bata blanca que también habría podido ser la bata de una médica si no fuera porque entre las manchas rojas había un par de azules y verdes, mira sorprendida a ese hombre vestido con un traje oscuro, una camisa blanca con corbata —entonces muy poco habitual— roja, la densa cabellera rubia con una onda hacia arriba que nacía de una frente seria, lo mira a los ojos, que después me describiría como azules glaciales, y dice, tiene razón. Debo aclarar que cuando se acaloraba de esa manera no resultaba pedante ni arrogante en absoluto, como sí sucedía en otras ocasiones, sino que sus palabras se sustentaban en la indignación unida a una reivindicación enérgica: esto hay que cambiarlo. Es probable que en ese momento recuerde por qué está allí, así que le pregunta de repente si puede ver lo que está pintando, lo llama *work in progress*, y cuando ella asiente, él se acerca al caballete, algo a lo que yo nunca me habría atrevido, y levanta la tela con cuidado.

»Un lago. La orilla frondosa, una vieja barca de remos entre los juncos, no pensada para el ocio sino más bien para un uso práctico, puede que para pescar. Después me lo contaría todo a mí, que por desgracia no era más que su amigo, y que a pesar de estar sufriendo le preguntaría más cosas para demostrarle mi interés; así que contempla el cuadro y reflexiona largamente, y yo sabía que cuando reflexiona transmite cierta majestuosidad, un silencio tenso que podría cuestionarlo todo, que hace que uno espere a lo que quiere

decir. Y dice: El tema es muy relevante, pero hay algo en esta imagen que aún no se ve.

»¿Qué?

»Falta algo esencial.

»¿Y qué es?

»La barca flota.

»Ella pronunció un “¿cómo?” algo desconcertado.

»Es de esperar que las barcas floten, dijo él. Pero la esencia de una barca no se hace del todo patente hasta que falta. Llénela de agua. Seguirá flotando, pero ya no podrá utilizarse. Una barca y una no-barca. Y el verde grisáceo del agua sería entonces también el de la barca. Seguirá sosteniéndola, pero ya no como barca. El color señalará ese elemento que le pertenece.

»Y allí donde yo la había reafirmado diciéndole: La composición de colores es maravillosa, él le dijo: Si me permite el consejo, yo la cambiaría.

»Entonces desvió la conversación hacia mí para cumplir con su promesa. Le habló de mi labor política en Zúrich, de mi tarea en el grupo socialdemócrata del parlamento, compañero de August Bebel nada menos, de nuestro viaje, de lo mucho que se podía confiar en mí, y ella dijo que sí, que ella también lo pensaba, qué interesante, qué íntegro, y qué simpático —esa palabra fulminante—. Él no abordó directamente el tema de lo mucho que yo la admiraba sino que lo mencionó con tacto. Y cuanto más hablaba, más atención le prestaba ella a él, al que se interesaba, al que preguntaba; seguramente se le ocurrió por primera vez que quien hablaba apuntaba a una posibilidad que quizá se aplicaba a otra persona pero que también valía para él, del mismo modo que él también fue consciente de que aquello también podía referirse a él mismo. A partir de ese instante ambos se miraron con otros ojos.

»Cuando volví a verlo, me dijo con delicadeza que ella me encontraba simpático pero que no creía que sus sentimientos fueran más allá.

»¿Y tú qué opinas?, le pregunté.

»Muy hermosa. Muy memorable. Sí, esas cosas decía.

»Ella comenzó a repintar el cuadro y finalmente lo dejó estar. No lo terminó. Varios meses después se casó con él. También le diré que me hablaba de él, y la manera en que lo hacía, elogiosa y apasionada, era como un puñetazo en el estómago. Disculpe que me desahogue así.

—No se preocupe. He visto fotos. En una de ellas se veía a la familia. Seguramente un retrato de estudio. Ploetz está apoyado en una mesa. De

traje. Elegante, diría yo. Ella, a la que usted llama la griega, está sentada delante. Una mujer hermosa, muy hermosa. En el regazo tiene a una niña pequeña. En la mesa hay un niño vestido de marinerito de rodillas. Un muchacho rubio y guapo. Una familia en armonía. Acomodada. Puede que incluso rica.

—Sí, un hombre apuesto con hombros anchos y ojos azules de mirada escrutadora; cuando se casó ya llevaba mucho tiempo ejerciendo la medicina y se había ganado una reputación considerable gracias a sus conferencias y publicaciones acerca de los problemas de la transmisión hereditaria, de la higiene. Era redactor de una revista en la que publicaba sus opiniones acerca de la selección genética, también en la sociedad humana. Era polémico, pero qué científico innovador no lo es, sobre todo cuando se trata de una ciencia que aún se está perfilando, como la eugenesia en ese momento. No tenía problemas de dinero, de vez en cuando me echaba una mano en Berlín de un modo muy natural invitándome a cenar, ya que mi salario no era alto y debía complementarlo con los honorarios de mis publicaciones y conferencias. Nunca empleé la herencia que me correspondía para asuntos del día a día y cuando habría necesitado hacerlo, ya había desaparecido debido a la bancarrota de aquel pequeño banco privado tan fiable en apariencia. Daba charlas en el sindicato, no discursos, no me considero un agitador. A diferencia de él, no se me da bien hablar en público. Soy un hombre de conversaciones. Y en los últimos años ni siquiera he tenido eso. Ha sido una época de silencio. Hablaba con Axthelm y con mi casera y su hermoso dialecto bávaro. Avíseme por favor cuando esté siendo demasiado minucioso. Durante mucho tiempo solo me he narrado esto a mí mismo. ¿A quién podría habérselo contado?

La villa Kaulbach

Estaba en el baño y acababa de enjabonarse la cara cuando George lo llamó al teléfono. Hansen bajó las escaleras pensando en lo asombroso que era que aún se pudiera utilizar el teléfono, que funcionaran las clavijas, las teclas, y que se pudieran transmitir impulsos, el agua sale por el grifo, los trenes vienen y van, con retrasos e interrupciones, pero así y todo los silbatos suenan y las agujas se cambian. La complicada organización diferenciada de la ciudad y el campo seguía funcionando. No había sabotajes, algo que se temía. En la administración, en las fábricas y en los hospitales se trabajaba. Una voz al teléfono dijo que el general Patton estaba furioso. Hansen debía personarse en la comandancia. La voz del teléfono no quiso aclarar el motivo del enfado. Todavía se creía al enemigo capaz de todo, también de pinchar llamadas.

Hansen siguió afeitándose, se cortó, echó pestes, se aplicó nitrato de plata. ¿Había dado motivos al general Patton para enfadarse de esa manera? ¿Quizá confiscar aquella casa? ¿O se habría quejado la dueña del castillo? Se decía que Patton mostraba cierta comprensión hacia los nazis, no en vano había expresado en público su admiración militar por las Waffen-SS. Hansen nunca lo había visto en persona, pero conocía todas las historias acerca de aquel oficial salido de la caballería. Su último cargo había consistido en liderar el Tercer Ejército estadounidense. Su lema: atacar y romper el frente. Había tenido éxito en Sicilia, en Normandía, al cruzar el Rin, en Turingia. Como en 1943 había abofeteado a dos soldados traumatizados —*cobardes, vagos*—, el general había sido relevado, pero Eisenhower lo restituyó poco después y tras la capitulación se había convertido en el gobernador militar de Baviera. Se alojaba en la casa del antiguo director de prensa del Reich, Amann, junto al lago Tegernsee. Corrían leyendas acerca de su *single action army revolver* niquelado, un Colt con el que al parecer había matado a un famoso revolucionario mexicano en 1916.

Sobre la entrada del cuartel McGraw, en la Tegernseer Landstraße, bloque 10, lucía el letrero del «American Military Government». Hansen preguntó cómo llegar al despacho del general y, sentado en una fría sala de paso, oyó los bramidos de Patton. Los demás oficiales se deslizaban por el pasillo como perros apaleados.

¿Qué había sucedido? Alguien le susurró a Hansen que el general estaba fuera de sí porque la American Forces Network, que había comenzado a emitir el día anterior, el 10 de junio, había hecho el siguiente anuncio: «¡Buenos días! Esto es AFN Múnich, la voz del Séptimo Ejército». Sin embargo, el Tercer Ejército de Patton había asumido el control la noche anterior. Quería llevar a los redactores responsables ante el tribunal militar. En un primer momento Hansen pensó que se trataba de una broma, pero un ordenanza le dijo: *No, lo decía completamente en serio*. Hansen preguntó por qué lo habían hecho llamar. Nadie lo sabía. Esperó, y finalmente un teniente coronel lo envió sin demora a la redacción de la AFN. ¿Entendido? *Yes, sir*. Kaulbachstraße. En caso de que a Patton se le ocurriera presentarse allí, debía estar listo para ejercer de intérprete.

Hansen se subió a su Adler, aparcado a cierta distancia, y condujo hasta la Kaulbachstraße, dejó el descapotable junto al Jardín Inglés. En la villa, cuya entrada estaba enmarcada por dos columnas dóricas, se habían reunido los redactores de la emisora recién abierta: dos sargentos, dos cabos y un hombre de uniforme pero sin distintivo de rango. El sargento Stefan, un «Ritchie Boy», ponía discos en una sala separada por un cristal. Los hombres estaban sentados en una habitación revestida de madera y el ambiente, a diferencia del cuartel, era festivo, se fumaba y se bebía, en la mesa de redacción había una botella vacía de bourbon, uno de los cabos estaba abriendo otra en ese momento. A Hansen lo asombró la despreocupación de aquel grupo al que amenazaban con un tribunal militar. Al menos habían tenido la precaución de apostar un vigía que avisaría de la llegada de Patton si este decidía presentarse. Stefan ponía música *country*, que al parecer le encantaba al general, y por supuesto marchas militares. En ese momento sonaba por quinta vez el *Stars and Stripes Forever*.

Le ofrecieron bourbon a Hansen. ¿El tribunal militar? Como mucho los degradarían. O los devolverían a Estados Unidos, a su profesión civil. Los cabos eran técnicos, los demás, periodistas. El sargento Chris trabajaba en la radio en Nueva York, el sargento Stefan, en periódicos. ¿Más tiempo en el país enemigo? Todos, incluso el cabo casado, estaban de acuerdo en que sería

marvellous. Allí se estaba a gusto.

Por la tarde recibieron una llamada del cuartel, el general se había marchado a su casa junto al Tegernsee. Se había llevado a Willie, su bullterrier, una señal inequívoca de que no se detendría por el camino. A veces, cuando salía del despacho, dejaba a Willie junto al escritorio lleno de documentos. *Mi mejor agente de contrainteligencia*.

Hacia el final de la tarde, Stefan dejó de poner marchas, tampoco *country*, sino Benny Goodman, *big bands*. Le preguntaron a Hansen qué quería escuchar y él pidió *Black, Brown And Beige* de Duke Ellington.

Bravo, dijeron los demás, y él tuvo que hablarles de las veladas en los clubs de jazz de St. Louis, los Blue Devils de Eddie Randle, una banda en la que tocaba un joven trompetista, *fantastic*, pero no recordaba su nombre.

Después de las nueve se les unieron cinco enfermeras finlandesas, a las que se conocía como «Lottas». Se habían presentado voluntarias para ir a Alemania dos años antes. Llegaron del hospital cercano envueltas en una nube de agua de colonia y desinfectante. En febrero las bombas incendiarias habían causado daños en el Josephinum. Cuando se montó el estudio, el equipo de la AFN apartó tablones y chapa ondulada para reparar el tejado del hospital, y así surgió la relación de amistad. Todos bailaban. Las enfermeras habían traído vodka, que había llegado a sus manos tras complicadas operaciones de trueque.

¿Vodka después de bourbon? ¿Nos sentará bien?

Todos se rieron de él. ¿*Qué más dará?*

Celebraban el nacimiento de la AFN München, perteneciera al Séptimo o al Tercer Ejército. Los bailes demostraron que las Lottas tenían mucho más aguante para la bebida que los soldados, que se sentaron enseguida. Ellas siguieron bailando juntas. En la escalera había una pareja entrelazada. Hansen trató de imaginar lo que sucedería si Patton aparecía entonces con su Willie, ya que el vigía hacía tiempo que se había retirado y estaba sentado en la redacción con un vaso de vodka, fumando y con los pies sobre la mesa.

Hansen regresó al lago bien entrada la noche y por la radio oyó a Cab Calloway y The Jungle Band, después a Sidney Bechet, anunciados por Chris, el sargento, al que se le trababa la lengua mientras mandaba un saludo al teniente Hansen. De fondo se oían las risitas de las Lottas. La carretera estaba vacía, Hansen tocaba la bocina de vez en cuando al ritmo de la música,

y la tocó fuerte y sin descanso al atravesar un pueblo oscuro. No se encendió ninguna luz. Qué pena, pensó Hansen, otra vez han cortado la corriente.

- 12 de junio -

La AFN se ha instalado en la suntuosa villa del difunto *gauleiter* Wagner. Un antisemita especialmente cruel, según Stefan, que me contó la historia de la casa. El pintor Friedrich August Kaulbach la encargó construir a finales del siglo XIX, el techo y las paredes de la galería están decoradas con grutescos. En el vestíbulo hay colgada una Germania de mirada feroz, una Brunilda ante un muro de fuego. La viuda del pintor vendió la casa a una asociación estudiantil, que a su vez la cedió a la ciudad de Múnich. La bonita villa se convirtió en la residencia del *gauleiter* Wagner. La construcción del campo de concentración de Dachau en 1933 fue iniciativa suya.

Stefan dijo que le habría encantado ver la cara del *gauleiter* y teniente general de las SA al enterarse de que un judío alemán estaba poniendo discos de Louis Armstrong en su despacho. Pero el susodicho murió en 1944, cerveza, aguardiente, puros, odio y rabia.

- 13 de junio -

Por la mañana he atravesado Schondorf y he parado delante del jardín de una casa de campo. Lechuga, raíces, judías y puerros cuidadosamente expuestos, pero lo que me ha hecho detenerme han sido las peonias, las colombinas, los corazones sangrantes y las azucenas de fuego a la sombra de un cobertizo. Me he quedado junto a la valla y le he dicho a la campesina lo hermoso que era el jardín. A pesar de que he hablado alemán, me ha respondido que no sabía inglés, se ha acercado a una mesa, ha regresado con un puñado de cerezas y me las ha tendido con ambas manos como una ofrenda. Las primeras cerezas del año. Negrísimas. Le he dado las gracias y ella ha contestado: Un placer.

Recuerdos de Bad Oldesloe, donde veraneábamos. El cerezo protegido de los estorninos con tablones de madera. Y a pesar de ello venían, los muy listos, se las comían y lo dejaban tiritando.

Día 3

—He oído hablar de las sociedades secretas que fundó Ploetz. ¿Qué podría decirme sobre ellas?

—Ploetz fundó muchas sociedades secretas. ¿Se refiere a la sociedad comunista Pacific? Carl y Gerhart Hauptmann, Steinmetz, Lux, Simon, Otto Pringsheim, los siete de Breslavia. Todos se harían famosos más adelante. Yo los conocí en el cuarto trasero de la fonda Goldener Karpfen en Breslavia. Había veinte o treinta personas sentadas allí, todas jóvenes, la mayoría estudiantes y escolares. Él destacaba al primer vistazo, atraía toda la atención. Las palabras brotaban de su interior como si se hubiera abierto un tapón, con fuerza, una voz que precisamente impedía reflexionar al oyente, cosa extraña, ya que centraba toda la atención en el instante siguiente, ¿cómo iluminará esta voz las palabras, cómo las subrayará? Yo creía que la información y el conocimiento eran melodía suficiente —no era así—, durante mi presentación se esperaba contenido, lo mío eran las charlas en los centros formativos del sindicato: salario y beneficio, preguntas sobre seguros de accidente, colonias alemanas y clase obrera, pero también este ámbito sobre el que he escrito y ofrecido repetidas conferencias: ideas social-utópicas y la creación de comunas como las que fundaron Étienne Cabet y Robert Owen en el Nuevo Mundo. Lugares que conocí de primera mano, que visité entusiasmado gracias a él y también con él.

—[Ininteligible]

—Cierto. El primer contacto. En Breslavia, el amigo leyó *Viaje por Icaria* de Étienne Cabet en secundaria o en su primer semestre en la universidad. La novela se había publicado en Francia en 1840 y su difusión fue asombrosa. Su traducción alemana también provocó reacciones entusiastas. Debo subrayar que, a decir verdad, no es una obra maestra de la literatura. Contiene repeticiones infinitas, y las descripciones de paisajes y personajes son de una torpeza insípida, todo es apropiado, decente y sensato, sin excesos, sin grandes sentimientos, pero lo que nos maravillaba era que tratara sobre una

comunidad utópica, un modelo de futuro, una nueva forma de convivencia que daba alas a nuestra imaginación. El amigo narraba el aburrido argumento de la novela con semejante pasión que hechizó a todos los presentes, incluido yo. Era el cabecilla de esa pequeña sociedad tan elitista. Todos desprendían un entusiasmo juvenil, pero a diferencia de Gerhart Hauptmann o de su hermano Carl, él nunca parecía ingenuo o fanfarrón. Carl Hauptmann, compañero fundador de la sociedad Pacific, podía perderse en monólogos eternos, cada vez que se encontraba con alguien le explicaba el mundo desde sus inicios. No sabía lo que era escuchar. Ni preguntar. Un sabihondo. Un presumido que se mofaba de todo y de todos menos de sí mismo. Únicamente prestaba atención en presencia de mujeres jóvenes con posibilidad de heredar. Mi opinión mordaz es algo injusta con él, puede que los celos tengan algo que ver, al fin y al cabo Carl Hauptmann era el amigo más antiguo de Alfred Ploetz. Era su opuesto. Carl no tenía su seriedad, ni su presencia humilde, ni su entusiasmo electrizante, ni sobre todo esa credibilidad ganada a fuerza de trabajo intelectual con la que Ploetz difundía sus mensajes.

—Quería hablarme de plan de Cabet.

—Sí, de la creación de una sociedad comunista en la que reinaran la igualdad, la libertad y la fraternidad, y no en un futuro indefinido sino aquí y ahora. El final de *Viaje por Icaria* invita a emigrar a América. Es una llamada a emprender el viaje inmediatamente. La sociedad icariana tenía fundamentos cristianos. Una suerte de socialismo primigenio. Pero no nacía del corazón. Cabet era admirador de Descartes, la sociedad ideal estaba diseñada y organizada de un modo racional. El joven Ploetz, un ateo beligerante, daba sin embargo un aire mesiánico a aquella árida utopía, como si predicara. Yo tenía diecinueve años cuando lo oí hablar por primera vez en una asamblea. Así debió de hablar Ezequiel: si Dios no existe —y Dios no existe—, nosotros somos Dios. Era capaz de decir cosas así con mucha seriedad y vehemencia. Hágase la justicia. Así lo conocí. Todavía me parece estar viendo a aquel revolucionario. Para mí fue una revelación. Lo escuché y lo seguí. Soy comunista, dijo el joven ante la sala en la que había sentados unos treinta estudiantes de todas las edades. Se pasó la mano derecha por el indomable pelo rubio: Los seres humanos nacemos iguales, pero no somos iguales en sociedad. Este nace con una cuchara de plata en la boca; aquel, en la oscuridad de un sótano húmedo. Este come pasteles; aquel, pan mohoso. ¿Por qué unos tienen que trabajar para otros? Este se sienta a mesa puesta y deja que le sirvan la comida y la bebida. Aquel se levanta de madrugada,

enciende el fuego, prepara café, reparte pan y galletas, y no puede llenar su propio estómago. Se come a escondidas los restos del banquete. ¿Es esto posible entre hermanas y hermanos de la naturaleza? Se dice que este se lo ha ganado por poseer una mayor inteligencia, pero ¿ha tenido aquel la oportunidad de educar la suya? Este tiene el cerebro de un ternero, pero recibirá una buena herencia. ¿Quién ha producido la riqueza? ¿Y quién la hereda? ¿Puede permitirse entre hermanos que uno haga trabajar al otro para entregarse él mismo a la holgazanería? Aquel que deje que otros le limpien los zapatos estará quebrantando la ley de la hermandad, tú eres mi hermano y tú, mi hermana; porque sobre eso tampoco hay duda, el hombre y la mujer son iguales, deberían estar equiparados, tener los mismos derechos. Al igual que aquellos que trabajan durante toda su vida, los tejedores de Silesia, sentados en sus casas ante los telares, con poca luz, las mujeres y los niños que se sientan y tejen con la espalda encorvada, se levantan por la mañana, desayunan sopas de pan calentadas al fuego de la leña recogida para poder llevarse algo al estómago; los niños, siempre descalzos, también en invierno, separan el algodón y a los siete años ya se sientan al telar. Como sus padres. Son libres, dice el patrón de la fábrica. No tienen por qué trabajar en esto. Pero ¿qué libertad les queda?, me pregunto yo. Son libres de morir de hambre. Y el tejido se entrega y el patrón observa, vestido con su abrigo de pieles, cómo el capataz comprueba el material.

»Ploetz intercalaba pequeños diálogos, como en el teatro, adornados con distintos timbres y matices dialectales.

»Tiene enganchones, dice el capataz. Es una chapuza.

»Permítame que...

»No le permito nada. Tiene enganchones.

»Por favor... Son solo unos pocos que...

»¿Pocos? Es un trabajo de mala calidad. Si no quiere esmerarse, puede marcharse a casa. Y el hombre dice: No, no. Tengo mujer e hijos.

»A nosotros nos interesa su trabajo, no sus hijos.

»El patrón está junto a ellos y dice “sí” y “no”, y el precio acordado se rebaja. Y el tejedor vuelve a casa hambriento y desesperado, y ellos van a la taberna a beber y beber. Y yo los he visto volver a casa, entrar en el pasillo oscuro, los ojos inyectados en sangre, lúgubres, el rostro congelado en una mueca, y la mujer pide dinero con miedo porque hay que comprar pan y leche y algo de grasa, y llora, y entonces él siente rabia y odio, odio hacia sí mismo porque lo han humillado, porque ha tenido que pedir, suplicar, y cuando la

mujer dice: Solo un mendrugo de pan, los niños tienen hambre, como lo dice gritando, el hombre golpea a la mujer que llora, golpea a los niños que lloran, porque en realidad quiere golpearse a sí mismo, ruge, tropieza, se tambalea, se tumba y ronca. Viven con miedo, con terror, con la incertidumbre de no saber si el patrón dirá: No quiero tu trabajo, no me sirves de nada. Eres irrelevante.

»Eso es lo peor de todo: la irrelevancia.

»Y a los enfermos el patrón les dice: Si no trabajas, si no cumples las entregas, es culpa tuya. Cogeré a otro, y este otro será el mejor, porque siempre habrá otro más. Trabajan y pasan hambre. Mueren niños, y trescientos pasos más allá el patrón se sienta a la mesa, come pechugas de faisán dorado, hígado de ganso trufado, bebe champán, sorbe caldo de ave. Y lo hace sin pudor. Es una vergüenza. Necesidad y abundancia, avaricia y ambición, envidia y odio, discordia y disputa, estas son las miserias que sufren no solo individuos, sino naciones enteras. Soy comunista por convicción y por haber estudiado a Étienne Cabet, y estoy dispuesto a dar la vida por mis creencias sociales y políticas.

—[Ininteligible]

—Habría podido convertirse en un importante líder obrero si no hubiera sentido esa inquietud, ese afán por investigar, conocer el mundo y sobre todo cambiarlo, ya que...

—La gente del castillo dice que no era comunista...

—Tonterías. Entonces era comunista, aunque más adelante lo negara y lo tachara de pecado de juventud. Lo cierto es que era un firme defensor del comunismo que no quería esperar a la nueva sociedad de acuerdo con las leyes de la economía y la lucha de clases, tal como lo veían Marx o Bebel, sino que quería lograrla aquí y ahora. Ya. Citaba a Étienne Cabet cuando este decía que no podíamos por menos que abolir las clases. Según Cabet, desde el comienzo de la historia de la humanidad han existido dos clases, una formada por los laboriosos y moderados, y la otra, por los perezosos e inmoderados. Mire, le he buscado la cita: “Este ha realizado los inventos, aquel los ha disfrutado; este ha producido, aquel ha consumido. El ocioso ha saqueado al trabajador y lo sigue saqueando a diario, el derrochador exprime al ahorrador”.

»Y ¿qué sucede cuando la productividad aumenta gracias a la industria, cuando unos pocos propietarios se enfrentan a muchos no propietarios, a este lado los burgueses con patrimonio, al otro, los obreros? Unos protegidos de

los otros por el ejército y la policía. Esto solo puede tolerarlo aquel a quien le resulte indiferente, no tenga conciencia, sea egoísta. Solidaridad. Todos para uno y uno para todos.

—Disculpe, pero ¿eso no lo dice también Hitler?

—No, no, él dice que el individuo no es nada, la nación lo es todo. En cambio Cabet dice: Todos para uno y uno para todos, porque todos somos iguales. Eso es lo que dice Cabet. Engels considera a Cabet un soñador. Marx también se burlaba de él. Uno de esos utopistas fantasiosos. Simpático y amable, pero demasiado inocente. Falso. No, Cabet es mucho más radical.

—¿Más radical?

—Sí. Debe formarse una sociedad que repiense al ser humano, una criatura especial entre los seres vivos. Por muy pequeña que sea esta sociedad, será ejemplar en su convivencia, sin envidias ni rivalidades, puede ser el núcleo emisor de una vida distinta en común, en igualdad. Puede convertirse en un movimiento que alcance a más y más gente. Así hablaba Ploetz. También luchamos por eso, por dejar atrás nuestro lado animal, por desarrollarnos con la voluntad de ser más grandes, más ricos, más resueltos. También en nuestro aspecto. Esa imagen griega, el iris que alberga en sí mismo el color del cielo, no como los ojos castaños con los que también nos miran los animales. Justicia y belleza.

»Este fue su discurso en Breslavia, yo lo escuché y lo seguí. Aunque la comparación con los ojos de los animales me incomodó porque, como ve, mi iris es castaño. La verdad es que esa comparación me molestó. Visto desde la distancia, es probable que se tratara del primer disgusto nimio. No lo tuve en cuenta y me dirigí a él esa misma tarde. Me recibió con amabilidad. Me preguntó a qué me dedicaba. Acababa de aprobar el bachiller y me había matriculado en la facultad de Medicina. Nos faltan médicos, dijo, lo necesitamos. Y entonces repitió la frase con un pequeño cambio que me impresionó: Te necesitamos.

»Me sentí atendido y elegido. Como Mateo, me levanté y lo seguí. Era asombroso cómo estudiaba economía, trabajaba, debatía y hablaba ante el público interesado. Me convertí en su alumno, por así decirlo. A esa edad nos entusiasmos por cualquier idea que se salga de lo convencional, sobre todo si persigue la justicia, ya que nada se percibe con más rapidez que la desigualdad. La juventud, que reclama justicia, encuentra de este modo dignidad en sí misma.

»Aquel joven revolucionario poseía cierta radicalidad que se proyectaba

en todos los ámbitos, tanto en el aprendizaje como en el día a día. Cuestionaba lo habitual, la normalidad. También las necesidades más obvias. Llegó incluso a querer deshabitarse a dormir. El sueño le parecía algo animal. Impedía el trabajo intelectual. En ningún caso daba la impresión de ser sedentario como otros, pedantes ya en su juventud, que se quedaban en casa leyendo y estudiando y jamás se atrevían a salir. Todo lo contrario, puede que aquel joven atlético absorbiera conocimientos sin descanso, economía, zoología, biología, incluso química, pero al mismo tiempo salía de excursión, nadaba o corría una carrera en bicicleta en Breslavia. Fue asombroso verlo subirse al vehículo, ponerse en marcha y ganar. Se había matriculado en estocástica. De estudiante ya mostraba curiosidad por la densidad de la probabilidad y la función de distribución. Las afiladas lenguas de los envidiosos, que siempre se despiertan ante personas singulares, ya hablaban entonces de su manía por la procreación. A él, que había leído a Darwin, a Haeckel, a los materialistas, le interesaba la transmisión hereditaria. Es probable que su interés se despertara de niño al ver los conejos que criaba el conserje de la pequeña fábrica que dirigía su padre. Se trataba de una jabonería en Swinemünde, en la que también se elaboraban jabones aromáticos según una receta francesa. El “jabón de saúco de Swinemünde” tenía buena fama en Pomerania. El padre había sido fiador de un amigo que más tarde quebró, de manera que la fábrica, que no sería muy grande, tuvo que venderse para responder ante los acreedores del otro.

—Si lo he entendido bien, el padre cayó en la pobreza por azar, es decir, por buena fe, por decirlo de algún modo.

—Así es. Precisamente quería añadir que le interesaba el azar. ¿Qué es casual y qué es necesario, o en qué consiste aquello que llamamos necesario? ¿Cómo se presenta esto en la naturaleza? ¿Existe por ejemplo una ley hereditaria por la cual en tiempos de guerra, cuando mueren muchos más hombres jóvenes, nacen más niños que en épocas de paz, en las que llegan más niñas al mundo? ¿Estas leyes de la naturaleza son reconocibles y, si es así, aplicables? Se alojaba en un cuartito parecido a este, una cama, una silla ante una ventana estrecha, se sentaba con la vista sobre un patio trasero con un peral viejo y de tronco imponente que en primavera aún rebosaba de flores. Yo me sentaba en su cama y le oía hablar de la naturaleza, que calcula de un modo que aún está por descubrir, solo hay que ver la habilidad con la que se adaptan las especies. En esa época había iniciado el experimento de deshabitarse a dormir. Había reducido las horas de sueño a cinco, cuatro y

finalmente a dos. Su constitución era verdaderamente robusta. Un día, después de dos semanas, su casera no había logrado despertarlo, tal como él le había encargado. Había caído en un sueño letárgico. Y la mujer, asustada, me llamó a mí. Yo tampoco conseguí liberarlo de los brazos de Morfeo. El párpado derecho se movió un instante y se vio algo azul. Yo estaba en mi primer semestre de medicina así que no tenía ni idea, pero el sentido común me decía que su cuerpo sencillamente estaba recuperando el sueño que se le había negado. Durmió veinte largas horas del tirón. Después de aquello todavía alcanzó cotas heroicas de vigilia que le permitieron absorber y poner en práctica ese montón de materia; visto ahora, yo diría que leer *La batalla por Roma* de joven, a una edad tan sensible, fue su perdición. Este muchacho sediento de conocimientos también estaba poseído por el anhelo de fuerza, vitalidad, de la salud rebosante con la que él había sido bendecido; bebía y vomitaba y pedía otra cerveza, y resulta significativo que más tarde cayera en el otro extremo y abrazara en Zúrich un antialcoholismo estricto. Sin embargo, en las asociaciones estudiantiles de Breslavia bebía como un poseso. En cambio yo, cuando me invitaron a una velada en la que se reclutaría a novatos, pedí un café y nunca más volvieron a llamarme. También se metía enseguida en peleas. Un estudiante con distintivo de la asociación lo había empujado sin querer, o quizá no. En ese tipo de grupos no faltaban los aspirantes dispuestos a batirse en duelo. Él había dicho «¡ea!» con la mejor intención, a lo que el hombre, de su misma estatura, constitución fuerte y dientes grandes y toscos, se interpuso en su camino: ¿Qué ha dicho?

»Y él, el amigo, repitió bonachón: Ea.

»¿Ea? ¿Es que estamos en el circo?

»¿Y qué tiene usted en contra del circo?, respondió enfatizando el “usted”.

»Exijo una reparación, dijo el estudiante, que ya tenía dos cicatrices en la cara, se trataba claramente de un matón.

—¿Matón?

—Alguien que se ha batido en muchos duelos. ¿Reparación? La tendrá, contestó el amigo.

»No en ese mismo momento, sino al día siguiente, cuando volvía a estar sobrio, insistí al amigo para que acabara con ese ridículo incidente mediante una aclaración formal. Podía explicarle que ese “ea” no era una expresión del hipódromo ni del circo. Dile sencillamente que es algo que decís en Pomerania.

»No, replicó él, ese tipo tiene mandíbula de caballo, y a los caballos no se

les da explicaciones.

»Sin duda esa tendencia a la terquedad, al enfrentamiento y a no querer ceder tenía origen en su carácter, pero también en el libro que he mencionado, que leyó cuando estaba en el colegio: *La batalla por Roma*. Sí, la lectura de novelas puede formar, pero también dar pie a la exaltación. Quería enfrentarse. Me batiré en duelo. Recibió clases de esgrima durante una semana. Yo había averiguado que su oponente era efectivamente un matón experimentado, muy hábil en esgrima.

»Se enfrentaron un viernes por la tarde. En la sala de esgrima de la sociedad Marcomannia. Con el lema: *Honestis honorem, fidelibus fidem, violentis vim*.

»Como católico, pues aún no había apostatado, y por mi orientación republicana y más tarde socialista, yo estaba firmemente en contra de los duelos. Beber cerveza hasta caer redondo también me repugnaba. Pero sobre todo temía por el amigo. De aquel matón se decía que en los duelos sin protección había llegado a cortar las orejas y las narices de sus contrincantes. Se derramaría sangre. A mí no me gusta verla. Un motivo —si no el decisivo— por el que dejé la medicina durante el primer semestre clínico y me cambié a economía. Y sobre todo no me gusta ver sangre que se derrama innecesariamente.

»No asistí al duelo. Me lo contaron después y me arrepentí un poco de habérmelo perdido, porque el amigo le cortó la oreja, creo que la izquierda, con una cuarta oblicua ya en el segundo asalto. Los padrinos se arrastraron por el suelo en busca del pedacito de carne. No lo encontraron. Más tarde uno de los padrinos aseguró haber visto un gato en la sala. En fin, historias de las fraternidades.

»En cualquier caso, después de la estocada, el amigo debió de decir “ea”. Su contrincante estaba tan perturbado por la pérdida de la oreja que no oyó la impertinencia. Los padrinos enseguida acordaron que no se había tratado de ningún “ea”, sino de un “venga”. De lo contrario el amigo tendría que haberse enfrentado a otro de los miembros de la hermandad presentes.

»Tenías razón, me dijo después, ha sido una tontería. Pero algunas tonterías hay que hacerlas al menos una vez para saber lo tontas que son.

—Volvamos a la sociedad secreta. ¿Cuál era exactamente el plan de la sociedad Pacific? ¿Qué tenía que ver con el océano?

—Era «Pacific» en sentido de pacífica. La paz mundial. Paz para toda la humanidad. El jardín del Edén. ¿Entiende? Los siete no eran precisamente

humildes. Un resurgimiento, sí, asombroso. Formaron una unión, una unión por una nueva sociedad, una nueva sociedad que debía basarse en la igualdad, en la paz social, en la ciencia y en una nueva cultura más elevada. *Voyage en Icarie*. En 1848, Cabet compró tierras en Estados Unidos junto con sus acólitos y fundó una comuna. Resulta sorprendente que Cabet reconociera tan pronto lo que supondría la industrialización. Que las máquinas conducirían a una reducción del trabajo físico, que al mismo tiempo aumentaría la productividad y con ella, la creación de riqueza. Todo aquello que también había analizado Marx. Solo que en su caso, el factor decisivo de la creación de riqueza era la mano de obra humana. En cambio, para Cabet, las máquinas contribuyen al bienestar, no solo aliviando la carga de trabajo, sino ampliando la producción gracias al ahorro de tiempo, lo que permite un incremento de los productos, es decir, la creación de riqueza, al tiempo que aumenta el tiempo libre.

—[Ininteligible]

—Disculpe, me he perdido un poco en la teoría. Lo único que quería decir era que la jornada laboral en Icaria (y aquí está la idea utópica que se abre paso hacia la realidad) es de solo seis horas. La promesa de ajustar la producción superflua y ciega, que solo responde a los beneficios, a la medida de las necesidades y lograr más tiempo libre mediante una distribución del trabajo justa y más razonable es el *agens* de la teoría icariana. *Agens* en el sentido de...

—Gracias. Ya lo sé, lo que la impulsa, lo que la mueve. En América también nos manejamos con el latín.

—Perdone.

—*Okay*. Pero ¿quiénes dice que eran esos siete?

—Sí. Alfred Ploetz fue nombrado presidente de esa sociedad surgida en torno a siete miembros. Eso ya demuestra que él era la fuerza motriz. Gerhart Hauptmann hacía las veces de ministro de Cultura y Carl Hauptmann, de ministro de Ciencia. Importante: Charles Steinmetz actuaba como ministro de Electricidad y Mecánica, es decir, tecnología. Los demás miembros, o sea, Heinrich Lux, que después sería socialdemócrata, y Ferdinand Simon, más adelante yerno de Bebel, eran ministros sin cartera. Y yo era el único miembro raso. Se repartieron puestos porque la idea era grande, la idea de que debía existir una sociedad en la que se unieran ambos factores, la igualdad social así como el desarrollo y la evolución del ser humano. La empresa habría resultado pueril, una pandilla con delirios de grandeza, si sus

miembros no hubieran adquirido la relevancia histórica que obtendrían más adelante, con consecuencias muy problemáticas, casi catastróficas.

—¿Estos icarianos eran comunistas? [Carraspeo. Después ininteligible.]

—La sociedad icariana es igualitaria. La propiedad privada está abolida. El plano de la capital, Icar, diseñado por Cabet, es estrictamente geométrico. Levantado de acuerdo con un «superplan» que no solo organiza su superficie en un círculo casi completo, sino que también modifica el curso del río para dibujar una línea recta y lo encierra entre dos muros. En el centro de la ciudad, el río se bifurca en dos ramas entre las que queda una isla redonda. Icaria está ordenada de forma simétrica. Todas las calles son rectas y amplias. La ciudad está atravesada por cincuenta vías principales en paralelo al río y cincuenta perpendiculares. Entre las calles hay plazas y, detrás de las casas, jardines cultivados por las familias a las que se asignan. La fauna también tiene su espacio en este estado ideal, los pavos reales lo embellecen con su presencia —el toque exótico permitido por Cabet—, y también hay animales útiles. Aunque lo hermoso de la idea de Cabet es que no se les tortura y se les da toda la libertad posible. Tampoco se les puede explotar o matar de forma innecesaria.

—¿Todo esto no es demasiado, cómo decirlo, pulcro? Vengo de un país de cuadrículas y calles rectas y pienso que las callejuelas, los pasajes, las costanillas, como por ejemplo en Coburgo, dan vida a las poblaciones. A diferencia de la simetría, que siempre tiene algo de aburrido.

—Sin duda. Pero entonces fue una liberación. La amplitud, el derecho a la luz y el aire, eran un contraproyecto en respuesta a las ciudades medievales, cuya sofocante angostura sombría estaba infestada de suciedad y ratas. El plan de Cabet prometía apertura, luz, salud. Claridad tanto en el alma como en la vida. Esto es propio de todas las sociedades utópicas, están comprometidas con lo racional, con el diseño, con las matemáticas. Intentan regular el caos de las inclinaciones personales, de los apetitos, de los afectos impredecibles. El desaliento, el rencor, la mezquindad, todo ello anida en las emociones, impide una vida sensata, propicia una convivencia que conduce una y otra vez al odio y la violencia, tanto entre individuos como entre naciones. La desigualdad de condiciones cuestiona la igualdad que podemos medir, que además se ve perturbada en la sociedad por la vanidad, el afán de notoriedad y el egoísmo. Disculpe, cuando rememoro el pasado tiendo a alterarme. Lo que quiero decir es lo siguiente: Cabet se inspiró en Campanella para escribir que los icarianos no solo quieren «depurar» el reino

animal y vegetal, sino también la esencia biológica del ser humano. Efectivamente, Cabet, al igual que el amigo, también había leído a Tomás Moro y a Tomasso Campanella.

»Le diré que yo entonces ya mostraba cierto escepticismo hacia esa idea de la depuración. Se puede mejorar a una persona mediante la educación, tanto sentimental como intelectual. Pero ¿mediante la cría? La cría implica corrección. Se trata de luchar contra la debilidad y la diferencia, de erradicarlas. Los siete —más adelante llegarían a ser veinte Pacíficos— eran adeptos incondicionales de Darwin. El ser humano no ya como creación de Dios, sino como resultado de una ley natural: la evolución. *The struggle for life*, la lucha por la vida. La selección natural como mecanismo evolutivo. Esta teoría barrió de un plumazo toda la humareda metafísica. No somos un pedazo de barro formado por la mano divina, sino el resultado de la naturaleza. ¿No son sus leyes también aplicables a nosotros y por nosotros, los *homo sapiens* tan conscientes de sí mismos? ¿Es posible hacer correcciones? ¿Y mejoras? Esa idea entusiasmó a muchos en aquella época, también a los Pacíficos y, sí, incluso a mí. Más adelante el amigo creyó haber dado con el secreto para regular el devenir de la sociedad según las leyes de la naturaleza. Tenemos la clave de las leyes naturales en la mano, exclamó. La fórmula universal. Todo es posible. El ser humano podía definirse a sí mismo mediante las ciencias naturales. En Zúrich, cuando estudiaba medicina con August Forel, el médico y estudioso de las hormigas, entraba a menudo en mi habitación precipitadamente y me informaba de los fantásticos avances en la cirugía o la bacteriología. Lo más importante era que la humanidad pronto se libraría de las plagas, de las epidemias, solo las conocería por las leyendas y los cuentos. La difteria, la viruela, el cólera o la sífilis se erradicarían enseguida, así como la tuberculosis, que en esa época se propagaba a una velocidad terrible. Ya seguían la pista a los causantes de aquellos males, así que sus días de terror estaba contados. La esquizofrenia era la única sobre la que no se sabía nada. Sobre las enfermedades mentales en general. Era indignante.

»Su entusiasmo obsesivo quedaba legitimado por su saber, por su dedicación casi sobrehumana. ¡Hay que formar al ser humano para elevarlo! De estudiante, siempre llevaba *La nueva mejora de las costumbres gracias a la comunidad icariana* en el bolsillo de su chaqueta oscura. Un cuadernito fino, estropeado, que reunía las *Doce cartas* —nótese el número doce— de Cabet acerca de la formación y la educación del género humano. Una

comunidad que constituiría la sociedad ideal. Una vida distinta, auténtica, en la que la hermandad y la igualdad procurarían la felicidad de todos. Una comunidad sensible a la discriminación, la explotación, la humillación y la opresión. No es de extrañar que ese entusiasmo se transmitiera a los jóvenes, también a mí; no solo el amigo, también la medicina prometía ayuda para dominar la omnipotencia de la naturaleza. Por eso, y porque así lo deseaba mi padre, tras graduarme en el María Magdalena de Breslavia comencé a estudiar medicina. Sí, también lo quiso así mi padre, que había montado una pequeña fábrica en la que secaba verduras. Esta pasión por las ciencias naturales y la tecnología era desmesurada en Charles Proteus Steinmetz, estudiante de electrotecnia, que también formaba parte de los siete Pacíficos. El secretismo de la sociedad les gustaba al amigo y a todos los demás, y debo reconocer que a mí también. De todos modos no era un simple capricho, el grupo debía reunirse a escondidas porque las leyes antisocialistas de Bismarck prohibían las reuniones críticas con el Estado. El amigo, al que llamábamos maestro, entonces todavía no era ni siquiera doctor, sino estudiante de economía. Todos se consideraban socialistas, pero Steinmetz en concreto había leído mucho a Marx y a Engels. Era como su padre, de baja estatura, tenía joroba pero se movía con agilidad, remaba un poco con los brazos, una cartera en la mano izquierda, parecía que el peso lo había inclinado hacia el suelo poco a poco hasta encorvarle la espalda. Sí, era contrahecho. Steinmetz era un genio de la tecnología y estaba convencido de que los avances científicos, especialmente los técnicos, podían dar lugar a una sociedad más justa, más igualitaria y más pacífica; él también era un trabajador obseso, que más adelante estudiaría las teorías de la corriente alterna e inventaría una conexión que llevaría su nombre para siempre, la conexión Steinmetz. Su aspecto ya debería haber hecho reflexionar al amigo, ese fanático de la salud con cierta inclinación hacia los germanos barbudos y feroces. Ese disparate de *mens sana in corpore sano* que también nos inculcó mi profesor de historia de secundaria, Schaper, al que por cierto habían rechazado en el ejército prusiano por sus exagerados pies planos. Steinmetz refutaba esa manía por la salud con su mera existencia. También con su aspecto, su bonita cabeza repleta de ideas que parecía descansar sobre sus hombros. En cambio Heydrich, permítame el cambio de tema, al que vi en Múnich en una ocasión en una escuela de esgrima, no porque yo luchara, sino porque durante mis vacaciones forzosas me destinaron allí como personal de limpieza bajo vigilancia y debía limpiar del suelo, o pista, el sudor de los

valientes, los fuertes; Heydrich, como decía, que entonces era vicepresidente de la Policía de Baviera, era un hombre extremadamente sano y deportista, espigado, pero ¿puede decirse que su mente fuera sana? Sin duda lo era en tanto que se le daba bien organizar y calcular, pero ¿acaso no debemos exigir más al intelecto que las habilidades calculatorias y organizativas? Ese espíritu destructivo, fundamentalmente malvado, esos delirios de superioridad —se le traba a uno la lengua—, ¿no son expresión de un trastorno mental? ¿No debería exigirse empatía, provechosa para el ser humano, al que aporta alivio y crecimiento? Y además a todos por igual. Precisamente eso era lo que lograba Steinmetz, aquel hombre de inspiración técnica, tanto en su faceta de ingeniero con sus inventos como en la de socialista con su labor política en la comunidad, un ser humano sano de verdad por ser filántropo, afectuoso, altruista, educado en la comunidad mosaica. Emigró a Estados Unidos antes de que los pardos se hicieran con el poder.

»Lo cierto es que Ploetz no tenía absolutamente nada en contra de los judíos cuando comenzó a trabajar. Al contrario, creía que pertenecían a la raza aria, que eran una rama perdida en la migración de pueblo ario, y consideraba que los israelitas eran especialmente inteligentes. Intentaba explicarlo desde la teoría darwiniana del entorno: debido a sus largas migraciones, habían desarrollado una capacidad extraordinaria de adaptación, como demostraba su don para aprender idiomas rápidamente y emplearlos con habilidad. Eso a su vez había estimulado su imaginación, ya que esas experiencias variadas con pueblos distintos propician de forma natural la narración y las migraciones le confieren un carácter vivo y diferenciado, lo que da pie a la exageración, al engaño, incluso a la mentira piadosa. Los campesinos y los pueblerinos no necesitan imaginación. No tienen que inventar historias para explicarse el mundo. La diversidad de pensamiento de los judíos equivale a la simpleza de los sedentarios. Y es asombroso que hayan logrado mantener la cohesión a lo largo de los milenios. Esas palabras salían de su boca, aunque más tarde ya no, un cambio que también afectó a nuestra amistad. Entonces consideraba que el cruce entre distintos pueblos contribuía de forma importante al progreso de la especie humana. Esa idea también se transformaría en una noción de la singularidad y de la homogeneidad que yo jamás lograría comprender. Lo nórdico. Un concepto de lo ario derivado de la lingüística romántica. Un ideal físico que se tomaba prestado de la estética clásica: la simetría. Johann Joachim Winckelmann, que elevó a la categoría de norma el rostro de los dioses griegos. La frente alta y

vertical, la nariz recta. Los ojos azules que reflejan el cielo.

»Ella, la hermosa griega, no tenía los ojos azules ni el pelo rubio, no encajaba en el concepto de la raza nórdica, la de las vikingas y las germanas, esas mujeres gigantes de cabello pajizo trenzado.

»Usted la ha conocido, si bien ya de mayor, ha encogido un poco, ha adquirido cierta corpulencia, aunque antes ya resultara imponente en la ropa reformista que ella misma diseñaba, pero sigue teniendo los mismos piecitos diminutos. Antes su melena era densa y oscura, un castaño profundo que tendía al rojo. Véala en esta foto, la nariz expresiva y bien formada, pero sobre todo sus ojos, marrones oscuros, de brillo incluso negro, la mirada inmóvil, así permanecía ante el caballete o la mesa de trabajo cuando modelaba barro, por ejemplo el león que ve sobre ese armario, saltando, más bien a punto de saltar, esa energía que se liberará en forma de tensión externa para vencer la fuerza de la gravedad que nos arrastra hacia abajo. Lo hizo fundir en bronce. ¿Llega usted? Cuidado, pesa mucho. Sí, ha cogido algo de polvo. Un regalo por mi cuadragésimo cumpleaños.

Molly

Hansen condujo hasta un puesto en la Arcisstraße. El antiguo Führerbau albergaba también el Central Collecting Point para las obras de arte robadas. Ya durante la guerra, la *gauleitung* había almacenado obras de arte requisadas de los territorios ocupados en el sótano antiaéreo —todos los edificios nuevos se habían diseñado pensando en la guerra—. La noche antes de que los americanos entraran en la ciudad, los alemanes habían saqueado la colección. Seguramente altos funcionarios del Partido. Seiscientos cuadros, la mayoría holandeses de la Edad de Oro, desaparecieron de la noche a la mañana literalmente.

Leo Alexander, que quería hablar con él, aún no había llegado. Hansen cruzó la Königsplatz, con sus tres edificios neoclásicos, que le había valido a la ciudad el sobrenombre de «la Atenas del Isar». Su profesor de St. Louis le había aconsejado que visitara uno de ellos, la Gliptoteca, en caso de que siguiera en pie.

- 13 de junio -

La Gliptoteca destruida. Las estatuas antiguas, los sarcófagos, se pusieron a salvo. He escalado los escombros, he recorrido las salas, los muros, frescos en las paredes, sobre ellas el cielo. Así me imagino las ruinas de la Antigua Roma. La Domus Aurea.

En un parquecito cercano una mujer mayor alimentaba a las palomas. Partía con cuidado pedacitos de pan y se los lanzaba a los pájaros. De vez en cuando se metía un trocito en la boca.

No puede tener mucha hambre, he pensado. Pero es una mentalidad corta de miras. ¿No es grandioso compartir con la fauna lo poco que se tiene? La palabra «fauna» es como nueva. Nunca la había necesitado y puede que venga de mi infancia.

Ernst Bloch. *Huellas*: «Ya que el serrucho tampoco vierte una opinión

más precisa del árbol, únicamente una más amueblada».

Hansen regresó al Führerbau y lo llamaron al despacho del profesor Alexander. Este estaba sentado a un escritorio macizo envuelto en el humo de un puro, bienvenido, le gritó a Hansen, lo que ve aquí es el escritorio del Führer y su silla, de lo más incómoda, se lo digo yo, no me extraña que el tipo nunca se leyera los informes. Probablemente se debía a esa vagancia de la bohemia vienesa de la que no se zafaba el Führer del Reich alemán. Alexander le ofreció un puro. Hansen le dijo que, a pesar de que fumaba cigarrillos, aquella vez en el coche había sido el puro lo que lo había mareado. Antes incluso de escuchar al tal Hallervorden.

Querido Michael, es usted demasiado educado. Tendría que haberme dicho que no. Leo Alexander comenzó a encenderse el cigarro con un mechero de gas, girándolo cuidadosamente. Freud también disfrutaba de sus puros. Sin segundas intenciones. La expresión «segundas intenciones» resume toda la teoría de la represión. Hitler, como ya sabemos, era abiertamente no fumador. No bebía, no fumaba, un burgués, inteligente, con una gran fuerza de voluntad y una capacidad de destrucción inconcebible. Permanecieron sentados juntos un instante, y el silencio junto al profesor, aún joven y de aspecto pensativo, no resultó en absoluto incómodo. Alexander le preguntó por el higienista racial y por su archivo. ¿Cuánto había avanzado Hansen con sus preguntas?

Hansen le respondió que había ordenado sellar el archivo. Llevaba tres sesiones con el testigo, Wagner, el hombre tenía ochenta y un años, la reclusión en el campo de Dachau lo había debilitado, antes de eso también lo habían maltratado. Solo podía entrevistarle durante un tiempo limitado. Pero tiene la mente despejada y una buena memoria. Una vida asombrosa.

Tómese su tiempo, dijo Leo Alexander, no hay prisa.

Hansen insistió en que no era su campo.

Lo sé. Lo sabemos todos. No debe usted evaluar los resultados científicos del hombre. Eso ya lo harán otros. Queremos saber cómo pasó ese tal Ploetz de ser comunista a fundar la higiene racial. No necesita conocimientos médicos para plantear esas preguntas. Lo que movía a esa gente, ese furor científico por la mejora y al mismo tiempo por la homogenización, eliminar lo distinto, lo que no se considera normal, lo que no es efectivo, eso también lo encontrará entre nosotros, pero ¿cómo se alcanzó aquí semejante

perfección homicida? La comunión entre los delirios medievales y la tecnología racional. Como en aquel caso del catedrático atemorizado, dijo Alexander, se echó a reír, lanzó un círculo perfecto de humo al aire, lo miró alejarse sacudiendo la cabeza, el profesor Loeffler, al que había ayudado a interrogar, declaró que defender la verdad científica era arriesgado. Escuche lo que escribió Julius Streicher, *gauleiter* de Franconia y editor del *Stürmer*, en su publicación *Salud para el pueblo alemán mediante sangre y suelo*: «Los iniciados siempre sabrán que: 1. La “proteína ajena” es el semen de un hombre de otra raza. Durante el coito, la matriz femenina absorbe total o parcialmente el semen masculino, que pasa así a la sangre. Un único acto carnal de un judío con una mujer aria basta para envenenar la sangre de ella para siempre. Con la “proteína ajena” también ha recibido el alma ajena. Aunque se case con un hombre ario, jamás podrá tener hijos arios puros, solo bastardos en cuya sangre habitarán dos almas y cuyo aspecto físico denotará la raza mixta. ¡El causante y beneficiado de ese acto encubierto es el judío! Él conoce los secretos de la cuestión racial desde hace siglos y persigue el plan de exterminar a todos los pueblos superiores a él. La ciencia y las “autoridades” son los instrumentos de los que se vale para imponer falsos conocimientos y ocultar la verdad...».

Según Loeffler, esta definición descartaba cualquier contradicción científica ya que la contradicción se consideraba judía, de manera que lo absurdo no podía tacharse de absurdo. Él lo había hecho de todos modos aprovechando un informe de paternidad en el que la mujer de un judío, que tenía dos hijos, también había intimado con un ario, ya me entiende, dijo Loeffler, y había tenido un hijo que, según la definición de Streicher, también debía ser judío. Él, Loeffler, había demostrado detalladamente en su informe que la argumentación de Streicher no se sostenía.

Alguien le filtró el informe a Streicher, que se enfureció: «Si ese joven impertinente estuviera aquí, lo molería a palos».

Según el profesor Loeffler, la situación se volvió peligrosa para él, miembros del NSDAP y de las SS se distanciaron, sus amigos le hicieron el vacío, sus compañeros cambiaban de acera al verlo venir. Se acabaron las invitaciones. Sufrió acoso. Un conocido que no desea ser nombrado me llevó a un aparte para contarme que la Oficina Racial estaba investigando si había sangre judía entre mis antepasados. De pronto se cuestionó por qué escribía Loeffler, un apellido profundamente alemán, con «oe» en lugar de con «ö». La sospecha de que era descendiente judío. Rumores. Suposiciones acerca de

cuánto habría costado cambiar la «ö» por el «oe». Se revisaron los registros parroquiales. En la universidad no rendía. Los doctorandos se excusaban. Por otro lado hubo unos pocos colegas que cumplieron su deber para con la verdad científica al decir que la tesis de la infiltración proteínica no se sostenía. Finalmente el doctor Groß, director de la Oficina de Política Racial, al comprender que de pronto toda la teoría racial estaba siendo cuestionada, lo invitó a un debate.

Este tuvo lugar en la villa del *gauleiter* Streicher y en presencia de su escolta, sus dogos alemanes y dos pálidos catedráticos. Loeffler dijo que se había preparado bien y que nada más empezar había dirigido la conversación hacia el problema de las vacunas, que tanto Streicher como Himmler rechazaban de pleno, y acto seguido hacía citado al doctor Grawitz, médico de las SS, que había dicho ante Hitler: Si una vez iniciada la guerra alguien se pronunciara en contra de las vacunas, yo lo haría ejecutar de inmediato.

Streicher agitó la fusta y deseó que Grawitz estuviese allí.

¿Se sabe qué fue del doctor Grawitz?

Loeffler no lo sabía. Pero yo sí que lo sé, dijo Alexander, suicidio, el médico se pegó un tiro en abril.

¿Cómo hemos llegado a esto, a culpar de todo a la herencia genética?

El comandante Alexander se subió a un jeep que esperaba delante del Führerbau. Hansen esperó a que el coche hubiera desaparecido envuelto en una nube de humo y después se sentó en su descapotable confiscado azul oscuro, condujo con la capota bajada por la Barerstraße prácticamente a velocidad de paso, observó a la gente en la calle, la mayoría mujeres, un par de niños, ancianos, mutilados, hombres con muletas, un joven con el brazo amputado, tenían aspecto gris, gris y andrajoso, esa era la imagen habitual, por eso le llamó la atención la joven con el luminoso vestido rojo floreado, calcetines blancos enrollados y zapatos resistentes, caminaba acelerada con una bolsa en cada mano y una mochila a la espalda. La carga debía de ser pesada ya que iba muy inclinada hacia delante, se había atado un pañuelo azul al pelo rubio, que parecía revuelto por el viento. Era insólito que llevara gafas de sol. La prohibición de confraternizar no se había levantado de manera oficial, pero ya se podía hablar con niños y recientemente también con mujeres, aunque no podían mostrarse en público agarrados o abrazados a ellas. Eso también cambiará enseguida, pensó Hansen al pasar despacio junto

a ella y, tras dudar un instante, se detuvo. La vio acercarse por el retrovisor. Cuando estaba junto al coche, se dirigió a ella: Puedo llevarla un trecho. Ella lo miró, al volante y de uniforme, por encima de sus gafas de sol con cristales redondos y opacos.

Dejó las bolsas en el asiento trasero, se quitó la mochila, explicó que dentro había briquetas, preguntó si no sería mejor que la pusiera en el maletero. Él se bajó, abrió el guardamaletas, le cogió la mochila y se sorprendió al comprobar cuánto pesaba.

No parecía que llevara tanto peso. ¿Adónde va?

To the Feilitzschstraße, please. Al parecer quería demostrarle que dominaba el inglés, un inglés escolar lento y correcto con una «th» exagerada. Acto seguido pasó al alemán y le contó que era de Berlín, que había huido de los rusos justo a tiempo. El niño y una maleta, eso era lo que le había quedado. La casa de Berlín, destruida. Le dio indicaciones a través de Schwabing hasta un edificio de cuatro plantas, seguramente construido a finales del siglo XIX, situado junto a los escombros de otra casa bombardeada. Escaleras que conducían al cielo, una pared cortafuegos con las chimeneas. Ni árboles ni arbustos.

¿En qué piso vive?

En el segundo.

Él se ofreció a subir las briquetas. Ella vaciló pero después asintió.

Una vivienda de tres habitaciones, un pasillo, una cocina. Allí vivían siete adultos y tres niños. Ella se había instalado en lo que seguramente había sido el cuarto del servicio. Dentro había una estufita de hierro cuya salida de humo atravesaba la ventana por un agujero abierto en el cristal. Un armario ropero, una cama sobre un armazón metálico, una silla. Le preguntó si quería té, café no tenía. Él se sentó a pesar de que estaba prohibido visitar a alemanes en sus casas, la oyó trastear en la cocina, oyó voces, de mujeres, de niños. Entonces regresó con la tetera, es prestada, dijo. No había azúcar pero sí edulcorante. Ella se sentó en la cama y él le miró las piernas morenas con los calcetines blancos enrollados, sus brazos bajo las mangas cortas, los pechos cubiertos de amapolas, pero sobre todo esa media melena rubia indomable. No pensó en Catherine, pensó un instante en Sarah, pero solo un instante, y después le preguntó por su nombre. Maria. Pero todos me llaman Molly, aunque no suene muy alemán. A los pardos no les gustaba el nombre, por eso lo había escogido. Una no puede elegir su nombre, pero sí corregirlo. Estaba sentada frente a él y lo miraba fría y distante. ¿Profesión? Había estudiado historia del

arte. No sirve para nada. Me buscaré algo, montaré un negocio. Él quiso saber más pero ella respondió que no quería hablar del tema.

¿Y su hijo?

El chico estaba en Braunschweig, con sus suegros.

¿Querría visitar con él una de aquellas iglesias barrocas del campo algún día?

¿Por qué no?

La respuesta fue fría, imparcial. Y en sus palabras resonaba también la posibilidad del no.

Entonces él se marchó, pero con el propósito de regresar.

Una vez en la casa del lago, vio a George entre la maleza. Hansen pensó que estaba meando y quiso pasar de largo, pero George le hizo señas para que se acercara en silencio, señaló el follaje de un árbol. Hansen no vio nada interesante. *Ahí*, dijo George, *mira, por ahí vuela, a penduline tit*. Le tendió los prismáticos, señaló un sauce, *fantástico, ahí está su nido*. Le habló del complicado nido en forma de bolsa que tardaba en construirse unos treinta días de duro trabajo, y le hizo mirar por los prismáticos, del sauce colgaba algo marrón, como un saco, le explicó que esos pajaritos arrancaban tiras de las hojas de los juncos para utilizarlas como cuerdas y las rellenaban con semillas de álamo y sauce, pequeñas maravillas, y entretanto preguntaba: *¿Lo oyes?* Aquella melodía. Pero Hansen primero debía aprender a escuchar. Solo percibía un trino, y más tarde buscó en el diccionario: *grey penduline tit*: moscón europeo m. *Anthoscopus caroli*.

George también quiso enseñarle el *wren*, detrás, en un pequeño estanque empantanado. El ave más pequeña, le explicó, plumaje superior castaño claro, ceja marcada encima del ojo y cola erguida, además se relaciona con varias hembras durante el periodo de incubación así que debería convertirse en nuestro animal heráldico. Con su entusiasta descripción obligó a Hansen a acompañarlo al estanque cubierto de juncos, en el que antes seguramente vivían carpas, *mira, ese pajarito. The wren*. Le pasó los prismáticos. La pequeña ave saltaba de aquí allá por una valla de madera rota y la malla metálica que colgaba de ella. *El rey de las vallas*.

Hansen estaba impresionado.

Esos nombres de aves que él debía consultar una y otra vez en su diccionario porque no conocía su traducción. Moscón y *penduline tit*. Por

supuesto que conocía el ruiseñor, esos eran los nombres más conocidos, el mirlo, *el blackbird*, en su casa jamás habían mencionado al moscón pero sí el chochín, que se deslizaba como una sombra desde su infancia, quizá aparecía en los cuentos de los Grimm que solía leerle su madre. Un pájaro tan asombroso como el reclamo del macho, no suele oírse a la hembra, y cuando se escucha, su trino es suave, pero el del macho: *tzick, tzick, tzick*, después un gorjeo y acto seguido desde arriba, al acecho, su canto. En alemán se llamaba *Zaunkönig*, el rey de las vallas, un nombre mucho más elocuente.

Azuzado por la pasión ornitológica de George, Hansen se había familiarizado un poco con los sonidos de las aves y sus nombres. Ese canto, *ese milagro de la creación*, «*When Jenny Wren was young*»; un canto estructurado como una pequeña sinfonía: introducción - variación de trinos - tonos intermedios - variación de trinos - redoble final, todo aquello salía de aquel chiquitín.

Decía George que ahí residía el milagro de la creación. Que quizá Darwin tuviera razón, pero lo que había que conservar era precisamente la posibilidad de que se desarrollara aquello que después se disfrutaba con el oído.

Cuéntaselo al idiota de tu eugenista.

Está muerto.

Lo sé, pero díselo de todos modos.

- 15 de junio -

El anticuario. Su narración tranquila. Observándolo más de cerca: la cicatriz que asoma de su cabello gris todavía denso y se funde con un pliegue de la frente. La barba gris un poco recortada. El rostro arrugado. Transmite dolor y tenacidad. La frente: arrugas onduladas y tres pliegues verticales entre las cejas. Puedo observarlo porque a menudo cierra los ojos para hablar, a veces los aprieta, pero se mueven bajo los párpados como si buscara algo o leyera de una hoja. Una memoria asombrosa.

Día 4

—¿Puedo preguntarle por qué habla un perfecto alemán?

—Lo hablábamos en casa. Y más tarde lo estudié en la universidad. En St. Louis, con un emigrante, un catedrático de Viena que huyó en 1938.

—Sí, para los judíos la catástrofe llegó allí de un día para otro. Aquí, en Alemania, se les había ido acostumbrando a la privación de derechos. Si se me permite ser así de cínico. Aquí fue un proceso lento pero continuado, lo llamaron toma de poder, o más dramáticamente: sublevación nacional. Primero encerraron a los comunistas y los socialdemócratas, campos de prisión preventiva, una de esas palabras mentirosas, le podría recitar unas cuantas; después se amplió a todos los espíritus críticos, y finalmente y de forma sistemática contra los judíos y los gitanos. Sin embargo en Austria la entrada de las tropas alemanas los convirtió en ciudadanos de segunda de la noche a la mañana.

—Tras el *Anschluss*, como se le llamó, lo expulsaron inmediatamente de la enseñanza, lo desahucieron, el estanquero que siempre lo saludaba dejó de venderle el periódico. Hizo las maletas, se puso su medalla de herido de la batalla de Isonzo y huyó por Checoslovaquia y París hasta Estados Unidos.

—¿Qué edad tenía usted cuando llegó a Nueva York?

—Doce.

—¿Tuvo nostalgia?

—No, no exactamente. Fue una aventura. Empezando por la travesía en barco. Mi madre, mi hermana, dos años mayor, y yo ocupábamos un camarote. Pagado por padre. No, yo me apostaba en la barandilla y contemplaba las olas, los peces, vi ballenas dos veces, expulsando chorros de agua. Delfines. Tenía ganas de llegar a América, donde padre nos esperaba. Correteaba por el vapor todo lo que me estaba permitido. Había tanto que ver, tanto que admirar. Y por la noche, me dejaron quedarme despierto, llegamos a Nueva York. Una montaña de luz, maravillosa, como una promesa de lo que estaba por llegar. No, no sentí nostalgia. Teníamos el idioma, ese seguía

siendo nuestro hogar. Pero mi hermana sufrió. Mucho. Echaba de menos a sus amigas, sí. Pero quería usted hablarme del león.

—Cierto. Este león de bronce. Un regalo que me hizo mientras yo trabajaba en el discurso para Bebel. No le interesaba la política. Pero era muy sensible a la humillación en las personas. El discurso para Bebel era un borrador que rechazaba por principio la compra de colonias debido al sometimiento de los pueblos nativos. Mi propuesta no se tomó en consideración, pero sí otra que tenía por objetivo que los socialdemócratas apoyaran la labor civilizadora en las colonias.

»En sus visitas ocasionales había sido testigo de mis emociones, el enfado, el disgusto, la indignación. La brutalidad inconcebible de las tropas coloniales alemanas, desplegada en 1904 para sofocar la revuelta de la colonia Sudoeste. Los alemanes, que supuestamente querían extender la civilización y la cultura, eran los auténticos salvajes, no los herero ni los nama. Ellos defendían su libertad, su humanidad contra los blancos asalvajados cuyo dominio descontrolado los había embrutecido. Esto sucedía en todas las colonias europeas. Los herero y los nama se habían rebelado porque violaban a sus mujeres y porque los honorables comerciantes como Lüderitz los engañaban en la compraventa de tierras.

»En 1889, Bebel ya había declarado lo siguiente en el Parlamento: “En el fondo, la esencia de toda política colonial es la explotación de una población extranjera elevada a la máxima potencia”. Para su próximo discurso en la cámara yo había redactado una aguda propuesta que desenmascaraba las auténticas estructuras de explotación y maltrato, pero entonces llegaron los compañeros de la facción de derechas y lo tacharon de irresponsabilidad porque perjudicaba a los trabajadores alemanes en la batalla comercial mundial. Decían que los alemanes también necesitaban colonias. Y mencionaron la labor cultural de los trabajadores alemanes. Había que llevar la civilización, es decir, el orden, el deber y la puntualidad, a aquellas personas que todavía correteaban desnudas por ahí, que no sabían leer ni escribir. Y quien no trabajara recibiría un número determinado de golpes.

»Yo defendí a los sublevados y me enfrenté a los compañeros de la facción derecha. Ellos pensaban en los trabajadores de corte nacionalista, en los votantes. Los burgueses hablaban de una guerra racial en la que una nación o la otra acabaría sometida. Se decía que los africanos eran una rama subdesarrollada en la historia del *homo sapiens*, que estaban condenados a extinguirse en la lucha natural por la existencia. Menor capacidad de

adaptación, menor inteligencia, pero a cambio ágiles en sus movimientos, al bailar, y sobre todo un instinto de reproducción desmedido similar al de los animales. Ploetz también pensaba así. Por eso podía acelerarse un poco el proceso de selección; en interés de los afectados, por así decirlo. Al fin y al cabo estaban haciendo un favor a los indígenas al no dejarles extinguirse lentamente, puede que durante generaciones, sino acabando rápido con ellos, es decir, matándolos a tiros o de hambre. Mire lo que sucedió en el Congo, donde se asesinaron a cientos de miles de ellos. O en el desierto de Omaheke, en el África del Sudoeste Alemana. El odio del hombre blanco, del alemán, del belga, del francés, encontró en esta gente aquello que la civilización le había arrebatado: amabilidad, altruismo, paciencia y auxilio mutuo, una de las virtudes de esa cultura tan cercana a la naturaleza, de la que no abusaban...

—[Ininteligible]

—Sí, claro que se producían entre ellos robos de ganado y disputas, homicidios y asesinatos. Pero no mostraban ese odio, ese desprecio, esa voluntad sistemática de matar. También lo ha visto en su país, en Estados Unidos. Los negros no son sus hermanos y hermanas. No son iguales. Por eso existe esa separación radical en la sociedad que observé cuando estuve allí. ¿O acaso ha cambiado?

—No, en el norte, donde vivimos nosotros, no es tan exagerado como en los estados del sur. Yo creo que está cambiando. Poco a poco. Da la impresión de que los propios negros tampoco tienen demasiado interés en la responsabilidad.

—No, se los aparta de ella. Se los oprime. Kropotkin desarrolló un concepto muy distinto de las personas y los animales en la historia de la evolución: *El apoyo mutuo*. Landauer tradujo la obra. Estos dos hombres se situaban en las antípodas de los darwinistas, los eugenistas, los criadores del *übermensch*, que situaban la lucha por la supervivencia en el centro de su pensamiento.

»Gracias a Landauer...

—¿Quién era?

—Landauer. No lo conoce. No me sorprende. Fue olvidado. Lo mataron. Y también mataron su recuerdo. Lo asesinaron. Una persona asombrosa. Lo conocí en el Congreso Socialista de Zúrich en 1893, al que había acudido como representante de los socialistas independientes pero en el que después no pudo participar, como les sucedió a todos los mandatarios anarquistas. Un

hombre elegante, de cabello largo, rostro espiritual, inteligentes ojos gris verdoso. Los socialistas independientes fueron desterrados a un pequeño local comunitario. Me sumergí en la densa niebla azul, humo de pipa y puro, nada de buenas marcas cubanas sino una mezcla barata, combinado con el olor a cerveza y a aguardiente. Interesante, ya que los reunidos eran abstemios en su mayoría. Debieron de sufrir, tanto los no fumadores convencidos como los vegetarianos, así como los que comían aquello que los animales y las plantas entregaban libremente. Sin duda era extravagante, pero siempre me han atraído las posturas pacifistas radicales, quizá porque yo mismo nunca habría sido capaz de adoptarlas debido a una profunda inseguridad. No tenía la energía que esos fanáticos inyectaban en sus convicciones, esa desconsideración hacia sí mismos y hacia las opiniones de otros. Me había afiliado al Partido Socialdemócrata pero siempre albergaba alguna duda. No sé si sabe a qué me refiero.

—[Ininteligible]

—Me alegro. Gracias. También debo decir que en la época del congreso yo tenía veintinueve años, y en esa asamblea de anarquistas había muchas mujeres. Muchas estudiantes extranjeras, la mayoría rusas. Aristócratas. Jóvenes preciosas. No por su aspecto a la moda, sino por su tenacidad. Sé que soy un soñador, y es propio de los soñadores postergar la acción, al menos en mi caso.

—Quería hablarme de Landauer.

—En ese local de Zúrich, cuyo nombre no recuerdo, pronunció un discurso en el que se manifestaba en contra de cualquier tipo de autoridad, en contra del Estado y en contra de los partidos políticos. Expuso su teoría de la libertad incondicional del individuo, que se alcanzaría eliminando las organizaciones. Es decir, prácticamente lo contrario de lo que buscaban los socialdemócratas. Según ellos: solo juntos somos fuertes. Organización. Obediencia a la línea del partido.

»Al igual que mi antiguo amigo, Landauer desprendía un aura profética. Ambos resultaban sugestivos cuando hablaban. Solo que el discurso de Landauer era más tranquilo, más amable, también contenía más preguntas. Sí, al final de muchas de sus frases se intuía un signo de interrogación dirigido tanto al orador como al público. No se trataba de un recurso retórico sino enfático, de manera que tanto uno como los otros se sintieran interpelados. Con Ploetz no era así. Él proclamaba leyes. Las leyes de la naturaleza. El discurso de Landauer era casi como una guirnalda, mucho más poético,

gráfico, espiritual, no tan sometido a la racionalidad científica. Este en cambio decía: “de esto se deduce”, “eso resulta necesariamente en”, “esto excluye que”. El discurso de Landauer iba precisamente en contra del restrictivo método científico, contra su necesaria limitación al hecho y a sus consecuencias, contra el pensamiento puramente práctico. Permítame leerle una frase, ya que en su texto aún me parece oír su voz: “Por eso, vinculado de forma indisoluble con el cristianismo como religión popular está el relato del hijo de los hombres, único y especial, que era hijo de Dios y personificaba al ser humano y a Dios, y además el cielo rebosaba de multitud de ángeles, y la tierra, de salvadores y santos, ascetas y ermitaños, que ya en vida alcanzaban, como los iluminados indios, la inmaterialidad y la incorporeidad, y así la plena satisfacción, y de este modo, más allá del gran vacío, la plenitud de lo inefable y la comunión con Dios. Con su pureza, envuelta y protegida por el abrigo de las leyendas, atraviesa esotérica los tiempos la enseñanza de que las personas se convierten en Dios y se sumergen sin espacio ni tiempo en el abismo de los principios, cuando devienen en espiritualidad”.

»Palabras mesiánicas. La cita es de su obra *La revolución*. Tras su discurso sobre la transformación no violenta de la sociedad, lo abordé. Tuve que esperar bastante, estaba rodeado de mujeres jóvenes, estudiantes rusas, de algunas incluso se habría podido decir que eran niñas. Una de ellas, Olga, una revolucionaria huida de la policía del zar, lo asediaba con preguntas: ¿Cómo puede hacerse la revolución renunciando uno mismo a la violencia si la policía y el ejército la ejercen sin miramientos y reprimen la libertad de expresión, si se encarcela a personas por hacer preguntas críticas? ¿Cómo instruir a campesinos y obreros? ¿Cómo pueden defenderse de los opresores? ¿Existe el derecho a la violencia cuando los compañeros son torturados y encarcelados? ¿No debemos intentar marcar los límites a los poderosos, como sucedió con el zar Alejandro II, que se libró por poco de la primera bomba que le lanzó un estudiante? El zar se bajó del trineo, examinó los daños en el vehículo, dijo: Menos mal. Dios me ha protegido. El joven terrorista, que se había entregado de inmediato, exclamó: ¡No cante victoria demasiado pronto! El zar se subió al trineo, prosiguió su camino, y una segunda bomba lo mató en el siguiente cruce.

»Landauer la escuchaba asintiendo ligeramente con la cabeza, un gesto que debía indicarle que siguiera preguntando sin miedo. Y respondía que debía haber una vía pacífica. Había que convencer a las personas, hacerles ver que eran ellas mismas las que generaban la violencia y la dominación. Si

nos negamos a pequeña escala, cualquier potencia se derrumba como un coloso bajo su propio peso desmesurado. Algo después lo tuve delante y le conté mi experiencia en la comunidad icariana.

—¿Cuándo visitó la comunidad? ¿Cuándo estuvo en Estados Unidos?

—Sí, tiene razón. Me he adelantado un poco. El viaje a Icaria.

»En marzo de 1884, el amigo y yo emprendimos el viaje hacia el Nuevo Mundo. Antes de eso había escrito cartas, había visitado a amigos, y a amigos de amigos y conocidos, y con ese don de la persuasión tan propio de él les había presentado la idea de establecer un núcleo comunista en el Nuevo Mundo. Había trazado planes, había consultado atlas, había mejorado su inglés leyendo de forma intensiva y aprendiendo vocabulario, había escrito cartas a agencias de compraventa de terrenos. Según su plan, la parcela debía comprarla la Northern Pacific Railway, una sociedad que concedía créditos a largo plazo a los colonos. Para el capital inicial, cada colono aportaría unos 1.500 marcos. Quien dispusiera de más dinero tendría que adelantárselo a aquellos a los que les faltaba, y así comenzar a compartir con los demás. Se fundó la sociedad Pacific. La aportación de entrada: al menos 200 marcos, una gran cantidad de dinero, con ello se pagarían los planes y los preparativos. Aparte de Steinmetz y de mí, nadie disponía de esa suma. Así que las esposas de los hermanos Hauptmann tuvieron que intervenir de nuevo. Adelantaron el dinero a cambio de una garantía. En caso de que el proyecto fracasara, cada miembro devolvería el importe en doce años. Si salía adelante, la cooperativa se haría cargo de la devolución.

—[Ininteligible]

—Sí, el dinero provenía de la dote de los tres hermanos Hauptmann. Me estoy repitiendo, como en el cuento: érase una vez tres hermanos, Georg, Carl y Gerhart, que conocieron a tres hermanas, cuyo padre, un rico comerciante, acababa de morir y había dejado a las hijas, cinco en total, una herencia considerable de la que podían disponer a su antojo. El padre había estipulado en vida que solo un hombre con unos ingresos mínimos de 6.000 marcos podría pedir la mano de sus hijas. Era mucho dinero. Pero entonces el padre murió repentinamente y las hijas lo heredaron todo, eran libres, y los tres pobretones Hauptmann les pidieron en matrimonio, se abandonaron a una vida despreocupada, compraron casas, trazaron planes, viajaron a Roma, a Málaga, a Capri. Ellas aseguraban: son matrimonios por amor. Quizá lo fueron, al principio. Érase una vez tres jóvenes con grandes metas: el primero, Georg, quería levantar un imperio comercial de ultramar con té, café

y especias, comparable al menos con el de los Fugger; el segundo, Carl, quería ser filósofo y escritor y componer una gran obra literaria y científica; el tercero, Gerhart, primero quiso ser escultor, después escritor y dramaturgo, emular a Goethe, al que intentó parecerse afeitándose el flequillo, vistiendo largas levitas anticuadas, chalinas, y presentando un aspecto serio, hasta que por fin lo consiguió, décadas después. Entonces no eran más que jóvenes, y como decía mi madre, que conoció a los tres en Breslavia y tenía buen olfato para la gente, tenían muchos pájaros en la cabeza. Una imagen que quizá solo resultara adecuada para el pequeño, que quería viajar de un continente a otro. En cualquier caso eran gente llena de vida, lo vi con mis propios ojos, las mujeres, jóvenes, con tres hombres que se lanzaban al mundo repletos de grandes esperanzas. Para los hermanos fue la suerte de su vida. No así para las tres hermanas.

»Los tres quisieron involucrarse en el proyecto Icaria. En el caso de Carl y de Gerhart no era cuestión de lucro. Aunque con Carl nunca se sabía. Se daría cuenta de que mantengo cierta distancia hacia él. Un hombre faunescos, esa perillita, dos verrugas dobles en los pliegues de la nariz a la boca, los ojos de chivo. Al acercarse a él, olía a animal. Georg, el comerciante, también había ofrecido dinero. En su caso sin duda con la prosaica intención de obtener grandes beneficios. Al igual que a sus hermanos, no se le podían negar unos delirios de grandeza considerables. Georg acariciaba la idea de levantar un emporio del café. Comprarlos en Brasil, directamente, variedades seleccionadas, importarlos a Alemania, a Hamburgo, tostarlos y molerlos allí, Hauptmann-Caffée, un guiño a la fijación de los alemanes por lo militar gracias a que su apellido significaba “capitán”, e insistía en las dos “es”, para después servirlos recién hechos en grandes cafeterías, Hauptmann-Caffées. La idea rayaba en la gigantomanía, en detrimento del disfrute del café, que más bien invita a los espacios compartidos, pequeños y confortables. De hecho, fracasaría en su empresa.

—¿Así que Icaria sería un emplazamiento comercial?

—También. Madera y cereal. Pero lo importante era la forma de convivencia. Según Cabet, nadie sería más feliz que los otros pero nadie vería tampoco a otro más feliz que él mismo.

—Eso ya es mucho.

—Sí. Sin duda. El amigo decía que quería reconocer el terreno, y la elección de las palabras ya permitía entrever un plan de inspiración militar. Primero analizar las circunstancias in situ y después enviar al comerciante, de

nombre Schammel (con el viaje pagado por las novias), a comprobar que se daban las condiciones para el comercio de cereal y madera. Entretanto, los demás miembros de la sociedad reclutarían a más jóvenes, campesinos, carpinteros, albañiles, molineros, herreros. Entre trescientos y quinientos colonos, que incluirían mujeres y niños, debían viajar a América en la primavera de 1885, y una vez se hubieran construido las viviendas, la escuela, la sala de asambleas y la biblioteca, los seguirían aún más. Ese era el plan.

»Habíamos reservado dos pasajes en un vapor de la línea Hamburgo-América. El billete de Ploetz se había comprado con la herencia de la señora Hauptmann y se había contabilizado como viaje oficial del grupo Pacific. Mi billete lo pagué yo mismo con la asignación paterna.

»Teníamos plazas en la entrecubierta. Con todo, el amigo tenía muchos miramientos a la hora de gastar el patrimonio prestado. A diferencia de los tres hermanos, no era dado a derrochar. El vapor se había botado en Hamburgo hacía solo un par de años. Sin embargo la entrecubierta ya estaba bastante deteriorada. A derecha, izquierda y en el centro había toscas estructuras de madera con literas y jergones de paja. Entre los trastos se habían atado cuerdas de las que colgaban pantalones, camisas y calcetines. El retrete para las mujeres y los niños estaba a la derecha, el de los hombres, a la izquierda, un largo tablón con agujeros redondos. Nos sentábamos unos junto a otros. Había viejos periódicos de los que debíamos arrancar pedazos y ablandarlos para poder usarlos. Entre los pasajeros había distintas opiniones acerca del lugar al que iban a parar las necesidades.

»Ya en la desembocadura del Elba se levantó un fuerte viento. Al atardecer, en el mar del Norte, se transformó en una tormenta. En la entrecubierta, donde se apretujaban mujeres, hombres, mayores, jóvenes, niños y ancianos, enseguida comenzaron a oírse las arcadas de los mareados, y un hedor infernal se extendió por la estancia. Todo eran gimoteos, gritos, lamentos. Yo soy inmune a los mareos. En cambio el amigo estaba pálido, tenía el rostro completamente blanco, pero pudo salir a la cubierta de paseo, algo que por lo general no les estaba permitido a los pasajeros de entrecubierta. Lo acompañé, me enganché de su brazo y lo conduje escaleras arriba, nos tambaleábamos como dos borrachos, nos sujetábamos el uno al otro, una vez arriba nos lanzamos contra la barandilla. Allí vomitó hacia sotavento, como debe hacerse. La lluvia limpió las salpicaduras de sus zapatos. En los tres días que duró la tormenta no fue capaz de hablar y fue la

única vez que lo vi desfallecido, ya que por lo demás no se permitía mostrar debilidad alguna. Le llevé té, un té de hierbas algo amargo que había preparado una campesina ucraniana y que calmaba el estómago de forma milagrosa. Se bebió el té, sacudió la cabeza y dijo: Cómo es posible que un estómago enfermo haga parecer insignificante cualquier gran idea que... Y entonces tuvo otra náusea.

—[Ininteligible]

—Sí. Correcto. Nueva York. Menuda imagen. Y menuda experiencia entrar en el puerto. Qué ciudad. Y la gente de allí. Cuánta amabilidad. Eso también quería decírselo, cuánto admiro su actitud. Me refiero a los oficiales...

—Bueno...

—... las tropas, es admirable que se metan las manos en los bolsillos...

—Bueno, en el cuartel no precisamente...

—... porque ¿qué iban a hacer con las manos si se limitan a estar ahí? Su porte es totalmente opuesto al nuestro: manos pegadas a la costura del pantalón. Firmes. No hay más que oír la diferencia entre nuestro “*jawoll*” y su prolongado “*okay*”. Nuestro honor reside en la lealtad. Ya vemos adónde nos ha llevado eso. Aquí el soldado debe alejar la barbilla del cubrecuellos. Ustedes tienen el movimiento de mandíbula al mascar. Eso no lo vi la primera vez que viajé a su país. Sin duda aquello también habrá cambiado mucho. Me fascinó la hospitalidad con la que nos recibieron, la simpatía. Y ese optimismo. Una orgía de positividad. También la tranquilidad. No en Nueva York, vimos mucha pobreza, actividad frenética, también desconsideración. Las calles apestaban a mierda y pis de caballo. Pero en el campo, en el oeste, fue un viaje grandioso, maravilloso. Un viaje de bienvenida. Personas caritativas por doquier. Cuando llegamos a Nueva York la Estatua de la Libertad aún no estaba en pie, creo que acababan de poner la primera piedra.

—¿Dónde visitaron a la comunidad icariana de Estados Unidos?

—En Iowa, cerca de la pequeña ciudad de Corning. La comuna se había trasladado allí desde Nauvoo tras varias disputas. Cuando llegamos nosotros ya se habían peleado de nuevo y se habían dividido en una Nueva Icaria y en una Joven Icaria. Los jóvenes exigían una serie de reformas en los métodos agrícolas, el derecho a voto de las mujeres y la aceptación indistinta de nuevos miembros. Eso llevó a la escisión. El grupo de los jóvenes no duraría mucho. Nosotros estábamos en la comuna de los tradicionalistas, la New

Ikarian Community. Estaba formada por casi treinta casas, una sala para las asambleas, un pequeño edificio para la biblioteca y un comedor. A primera vista los icarianos no se correspondían con la descripción que había dado Étienne Cabet de los miembros de la comuna. Gracias al cruce de distintas razas, en Icaria debía haber más personas fuertes, hermosas y agradables que en ningún otro lugar. Los colonos icarianos que nos recibieron eran más bien pequeños, estaban reventados de trabajar, además estaban de mal humor y su actitud hacia nosotros fue bastante reservada.

»Me llevé una decepción. El amigo trató de ver el lado positivo de la situación y dijo que era tarde, que estaban cansados, que sus reticencias demostraban una gran seriedad y la fiabilidad que eso conllevaba, y que al fin y al cabo el nuevo fenotipo no podía haber aparecido en solo cuarenta años. Sin embargo tampoco podían esperarse grandes cambios, ya que el gris imperante no prometía muchos más nacimientos. Los hombres fumaban y hablaban sentados en bancos delante del edificio asambleario. Nos miraban con desconfianza. Si teníamos preguntas, había que arrancarles las respuestas con sacacorchos. Si queríamos averiguar algo que no estuviera incluido en las instrucciones, enmudecían por completo con gesto furibundo. Era como si muchos de ellos hubieran perdido el habla. Es cierto que nuestros campesinos del norte de Alemania no son precisamente dicharacheros. Cuando uno se dedica a arar detrás de un caballo, no aprende precisamente a debatir. Los libros, los teatros y las salas de conciertos quedan lejos. Pero estos campesinos sí tenían biblioteca, un edificio para asambleas, Cabet había escrito que el baile y la música debían cultivarse especialmente. Y, al menos en mi caso, esto también empañó la primera impresión: la mayoría, sobre todo los hombres, olían muy fuerte al acercarse a ellos. El amigo, en su firme entusiasmo, también tenía una explicación para el olor: una muestra del duro trabajo que realizaban, y también de su carácter ahorrador. Pero sobre todo era señal de que soportaban olerse unos a otros, es decir, que se tenían aprecio.

»Nos asignaron un cuarto en una pequeña casa de invitados. Una habitación limpia y sobria. Las paredes se habían levantado con anchos tablones de madera rojiza. El suelo entarimado, sin alfombras, se había encerado con un aceite que olía a tilo. Había dos camas, que para nuestra alegría no tenían cabecero ni pies. Por fin podríamos estirarnos al dormir. En un rincón había una estufa de hierro, al lado una mesa un poco coja en cuya superficie habían dejado rastro los anteriores inquilinos: números y nombres

grabados, el de Rebecca con especial detalle. Dos sencillas sillas de nogal. De la pared colgaban los doce mandamientos de la comunidad icariana en francés, inglés y alemán, escritos a mano en mayúsculas y sin adornos.

»Como puede ver, todo esto se me quedó grabado en la memoria, ya que después del largo y accidentado viaje por mar y tierra, enseguida nos sentimos a gusto en aquella habitación.

»A la luz de la mañana siguiente, un día soleado, todo tenía un aspecto mucho más agradable. Se comía en el edificio común. Sobre la puerta de entrada se leía en grandes letras “*Égalité*” y en la pared de enfrente, “*Fraternité*”. Para nuestra sorpresa, las mujeres y los hombres se sentaban por separado en las largas mesas de madera. Los platos y vasos eran sencillos, de tipo esmaltado. Dos muchachas con delantales trajeron baguettes recién horneadas, un aroma delicioso que recordaba la tradición francesa de la comuna. Encima de la mesa había tarros con mermelada de frambuesa y zarzamora elaborada en la propia colonia, así como un sabroso queso parecido al gouda holandés y mantequilla salada recién batida. Las chicas repartían el café en grandes jarras, también nata fresca en jarritas de porcelana. La conversación quedaba allí sustituida por algún que otro gruñido o una señal con el dedo para pedir la mantequilla o café. Pero en aquel desayuno se percibía un ambiente alegre y ceremonioso. Y las dos muchachas contribuían a ello, sobre todo la de las trenzas rubias, que me preguntó cariñosa: Qué, ¿otro traguito de café con un poquitín de leche?

»Sonó una campana. Todos se levantaron de la mesa despacio, muy despacio, y salieron a trabajar. Todo sucedía sin prisas. Uno de ellos permaneció sentado masticando, pidió que le sirvieran más café.

»La campana sonó varias veces. Nosotros, el amigo y yo, salimos fuera, el sol brillaba, y él declaró: Maravilloso.

»Los niños, solo había cinco, iban al colegio; los hombres, al campo; y las mujeres, a la lavandería, la quesería y el telar. Lentamente todos se fueron repartiendo en sus labores.

»Ploetz enseguida pidió que lo destinaran al campo. Poco después lo vi arrancando malas hierbas con una azada como un poseso. Por las noches hablaba maravillas del trabajo físico, también cuatro días después, incluso cuando tuve que vendarle las manos porque se le habían reventado las ampollas.

»A mí me destinaron al reparto de leche. ¿Alguna vez ha conducido un carro de caballos?

—No.

—Hace falta un poco de práctica, incluso con caballos de buen carácter. Al principio no era más que un ayudante, cargaba con las lecheras y controlaba las listas, pero después de tomar las riendas cada vez más a menudo y de que mi colono me corrigiera, pude conducir yo solo hasta la lechería. Para entonces el amigo ya se dedicaba a cortar leña. Después de tres días dijo que había visto un oso en el bosque. Un animal de gran tamaño que se había alejado rápidamente entre la maleza. Algunos replicaron que el último oso que se había visto por la zona estaba montado en la bicicleta de un circo ambulante. Pero varios miembros de mayor edad no lo descartaban. Al parecer, de vez en cuando aparecían animales solitarios que podían ser muy peligrosos. Le entregaron un arma al amigo. Es una de las imágenes que me acompaña desde entonces: él vestido con una chaqueta marrón de piel de búfalo con flecos en las mangas que él mismo había elegido, a caballo y con un Winchester 76 al hombro. Durante el bachillerato había servido un par de meses en el ejército prusiano. Sin duda sabía cabalgar y disparar.

»Volvió al final de la tarde. Gracias a su tenacidad, y no solo a la suerte, no había abatido ningún oso pero sí un pavo. Un ejemplar formidable. Al día siguiente nos lo comimos asado. Todos recibimos un pedazo de aquella carne clara y deliciosa. Un pequeño festín. La cerveza elaborada en la comuna fluía con generosidad. Las lenguas se soltaron y hubo risas. Un joven tocaba el birimbao, otro, la guitarra. Cantamos. *Am Brunne vor der Tore* y *Sur le pont d'Avignon*.

»Dos días después llegó un jinete bastante desharrapado, con barba y con una enorme escopeta a la espalda, se apeó del caballo y comenzó a vociferar. Un inglés extraño y difícil de entender. Más tarde me explicaron que se trataba del granjero que vivía a unas pocas millas de allí, al que se le había escapado el pavo. El tipo sospechaba que la comunidad sabía a quién pertenecía el animal. *¿Cuándo fue la última vez que visteis pavos salvajes?* Joder, gritó. Que por eso lo habían sacrificado y se lo habían comido enseguida. El amigo tuvo que pagar el asado de su propio bolsillo, es decir, de la herencia de la señora Hauptmann.

»En fin, por cómo se manejaba allí el amigo, cómo saltaba del caballo y cómo caminaba con sus botas altas, el abrigo de piel de búfalo y el sombrero de ala ancha, se habría podido decir que encajaba mejor en aquel paisaje que muchos de los icarianos venidos de Francia, Suiza, Inglaterra y Alemania. Se movía más rápido que los demás, que llevaban a cabo sus labores de forma

pausada. Trabajaban de acuerdo con la siguiente máxima: *Take it easy*, tómatelo con calma.

»A diferencia del amigo, que enseguida se mostró crítico hacia esa forma de convivencia, yo disfrutaba observando cómo se relacionaban unos con otros, sin prisa, sin la envidia que nace de la propiedad, ya que todo les pertenecía a todos. También se tuteaban mutuamente, condicionados por el inglés. Entre aquellas personas reinaba una gran serenidad. No se oían voces autoritarias, eso enseguida me llamó la atención, nadie decía “sí, señor” o “venga, venga”. No había miradas acosadoras ni disgustadas. Tampoco se veía ningún asomo de sumisión. Sin embargo, después de dos o tres semanas, con la mirada entrenada, yo también me di cuenta de las diferencias entre los miembros a la hora de cumplir con sus obligaciones, la diferencia en la precisión y la velocidad a la que trabajaban. Nos habíamos presentado voluntarios para una tarea que claramente no le gustaba a nadie. Dos grupos de cinco hombres cada uno trabajaban separados por cuatrocientos metros. En uno de los grupos estábamos nosotros, el amigo y yo. Se afilaban estacas, se quemaban las puntas para que no se pudrieran tan fácilmente bajo tierra y después se clavaban en el suelo. La malla metálica se sujetaba a las estacas con abrazaderas metálicas. El amigo y yo trabajábamos concentrados y con rapidez. La verdad es que era divertido. Nuestros tres compañeros de batallas también se contagiaron de nuestra energía. Por la noche habíamos acabado. Observamos con satisfacción que la valla ascendía la ligera colina. *Bien hecho*, dijo el responsable asignado a la economía agrícola. Había traído cerveza en el carro. El otro grupo no había levantado ni la mitad de la valla. Y no porque hubieran trabajado con más esmero, al contrario, habría que corregirlo, aunque habían cometido un error fundamental que ya no podría subsanarse. No habían quemado las puntas de las estacas. Por negligencia o por vagancia, aunque la segunda casi siempre implica la primera. Además, las estacas no se habían hundido lo suficiente en el suelo, de manera que la malla que colgaba de ellas las inclinaba hacia un lado u otro. Parecía que la valla se tambaleaba borracha.

—[Ininteligible]

—Se convocó una reunión en el edificio asambleario. Ya le he mencionado mi decepción al ver por primera vez a los habitantes de la colonia. En sus escritos, Cabet se había inspirado en Campanella. Mediante la cría, no solo quería mejorar la fauna y la flora sino también la esencia biológica del ser humano.

»A Ploetz enseguida le entusiasmó esa idea de una sociedad justa e igualitaria que también era armónica en su apariencia, es decir, hermosa. Era necesario corregir la injusticia en la naturaleza del individuo, es decir, que el equilibrio en la posición social también debía lograrse en el rostro y en el cuerpo. La igualdad de la belleza. Como ya he mencionado, el grupo que se había reunido allí no respondía en absoluto a dicha imagen, parecían mezclados, pequeños, encorvados, con caras anchas, orejas extrañas, algunas de las cuales tenían una pelusa en el borde que recordaba a las ovejas. Bien, eso habría podido solucionarse con unas tijeras pero ¿qué podía hacerse con el tamaño de aquellas narices, o con sus labios inferiores, que les colgaban como a las vacas? Disculpe esta fría mirada sobre el aspecto de estas personas honradas, humildes y de buena voluntad. Solo le estoy transmitiendo mi impresión, que es la de un observador esperanzado.

»El amigo tenía razón, no era de esperar que la apariencia del ser humano cambiara de forma fundamental en una o dos generaciones, pero la imagen de los allí reunidos era decepcionante. Por eso me llamó tanto la atención aquella joven de cabello rubio trenzado, pecas y naricita respingona. Entre todas esas personas sentadas en profundo silencio, me dedicó una sonrisa tan amplia e inocente que me llegó al alma, a mí, que no tenía experiencia alguna en el amor. Sí, sentí que un golpe de calor me recorría físicamente la nuca, las extremidades. Esa mirada risueña me atravesó con una pequeña irregularidad. Su ojo izquierdo estaba un poco desviado hacia fuera, un trastorno insignificante que transmitía cierta vulnerabilidad.

»En esa asamblea se tratarían cuestiones muy simples acerca del reparto de las tareas diarias. Lo que se haría durante la siguiente semana. Había que levantar más vallas para que las vacas lecheras no se dispersaran demasiado. Se comentó el grado de maduración del queso. Había que comprar una centrifugadora manual más grande para la quesería, supervisada por un suizo. Se negoció sobre el dinero que debía destinarse a ello. Se habló con prudencia, se estudiaron tranquilamente todos los factores hasta determinar un importe concreto. Se votó. Me sorprendió que las mujeres que trabajaban en la quesería no levantaran la mano. Y oímos que no les estaba permitido votar en cuestiones de dinero. Después se habló de las mujeres de la cocina, de quién debía encargarse de la lavandería, de quién se encargaría del telar. La lengua franca era un inglés sencillo. Los miembros venían de distintos países, la mayoría de Francia, también de Alemania, Suecia, Inglaterra, una comunidad internacional que parecía haber superado todos los debates

vigentes en Europa acerca del carácter de los pueblos y acerca de la violencia y las disputas entre las naciones. Los debates los condicionaba el día a día, la necesidad de trabajar juntos. Por desgracia todos mis textos e informes, que se publicaron en ediciones muy pequeñas, fueron confiscados. Una vez liberado, cuando me presenté ante el servicio secreto para pedir que se me devolvieran mis documentos, manuscritos y notas, el hombre con manguitos sentado al escritorio me miró estupefacto. ¿Está usted borracho?, me preguntó, y a continuación un rugido: Fuera.

—[Ininteligible]

—Sí, dejémoslo aquí.

PX

Una semana después de haber llevado a Molly a casa, Hansen fue a verla con la esperanza de encontrarla allí, llamó tres veces al timbre, como indicaban las tres cruces delante de su nombre.

Abrió la puerta y no pareció sorprendida en absoluto sino que lo saludó como si lo esperara. Llevaba un chándal negro demasiado ancho, claramente pensado para un hombre.

Le preguntó si le apetecía acompañarlo al lago. Podían hacer una excursión en barco. Era mentira. La barca no podía utilizarse, le faltaba el distribuidor y aún no habían encontrado repuesto. Podrían haberse sentado en ella. Aunque por la tarde salían mosquitos y tábanos de los juncos.

Lo que Hansen quería pero naturalmente no dijo era cenar con ella y después llevársela a la cama.

¿Una excursión en barco?

No se lo pensó, no se hizo de rogar, respondió: Sí. Tenía que cambiarse. Lo condujo hasta su habitación, sacó ropa interior y un vestido del armario desvencijado, salió al pasillo hacia el baño, donde al parecer tuvo que esperar, ya que Hansen oyó un intercambio de palabras con otra mujer del que no entendió nada. Oyó su voz decidida; no pedía, más bien ordenaba.

A diferencia de la primera vez, en esta ocasión pudo echar un vistazo al cuarto con toda tranquilidad, también estudiar las tres fotografías de la mesa. En una se la veía a ella, a Molly, y a un niño pequeño; en otra, una familia, varios hombres, mujeres, niños de distintas edades, todos vestidos de fiesta, algunos hombres de uniforme. Seguramente se había tomado en unas bodas de oro ya que en el centro había sentados un hombre de pelo cano y mirada distinguida, y junto a él, muy erguida, una mujer vestida de negro con el cabello gris recogido. Y había otra foto en un marco plateado con una cinta negra. Un joven oficial alemán. Luftwaffe, tres alas en la solapa, capitán. Un rostro serio, agradable, algo pensativo, este es mi enemigo, pensó Hansen. Y también se le pasó por la cabeza que ese hombre se le presentaba enmarcado

en plata, igual que Horace en el caso de Catherine.

Se había maquillado los labios, se había repasado las cejas, se había levantado el pelo rubio con el cepillo hasta formar una maraña. Se había puesto el vestido de amapolas otra vez. Seguramente era el único que tenía. Sin embargo no llevaba los calcetines blancos enrollados sino medias de seda, y los zapatos de tacón alto de corcho.

No es precisamente la vestimenta adecuada para una excursión en barco, pensó él, pero no dijo nada. Quizá había adivinado que lo de la barca no era más que un pretexto.

Señaló las fotos, como si lo hubiera visto estudiarlas, ese es mi hijo, esa es mi familia y ese es mi marido. Lo dijo en presente, y después con voz neutra: Murió en la guerra. De un disparo, hace dos años en Rusia. Un matrimonio breve medido por los días que pasamos juntos cuando él estaba de vacaciones, de permiso, en total no llegó a los tres meses. Pero tuvimos al chico. Ahora vive con sus abuelos en Braunschweig. Y cuando tenga mi negocio me lo traeré aquí.

¿Qué negocio?

Ya se lo contaré más tarde.

Condujeron hasta un PX, la tienda del ejército estadounidense, ante la que holgazaneaban muchos alemanes. Mendigaban cigarrillos. No les estaba permitida la entrada. Como ella tenía que esperar fuera, le preguntó si quería que cerrara la capota por los mirones.

Me da igual.

Decidió cerrarla. Estaba claro que a él no le daba igual.

Todavía no podía llevar a Molly a ninguna de las reuniones sociales con sus superiores y sus compañeros. Alguno que otro ya tenía novia alemana. Los soldados rasos hacía ya un tiempo que tenían *fräuleins*, como se decía. Estaban muy solicitados. Podían comprar en los PX. En Estados Unidos aún había racionamiento y no se podía conseguir de todo, pero para los estándares alemanes aquello era jauja, el Nuevo Mundo: Lucky Strike, Camel y Chesterfield; whiskey y bourbon: Old Fitzgerald, Harper's, Jack Daniels; cerveza: Pabst, Schlitz, Blatz; carne en lata: Spam; harina: Pillsbury, Farina, Kitchen Craft; chocolate: Hershey Bars y Bommel; galletas: Oreos, Graham Crackers, Cracker Jack; atún y salmón John West, sardinas Moosabec; chucherías: Baby Ruth, Butterfingers, Snickers, Mars Bars; detergente: Omo, Ivory Snow.

Ya solo aquel nombre, Ivory Snow.

Hansen hizo la compra: ginebra, salmón, atún, galletas, mantequilla, café y dos cartones de Camel.

Delante de la entrada vagabundeaban jóvenes, niños que pedían. ¿Qué mejor prueba de la merecida victoria de Estados Unidos, de su superioridad, que el sabor de los cigarrillos? ¿O el aroma del café? La única otra forma de conseguirlo era el mercado negro prohibido, donde se cambiaban relojes, pieles y cámaras de fotos por tabaco.

Molly entró en la casa sin titubear, como si fuera suya. Atravesó el amplio salón que se abría al prado y al lago y alargó la vista hacia el agua.

Vaya sitio más bonito se ha buscado.

George se había marchado a Núremberg en viaje oficial y Hansen no había pedido a la señora Sachs que cocinara sino que la había enviado a casa. Sacó la ginebra, el hielo, la casa estaba bien equipada, tenía un gran frigorífico. Los dueños sabían lo que se hacían.

Ella se sentó en una butaca de mimbre, cruzó las piernas sin estirarse el vestido. Él puso los cacahuetes salados en un cuenco. Frutos secos tostados que ella seguramente probaba por primera vez. No dijo nada, pero se sirvió varias veces seguidas un poco descontrolada.

La copita de la tarde, un gin-tonic. Él dijo: *Prost*, ella: *Cheers*. Hansen puso un disco. Johnny Hodge: *Things Ain't What They Used To Be*. Y cuando le explicó lo que significaba, «las cosas ya no son como eran», ella respondió: *Pero así eran antes*.

Las ventanas y las puertas estaban abiertas, se sentaron en la terraza para aprovechar el calor acumulado en la fachada oeste de la casa, las suaves rachas de viento anunciaban de tanto en tanto el frescor que traería la noche. Hansen entró, cambió el disco, puso *The House Of The Rising Sun* de Leadbelly, recién llegado de Estados Unidos. Ella hacía tintinear los hielos del vaso sentada allí con tanta naturalidad como si la casa, el jardín y el lago fueran suyos. Se bebieron una segunda y una tercera copa y contemplaron la puesta de sol sobre el lago sin necesidad alguna de hablar. De pronto ella tiritó, está refrescando, dijo, deberíamos entrar.

Él le preguntó si quería quedarse.

Sí. Sonó a «por supuesto».

Subieron las escaleras hacia su habitación, ella se quitó el vestido por la cabeza, se le puso delante con medias y ligas y le preguntó: ¿Me las dejo

puestas? El tono práctico de la pregunta lo sorprendió tanto que respondió que sí a pesar de que habría querido decir que no.

A la mañana siguiente estaban sentados uno frente al otro como en un restaurante. Sus gafas de sol oscuras y redondas que no dejaban ver sus ojos, el carmín de sus labios y el cabello rubio cuidadosamente revuelto transmitían una belleza distante, en su rostro no se observaba movimiento, pensamiento ni sentimiento alguno. Una única sonrisa fugaz que duró un instante. Hansen no estaba seguro de si había sido irónica. No quiso preguntar.

La señora Sachs trajo el desayuno en una bandeja.

Molly parecía estar acostumbrada al servicio, expresaba sus deseos amable pero decidida. Café con leche, no, sin azúcar. Mermelada, miel y tostadas. Las provisiones del ejército eran excepcionales. No comentó la calidad del café, ni el azúcar moreno, ni la leche condensada, se bebió la taza a pequeños sorbos.

Ella dirigía la conversación, le preguntó por su padre, él respondió como un alumno aplicado, se enfadó consigo mismo por ello. Se ofreció a llevarla a Múnich pero ella quería coger el tren.

¿Por qué?

Porque me apetece.

No dio más motivos. Él la llevó a la estación. Quería volver a verla.

Sí. Ya sabes dónde vivo.

El «tú» sonó a «usted», y él le preguntó cuándo la encontraría en casa.

Contestó que estaba allí siempre que no salía por asuntos de negocios.

Hasta entonces.

No hubo abrazo. Entró en la estación. No se despidió con la mano. Desapareció.

Al día siguiente Hansen se dirigió a la comandancia de la ciudad. Atravesó Schwabing a pie, un barrio del que su profesor de St. Louis hablaba maravillas. Kuppitsch había estudiado dos semestres en Múnich. Hansen iba por la Adalbertstraße cuando se le unió un chico. Cojeaba un poco, tenía el rostro serio, mirada dura. No mostraba el asombro habitual de los niños alemanes por el uniforme y los zapatos. Llevaba una camisa a cuadros azul y verde, un pantalón de pana hasta las rodillas, seguramente cortado, un

cinturón de cuero del uniforme de las Juventudes. El muchacho cojo le preguntó en inglés si le interesaban las insignias, podía ofrecerle una Cruz de Hierro de primera clase y otra de segunda, dos Medallas de Heridos, dos Cruces al Mérito de Guerra con espadas, o una insignia de zapador, y para demostrarlo se sacó una Medalla de Herido plateada del bolsillo.

¿Plata?

Yes.

Hansen sabía que aquellas medallas solo estaban bañadas en plata, pero ese tipo de artimañas formaban parte del mercado negro.

No, no le interesaban. Le preguntó cuántos años tenía. Dieciséis. El chico insistía en dirigirse a él en su inglés escolar: *¿De dónde eres?*

Nueva York.

¿Te gusta esta ciudad?

Me gusta el paisaje.

Hansen le preguntó de dónde era en alemán y le pidió que le contestara en ese idioma. Una población de Prusia Oriental que a Hansen no le decía nada. ¿Sus padres? Se encogió de hombros. ¿Estaba herido? Sí. Un casco de granada. Había pertenecido al Volkssturm. ¿A los dieciséis? Sí. Había luchado con su unidad en un suburbio de Königsberg. Su grupo había derribado dos tanques rusos con lanzagranadas. Lo dijo con mucho énfasis, como si Hansen tuviera que admirarlo. El casco le había dado en la pierna derecha en un combate posterior, me pilló, se levantó un poco el pantalón recortado, aquí, se señaló la cicatriz en el muslo, una herida larga, ancha, toscamente cosida, tan reciente que aún brillaba azulada. Hansen recordó la cara contra la hierba del chico del uniforme de las Juventudes Hitlerianas.

¿Königsberg no estaba cercada?

Sí. Pero hasta finales de marzo se podía acceder al puerto de Pillau. Desde allí había cruzado a Stettin en un dragaminas con otros heridos, y después lo habían llevado a Berlín en un barco fluvial transformado en hospital de campaña. En ese buque estaba cuando acabó la guerra. Llegaron los rusos. La cojera lo había salvado de que lo enviaran a Rusia. Cuando la herida se le cerró, viajó hasta Múnich a pie. De vez en cuando alguien lo llevaba, ya fuera un campesino en un carro de tiro o un camión ruso. Las cabinas apestaban pero los rusos eran simpáticos, solían regalarle pan. Su objetivo era llegar a Bozen. En el instituto, en Königsberg, había visto un libro de fotografías impreso antes de la guerra: *Paisajes de las regiones alemanas*; diques y techos de paja en el mar de Norte y el Báltico, fachadas entramadas en Hesse

y Baja Sajonia; y también una foto del Tirol del Sur. Bozen. Palmeras que crecían al aire libre y al fondo montañas nevadas, un pie de foto: «Bajo las palmeras también se habla alemán». Esas montañas y esas palmeras eran su destino. Pero ahora estaba a gusto allí, casi como se lo había imaginado. Lo contaba en tono neutro, como si se hubiera trasladado de un barrio a otro. Después de una breve pausa, le preguntó a Hansen si estaba interesado en un broche plateado de la Universidad Albertus de Königsberg. Se la podía enseñar en su casa.

Hansen titubeó. Vivía cerca. De acuerdo. Fueron dos calles más allá y se detuvieron ante una casa destruida cuyos escombros se alzaban hasta la primera planta. Una escalera conducía al sótano. El chico descendió los escalones. Hansen dudó un instante, pensó en todas aquellas historias sobre los «*werwolfs*», pero decidió seguir al chico. Abajo había una mujer joven con un bebé en brazos, dos niños descalzos junto a ella. Hansen distinguió poco a poco los detalles en la oscuridad iluminada ligeramente por un único tragaluz. En el suelo de piedra había un colchón grande y dos pequeños. En el centro de la estancia, una mesa, y encima una palangana metálica con ropa a remojo. Ni electricidad ni agua.

¿Y cocinar?

Al fuego. La mujer señaló un rectángulo en el suelo protegido con ladrillos. El humo sale por el ventanuco roto.

¿Y en invierno?

El chico rodeó a la mujer con el brazo, entonces tendremos que encontrar otra cosa. El agua la saco de ahí atrás. Una alberca contra incendios. Hay que hervirla.

El chico de la insignia en el bolsillo y la joven con los tres hijos no eran familia.

El marido de ella había desaparecido hacía siete meses en algún lugar del este. La familia era de Brixen. Tirolese del Sur. Optantes. Una palabra nueva para Hansen. Iban a asentarse en Crimea. Tuvieron que dar la vuelta a medio camino. Los rusos habían recuperado la península.

Dimos a parar aquí, dijo la mujer mirando al chico, que ya no era un chico.

La joven le señaló a Hansen la herida en la cabeza de la niña descalza junto a ella, que se agarraba el vestido con la mano. El muchacho cojo le preguntó a Hansen si podría conseguir medicina contra las escaras. Se acercó a un rincón del sótano donde había mantas de lana, prendas de ropa y un

bolso de cuero. Le tendió a Hansen un broche redondo plateado en el que se veía un caballero con una espada al hombro. El rótulo decía: *Sigillum Academiae Regiomontanae*. Se lo daría a cambio del medicamento.

¿Y Bozen?

Mis palmeras están aquí, dijo el chico que ya no era un chico, estoy cuidando de ellos, y abrazó de nuevo a la mujer, la estrechó contra él de un modo que iba más allá del altruismo. Hansen miró el colchón grande y sucio, que seguramente había pertenecido a una cama de matrimonio.

¿Mantequilla?, preguntó la mujer, sería maravilloso tener mantequilla para los niños.

Naturalmente sabían que no llevaba mantequilla consigo, pero tenían la esperanza de que regresara. Hansen dudó. Se había propuesto no dar dinero. Los alemanes son muchas cosas, criminales, fanáticos, pero no son pordioseros, le había dicho a George. Sin embargo sacó un billete de cinco dólares de la cartera.

La mujer lo cogió y le dio las gracias con una reverencia y con un: Que Dios se lo pague.

¿Y qué quería el chico que ya no era un chico? ¿Cigarrillos?

No, un libro, una novela americana. Se había agenciado —probablemente robado— un diccionario alemán-inglés y quería leer, su profesor de inglés de la lejana Königsberg le había prestado la novela *Adiós a las armas*. Ahora le gustaría leerla en su versión original. Aprender bien el idioma.

El muchacho quiso regalarle el broche plateado pero Hansen lo rechazó, dijo que quizá encontrara la novela. Cuando estaba saliendo descubrió el jarrón con el ramo de hierba de San Antonio en la penumbra. Estaba sobre una caja de madera junto al colchón.

Día 5

—Ayer tuve un encuentro interesante con un chico alemán. Le gustaría leer *A Farewell to Arms* en su versión original. ¿Tiene la novela en la librería?

—De Hemingway solo tenemos una edición inglesa de *Death in the Afternoon*. Pero aunque no sean primeras ediciones, también tenemos novelas de Faulkner, Dos Passos, Steinbeck, por ejemplo *Cup of Gold*...

—Gracias, pero no. Quería seguir hablándome de su visita a los icarianos.

—Sí. Ya le había contado que las mujeres de la comunidad no tenían derecho a voto. Podían intervenir en el debate si se les preguntaba, pero a la hora de votar no les estaba permitido levantar la mano.

»En la primera asamblea, cuando el presidente, el viejo René, comenzó a hablar del reparto de tareas, Ploetz preguntó si él, como invitado, podía hacer una solicitud. La respuesta fue que sí.

»Entonces el amigo pidió que las mujeres pudiesen votar. Así había interpretado él las palabras de Cabet.

»Todos enmudecieron sorprendidos. Estaba claro que eso alteraría las proporciones para la mayoría. Finalmente René contestó que Cabet no había dispuesto eso en absoluto. Las mujeres podían votar para decidir si se aceptaba a un nuevo miembro pero no sobre cuestiones cotidianas. Sin embargo estaría encantado de someter la solicitud a debate en la asamblea anual que se celebraría dos meses después. El amigo replicó enseguida. Lo que se estaba discutiendo, el plan para la ampliación de la lavandería común, era un asunto de las mujeres. Ellas eran las que tenían la experiencia y los conocimientos necesarios. En realidad sería una deferencia por parte de las mujeres dejar votar a los hombres en esa cuestión. Se levantó un murmullo, también se pataleó con los pies. Alguien dijo: *Bon, bon*.

»El presidente, el viejo René Marchand, un hombre entrenado en casuística jurídica en la Sorbona, dijo que el hecho de que las mujeres se dedicaran a ello no era motivo para permitirles votar. De ser así, también habría que dejar votar a los niños sobre a qué querían jugar.

»Los congregados se echaron a reír. Algunas mujeres aplaudieron pero otras siguieron protestando.

»¿Y por qué no?, dijo Ploetz, ¿por qué no deberían decidir los niños a qué quieren jugar? Contagió su espíritu contradictorio a algunas de las mujeres, que de pronto miraban atentas y en tensión primero a él y después al viejo René. Las cabezas se movían de uno a otro.

»¿Por qué no hacer lo que hasta ahora parecía imposible?, preguntó el amigo, y añadió si no merecía la pena plantearse permitir votar allí mismo a las mujeres sobre la adquisición de máquinas y la duración del trabajo en la quesería, dado que eran ellas las que mejor conocían las cantidades y la calidad de la elaboración del queso. La pregunta formulada de manera conciliadora era tan larga que el signo de interrogación se había perdido por el camino, de manera que el murmullo tardó unos segundos en extenderse por las filas de asistentes como una ráfaga de viento.

»René Marchand, un hombre que se había opuesto al régimen autocrático de Étienne Cabet, sacudió lentamente la cabeza gacha. El pelo blanco le rodeaba la frente como una nube. Nariz afilada, ojos grises apagados enmarcados por unas pobladas cejas grises e hirsutas. Llamaba la atención su dentadura alineada, que sin embargo era amarillenta. Cuando escuchaba asentía constantemente y antes de responder alargaba la boca, de la que después salía un *voilà* con una «a» infinita. *Lo hablaremos en la siguiente asamblea general.* El tema quedó aplazado.

»Debe saber que en su juventud, cuando estudiaba ciencias jurídicas, ese tal René había viajado de Francia a Nueva Orleans con el primer grupo de icarianos. Nosotros, el amigo y yo, habíamos leído acerca de aquella iniciativa durante los preparativos de nuestro viaje de inspección. Después de publicarse *Viaje por Icaria*, se produjo un movimiento multitudinario. Entusiastas políticos se desplazaron en masa a América para fundar allí el Estado ideal. Vendieron sus casas, sus tierras, sus acciones, cobraron sus herencias y partieron en 1848 rumbo al Nuevo Mundo, a Nueva Orleans, remontaron el Misisipí en un vapor de ruedas, compraron a una sociedad 50.000 metros cuadrados de terreno junto al río Red de Texas y se instalaron allí en tiendas; los inexpertos abogados, filósofos, críticos de teatro y sastres labraron el suelo, talaron árboles, serraron tablones, construyeron cabañas cuya madera húmeda, de la que goteaba resina, se resquebrajó con el calor del verano; lucharon contra las serpientes, sufrieron a mosquitos y lombrices, murieron de fiebres, algunos enloquecieron, entre ellos el único médico,

descubrieron consternados que un espía de la policía se había infiltrado en sus propias filas. Engancharon al arado caballos de montar que no querían tirar, trataron de convencerlos, ya que todas las criaturas debían ser tratadas con respeto —una idea, si me lo permite, que me parece maravillosa y digna de consideración—. Al ver que los caballos no tenían ninguna intención de tirar, los apalearon hasta que se dieron cuenta de que eran demasiado débiles para aquella tierra tan pesada. Cometieron errores pero aprendieron, y su voluntad habría movido montañas si las hubiera habido.

»Pero entonces, tal como nos contó el viejo René un día, llegaron doscientos o trescientos indios a caballo, no los nobles salvajes que aparecen en los cuentos, sino indios iracundos, muy sucios, armados con lanzas, que apestaban a sebo y a carroña y blandían sus tomahawks; uno de ellos, con corona de plumas, sin duda el jefe de la tribu, se pasó el dedo índice por la frente, enseguida se entendió que querían las cabelleras de los utopistas. El jefe le pidió a un cazador de búfalos irlandés que lo acompañaba que tradujera: las tierras eran suyas. De su pueblo. El representante de Cabet, un abogado licenciado por la Sorbona, mostró el contrato con sello y firma legalizado por un notario de Nueva Orleans, indicó el importe que se había pagado a la sociedad, en efectivo para más señas, sólidos francos de oro reunidos en Francia por los discípulos de Cabet. El cazador irlandés tradujo, el jefe sacudió la corona de plumas. Resulta que la sociedad había engañado a los icarianos. Efectivamente, los terrenos pertenecían a los indios. Los icarianos tuvieron que trasladarse. El país era extenso, muy extenso, pero de todos modos pertenecía a alguien y a veces, muy pocas veces, pertenecía a sus propietarios originales, los indios. En Nauvoo, en el estado de Illinois, fundaron una nueva comuna, pidieron ayuda a Francia, sobre todo refuerzos femeninos, la iniciativa se había convertido en un numeroso grupo de hombres esperanzados. Sin embargo, tras la revolución de febrero del cuarenta y ocho, en Francia la voluntad de cambio se centraba en lo cercano, en lo próximo, en la madre patria. No recibieron dinero de casa, ni nuevos miembros, y sobre todo, tampoco mujeres, lo que resultó ser decisivo. Discusiones. El trabajo agrícola era objeto de disputas. Por la mañana, los miembros enfrentados se despertaban embotados, otros no lograban dormir, se quejaban de falta de sueño, la palabra “*nervosité*” se repetía cada vez más en las cartas que llegaban a casa. Se formaron dos bandos: uno abogaba por interrumpir el experimento de fundar una nueva sociedad humana en la naturaleza y regresar a Francia; el otro insistía en continuar. Según estos

últimos, los problemas darían un nuevo valor a las relaciones. No era el momento de rendirse. Se compró un terreno con los últimos francos de oro que quedaban. Entonces Cabet viajó también por fin al Nuevo Mundo, fue con la esperanza de hacer realidad lo que Platón no había logrado en Siracusa, un Estado perfecto, aunque fuera a pequeña escala. Un modelo. Y con Cabet llegaron nuevos conflictos, más intensos, más enconados que antes. Se le achacó un comportamiento antidemocrático, autoritario. ¿Por qué algunos podían llevar relojes de bolsillo de plata cuando otros no tenían? O todos o ninguno. En eso consistía la igualdad. El ser humano venía al mundo sin reloj de plata. No había dos, sino tres grupos enfrentados. Sospechas. Calumnias. Rumores. Injusticias. Ofensas. Insultos. Ni se cavaba, ni se araba, ni se ordeñaba; se discutía. Llegaron extraños que creían que allí se practicaba el amor libre. Se había extendido el rumor de que en la comuna todo les pertenecía a todos, incluidas las mujeres; algo que habría tenido cierta lógica en vista de las pocas mujeres disponibles. Sin embargo Cabet jamás había escrito sobre el amor libre. Más bien al contrario, era católico. El matrimonio era sagrado para él. Los icarianos debían llevar una vida estrictamente monógama y debían respetar la fidelidad conyugal. La separación estaba permitida, pero la fidelidad era fundamental en la sociedad icariana. Y ahora unos intrusos proponían, en aras de la igualdad, que la mujer no pudiera escoger a su amante sino que tuviera que obsequiar con sus afectos a cualquiera, ya que la libre elección sexual albergaba la mayor injusticia de todas. ¿Por qué él y no yo? Las pocas valientes francesas que habían viajado a América se aferraron a sus hijos. Al fin y al cabo, podían debatir pero no votar. Los partidarios de las relaciones abiertas perdieron la votación y abandonaron la comuna entre protestas. Ese era el patrón. Tras largas y enconadas discusiones, los derrotados en la votación seguían su camino para volver a dividirse poco después. Hubo conflictos sobre las relaciones de propiedad, se contrataron abogados —muchos de los icarianos lo eran—, se solicitaron tribunales, se imprimieron manifiestos y contramanifiestos, se presentaron demandas por difamación en la lejana París, las amistades se convirtieron en enemistades, cualquier infamia o suposición se justificaba racionalmente a través de los intereses fundamentados del grupo o subgrupo en cuestión. Cabet interrumpía discusiones infinitas. Se le acusó nuevamente de querer instaurar una dictadura. Todos se gritaban y se humillaban. Más tarde nadie fue capaz de explicar cuál fue el motivo exacto de la división irreconciliable.

»Permítame leerle lo que escribió mi compañero de Pacific Heinrich Lux. Espere. Aquí: “¡La minoría se había situado en contra de la constitución y la mayoría debía transigir! La demanda era demasiado absurda para satisfacerla. Pero la reconciliación ya no era posible. Por todas partes revoloteaban octavillas en las que cada bando apelaba a toda la humanidad —que por otra parte estaba muy poco preocupada por aquella tormenta en un vaso de agua—, y la ruptura se formalizó el 4 de agosto, en las elecciones complementarias al comité directivo, cuando Cabet y la minoría sufrieron una dolorosa derrota. Se reeligió a tres miembros de la oposición. La minoría y Cabet no los reconocieron, y los antiguos miembros de la *gérance* se negaron a dejar sus cargos. La minoría ocupó la imprenta y las salas principales de la *gérance*, las escaleras y la vivienda de Cabet. La mayoría trató de asaltar las salas de la *gérance*; en un primer momento solo conquistaron la cocina y redujeron las raciones para tratar de hacer entrar en razón a la minoría, que había dejado de trabajar. El asalto a la escuela femenina tuvo su nota humorística: la profesora, que dormía entre sus pequeñas, fue obligada a levantarse quitándole las mantas y los documentos, y después la lanzaron por los aires de forma un poco brusca”.

»Espere, esto también es importante: “El juez de paz apareció e intervino en favor del lugar de sueño acostumbrado de la profesora, pero fue en vano. El 22 de agosto la minoría por fin entregó algunos talleres y se retiró a una casa apartada. Ambos bandos organizaron patrullas para vigilarse mutuamente, y las autoridades debieron intervenir una vez más para evitar el derramamiento de sangre...”

»Cabet viajó a St. Louis para interponer allí una demanda contra los disidentes. Se dice que murió del disgusto.

—Mire... Me da vueltas la cabeza. Tal como lo cuenta, parece una obra de teatro.

—Una tragedia. Solo quiero señalar lo que había vivido y sufrido René, y cómo su tacto y su capacidad de persuasión habían permitido que su pequeña comunidad ya llevara varios años de convivencia modesta pero pacífica, hasta el instante en que el amigo tomó la palabra. Si René negaba con la cabeza y miraba la mesa como si la solución estuviera allí, era por desesperación.

—¿Tan altas eran sus expectativas con respecto a la comunidad? ¿No contaban con que hubiera diferencias?

—Claro, por supuesto. En Alemania ya habíamos leído acerca de los

conflictos. Nosotros en Breslavia también habíamos caído en penosas discusiones acerca de la vía correcta hacia un mundo mejor, de hecho estábamos empeñados en sumergirnos en debates sobre la comuna como quien se baña en sangre de dragón —todo debía discutirse hasta sus últimas consecuencias— para aprender de ello. La palabra y la réplica eran importantes. Nada de violencia física. La paz mundial solo podía lograrse mediante el debate. Sin embargo no sabíamos nada de las ofensas, los insultos y las acusaciones infames que habían acompañado todo el proceso.

»Pero también vivimos una experiencia completamente distinta que sacó a relucir lo que nosotros, el amigo y yo, y los demás soñadores teníamos por una sociedad pacífica. El trabajo estaba hecho y al caer la tarde, aún cálida, todos se reunieron abajo junto al riachuelo. *For pleasure*, como se decía: por placer. Cabet dice que los sentidos son inherentes al ser humano y por eso es una obligación pública refinarlos y enriquecerlos. Los cinco niños chapoteaban en el agua. Un hombre mayor, francés, tocaba canciones populares a la guitarra. Las mujeres cantaban, también ella, la de los ojos distintos. Bordaba sentada sobre una manta junto a su madre y su hermana. Al verme vacilar a su lado, las mujeres me invitaron a sentarme con ellas. Habían emigrado desde Pomerania Oriental tres años antes. El padre trabajaba de carpintero en la comuna. La madre y las dos hijas —Lena tenía otra hermana de doce años— trabajaban en la sastrería, donde se cosían mantas de *patchwork* que se vendían para contribuir a los ingresos de la comunidad. Yo ya había admirado esas mantas al llegar allí, y he conseguido salvar una cosida a mano por ella, un regalo. Quizá ya se ha fijado, allí, encima de la cama. Aunque está ajada y ha perdido grosor, es una obra de arte que me trae recuerdos.

»Lena estaba prometida a un joven que en esos momentos estaba de viaje de negocios en nombre de la comuna: Friedrich, también de Pomerania. La boda se celebraría en septiembre. Sus padres, especialmente el buenazo del carpintero, hicieron todo lo posible para dotar de carácter fraterno a los sentimientos que nos empujaban el uno hacia el otro. En la comunidad, la vigilancia mutua de los miembros se aceptaba y se fomentaba para poder ayudar siempre que fuera necesario pero también para atajar situaciones conflictivas lo antes posible. Así que nos veíamos a escondidas. Había un árbol en un bosquecillo cercano en el que yo colgaba notas con la hora del encuentro. Si la nota había desaparecido, yo sabía que ella vendría. Nos veíamos en el bosque, en una islita del río a la que se podía llegar vadeando

las rápidas aguas. Nos tumbábamos en la hierba y no íbamos más allá de esa cercanía, no podíamos, pero era suficiente para plantearnos qué hacer para seguir juntos. Incluso le pregunté si quería marcharse conmigo. Ya nos las arreglaríamos.

»Disculpe que le cuente estos detalles tan íntimos, tómese como una muestra de confianza que le honra.

—[Ininteligible]

—Yo era menor de edad, acababa de cumplir veinte, pero tenía un padre razonable que, a mi entender, seguiría pasándome la mensualidad si llegaba a Breslavia con aquella mujer. Sin embargo a ella le parecía totalmente imposible separarse de la comuna. Una vez abandonado su hogar en Pomerania, allí era donde había encontrado alivio y protección. Quería quedarse cerca de su padre, su madre y sus hermanas.

»Y yo, ¿debía o quería quedarme?

»Pensaba que los demás no se habían enterado de nuestras citas, solo fueron cinco. Y todas ellas vinculadas a alguna actividad que nos juntaba. Siempre regresábamos a la colonia por separado, y una tarde me encontré de frente con el abogado. Un hombre que me resultaba muy antipático, también alemán. Con una sonrisa cómplice y guiñando un ojo señaló las perneras de mi pantalón, mojadas al vadear el riachuelo, y dijo: ¿Hacía calor, o qué?

»Al amigo tampoco se le escapó ese amor secreto e, insisto, inocente. Jamás hablamos sobre asuntos íntimos, algo bastante habitual a esa edad, ni sobre nuestros deseos, que naturalmente también incluían a las mujeres; todo ello tenía su reflejo en el abstracto social, por decirlo de algún modo. Esa utopía de una sociedad igualitaria, amable. Por eso me sorprendió que una noche, a la tenue luz de la lámpara de petróleo, cuando yo acababa de regresar a hurtadillas a nuestra habitación, él agarrara el toro por los cuernos y me dijera: Déjalo. Eres demasiado joven, veinte años, te vas a cerrar muchas puertas. Tu vocación. No puedes atarte para toda la vida a esa edad. A no ser que seas campesino.

»Es que igual quiero ser campesino.

»Tonterías. Has sido elegido. Serás revolucionario y cambiarás el mundo.

»Palabras mayores. Sí, había sido elegido por él, pero al mismo tiempo sabía que no tenía la irreverencia ni la falta de escrúpulos de un revolucionario. Pasé la noche en vela. Y pensé en esas palabras mayores. Y en sus expectativas en mí y en mi vida, que ni siquiera yo mismo albergaba. No a ese nivel. Quería ser un buen médico, puede que incluso investigar.

Pero cuando meditaba sobre mi futuro, me conformaba con una consulta en una pequeña ciudad, que me saludaran cordialmente y me agradecieran el cuidado y la atención.

»La oscuridad era absoluta. “Tonterías.” Apenas lo oía respirar. Cuando dormía siempre resultaba un poco inquietante, era tan silencioso que parecía estar muerto.

»Lo cierto es que aquel primer amor, permítame el dramatismo, se desvaneció rápidamente muy a mi pesar.

—¿Cómo reaccionó la comuna a su, cómo decirlo, amor?

—Con preocupación. Con hostilidad disimulada. Y entonces un día regresó el prometido. Friedrich era un hombre joven, tímido en un sentido simpático. Alto. Vestido con un resistente traje gris tejido por las mujeres de la comuna. Me saludó con una cordialidad envarada algo pasada de moda. Con él regresó la realidad. Una vez vi a Lena a lo lejos. Salió por la puerta, me saludó brevemente y volvió a desaparecer en la casa. Debo matizar que los edificios estaban muy lejos unos de otros, no puede compararse con la vecindad de los pueblos de aquí. Y cuando nos veíamos era siempre en compañía de sus padres, sus hermanas, sus amigos o incluso la de él. Así se evitaba cualquier conversación. Me miraba con tanto cariño que sus ojos desiguales me hacían daño. Las notas que yo dejaba en nuestro lugar secreto se quedaban allí, la lluvia o el rocío las emborronaban, el papel se reblandecía como nuestro amor.

»Disculpe los desvaríos de este anciano. Hasta ahora esto no era más que un soliloquio, un monólogo mudo que se ha alargado durante años. Espero que fuera mudo. En cualquier caso Axthelm nunca me ha dado a entender que hablara en voz alta. De todos modos, es tan discreto que seguramente tampoco me lo habría dicho a no ser que hubiera menoscabado la seriedad de la librería. Aunque no creo que eso sucediera; cualquier bibliófilo le habría perdonado a un viejo ayudante de anticuario que mascullara para sí mismo.

»En la asamblea general se trató el tema del voto femenino. No veo necesario reproducir toda la conversación, que se articuló en alegatos y réplicas sobre el reglamento. Enseguida se desvió de la cuestión del derecho al voto y tomó una dirección distinta cuando el abogado nos acusó al amigo y a mí de viajar al servicio de una sociedad de gestión de terrenos con el objetivo de destruir la comuna icariana para después recomprar las tierras. Una acusación intrigante. El poder del abogado no solo se alimentaba de artimañas jurídicas y retóricas, sino que además era el único alemán que

hablaba bien inglés, y sobre todo lo leía y lo escribía. Los demás todavía asistían a cursos para aprenderlo. Sus conocimientos le convertían en ese pequeño usurpador que hay en toda agrupación, incluso la más reducida. Ninguna orientación política es inmune a este tipo de persona, no importa si son los conservadores, los liberales o los revolucionarios, aparece en los partidos y mediante sus forzadas aportaciones a los debates ocupa determinados puestos, a menudo intercambiables, pero siempre de carácter decisivo. Tiene un olfato infalible para los equilibrios de poder, para el ambiente en el partido, en el grupo, en el círculo. Se le podría llamar el empático del poder. El abogado se situó junto a mí en la asamblea, me señaló y dijo: “Este ha traído la discordia a nuestra comunidad. Se ha aprovechado de la inocencia de nuestra hermana y de la ausencia del ciudadano Fred, que emprendió un viaje en nombre de todos para comprar cartón alquitranado, tornillos y clavos para los dos nuevos graneros, y ha llevado por el mal camino a esta muchacha que ya estaba prometida.

»Fred levantó lentamente la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Era bonito que las personas de esa comunidad pudieran mostrar sus sentimientos, también los hombres, me gusta recordar que eran sensibles, no como aquí, donde la escuela y el ejército los endurecen, y donde ya de niños se les prohíbe llorar. Una educación consecuente si los problemas no se quieren resolver con debates o negociaciones, sino con sangre y mano dura.

—[Ininteligible]

—El abogado señaló a Fred y dijo: Aquí sufre él. Y allí se sienta el sátiro. Y a su lado, el que puede suponerse que dio la orden.

»El dedo apuntaba en dirección al amigo, mientras el abogado seguía hablando volvió a mí y después a él otra vez: “Esos dos han venido a sembrar la discordia”, y leyó de las *Cartas para la mejora de las costumbres* de Cabet con su voz de urraca. Le he buscado el pasaje, escuche: “Sí, la comunidad, nuestra comunidad, será el paraíso de las mujeres, mientras que para la gran mayoría la sociedad actual es un infierno. Sí, un infierno. Pero en una sociedad que no las educa, que las abandona —de nuevo me miró, y en su frente se formaron dos profundas arrugas— o incluso las empuja a la miseria, que las condena a trabajos forzados, que les prohíbe el matrimonio; rodeadas de un pueblo de solterones que las asaltan —cómo es posible, pensé yo, si los solterones son más bien rancios—, las seducen, las engañan —me señaló de nuevo con el dedo—, y después las desprecian y reniegan de ellas; si se arrastra a esas infelices al desorden, al libertinaje, a la miseria, a la vida

licenciosa, ¿acaso puede acusárselas de abandonarse a la pasión salvaje, a la humillación y al martirio?”.

»Volvió a señalarme y exclamó: “En cambio, en nuestra comunidad icariana no hay desorden, no hay peleas en los hogares, no hay infidelidad”; vociferó: “No hay adulterio, no hay pleitos desagradables, no hay envenenamiento, no se corrompe, traiciona ni abandona a jovencitas, no hay vicio, no hay deshonor... ni enredos, ni celos, ni envidia... ya no hay ni coquetería ni falsos piropos. Aquí reina la pureza, la inocencia, la castidad, la decencia... El paraíso”.

»*Mon Dieu, please, stop!*, suspiró el amigo. A continuación el índice del abogado se desplazó lentamente de mí hacia Lena, que estaba allí sentada con el rostro sonrojado y se miraba las manos en el regazo. Todas las miradas que apuntaban hacia mí vagaron entonces hacia Lena y después regresaron. En el silencio que se había producido, oímos cómo se traducía el discurso de René, un susurro que aumentaba y bajaba de volumen y se interrumpió con “el paraíso” en tono atronador.

»El amigo trató de atajar aquella absurda acusación tan embarazosa para la muchacha y su familia, y dijo que la igualdad también implicaba que la mujer y el hombre tuvieran los mismos derechos, y que la libertad, un elemento fundamental de la filosofía de Cabet, también incluía necesariamente la libertad sentimental.

»En ese momento Lena se levantó, se acercó a Fred, que había recuperado la compostura, y dijo: Perdóname. Sostuvo su mano, ahora lloraba ella, lo que hizo que él volviera a llorar también. Sí, se derramaron muchas lágrimas. Y no es casualidad que varios años después yo escribiera un breve texto sobre las lágrimas que también se perdió. Esa íntima escena de los dos llorando me caló hondo. Así de dramático fue. En el rostro obeso del abogado, la sonrisilla burlona se había convertido en una risa triunfal. Y exclamó: Como debe ser.

»Sentí una profunda vergüenza al verme expuesto públicamente. Tampoco fui capaz de explicarme. No fue hasta más adelante, cuando el amigo y yo proseguimos nuestro viaje, cuando pude expresar lo que pensaba: Las normas que dicta la razón no pueden aplicarse a los sentimientos. La lógica no nos permite elegir nuestros deseos. El terror de la razón contra nuestras emociones, que son la verdad que vivimos. Son las emisarias de nuestra libertad. Nos hacen saber que podemos elegir.

»Uno de los ancianos de la mesa presidencial se había quedado dormido

durante el discurso pronunciado en alemán. Los otros dos miraban perplejos a René, a quien le estaban traduciendo la discusión al oído y que por lo tanto lo entendía todo un poco tarde. La verdad es que daba un poco de pena allí sentado, sacudiendo la cabeza, y por algún motivo incomprensible llegó un punto en que se sacó de la boca los alineados dientes amarillentos y dejó la dentadura encima de la mesa, como si fuera a intervenir en el debate por él.

»De pronto, una mujer mayor hecha una furia se acercó a la mesa presidencial y gritó: Las mujeres también deben votar sobre si se quedan o no. Se levantaron brazos femeninos, las mujeres contaron, y una mayoría votó por que nos quedáramos. Se dijo que no era válido. El agotado René declaró que nada de todo aquello era reglamentario.

»El abogado gritaba: ¡Nulo! ¡Todo nulo!

»René se volvió a poner la dentadura y decidió que en la comuna no había disputas. No podía haberlas. Todo podía hablarse. Aunque las mujeres no pudiesen votar en ese momento. Fuimos testigos de una pequeña revolución.

»Hicimos las maletas mientras oíamos los gritos desde la sala de asambleas. Fraternidad. Asqueroso. Llorica. Desapareced de una vez. Todo ello en distintos idiomas.

»Esa misma noche condujimos el carro hasta la siguiente población y dormimos allí en un albergue venido a menos y lleno de chinches.

»Disculpe, necesito beber algo.

—Tómese su tiempo. Le he traído extracto de naranja del PX. Puede diluirlo en agua. Está rico y tiene muchas vitaminas. ¿Quiere que lo dejemos por hoy?

—Gracias. Sí. Quizá una cosa más: al día siguiente fuimos en tren a Chicago. El amigo guardó un silencio sombrío y yo, si hubiera tenido que describirlo, entre decepcionado y triste. No era solo el dolor por la pérdida del amor, sino sobre todo una profunda tristeza por el estado de esa pequeña comunidad, ese hermoso intento de poner en práctica una convivencia tan distinta, justa, armónica. Y también vergüenza por haber alterado, si no destruido, esa comunidad, por muy imperfecta que fuera, con nuestra simple presencia. Al año siguiente nos enteramos de que algunos miembros habían abandonado la comuna y se había vendido parte del terreno. Aunque yo trataba de convencerme a mí mismo de que mi participación en los acontecimientos había sido mucho menor que la del amigo y su furioso y fracasado intento de forzar la igualdad de las mujeres en las votaciones.

»Nos separamos. El amigo se quedó en Chicago, en cuya biblioteca quería

estudiar distintos modelos de asentamiento comunista, y yo tomé el Pacific Railway hacia la comunidad Amana, en Homestead.

El hombre del adorno de gamuza

Hansen leía *Huellas* y esperaba su llamada. Después de tres días, un viernes, no aguantó más en la casa del lago y condujo hasta Múnich en dirección a la plaza Münchner Freiheit. Subió las escaleras hasta el segundo piso, llamó tres veces. No salió nadie a pesar de que se oían voces dentro. Parecía que las mujeres se estaban peleando. No entendía nada de lo que decían. Volvió a llamar. Apareció una mujer con un niño en brazos, al verlo gritó en dirección al pasillo: Ha venido el yanqui. Otra voz femenina vociferó desde atrás. La Stetten no está. Y otra más exclamó: Pero que deje el café aquí. Efectivamente, había traído un kilo de café para Molly. Una figura se acercó a la puerta, una mujer de mediana edad delgada y con la cara roja vestida con una bata que se abría por delante y dejaba ver una crucecita de oro sobre un pecho arrugado.

La dama no está. Pero puede dejar el café tranquilamente.

Y le entregó el café a la mujer como si hubiera sido una orden.

¿Cuándo regresará la señora Stetten? Yo qué sé. Nunca se sabe. Y entonces aquella muniquesa de cara roja dijo: *Bye-bye*.

Bajó las escaleras pensando en lo aplicados que se mostraban todos con el inglés, y se preguntó por qué sabían que llevaba café consigo. Debían de haberlo olido, y el descaro de exigir el café le sorprendió tanto como su atontada obediencia. Lo bueno era que el regalo parecía pensado para todas las inquilinas y resultaba así menos embarazoso para Molly.

No le parecía que ese nombre, a pesar de haberlo elegido ella, encajara con el apellido Stetten.

Hansen tomó la Ludwigstraße y aparcó el descapotable en la universidad. Se estaba trabajando en el edificio principal, que había recibido el impacto de una bomba. Los hombres del andamio no tenían pinta de obreros. Más bien de estudiantes, algunos de los cuales bien podrían estar recién liberados del

cautiverio americano. Llevaban los escombros en carretillas, quitaban a golpes el mortero de los ladrillos viejos pero todavía enteros, y se los pasaban de mano en mano hasta llegar a los que se habían subido al andamio y rellenaban los huecos de la pared. El tejado dañado se estaba tapando con lonas. Hansen los observó un rato. Hasta que uno de ellos alargó la paleta en su dirección pidiéndole que ayudara, entre risas, mientras los demás jóvenes levantaban la mirada del trabajo y la dirigían al americano de uniforme riéndose. *¿Nos echas una mano?* Titubeó, se preguntó si debía seguir su impulso, unirse a ellos y pasar ladrillos. Pero entonces pensó que si se ponía a trabajar con alemanes vestido de oficial parecería que estaba congraciándose con ellos. Sería fácil hacer chistes, primero tirar bombazos y después reconstruir un poquitín. Por otro lado, por qué no, al menos simbólicamente, recogió un ladrillo y se lo lanzó a uno de los de arriba, que lo atrapó al vuelo. *Thanks.*

Se rieron y se despidieron de él con la mano, y ninguno le pidió cigarrillos.

Giró en la Schellingstraße. Muchos de los edificios antiguos estaban intactos, solo ligeramente dañados por cascos de proyectiles. Un tejado se había quemado. Recorrió la calle buscando hasta dar con la tienda en una casa de tres plantas, un escaparate grande separado por tres columnas de hierro forjado, cada parte a su vez dividida por puntales estrechos. En la viga de encima, también de hierro forjado, se leía en grandes letras romanas: «LIBROS ANTICUARIO GRABADOS». La entrada estaba a la izquierda. La imagen le resultaba familiar, le recordaba a las tiendas de Greenwich Village. Hansen observó los libros expuestos en el escaparate. Libros de fotografías: Durero, *El Renacimiento en la Italia septentrional*, Palladio, Venecia, Brueghel, Altdorfer. En la ventana derecha: una bonita última edición de autor de las obras reunidas de Goethe, lomo de piel y cantos dorados, al lado Schiller, Herder, Hesse, Thomas Mann, Heinrich Mann, Döblin, André Gide, Baudelaire, también literatura americana traducida al alemán y tres obras en inglés: *¡Absalom, absalom!* de Faulkner, *A Farewell to Arms* de Hemingway, y allí estaba, el letrerito indicaba que se trataba de una primera edición firmada por el autor, *The Waste Land*.

Hansen, que se había propuesto no visitar a Wagner en la librería, al menos todavía no, entró en el local empujado por la curiosidad y acompañado por un melódico trío de campanillas. En la pared, los estantes barnizados en tono oscuro llegaban hasta el techo. Una escalera cuyo borde superior se

deslizaba por una barra de acero. Dos o tres armarios acristalados en los que Hansen sabía que se guardaban las valiosas primeras ediciones firmadas. Una mesa de madera peculiarmente larga en medio de la tienda sobre la que había libros ordenados con gusto, algunos de ellos abiertos, las páginas sujetas con guijarros blancos y negros mostraban firmas o dedicatorias. Al fondo había un hombre sentado a un secreter escribiendo sin levantar la mirada, hasta que unos minutos después se puso de pie y le preguntó si necesitaba ayuda. Hansen distinguió una chaqueta color guisante y unos pantalones grises oscuros. Estaba seguro de que se trataba del anticuario Axthelm que le había descrito Wagner.

A la derecha, un poco más atrás y alejada de la luz del día, Hansen descubrió la trampilla levantada.

¿Puedo ayudarle en algo?, repitió el hombre. Hansen le pidió echar un vistazo al ejemplar expuesto de *The Waste Land*. El librero cogió el libro del escaparate. Un ejemplar bien conservado.

Hansen lo hojeó, vio la firma de Eliot y sobre ella una frase latina manuscrita: «*Hinc primum fortuna fidem mutata novavit*».

Virgilio, comentó el librero, es raro encontrarlo con esa cita escrita por Eliot que significa...; Hansen se dio la satisfacción de interrumpirlo para corregir la imagen del estadounidense inculto: En ese momento, Fortuna se volvió y fue infiel.

Sí, dijo el anticuario, correcto —jactándose de nuevo, podría decirse que impertinente—, aparte de tres líneas con el lápiz, el volumen está immaculado. Sin manchas, sin rasgaduras en el papel. Un ejemplar exquisito.

No negoció, compró *The Waste Land* por cinco dólares. Mientras el librero envolvía el libro en papel de seda y después en un papel de embalar más grueso y reutilizado, Hansen descubrió sobre la mesa de madera *Una juventud en Alemania* de Ernst Toller. Una primera edición publicada en 1933 en Ámsterdam.

Un estudiante en el seminario de St. Louis había presentado una ponencia sobre aquella biografía. Hansen también compró ese libro y pagó con marcos imperiales, casi sin valor, lo que decepcionó visiblemente al anticuario, que esperaba dos dólares. Así que Toller solo fue envuelto en papel de embalar. Hansen señaló la trampilla abierta: ¿La carbonera?

No, el almacén. Hansen se acercó al agujero cuadrado. Una tenue luz iluminaba aquel mundo subterráneo. No vio a Wagner.

Salió de la tienda acompañado por el sonido de las campanillas.

Condujo hasta Odeonsplatz. En la pared del Feldherrnhalle alguien había escrito con pintura blanca «Aquí comenzaron las desgracias». La placa de bronce que conmemoraba como mártires a los dieciséis golpistas caídos se había arrancado y estaba tirada en la alcantarilla. En el aire flotaba el olor a mampostería fresca. Dos mujeres con vestidos de verano agarradas del brazo pasaron junto a él y le sonrieron. Él les hizo un gesto con la cabeza.

George le había dicho que las chicas se volvían locas por aquellas gafas de sol de aviador. *Pilot's goggles*. Creen que la montura es de oro. Decía que las mujeres eran increíblemente fogosas. Y dispuestas a todo. El vencido se somete por completo. Eso alivia la conciencia. La derrota anula la moral. Hansen les preguntó a las dos mujeres a qué se dedicaban. Maestras infantiles. Flirteaban. Elogiaron su buen alemán. Hablaba alemán como un alemán. ¿O sería judío? Les gustaría conocer a alguno. ¿Cuándo había llegado a Europa? ¿Había combatido? La otra se rio, sacó una barra de carmín y una pequeña polvera del bolso y se repasó los labios. Hansen dijo: No, hoy no, se volvió a poner las gafas de sol, había quedado.

Esas dos sabían lo que se hacían, tenían práctica, quizá estaban a un paso de la prostitución profesional. Lo asombroso era, según George, que por el momento las enfermedades de transmisión sexual estaban muy poco extendidas.

Un hombre con un enorme adorno de pelo de gamuza en el sombrero se dirigió a Hansen en inglés, un inglés que este no entendió, el hombre pasó al alemán, le habló en dialecto bávaro de la Theatinerkirche, que también había recibido un impacto de bomba. Por suerte no le había dado a la cúpula de setenta y un metros de altura. Y el de la gamuza siguió hablando, con cada movimiento de la cabeza mostraba un detalle marrón plateado del sombrero, le habló de los Wittelsbach, el mausoleo en el que descansaban reyes, príncipes e incluso un emperador. Si la monarquía hubiera resistido, ese Hitler jamás de los jamases habría llegado al poder. Cuando los pardos ya tenían el ochenta por ciento en todo el Reich, había distritos donde el centro todavía obtenía más del treinta por ciento de los votos. Pero claro, dijo, ese buen partido católico firmó entonces la ley de plenos poderes y aupó definitivamente a Hitler. Un pecado que se expió internando a muchos miembros centristas en el campo de concentración de Osthofen. Los Wittelsbach también se oponían a los nazis. El príncipe Rupprecht tuvo que emigrar a Italia, las SS iban a detenerlo en 1944 pero pudo esconderse, en cambio su mujer y sus hijos acabaron en el campo de Dachau. La culpa de la

guerra es de los prusianos.

Hansen quiso interrumpir la lección de historia monárquica, preguntó al hombre por el adorno de gamuza en su sombrero, y su portador se lanzó a explicar que era un trofeo de caza. El príncipe regente Leopoldo, que había asumido el cargo en lugar de su hermano Otón I, enfermo mental, también llevaba un adorno de pelo de gamuza como ese en el sombrero. El príncipe había sido un gran cazador que había abatido numerosos jabalís, ciervos, urogallos y gamuzas. Él mismo, dijo, había tenido el honor de acompañar al príncipe regente de caza como batidor, asintió zarandeando la densa borla de pelo. Para conseguir un trofeo de semejante tamaño era necesario haber abatido al menos veinte machos.

O sea, una especie de cabellera como la que llevan los indios sioux.

La comparación confundió al hombre. Si usted lo dice. En cualquier caso es importante que las gamuzas vengan de la vertiente norte de la montaña, donde los vientos ascendentes son especialmente fríos. El pelo se obtiene de la zona de la columna, de la franja del lomo de los machos. Esa raya está formada por solo unos pocos milímetros de las puntas, de color blanco grisáceo. Asintió y el adorno se agitó. El príncipe regente, qué tiempos aquellos. El reyezuelo Luis II exageró un poco con su manía de construir y con sus castillos. En cambio el príncipe regente se preocupó por la agricultura, por el cultivo de lúpulo, por los prados y el ganado y sobre todo por el bosque, y era cercano y popular, llevaba *lederhosen* y lazos en las pantorrillas. En su cumpleaños, todos los niños de Obersdorf recibían un bocadillo de salchicha, y los de tercero, medio litro de cerveza. Le encantaría enseñarle a Hansen el sarcófago del príncipe en el mausoleo pero los escombros todavía bloqueaban la entrada. Resulta que tenía el título de guía de la ciudad. No tendría Hansen un poco de tabaco para darle, se lo había dejado en casa. Y diciendo esto se sacó una pipa del bolsillo lateral de su chaqueta tradicional. Como se lo había pedido con tanta habilidad y dramatismo, Hansen le regaló el paquete de Camel con los cuatro o cinco cigarrillos que le quedaban y le prometió contratarlo como guía cuando tuviera tiempo.

Día 6

—[Ininteligible]

—Bien, gracias. Estuvo en la librería. El viernes. Axthelm me habló de un oficial americano que hablaba un alemán fluido y que compró *The Waste Land* de Eliot. Y el Toller. Enseguida supe que había sido usted. Y me alegro.

—Mi profesor conoció personalmente a Toller. En Nueva York. Poco antes de que Toller se suicidara. Kuppitsch es un admirador de sus obras dramáticas. También de su narrativa. Ha sido todo un hallazgo. ¿Cómo llegó *Una juventud en Alemania* a su tienda?

—De la forma más extraña. Un mensaje en una botella llegado de aguas misteriosas. Axthelm, que por cierto también conoció a Toller y apreciaba mucho su obra, lo compró cuando yo estaba en el sótano. Los libros de Toller se quemaron. Estaban prohibidos. Este se publicó en el exilio, en la editorial Querido de Ámsterdam, en 1933. Y este ejemplar llegó de Holanda. Alguien tuvo que traerlo. Debía de tener dedicatoria, porque el vendedor había arrancado esa página. Axthelm y yo respetábamos el acuerdo tácito de no preguntar por los vendedores de esos libros prohibidos. *Habent sua fata libelli*. Cómo me alegro de saber que ahora está en sus manos.

—[Ininteligible]

—No. Bueno, sí. Me reencontré con el amigo en Nueva York. Se había instalado en un hotel muy modesto con cucarachas de tamaño descomunal, *waterbugs*, por los pasillos. Cuando ocupé mi habitación pensé que eran ratones. Pero estos estaban ocupados detrás de las paredes, ruiditos, gimoteos, susurros.

—Ploetz escribió una carta a los miembros de la sociedad Pacific, ¿verdad?

—El amigo preparó el informe en el hotel. Una larga carta desde el Nuevo Mundo que sin embargo enviaría desde el viejo, desde Amberes. Una carta certificada dirigida a Gerhart Hauptmann que este me la quemó más tarde cuando la policía le tomó declaración por su actividad política. Con ella

ajustó cuentas. Y se encontró a sí mismo. Leí la carta en la travesía de vuelta, de nuevo en la entrecubierta, que en esta ocasión resultó mucho más cómoda porque había menos pasajeros.

Una carta que enumeraba los problemas al detalle, las envidias mezquinas, las desigualdades que, debido a la presión de las reivindicaciones de igualdad, eran aún más señaladas por ambos bandos, los dominantes y los dominados, los holgazanes y los trabajadores, los inteligentes y los limitados. Dichas desigualdades solo podían vencerse con buena voluntad y apelando a la moral, pero allí donde los chapuceros o los indulgentes atentaban contra este concepto, las aspiraciones de *égalité* se tornaban insoportables y se buscaba una válvula de escape en los problemas irrelevantes con discusiones crónicas que obstaculizaban el avance del hecho transformador. La hermosa idea de la igualdad, la idea más bonita que ha engendrado el ser humano, se convierte en un impedimento para sí misma, diagnosticaba el amigo. Un impedimento para el desarrollo y la evolución. No puede haber igualdad allí donde la desigualdad es tan grande. No es justo que aquí nazca alguien con el don de la inteligencia y de la fuerza de voluntad, y allí alguien a quien le cueste razonar aunque se esfuerce. ¡La naturaleza no es justa! Es la desigualdad la que estimula una mejor adaptación al medio. La estupidez reside precisamente en que todos creen ser lo bastante inteligentes y achacan su incapacidad de resolver una fórmula a su falta de interés por las matemáticas. Este aprende idiomas al vuelo, aquel aún balbucea en una única lengua extranjera después de meses de aprendizaje. Ese tiene una voluntad de hierro, este es tan débil que hay que espabilarlo una y otra vez para que cumpla con sus obligaciones. Y también vemos diferencias en el aspecto: entre los emigrantes del barco ya se reconocía a los enclenques, a los flojos, a los incapaces de trabajar. La igualdad únicamente puede lograrse mediante una evolución general. Debemos aislar este núcleo de la teoría de Cabet y convertirlo en la idea principal: la cría de una especie fuerte, sana y sobre todo hermosa, que además sepa que lo es. ¡¡¡Debe producirse una revolución biológica que complete la social!!!

»Todavía recuerdo los tres signos de exclamación con los que puntuó esa frase en su caligrafía casi ilegible. Como hombre voluntarioso que era, una vez ya no pudo descifrar su propia letra se dedicó a aprender una nueva caligrafía latina legible. Rechazaba la letra gótica alemana, ya que solo podía leerse en un ámbito limitado. Cuando lo conocí, escribía sus cartas y notas con un lápiz de grafito siberiano oriental de la marca Faber, y cuando

utilizaba el sacapuntas, recogía las delgadas virutas enrolladas en una pequeña escudilla y una vez acabada la tarea las tiraba al jardín delantero por la ventana de su habitación de Breslavia.

»Más que nada quería explicar que en una colonia, cuanto mayores sean las aspiraciones de igualdad y armonía, con más fuerza se imponen los sentimientos reprimidos que heredamos en la evolución, el interés propio, la belicosidad, la envidia, los ánimos inmediatos, como yo los llamo, que nos empujan una y otra vez a acciones irreflexivas y, en última instancia, a la vagancia y la hipocresía hacia los demás, es decir, al egoísmo mezquino que todo lo empapa y que puede llegar a ser brutal. Por un lado la gran utopía y por otro, la deslucida y banal realidad.

»Lo encontré junto a la barandilla. La tormenta rugía y el viento arrastraba la llovizna hasta la cubierta de paseo. Parecía un monje con su gabardina verde oscura hasta el suelo y la cabeza escondida en la capucha. A diferencia de la travesía de ida, esta vez no se había mareado y pasaba las mañanas ahí fuera. Lo llamé para comer. Se limitó a decir que tenía que reflexionar. Se quedó allí hasta la noche, de vez en cuando paseaba de un lado a otro. Se volvía a acercarse a la barandilla y contemplaba el mar embravecido.

»Hay que modificarlo por completo.

»¿A quién?

»Hay que ayudar al ser humano y no solo al ser humano. Hay que convertirse en médico y no socorrer solo al individuo.

»El médico socorre al individuo.

»También. Pero hay que socorrer a la humanidad.

»Ese era el tipo de cosas que decía. Exponía sus reflexiones con una seriedad sombría y penetrante: La mezquindad es insoportable, las personas mezquinas y miserables de las personas. La futilidad, por ejemplo, de la discusión sobre si solo algunos pueden llevar reloj, un debate que se convierte en soflamas rencorosas, la bajeza, la envidia, cómo se aferraban a lo insignificante. Pero, sobre todo, lo mucho que se preocupaban por trabajar lo menos posible, cómo intentaban librarse de limpiar los retretes, y cómo se negaron a considerar iguales a las mujeres, qué estupidez insoportable la de la superioridad de las barbas. Una pelea de gallos, porque no es otra cosa que eso. Y ya que hablamos de gallitos, compara esos cuerpos desproporcionados con estos marineros, qué figuras, qué fuerza, que calma y equilibrio interior cuando se balancean sobre los tablones en pleno oleaje.

»Hablaba contra el viento y la lluvia, y como se había vuelto hacia el

horizonte agitado, hacia las olas cubiertas de franjas de espuma blanca, yo solo pescaba retazos de sus frases, y entonces: “¿Qué es el mono para el hombre? Una irrisión o una vergüenza dolorosa. Y justo eso es lo que el hombre debe ser para el superhombre: una irrisión”. Citaba *Así habló Zaratustra*³.

»Un instante heroico. Así lo sentí yo, a pesar de estar teñido de una ligera desazón. Su impresión inicial de la comuna había dado un giro de ciento ochenta grados. Sobre todo no veía, o no quería ver, las complicadas circunstancias en las que se había iniciado el proyecto y cuánto se había obstaculizado y perjudicado desde fuera, desde una sociedad centrada en el beneficio y la competencia. Y hasta qué punto llevaban dentro lo antiguo aquellos que buscaban una nueva sociedad.

»Durante aquella travesía hablamos mucho, aunque debo decir que, a mis escasos veinte años, era inferior a él. También con respecto a la determinación con la que exponía sus argumentos, su capacidad de réplica. Me resultaba difícil expresar una afirmación, ya que siempre se me pasaba lo contrario por la cabeza. Dudaba constantemente de mis argumentos y de mí mismo. ¿Eso podía decirse así? ¿No había alguna alternativa, o varias? ¿No era posible también lo contrario? Encima estaba aún más preparado después de estudiar la historia de las comunas en la biblioteca de Chicago, donde había estado leyendo informes mientras yo estaba ocupado lijando tabloneros y arando en la comunidad Amana. Y más tarde viajando por una ruta para explorar Estados Unidos. Estuve en Washington y San Francisco, recorrí la costa oeste en tren. Estuve en St. Louis, en Chicago, en los Grandes Lagos, en Filadelfia y en Boston. Vaya un país, la asombrosa diversidad de paisajes y climas, los ríos. Estuve en la sociedad comunista Amana y mi experiencia allí fue completamente distinta de la de Icaria. Las personas estaban unidas espiritualmente a los demás. Con eso no solo me refiero a que profesaban la fe cristiana, a diferencia de los icarianos; se trataba de un vínculo no centrado exclusivamente en el aquí y el ahora, era hermandad. Ploetz trató de rebatir mis impresiones con numerosos ejemplos. Esos grupos comunistas religiosos no le interesaban. Que Dios se ocupe de sí mismo, dijo con cierto misterio.

»Él no tuvo esa experiencia. Y al fin y al cabo, ¿puede rebatirse lo visto y lo vivido? La comunidad Amana...

—Hábleme primero de Ploetz y los icarianos. Más tarde ya retomaremos Amana, porque si no... [Ininteligible]

—Cierto. El antiguo amigo.

»Llegamos a Breslavia y el amigo dio parte a la sociedad Pacific en calidad de presidente enviado, como rezaba su título.

»Y como nuestros recuerdos están teñidos de las sensaciones que los acompañan, sus impresiones estaban empañadas. Su informe era negro como el carbón. Señaló que una de las contradicciones fundamentales residía en que el trabajo que se realizaba en Icaria no se ajustaba al de la sociedad que los rodeaba, orientada hacia la competencia y el beneficio. Por eso había que vender terrenos constantemente para compensar el déficit. Su trabajo no era rentable. El *take it easy*. Mencionó las disputas mezquinas, la mentalidad rural tan estrecha de miras, los rencores, la contradicción —se confundió y dijo “contraficción”— entre las aspiraciones de igualdad y la fijación por los intereses propios. No, allí no se hallaba el nuevo hombre y, dadas las circunstancias, tampoco llegaría nunca.

»Lo que dijo se correspondía con lo que habíamos observado, y sin embargo en mi opinión no era la visión adecuada, comprensiva, sino que estaba impregnada de una profunda decepción, lo que daba pie a comparaciones peyorativas como esta: La comuna icariana no es más que un patio de recreo burgués.

»Mis intentos de explicar la complicada situación de la comuna sucumbieron al debate fundamental que se inició en ese momento acerca de cómo —*hic et nunc*, según Heinrich Lux— podía alcanzarse una sociedad distinta y justa en la que todas las personas fueran felices. Se prestó especial atención al argumento expuesto por el socialista Ferdinand Simon, según el cual las pequeñas islas de bienaventurados no cambiarían nada en una sociedad capitalista basada en la explotación y el afán de lucro. Por eso había sido tan valioso aquel viaje, porque confirmaba que el experimento de Cabet había fracasado, no podía ser de otra manera. La teoría de Cabet estaba superada. Así lo certificaba el informe del presidente. Simon prosiguió diciendo que entretanto había analizado a conciencia *El capital* del compañero Marx. La sociedad que nos rodea y su realidad marcada por la lucha de clases debe cambiar a manos del obrero, del partido organizado, de la revolución. Los enfrentamientos de clase, con la burguesía capitalista a un lado y la clase obrera al otro, no pueden aplacarse. Los modelos de Cabet y Fourier fueron muy avanzados en su día, pero habían quedado superados ahora que las relaciones de producción habían cambiado. El amigo añadió: La comuna icariana, al igual que otras comunidades utópicas, son ocurrencias idílicas del pequeño burgués. Heinrich Lux exclamó: Lo que necesitamos es

una revolución de toda la sociedad. Para ello es necesaria la organización de un partido revolucionario de trabajadores. Al fin y al cabo, las sociedades comunistas también eran partícipes de la explotación de la sociedad con la que tenían una relación de intercambio. El presidente había dado en el clavo: un patio de recreo. Debo reconocer que sentí que todo lo que se decía allí iba dirigido a mí, y el recuerdo de Lena, de nuestros encuentros en el islote, de las acusaciones del abogado hicieron que me sonrojara avergonzado de nuevo.

»El amigo se mostró de acuerdo pero, a diferencia de Ferdinand Simon, él no creía que el remedio fuera solo una revolución social, sino que el orden económico comunista debía combinarse con un cambio en la disposición biológica de las personas. Había que elevar al ser humano a su ideal. Mejorar sus capacidades, tanto intelectuales como físicas. Ferdinand Simon repuso que esos cambios solo podía lograrlos una sociedad sin clases. ¿Y cómo llegar ahí? Por cierto, Simon se casó más adelante con la hija de August Bebel. Un matrimonio feliz hasta la espantosa muerte del científico. Mientras realizaba experimentos sobre estreptococos, un ratón lo mordió y murió sufriendo lo indecible. Frieda se sumió en una profunda tristeza. Eso fue en Zúrich en el año... Espere, tengo que consultarlo...

—No es importante, puede mirarlo luego. Pero ¿qué decía Simon?

—Simon citó a Marx y a Engels: Que las clases gobernantes tiemblen ante la revolución comunista. Los proletarios no tienen nada que perder excepto sus cadenas. Tienen todo un mundo que ganar. No, decididamente no, dijo Steinmetz, ya solo el origen de la palabra «cadenas» es la mecánica de toda la vida, y ya tenemos aquí la edad de la electricidad y la radiación. La revolución técnica también conduciría al progreso social. Steinmetz esbozó su idea de una sociedad que gracias al desarrollo de las máquinas y de las posibilidades insospechadas de la técnica traería consigo la liberación del ser humano, un aumento del tiempo libre, durante el que las personas podrían formarse y atender tanto como a sus intereses como a sí mismas. Por las mañanas trabajarían y por las tardes podrían pasear por la naturaleza o simplemente leer un libro. Los cambios sociales debían acompañar a los avances científicos y técnicos. El amigo les dio la razón a los dos, pero apuntó que ni siquiera la desigualdad natural había podido salvarse hasta el momento. Por eso era tan importante fomentar una igualdad biológica entre los miembros de la sociedad. Ambos factores iban de la mano. Insistió en que se debía intentar crear las condiciones hereditarias adecuadas para que las

personas pudieran desarrollar sus predisposiciones. Para que las enfermedades —se trabó, se notó que pensaba en el jorobado Steinmetz, sentado delante de él, y continuó con cautela—, las enfermedades que pudieran identificarse antes del nacimiento también pudieran evitarse. Carl Hauptmann se mesó la barba de chivo y dijo: Ciertamente. Así será. Y Gerhart Hauptmann, después de escuchar a medias y de añadir material de su propia cosecha, expresó así la idea: Sí. Eso mismo. Maravilloso. Criar personas más hermosas, más sanas, áticas. De proporciones griegas.

»Steinmetz dijo cortante: Los seres humanos no son conejos.

»El debate debía reanudarse en otra sesión que no llegó a celebrarse, ya que esa noche, cuando volvía a casa con el amigo por las calles de Breslavia, dos hombres con largas esclavinas nos siguieron. Él seguía hablando acaloradamente de cría y selección. Nos detuvimos. Los de las esclavinas también. Seguimos caminando. Nos siguieron como dos ángeles oscuros. Cuando paramos, pararon y se dieron fuego el uno al otro, proseguimos, ellos también. Nos vigilaban a la tenue luz de los faroles de gas. Era la primera vez que me espiaban. La ley antisocialista había echado el ojo a las fuerzas subversivas.

—[Ininteligible]

—Una ley de Bismarck promulgada tras el atentado del káiser Guillermo en 1878. Se prohibieron los sindicatos, así como las reuniones y las publicaciones tanto socialistas como socialdemócratas.

»Nos despedimos sin saber que la siguiente vez que nos viéramos sería en Zúrich. Yo llegué a casa y mi madre, que siempre conservaba la calma, estaba visiblemente pálida y confusa. El pelo, que por lo demás siempre llevaba recogido en trenzas impecables, le caía sobre los hombros. Al parecer un capitán de policía se había presentado por la tarde y había dejado una citación por escrito para que me personara en la comisaría a las diez del día siguiente. Había dicho que no se me llevaban esposado en ese mismo momento por respeto a mi padre, comerciante honorífico. Yo todavía era menor de edad.

»Padre estaba sentado en su despacho con un puro en la mano; sobre la pequeña mesita redonda de fumar con dibujo de tablero de ajedrez estaba el libro que había encargado, grande, grueso, aún olía a la cola de encuadernar.

»Échale un vistazo, dijo padre sin mencionar al comisario.

»Lo hojeé desconcentrado, observé los dibujos coloreados a mano. Un libro que mostraba los distintos tipos de patata, las flores, los tallos, la forma

de las raíces.

»Qué maravilla este violeta en el corte del tubérculo, estos delicados anillos rojizos de la protuberancia también están muy logrados, dijo.

»Mi padre, al igual que el suyo, era farmacéutico y había inventado unas cápsulas de fruta y verdura seca. Tenía una pequeña y lucrativa fábrica, y suministraba extracto de verduras al ejército prusiano —a pesar de ser republicano y contrario a lo militar—. De niño siempre pedía que me contara historias, y una de las que me acompañó durante la infancia fue la de cómo había acudido, siendo alumno de primaria, a la barricada de la Friedrichstraße en 1848, donde se había izado la bandera con los colores negro, rojo y dorado en un carro de tiro cargado de piedras. Y más adelante, el 24 de marzo, también a escondidas porque su monárquico padre se lo tenía prohibido, se había acercado al castillo donde se había instalado la capilla ardiente de los revolucionarios caídos. El rey Federico Guillermo IV se asomó al balcón y de la multitud reunida se alzó un rugido: ¡Sombrero fuera! Sucedió lo inaudito. El rey prusiano se quitó el sombrero por orden del pueblo y tuvo que inclinarse ante los revolucionarios muertos, lo que causó en mi padre una profunda impresión que lo marcaría de por vida.

—[Ininteligible]

—Cierto. Mi padre dejó el puro cuidadosamente en el cenicero, acercó un vaso que había preparado, me sirvió coñac en él y se rellenó el suyo: Brindemos. ¡Por el país con bebidas como esta y por la *liberté, égalité, fraternité!*

»Cogió el puro, contempló la ceniza acumulada y tras una pausa muy prolongada, me preguntó: ¿Quieres quedarte? ¿O marcharte?

»Le dije: La policía vendrá y os interrogará.

»Con un “bah” y con un gesto de la mano, contestó: Qué se le va a hacer si las crías abandonan el nido.

»Tuve la suerte de que mi padre fuera así. Por cierto, gracias de nuevo por el café. Es excelente. Una delicia.

—[Ininteligible]

—No. No fumo, tuve que dejarlo cuando me encerraron. Fue muy duro. Nunca lo retomé. Aunque solo fuera por no caer en la tentación de cometer una pequeña traición a cambio de un cigarrillo.

—[Ininteligible]

—Jamás. A la mañana siguiente tomé el primer tren a Leipzig. Con una maleta. Llevaba suficiente dinero en efectivo y veinte monedas de oro por si

acaso. Con la cabeza del rey grabada, el envejecido príncipe de la metralla, el señor Oelsen. Ese era el nombre que había utilizado para esconderse en una posada en su huida de 1848. De todos modos había regresado y había ahogado en sangre a las tropas revolucionarias de Baden. Él te acompañará, dijo padre, que le den.

»Ya había sacado las monedas de la caja fuerte antes de que yo llegara.

»Tomarás tu camino.

»Sí. Llegué a Zúrich sin penalidades.

»Esa noche, al marcharse a casa, el amigo vio un coche negro entre las sombras a cierta distancia de su casa. Allí le esperaban los alguaciles, bajo la lluvia incipiente. Giró en una bocacalle y, todavía con los hombres de la esclavina detrás, continuó como si tal cosa hacia casa del compañero icariano Simon, del que nos habíamos despedido hacía una hora escasa.

»Simon vivía en un cuarto de tamaño considerable en el primer piso de un edificio deteriorado a punto de ser derribado. Le dio al amigo todo su dinero y le prestó una pequeña suma de un capitán de caballería que vivía allí. Este había faltado a su juramento de oficial por una historia de amor y había tenido que abandonar el servicio en el ejército. Para el viaje le dieron también una botella de aguardiente de ciruela. Bajó las escaleras mientras su compañero Simon simulaba una fuerte discusión gesticulando de un lado a otro en la estancia iluminada y con las cortinas cerradas. El amigo salió de la casa por la puerta trasera. Fue a la estación y tomó el tren nocturno a Leipzig, también cambió allí. De manera que llegó a Zúrich un día antes que yo, donde tuve la satisfacción de ayudarle un poco con mi dinero durante las primeras semanas.

»Aquella situación siempre hacía reír con ganas al amigo, que por lo demás siempre estaba serio: los dos hombres de las esclavinas de noche, bajo la lluvia, presenciando una discusión de sombras.

—[Ininteligible]

—En Zúrich, mientras él pasó de la economía a la medicina, yo hice lo contrario y dejé los estudios de medicina para empezar economía. Tras la experiencia con los icarianos, nuestros caminos profesionales se cruzaron.

»Así de distintas fueron las conclusiones que sacamos de nuestra experiencia en común. Yo esperaba obtener conocimientos acerca de las fuerzas que mantienen unida una sociedad y las que la dividen. ¿Qué fuerzas de cohesión estabilizan una comunidad? ¿Cómo pueden mejorarse las cosas? ¿Cómo podemos aprender a relativizar y corregir el egoísmo individual?

¿Cómo pueden difundirse esas enseñanzas? Asistí a clases sobre relaciones económicas. Sobre historia. Sobre las revoluciones francesas de 1789 y 1830. También sobre la Constitución estadounidense.

»A pesar de estar en facultades distintas, mantuve una relación lo bastante cercana con el amigo para seguir de cerca sus intereses e investigaciones.

»Fue entonces cuando comencé a trabajar en el tema de las sociedades comunistas de Norteamérica. También publiqué la primera disertación breve sobre mi visita a aquella comuna religiosa, una edición particular que pagó mi padre. Quiero insistir en ello: sin él, sin el espíritu abierto y democrático de mi padre, un firme opositor de Bismarck y de su política prusiana conservadora, no me habría sido posible viajar a Estados Unidos ni disfrutar de mis estudios sin la presión del examen final. Padre sabía incluso de mis servicios como mensajero para el Partido Socialista de los Trabajadores, prohibido por aquel entonces, y los financió a sabiendas. Todavía no me había afiliado al partido, no levantaba sospechas y podía pagar los viajes de tren entre Zúrich y Essen con la mensualidad paterna. En aquella época el amigo simpatizaba con el partido, y los socialistas y los comunistas formaban prácticamente una unidad, no fue hasta después que se separaron de forma tan brusca y combativa. A todo esto, el compañero Heinrich Lux fue acusado de actividades socialistas en Breslavia y fue condenado a un año de prisión incondicional. Mientras otros vivíamos en libertad en Zúrich, como muchos otros socialistas. El amigo frecuentaba a Bebel, al que yo también había conocido. Había un grupo de debate en el que pude participar, aunque en este caso participar significaba escuchar. Me sentaba allí y los observaba debatir sobre los grandes problemas políticos. La cuestión de la revolución, la cuestión de la violencia, la cuestión de la ilegalidad. El amigo tenía opiniones socialistas muy nítidas. Pero ya se percibía esa divergencia según la cual el reparto justo de los bienes debía ir acompañado de algo más, algo fundamental, la ley darwiniana de la selección, que él consideraba en conflicto con el precepto socialista de la igualdad. Hablaba de una reducción de la fuerza del pueblo debido a la influencia perjudicial de una selección negativa. Ya no se imponía el fuerte, sino muchos débiles, y el propósito socialista de ayudar a los necesitados lo exacerbaba. Decía que la lucha por la existencia que había convertido al eslabón perdido en el ser humano estaba perdiendo vigencia. La consecuencia de todo esto —lo resumo— era una degeneración progresiva.

»Solo intervine en el grupo una vez, cuando el amigo expuso nuestra

experiencia en la comunidad Icaria, y fue la primera vez que lo contradije en público. No con dureza, no en su estilo. Cuando oía un argumento que le resultaba problemático, podía decir con el gesto repentinamente ensombrecido: Opino que eso es falso. Completamente falso. Incluso cuando se expresaba una opinión que no le parecía aceptable, su rostro adquiría un aire de disgusto intimidante. Hasta nuestro viaje de vuelta por el Atlántico no aprendí a seguir mi razonamiento hasta el final sin vacilar. Antes de eso, comenzaba a balbucear, me enredaba en mis palabras y al final enmudecía con una muletilla para volver a escuchar su monólogo.

»El amigo había finalizado su discurso crítico y lo había adornado con una cita de Marx. En ese momento pedí la palabra, sentí que me sonrojaba cuando todos se volvieron hacia mí, y a duras penas comencé a hablar: la crítica de Marx estaba dirigida solo a la economía. Sin embargo obviaba estas constantes tan humanas: el deseo de tener, de mantener, de satisfacción, que en su expresión más intensa pueden considerarse negativas: codicia, avaricia y pereza. Son características atávicas, como el amor y la envidia, difícilmente controlables mediante la voluntad y el conocimiento, que nos dominan hasta extremos insospechados. Que pueden arrebatar nos la libertad. Pero todas estas emociones son importantes y para cambiar precisan tiempo, experiencia, buena voluntad, porque todo debe vivirse y probarse...

»Alguien dijo: Por el amor de Dios. Probarse... Uno se prueba las cosas en el sastre. ¿Dónde se cree que estamos?

»Y entonces cayó sobre mí una tormenta de términos socialistas. Clase obrera. Intereses objetivos de clase. La lucha será colectiva o no será. Ilusiones burguesas. Y se utilizó la expresión “actitud pequeñoburguesa”. Más adelante, en los años veinte, se achacaría lo mismo a los intelectuales. Un combate terminológico frente a la crítica desde las propias filas. Teddy Thälmann, cochero y estibador, tachó de intelectualmente pequeñoburguesas las valoraciones políticas divergentes de August Thalheimer, un lingüista doctorado en los pronombres personales y posesivos de Micronesia.

»Las críticas del grupo de Bebel fueron duras, pero no se dirigieron hacia mí por mi origen burgués, de ninguna manera. A favor del amigo diré que salió en mi defensa. Por lo demás nunca se involucraba en enjuiciamientos colectivos a no ser que alguien pusiese en duda sus tesis científicas. Disculpe, estoy muy cansado, ¿podemos dejarlo por hoy?

—Ha sido interesante. Descanse. Si quiere algo dígamelo, por favor.

—Gracias. Gracias.

[3](#) Traducción de Andrés Sánchez Pascual (*N. de la T.*).

Linderhof

Hansen se había sentado en el mirador y leía a Alfred Ploetz: *La situación actual de la raza nórdica y sus perspectivas biológicas y raciales en el futuro próximo. Conferencia pronunciada ante el Nordischer Ring. Berlín, 29.03.1935.* La señora Sachs se asomó y dijo: Le reclaman al teléfono. Pensó que sería el puesto de Múnich preguntando por los progresos en su tarea. Pero era Molly. Sorprendido al oír su voz, le preguntó cómo había conseguido su número.

Las guías telefónicas aún no nos las habéis confiscado. Gracias por el café. Lo he compartido con las demás. También te dan las gracias.

Un placer, un detalle de nada.

Ella dijo que hacía buen tiempo y que seguiría así porque había un anticiclón en el este. ¿Le apetecía hacer una excursión al Linderhof, el castillo? A todos los americanos les gustaba.

¿Y cómo sabía ella eso?

Recientemente había llevado allí a un coronel, que por cierto era muy culto. Le encantaría hacerle de cicerone a él también. Sin honorarios, claro. ¿O tenía que trabajar?

No, exclamó él por el auricular un poco demasiado rápido y un poco demasiado alto. Le encantaría. ¿Cuándo podía pasar a recogerla por la mañana?

Tenía ganas de volver a verla y al mismo tiempo sintió rabia por ese «que por cierto era muy culto» lanzado como si nada.

Se retrasó un poco, lo había retenido una patrulla de la policía militar. Habían comprobado su documentación y él se temió que le pidieran también los papeles del coche, pero no les interesó. En apariencia era un alemán vestido de oficial americano que recorría el paisaje.

Ella ya estaba en la calle, delante de la puerta. Arriba, en el segundo piso,

asomaban las caras de sus compañeras. Otra vez se había puesto el vestido de las amapolas y los zapatos de tacón de corcho y los calcetines blancos enrollados. Llevaba un bolso de cuero colgado del hombro.

No pudo evitar reírse al imaginar que le preguntaba si quería que se dejara esos calcetines puestos. Ella lo miró, ahora molesta, pero no preguntó de qué se reía. Tampoco se lo habría contado.

Tomaron la autopista y después carreteras secundarias. A él le maravillaron las flores. Los exuberantes geranios en las ventanas de las granjas.

En el castillo se toparon con un cartel inmenso: «Cerrado». A pesar de las protestas de un guarda alemán —el uniforme de Hansen atajaba cualquier objeción—, entraron en la finca. La llave la tenía el encargado. Pero no estaba allí. Entonces Molly le enseñó el quiosco moruno que estaba algo apartado. La puerta estaba forzada, quizá por un colérico visitante americano. Las exquisitas columnas doradas, la fuente decorada con pequeñas medias lunas de oro, las lunetas ornamentadas, las vidrieras, que ahora tenían matices azules y verdes, el baldaquino y debajo el trono de pavo real. *Las mil y una noches*, exclamó Hansen con un entusiasmo casi infantil. Maravilloso.

Sí, respondió ella, pero lo asombroso es que el rey lo hiciera construir en estos jardines bávaros idílicos; aquí, en este quiosco, los criados representaban imágenes vivientes disfrazados de orientales. Un mundo onírico muy real.

Hansen le dijo que si ella quería podía requisar el quiosco y regalárselo aunque solo fuera para una tarde. Y con un gesto brusco de la mano echó de allí al guarda, que los había seguido. Allí el champán y aquí nuestro lecho.

Un poco duro, repuso ella entre risas. Mejor una pensión como es debido.

Durante la visita, él la había rozado repetidamente y una vez, solo una vez, ella lo había rodeado con el brazo izquierdo y se había arrimado. Al mismo tiempo le dirigió una mirada franca y cariñosa. Sí, vivieron un instante de felicidad en aquel quiosco moruno.

Después fueron en coche a un hotelito. Alpenglügen.

Tomemos algo, propuso él. Ella asintió y los dos supieron que ese no era el verdadero motivo de la parada.

A los oficiales aún les estaba prohibido alojarse en hoteles alemanes, y a los dueños tampoco les estaba permitido aceptar a oficiales estadounidenses. Lo que no se les hubiera ocurrido prohibir... A Hansen le dio igual, hacía tiempo que el deseo había desplazado cualquier consideración por lo que no

estaba permitido. En ese momento le habría dado igual que lo degradaran. Y los dólares también despejaron cualquier duda que pudiera haber tenido la dueña. Molly habló en su inglés, que cualquier nativo habría reconocido como inglés escolar, pero no aquella bávara que seguramente los tomó por un matrimonio o una pareja americana que no podía aguantarse las ganas.

Hansen pidió agua y dos copas de vino blanco que a Molly no le pareció tan malo después de probarlo con atención, y subieron a una habitación con un armario de madera pintada que Molly estudió con mirada experta. Una buena pieza, pintura extraordinaria, combinación de colores muy conseguida, y un motivo inocente bonito y bien escogido: un cazador furtivo —ese bigote negro— junto a un corzo abatido recibe un disparo por detrás de un guarda forestal que lo ha sorprendido. El cañón del arma aún está rodeado por una nubecilla de pólvora. En la otra puerta, una joven vestida con un *dirndl* ante un paisaje rocoso y escarpado. Vaya delantera, comentó Molly, puede que fuera el único motivo que justificaba todo el panorama. Sería la amante o la esposa del cazador, ya que se la veía con las manos levantadas ante un abismo hacia el que estaba a punto de caer, con la boca abierta y un grito de dolor placentero como el que salió de la boca de Molly, tumbada bajo él con los brazos estirados hacia arriba como si se estuviera cayendo.

Dos horas después, Hansen y Molly bajaron las escaleras hacia el bar seguidos por la mirada azorada de la dueña; no, después de lo que había oído y que probablemente no hubiera oído antes jamás, su mirada era más bien severa, de rechazo. De todos modos preguntó —los tentadores dólares— si los señores querrían tomar algo.

No. Gracias.

Volvieron a Múnich, de vez en cuando adelantaban algún camión del ejército. Los conductores, la mayoría negros, saludaban con la mano y miraban desde arriba a Molly en el descapotable. Uno de ellos tocó rítmicamente la bocina.

Hansen quería ir a la casa del lago, quería cenar con ella, quería que se quedara a pasar la noche; hacer un largo viaje con ella sin una patrona que los escuchara.

Pero ella quería irse a casa. Tenía cosas que hacer. El negocio.

Él insistió en que le contara de qué negocio se trataba. De lo contrario la dejaría allí mismo, en la autopista.

Entonces pararé el siguiente camión que pase. Pero al final sí que le contó

que había montado un gran taller de sastrería. Máquinas de coser impecables, no robadas. Ocho costureras que hasta un par de meses antes cosían uniformes para las auxiliares de la Wehrmacht. Quería hacer un *deal* con el dueño (utilizó la palabra en inglés pero se apoyó demasiado en la «i»). Podía conseguir seda de paracaídas porque tenía contactos a través de los compañeros de su marido en la Luftwaffe. Con esa seda se coserían vestidos. La tela podía teñirse. Era un tejido bueno, ligero y resistente.

¿Y eso no era propiedad de la Wehrmacht, que ahora, después de haber sido confiscada, pertenecía a la administración estadounidense?

Bah, bueno, pero si se ha confiscado de todo, casas, coches, y lo miró por encima de sus gafas de sol con aquellos ojos irritantemente azules; es una forma de redistribución. Las cosas ahora no son tan inamovibles como lo eran antes y lo serán pronto. Una época de transición. Se destruye un orden antiguo, se disuelve, surge algo nuevo. Buenos tiempos para grandes planes. El horizonte está despejado. Pero estaría bien que me consiguieras un permiso. Tengo que ir a la zona francesa. Friedrichshafen. Allí hay paracaídas. Necesito un permiso para traerlos a Múnich.

Sobrevaloras mi influencia. No pertenezco a la administración militar.

Inténtalo.

A partir de ese momento guardaron silencio, entraron en la ciudad, que desde el sur comenzaba de pronto y casi sin suburbios. Ella miraba aburrida hacia fuera. Él se rompía la cabeza pensando en cómo conseguir el permiso.

¿Un permiso para el transporte no legal de mercancía? Claro que no es correcto. Pero nada es correcto en el amor.

Molly se bajó delante de su casa. Él abrió el maletero, sacó el paquete de kilo de café y el cartón de Camel: Para tus paracaídas.

Ella, que no había pedido ninguna de las dos cosas, le dio las gracias pero de un modo tan obvio como si él fuera un comercial al que ella le hubiera pedido y pagado la mercancía. La vio entrar por la puerta, sus piernas, los calcetines blancos enrollados, y cada vez más enfadado por su arrogancia, se propuso pedirle que se dejara los calcetines puestos la próxima vez.

- Domingo, 1 de julio -

Los geranios en las ventanas, peonías en los jardines. ¿Por qué nos hacen tan felices las flores, ese brillo colorido? Quizá la sospecha del erotismo, de que

la tierra se adorna para el cielo.

Hansen había sido citado para dar parte en el cuartel general, el MacGraw de la Tegernseer Landstraße. Un letrado en la entrada: «American Military Government». Un sargento lo condujo por los pasillos y las escaleras y le contó que el coronel se sentaba a un escritorio que había pertenecido a Hitler.

Efectivamente, el coronel Middleton parecía perderse detrás de un escritorio inmenso de roble macizo. Al preguntarle Hansen por el auténtico escritorio de Hitler —Leo Alexander también utilizaba uno—, Middleton se echó a reír, a juzgar por los rumores había cientos por toda Múnich. Así funcionaba la imaginación. Las consecuencias de una película. Era por esa escena de *El gran dictador* en la que Benzino Napoloni se sentaba en el escritorio de Adenoid Hynkel. Ya sabe que ninguno de los dos, ni Hitler ni Mussolini, leía informes. Lo cierto es que tanto los nazis como los fascistas recurrieron a la brutalidad y a la oralidad, hablar, convencer, hablar, convencer, hablar, hablar borrachos, y si eso tampoco funcionaba, rematar. Sin embargo es interesante observar las diferencias entre el sistema fascista y el nacionalsocialista: el primero era menos racista que el segundo, con sus ideas míticas y medievales sobre la sangre y el suelo, pero ambos estaban abiertos a la tecnología, especialmente al automóvil y el avión. Sin embargo: ¿por qué colaboró durante tanto tiempo la población alemana? Los italianos desistieron antes, tenían a los partisanos y simplemente eran más flexibles, puede que más inclinados a la vida por su carácter hedonista. Sin ese afán por la muerte y la extinción. Nibelungos que se beben su propia sangre en el salón en llamas pero cuya lealtad les hace aferrarse a hasta el último hombre. Un mundo tétrico. El cielo sobre Italia es más claro y el aire de otoño huele a cosecha, a tierra, Ceres no está lejos. Middleton había estudiado en Tubinga y había vivido medio año en Florencia, donde había trabajado en los archivos sobre el precio de las pieles y la seda en la época de Cosimo Medici. ¿Por qué los *germans* —siempre lo decía en inglés a pesar de hablar un perfecto alemán—, por qué se dejaron matar a tiros voluntariamente durante tanto tiempo? ¿Por qué mataron a otros?

Middleton le preguntó a Hansen por sus progresos con el colaborador del eugenista. Necesitaba a Hansen allí, en la administración. La organización de la ciudad es un caos, dijo. Refugiados, *displaced persons*. Le gustaría poner a Hansen al mando del censo. Problemas de vivienda. Reparto de alimentos.

Cuando llegue el invierno, la madera y el carbón escasearán. ¿Cómo vamos a gestionar esta ciudad con treinta o cuarenta personas sin los funcionarios que trabajaban aquí? Casi todos eran nazis, de grado bajo, medio, alto, en su conocimiento de sí mismos pero también en su capacidad de acción.

Después Hansen paseó por la ciudad, se sentó en un banco del Jardín Inglés, pensó que quizá era su obligación acelerar la entrevista con el anciano, pero entonces pensó en la casa, en el lago y en Molly, sí, sobre todo en ella, y en el anciano en su buhardilla, no era del todo correcto prolongarlo, correcto tal como lo entendía su padre, cumplimiento del deber unido a obediencia, una obediencia a la que el furioso anciano había renunciado hacía tiempo. Alguien de muy arriba en aquella incomprensible jerarquía le había asignado la tarea de entrevistarlo, un regalo en realidad. ¿Por qué no iba a tomárselo con calma?

Regresó al lago a última hora de la tarde. Al oeste se acumulaban nubes oscuras iluminadas de vez en cuando por relámpagos. Un poco después cayeron unas pocas gotas pesadas sobre el cristal. El limpiaparabrisas chirriaba. Hansen condujo en dirección al lejano retumbar.

George estaba sentado en un sillón con las piernas estiradas y lo invitó a sentarse junto a él con un gesto lento y amplio de la mano. Cogió la botella de whiskey del suelo, casi vacía, y dijo: *Mira, necesitamos reponer las existencias.*

Se le trababa la lengua: *La he echado.* La joven había llegado, se había desvestido mecánicamente como siempre, se había tumbado y se había abierto de piernas, cuando él ni siquiera se había quitado la camisa. *Sí, la he echado.*

¿Y eso? ¿Qué ha dicho?

Nada, en realidad. Sí, era precisamente eso. No había dicho nada. *Simplemente he echado a esa fulana alemana que venía a por nuestros cigarrillos.*

Hansen se sentó a su lado. La puerta al jardín, al prado descendente y al lago estaba abierta. De pronto los truenos y relámpagos estaban cerca. La fuerza de las descargas era tal que se sentían en el pecho. La lluvia salpicaba hacia la estancia. Cuando Hansen quiso cerrar la puerta, George dijo: *Déjala así. La lluvia lo limpia todo.*

Y le contó que por la mañana había presenciado el interrogatorio del profesor Schilling. Una eminencia médica. Schilling había realizado experimentos con los prisioneros de Dachau. Series de ensayos en mujeres y hombres. Se les infectaba con malaria, con cólera. Una muerte lenta e insoportable. Úlceras. Supuración. Algunos de los supervivientes todavía estaban en el hospital del ejército, hinchados, heridas que no se cerraban. A algunos se les había alimentado bien, también formaba parte del experimento, en cambio otros habían pasado hambre, recibían lo que se conocía como dieta de abstinencia, que provocaba la muerte, todo estaba calculado, el número de calorías, el número de infusiones, las mediciones de temperatura. Tablas. Los sujetos, polacos, rusos, judíos, numerados, se convertían en ficheros y diagramas hasta que morían.

George le habló de las fotos que había visto, ya que todas aquellas investigaciones se habían documentado al detalle, y entonces uno de los oficiales interrogadores, un médico con rango de capitán, le había dicho que era espantoso pero que los resultados eran muy importantes y los experimentos interesantísimos, los datos no se recuperarían tan fácilmente. Le pidió a George que interrogara al profesor alemán, que lo exprimiera antes de que lo ahorcaran. Algo que el capitán lamentaba. De acuerdo, traspasó un poco los límites. Pero lo hizo al servicio de la ciencia. Cinco años de cárcel también habrían bastado.

Lo inconcebible. El ángel de la Historia dice: Todo. Todo, hasta lo más espantoso, no solo es posible sino que se ha hecho realidad. *Es obra de los dioses blancos*, relató George, *un informe del sanatorio de Kaufbeuren. Cerca de aquí. Han matado a mil doscientas personas con inyecciones, con Luminal. Lo endulzaban con zumo de frambuesa para dárselo a los niños. Cuando llegamos, casi tres meses después de la capitulación, seguían trabajando. Matando a aquellos que no merecían vivir. Asesinos por convicción. Los alemanes me dan náuseas, y no vengas a decirme que hay excepciones.*

Mira esas actas de defunción. Y este jovencito. Su crimen: ser hijo de un vendedor ambulante. Gitano. El chico tenía catorce años. Jamás olvides su nombre. Ernst Lossa.

Toma, dijo George, para que duermas bien.

Acta de defunción e historial médico

Testimonio de un enfermero

En el caso Lossa, declaro lo siguiente: sobre Lossa se dijo repetidas veces que no servía para nada, que era incorregible. Estos comentarios los escuché tanto del doctor Falthhauser como de Frick, y se expresaron así con la intención de que yo despachara a Lossa con Luminal. Sin embargo yo me negué porque Lossa era uno de mis pacientes favoritos. Si bien es cierto que robaba todo lo que podía, por otro lado mostraba una amabilidad y un altruismo extraordinarios, de modo que yo lo apreciaba. El doctor Falthhauser me pidió repetidas veces que le diera Luminal a Lossa, y Frick también me preguntó si no se le podía dar algo, porque no servía para nada.

Un día de principios de agosto de 1944 —ya no recuerdo el momento exacto— me asignaron al turno de noche. Me lo comunicó el secretario de enfermería Holzmann. El doctor Falthhauser me encargó administrar Luminal a Lossa durante ese turno. Antes ya había hablado conmigo sobre cómo se podría «aliviar» al chico, y me había asignado a la noche con ese objetivo. Así que el día anterior le dije a Lossa: «Hoy tienes que ir al ala infantil. Te van a poner la vacuna del tifus». Entonces le asignaron una cama infantil. Mientras dormía, Pauline Kneissler le puso una inyección en mi presencia y en la de Frick, posiblemente morfina-escopolamina. Fue la propia Kneissler quien preparó la dosis. Mientras estaba recibiendo la inyección, Lossa se despertó. Al decirle que era una vacuna contra el tifus, apenas se resistió, casi no hizo falta sujetarlo. Resulta que el chico tenía mucho miedo al tifus. Esa noche no le di el Luminal que debía administrarle en un principio porque sabía que no se dejaría. Con violencia no se lograría nada, porque era demasiado fuerte y ágil.

Antes ya había intentado darle Luminal a Lossa por encargo del doctor Falthhauser y con conocimiento de Frick. Sin embargo la tentativa fracasó. Por eso se pensó en ponerle una inyección.

Tanto el doctor Falthhauser como Frick declararon que Lossa debía desaparecer. Yo repliqué que con Luminal no se podía. Así que, a propuesta mía, se consideró ponerle a Lossa una «vacuna contra el tifus». Y aquí rectifico, porque no fue Frick quien propuso ponerle una inyección. Esa noche Frick me llamó por si hacía falta sujetar a Lossa en caso de que se resistiera. Cuando entré en la sala infantil, Kneissler y Frick ya estaban allí. Repito que entonces Kneissler le administró la inyección en mi presencia y la de Frick. Después nos marchamos

juntos. Lossa falleció al día siguiente.

Día 7

—Hoy al mediodía los cristales del coche estaban cubiertos de arenilla marrón.

—No sucede a menudo, pero de vez en cuando el viento sur trae arena del Sáhara a Múnich. El tiempo está cambiando. Mi barómetro es este.

—[Ininteligible]

—No, gracias. Lo mejor es la aspirina. Y todavía puede comprarse. Gracias.

—El viernes leí acerca de un chico. Ernst Lossa. Hijo de un vendedor ambulante. Fue asesinado en la clínica de Kaufbeuren. No mostraba signo alguno de debilidad mental. Bastaba con esto: era diferente. George, un compañero, ha interrogado a los médicos del psiquiátrico. Siguieron trabajando hasta el verano. Eran minas de la muerte. ¿Qué habría opinado Ploetz al respecto?

—Quiero pensar, lo deseo, que al menos lo que le dijo el profesor Lenz es cierto, que Ploetz intervino en favor de sus compañeros judíos ante la gentuza parda. Pero es probable que no hubiera salido en defensa del hijo del buhonero Lossa. Y sin duda no lo habría hecho por aquellos a los que Karl Binding y Alfred Hoche consideraron indignos de vivir. Lo que se conocía como individuos lastre.

»En Zúrich me enfrenté por primera vez a este punto de vista. Poco a poco nos fuimos reuniendo todos allí. Llegaron los hermanos Hauptmann. Llegaron Simon y Lux. Y los debates sobre un mundo distinto, un mundo más justo, más hermoso y mejor se celebraban allí con otros, con Frank Wedekind, con Richard Avenarius, con el psiquiatra Auguste Forel, que resultó decisivo como profesor del amigo. Los estudiantes, los revolucionarios, se reunían en torno a aquel médico, psiquiatra e investigador de hormigas, un hombre carismático.

»Forel, que defendía un antialcoholismo estricto y los derechos de las mujeres, era director de la Clínica Psiquiátrica Universitaria. Yo no presencié

todos los debates, pero sí me invitaron a varios y pude comprobar que los participantes estaban especialmente preocupados por la genética. ¿Cómo se puede controlar la descendencia en la familia, pero también en la población? ¿Es posible fomentar lo bueno y evitar lo malo en la procreación en una sociedad civilizada en la que la lucha por la existencia ha quedado mitigada?

»Sé con bastante certeza cuándo oí la palabra “eutanasia” por primera vez; no en su significado léxico, *eu* y *thánatos*, la muerte hermosa o suave, eso se lo agradezco a mis clases de griego en el instituto, sino como una posibilidad real, y digo “real” expresamente, porque para ello se requiere estar dispuesto a matar. El amigo me había llevado a la clínica, un edificio grande de reminiscencias renacentistas junto al que había una colinita de una redondez singular con viñedos, cuya cumbre estaba poblada de hayas y arbustos, el Burghölzli. El habla popular había transmitido ese nombre tan elocuente y eufemístico al psiquiátrico. Allí vi por primera vez a su director, Auguste Forel. Ploetz, que por lo general actuaba con seguridad en sí mismo, se mostró contenido, era evidente que lo admiraba. Me lo presentó. El profesor Forel, en la treintena y muy erguido, lucía un bigotillo arqueado. Una suave pelusa le cubría la barbilla y las mejillas. Su actitud no era tan ufana como la de nuestros catedráticos alemanes. Forel me estrechó la mano con una sonrisa amable. Puede que hoy haya bebido una copa de vino en la comida como la mayoría de universitarios, dijo, pero después de visitar la clínica, espero que en el futuro prescindiera de ella. Mi asistente, el doctor Brenner, y entonces señaló a un hombre mediano con una poblada barba negra, los guiará a usted y a Ploetz, a quien tengo en alta estima. Mi querido Brenner, sea usted Virgilio, muéstrele los infelices a este joven para que vea lo que el alcohol hace con las personas. Observe con atención. Dijo aquello con una voz suave en la que se reconocía la dulzura de su lengua materna francesa.

»El doctor Brenner llevaba una bata de lustrina negra y —es curioso qué detalles sin importancia retenemos a veces en la memoria— tenía las mangas sujetas a las muñecas con elásticos. Tan peculiar como la bata negra fue el amable saludo que salió de su densa barba.

»Señor colega, le dijo al amigo, usted ya conoce las instalaciones. Primero queremos mostrarle a nuestro joven invitado los casos más leves. Se deben al abuso del alcohol. Son casos, por lo tanto, que no deberían producirse, pero cuya explicación reside en la infelicidad de estas personas dominadas por su adicción.

»Nos condujo a una sala con las paredes pintadas de un blanco

amarillento. Habría unas treinta camas. Un cuidador, un gigante, estaba sentado en una silla que a su vez se había colocado sobre una tarima. Desde allí se veían todas las camas. Antes incluso de entrar en la estancia oí esos sonidos, ese sinnúmero de ruidos extraños, gritos agudos, gemidos rítmicos, un farfullar monótono, un gruñido gutural, también se oía a alguien refunfuñar.

»Les presentamos al azote de la humanidad, me dijo un médico joven que pasó por mi lado.

»No, repuso el amigo Ploetz, lo que tenemos aquí es el fracaso de la libre voluntad. Beber no es obligatorio. Él, que responsabilizaba de todo a la razón y a la voluntad y siempre veía imperar el principio de causa y efecto, no concebía que pudiera resultar agradable olvidarse de uno mismo. Extinguirse poco a poco. El presentimiento de una insensibilidad futura. El amigo no veía la adicción como una forma placentera de suicidarse, sino como una irresponsabilidad hacia uno mismo y hacia los demás, hacia toda la sociedad.

»En la siguiente sala había hombres mayores sentados en sillas y vestidos con largas camisas de lino. Algunos llevaban babero y dos guardias los alimentaban con papilla. A un anciano con una barba gris de tres días le acercaron el pistero a la boca, gárgaras, resoplidos y el té se derramó de la boca desdentada. Un ambiente que recordaba al de un jardín de infancia, pero en silencio, aparte de los chasquidos de los que comían y algún eructo de vez en cuando. Solo un hombre se volvió un instante hacia nosotros, esa imagen también se me quedó grabada, su cabeza girando lentamente en nuestra dirección y en sus ojos un asombro interrogante momentáneo, pero después su mirada se perdió en un punto indefinido. Olía a orina y a heces. El doctor Brenner dijo: A estos pacientes hay que cambiarles el orinal. Nuestros simpáticos seniles.

»Y ahora el último círculo, el más profundo, explicó el doctor.

»Nos llevó a través de una sala similar a la anterior, pero aquí la pintura de las paredes estaba gastada en muchas zonas. Había entre diez y doce personas tumbadas en camas, cuatro en bancos acolchados, tres atadas a butacas sólidas. Aquí están los idiotas con trastornos psicomotores, informó Brenner en su tono tranquilo. Nos acompañó junto a una de las camas, en la que había un hombre sentado. Una cabeza pequeña sin ojos. Microcefalia, dijo la barba negra. El hombre estaba atado con correas a la cama pero se balanceaba de un lado a otro, y cada dos balanceos golpeaba la cabeza contra la moldura acolchada de la cama en una cadencia exacta.

»Tenemos que reponer el acolchado cada dos semanas, es lo que tarda en desgastarse hasta la madera. Lo intentamos con una protección para la cabeza pero se puso a gritar sin parar. Por eso lo hemos solucionado así. A los que están aquí hay que alimentarlos, lavarlos, ponerles el orinal. Cualquier tipo de comunicación con estos seres es inimaginable.

»¿Curación?

»Completamente imposible.

»En ese momento el amigo dijo que en esos casos no podía descartarse la idea de una muerte compasiva, también en interés del paciente. Sería un alivio para él. Y para la comunidad. Para estos veinte pacientes necesitamos ocho cuidadores. Sin embargo el cristianismo ha levantado una barricada ante la noción de la eutanasia, entiende la vida humana como vida per se y no se cuestiona si es una vida que puede percibirse como tal por sí misma.

»El hombre de la barba negra lo contradijo. Son ellos, tan desviados de la normalidad, los que nos muestran quiénes y qué somos. Son los derrotados. Nos enseñan humildad. Nuestra humanidad es un regalo, provenga de la creación o de la evolución, y debemos protegerlo. Ellos son los ángeles del dolor, que nos enseñan lo que es la fortuna y que contribuyen a la fortuna de lo perfecto con su tristeza, con su profundísima desdicha. Pues la auténtica felicidad no podría existir sin el sufrimiento de otros. En su infelicidad, representan el orgullo en peligro, la unicidad de la vida. Sin saberlo llevan consigo el deseo amenazado de alcanzar la salud y la belleza. Los pesarosos, los débiles, los sufridores.

»Pensé muchas veces en esa visita, y más adelante fui consciente de lo fundamentalmente distintos que eran esos dos doctores, el de la barba negra, el doctor Brenner, y mi amigo, el médico principiante; este último demostraba ya entonces que carecía de algo importante: humildad ante la vida. Ante la existencia del individuo. Ante lo único. Ser conscientes de la creación de nuestro mundo conlleva esa humildad. Pero no así la selección y la lógica resultante de que el fuerte tiene la razón. Esa humildad no tiene por qué surgir de la fe, yo tampoco la poseo, no puedo creer, pero precisamente por ese carácter único, que es finito, la humildad debe obligarnos a defender la vida. Es el lazo que nos une. El amigo, inteligente, ambicioso, carecía de humildad y también de paciencia para la curación. Su agitación febril lo empujaba a generalizar. No era lo individual lo que atraía su mirada, sino siempre lo grande, el todo: la humanidad. No fue hasta más tarde cuando comenzó a utilizar esa otra palabra: la raza. La humanidad se dividía en razas.

Inferior la negra, superior la aria, la raza nórdica. Y la raza daba lugar a la nación; la nación, a lo antinacional; lo antinacional, a los parásitos del pueblo; y los parásitos, a su erradicación. Se trata del desprecio por lo imperfecto, el menosprecio por lo logrado, y la admiración exagerada por lo perfecto. No es de extrañar que el amigo, que entonces aún era amigo, no se dedicara a curar al individuo, sino a la gran cuestión de la cría y la selección. Así se convirtió en el señor de los mil conejos a los que había que sacrificar para examinar sus cerebros y sus células y conservarlas en alcohol. El paciente se convirtió en objeto anatómico. Y el concepto de depuración trajo a los *übermenschen* en uniformes marrón mierda. Así fue como cerró el pacto, las vidas consideradas indignas de vivir se extinguieron de forma organizada a nivel estatal y con garantías jurídicas, y los médicos que se ejercitaron en esta práctica más tarde fueron al este, a las fábricas de la muerte.

—En Hadamar y otras instituciones, los médicos se quedaron. Otros huyeron. Siguieron trabajando. En 1944 el profesor Lenz cayó en un estado de ánimo depresivo en su Instituto de Antropología berlinés. No es de extrañar, el Ejército Rojo había alcanzado la frontera de Prusia Oriental. Lenz puso rumbo al oeste, a Münster. Otros implicados directamente en los asesinatos, como el profesor Hirt, se ingresaron a sí mismos en psiquiátricos. Rodeados de pacientes que dos semanas antes habrían enviado a las cámaras de gas.

—El criador del *übermensch* a la fuga. El médico, que ayer todavía llevaba el uniforme negro de jefe de regimiento con la hoja de laurel en la solapa, pone pies en polvorosa de civil. Todo el mundo en el Reich sabía que allí donde había columnas de humo sobre las clínicas se estaba matando a gente.

»Sí, pensé muchas veces en la conversación que mantuvimos en la clínica de Zúrich. En el médico de la barba negra que dijo que ellos, los deformes, nos muestran nuestra fortuna con su desdicha. Ellos, los infelices, son los inocentes. Forman parte del milagro de la vida. Y fueron exterminados. En nombre de la normalidad. De la fuerza, de la salud. De la capacidad. Pero ¿qué capacidad? ¿La capacidad de qué? ¡La capacidad de matar! Y ahora los culpables se escurren hacia la irresponsabilidad. Piense que esos dioses de batas blancas decidían con una crucecita sobre la vida y la muerte. Treinta peniques recibían por cruz. Así claro que se marcan muchas cruces. Y ahora se esconden cobardemente camuflados como pacientes en las camas de las

clínicas.

—¿Ploetz estuvo implicado?

—No. No estuvo implicado. Al menos no directamente. No puso ninguna inyección. No marcó ninguna cruz. Se dice que protestó contra la persecución de científicos judíos. Puede que protestara, puede que los ayudara como me ayudó a mí a salir del campo, pero a través de sus contactos. No lo sé. Podía coger el teléfono y llamar al Ministerio de Interior, porque allí trabajaba un alumno suyo o un alumno de un alumno.

—[Ininteligible]

—Disculpe, me gustaría dejarlo por hoy.

Hamburgo, Eppendorfer Weg 97

Hansen había recibido autorización para viajar a Hamburgo. Cuando acudió al coronel Middleton con la petición, este le había dicho: Entiendo, una *excursión sentimental, de acuerdo*. Para buscarle un motivo oficial, podría aprovechar el viaje para ver cómo han montado los ingleses la radio de la ciudad. Dos días después de la capitulación ya tenían una Radio Hamburg con información veraz. En cambio nuestra gente es complicada e indecisa. Excepto el comandante Habe, ese holgazán vienés, que al mismo tiempo está marcando el terreno para sus propias aspiraciones literarias. Bueno, y para las eróticas también.

Hansen tomó el tren de las autoridades militares americanas hacia Bremerhaven. Estaba reservado exclusivamente para miembros del ejército estadounidense. Un viaje cómodo, nada que ver con los trenes alemanes abarrotados, con gente en los estribos y en los techos de los vagones.

Se sentó en el vagón restaurante y se bebió un Blue Moon. Camareros alemanes con chaquetas blancas deslumbrantes servían huevos con jamón. Muchos de los pasajeros estaban de viaje oficial, pero también había un par de sargentos y oficiales que regresaban a casa y mujeres que habían servido en el Cuerpo Médico o la administración militar. Sonaba un tocadiscos, se bailaba, y una vez pasado Hannover, el sol se estaba poniendo, todos incluido Hansen cantaron *Don't Fence Me In*. Parecía que se iban de vacaciones, y así era seguramente para la mayoría.

Hansen pasó la noche en Bremerhaven, en una residencia para oficiales estadounidenses, y gracias a su misión, al día siguiente le asignaron un jeep con chófer. Fred era un hombre de Phoenix parco en palabras, así que Hansen pudo contemplar tranquilo el paisaje y los pueblos en busca de imágenes del recuerdo.

En las carreteras, los caminantes se parecían a los que había visto tres

meses antes entre Frankfurt y Múnich: dos hileras infinitas de caminantes con mochilas en ambos sentidos, algunos llevaban carritos de madera —Hansen recordó los de su infancia—, otros empujaban bicicletas cargadas. Posiblemente se trataba de refugiados del este, entre ellos todavía se veían algunos prisioneros de guerra, franceses y belgas, que por algún motivo, en muchos casos el amor, se habían quedado más tiempo en Alemania. Y los trabajadores forzosos deportados al Reich todavía estaban volviendo a casa, hacia el oeste, el este o el sur.

Cruzaron el puente del Elba y, al ver el puerto, las torres de las iglesias, en especial la cúpula verde y redonda de la Michaeliskirche, Hansen sintió una alegría que le dio ganas de aullar de júbilo, como de niño cuando daba rienda suelta a su entusiasmo y gritaba «yuju» cuando algo lo sorprendía para bien. Entonces gritó de verdad y el chófer de Phoenix lo miró preocupado.

Hansen tuvo que pedir indicaciones para llegar a Nonnenstieg, donde se encontraba el hotel reservado a los oficiales aliados. No reconocía el centro de la ciudad de su infancia. Estaba en ruinas.

Esa misma tarde fue al barrio de Eimsbüttel, pidió que lo dejaran en el puente Isebek, le dijo al chófer que esperara y tomó la Osterstraße, que había sido su ruta al colegio, en dirección a la casa de sus padres; sabía que había sido destruida por las bombas. En aquella ciudad ocupada por los ingleses un uniforme americano era algo muy poco común, así que la gente con la que se cruzaba lo observaba con curiosidad. Llegó a la pescadería del señor Grün, al que de niño había observado a menudo sacar carpas inquietas de un tanque con el salabre y matarlas con una maza de madera, o quizá solo aturdir las, para después abrirlas con un cuchillo afilado y sacarles las tripas. El señor Grün estaba delante del estanque con su delantal de goma, en el mostrador no había colmillejas, ni sollas, ni platijas, solo un par de arenques salados. Grün miró a Hansen a través del cristal, curioso, pero sin reconocer al Michael de la Osterstraße. Y después apartó la mirada y la dirigió al tanque de agua, que estaba vacío.

Hansen siguió caminando, pasó por delante de la tienda de electrodomésticos Lehmann, cuyo escaparate roto estaba tapado con tablones. La familia Hansen y la familia Lehmann estaban enfrentadas. Michael tenía prohibido visitarlos. Una disputa prolongada por no saludarse cuyo origen había olvidado o quizá nunca había conocido. Vio la tienda de curtidos Israel, en la que había dos cajas de cartón. En una de sus cartas a Nueva York, su tía les había contado que en 1933 del escaparate colgaba un letrero: «A pesar del

nombre: el dueño es ario puro». Enfrente estaba la peletería de Andersen. Adolf Andersen, que en 1930 había ido a su casa con su uniforme planchado de las SA y sus botas lustradas de caña alta y había discutido con su padre sobre cuestiones políticas; su padre, que votaba al Partido Nacional alemán, y Adolf Andersen, que en los años veinte ya votaba al NSDAP. En el escaparate había un maniquí con melena de paje y ojos azul claro, sobre el pecho llevaba una estola de turón. Del cristal colgaba un letrero escrito a mano: «Retoques y arreglos en pieles de todo tipo. Rápido y económico». Andersen miraba hacia la calle, vio a Hansen pero no lo vio a él, sino a un oficial americano, y Hansen recordó que cuando se preparaban para la travesía, Andersen había echado pestes de los estadounidenses, incultos, influenciados por los negros. Michael Hansen cruzó la calle y se detuvo allí donde había estado la casa en la que había nacido y crecido hasta que su madre, su hermana mayor y él, con doce años, se habían marchado con dos cajas y tres maletas, él ansioso por subirse al barco y llegar a América. Vio un montón de escombros de los que crecían cardos y tusilago, también tres o cuatro fresnos que infestan rápidamente los eriales, todavía eran delgados y flexibles pero ya tenían un par de ramitas. Nada recordaba ya al edificio de cuatro plantas con una escalinata de entrada de tres peldaños, su casa estaba en la planta baja derecha, con ventanas altas y detrás un jardín con un gran peral cuyo tronco calcinado seguía allí.

Hansen se había enterado de la destrucción de la casa por una tía que les había escrito tras el ataque aéreo, pero de todos modos estaba asombrado de que ese edificio de varias plantas pudiera haberse transformado en un montoncito tan pequeño de escombros. Entonces pensó que seguramente ya se habían retirado la mayor parte de los restos.

Estaba ligeramente sorprendido de no sentir decepción o tristeza, más bien lo contemplaba todo con viva atención para despertar recuerdos de lo que había conocido, una curiosidad muy similar a la que sintió de niño al marcharse.

En el camino de vuelta se cruzó con el señor Andersen, que exclamó: Lo he reconocido, he tardado un poco, eres tú, usted, sí, su cara me sonaba de algo, y cuando lo he visto delante de su antigua casa he caído en la cuenta, Michael Hansen. Por aquí me llegaba cuando se marchó. Hizo bien su padre en irse allá. Créame, todas las cosas horribles que han sucedido desde entonces no las sabíamos. ¿Qué tal están su padre, su madre, su hermana? Bien, respondió Hansen, pero que no tenía tiempo, que tenía que irse, y se

fue, y el señor Andersen le gritó desde atrás: No lo sabíamos. Créame. Y salude a sus padres de mi parte.

Hansen fue hasta el canal Isebek. Fred, el chófer, fumaba sentado. Exaltado por los recuerdos, Hansen le contó que en invierno solía patinar sobre hielo en esas aguas. *Y también nos tirábamos en trineo por la orilla del canal.* Pero entonces tuvo que explicarle a Fred, que era de Phoenix, lo que era un trineo. Así que se guardó los demás recuerdos para sí mismo.

Hansen pidió que lo llevara al Eppendorfer Weg, número 97, donde vivía el chico con el que fue a clase un año y del que se hizo amigo. Al principio se quedó sentado en el jeep y observó a los niños en la calle. Las chicas jugaban a la rayuela y los chicos lanzaban un cuchillo hacia una raya dibujada en la tierra. Después medían con un palo quién se había acercado más. Hay cosas que no cambian, pensó Hansen.

Dejaron de jugar y se acercaron al jeep. Él les preguntó cómo se llamaban. Guardando una distancia prudencial, dijeron sus nombres y también sus edades sin que él se lo preguntara. Uno de los niños, regordete, aplaudía y también dijo su nombre, pero era tan difícil entenderlo que otro de ellos lo repitió: Karlchen. Karlchen se acercó y tocó las ruedas, el cristal de la ventana, y después incluso su uniforme. Los niños se rieron y uno quiso apartarlo, pero Hansen dijo que lo dejaran. Karlchen preguntó: ¿El coche saltar?

Hansen se echó a reír. No. El chófer le regaló a Karlchen una lámina de chicle envuelta en papel de plata y cuando el chico fue a metérsela en la boca, Hansen se la pidió, le quitó el envoltorio al chicle y se lo devolvió. Karlchen masticó y aplaudió.

Por fin se bajó del coche y se acercó a la casa rodeado por un rebaño de niños. Buscó el apellido Lüdemann en los timbres. Ya no estaba.

A la mañana siguiente, en la jefatura militar británica de Gänsemarkt, de la que entraban y salían oficiales con sus bastones bajo el brazo, Hansen se había presentado ante un oficial llamado Hugh Greene y le había transmitido saludos de Middleton. Hugh Greene, un hombre de cabeza redonda casi calva y gafas de pasta, era periodista de profesión, y Hansen le pidió que le hablara del trabajo en la radio que había comenzado a emitir dos días después de la capitulación de Hamburgo. Radio Hamburg. Greene le explicó cómo se imaginaba él la emisora, completamente independiente de cualquier posible

futura injerencia alemana y de cualquier partido en posición de refundarse. La criatura también tenía nombre: Nordwestdeutscher Rundfunk.

Asimismo, enseguida se había procedido a despedir a los nazis de las autoridades escolares y a recontractar a los profesores despedidos por opositores. En otoño se retomarían las clases. Hansen tuvo la impresión de que se actuaba en todos los frentes, se estaba gestando un nuevo comienzo. Greene afirmó que era muy importante reconectar con la tradición democrática de la República de Weimar, que él mismo había conocido y también admirado.

Por la noche Hansen quiso visitar a la hermana de su padre, la tía Grete, pero no estaba en casa; una vecina le dijo que se había marchado al campo, cerca de Oldesloe.

A la mañana siguiente Hansen regresó a Bremerhaven en el jeep. Llovía a cántaros. Las rachas laterales de viento empujaban la lluvia dentro de la capota. Permaneció en silencio junto al chófer. Llegó a la residencia de oficiales empapado a pesar de la gabardina que llevaba.

- Hamburgo, 13 de julio -
Pito, pito, gorgorito.

El frescor del verano. Excursión a Oldesloe. Padre sentado bajo los manzanos leyendo el periódico. Madre y tía bebían café, y encima de la mesa la tarta de ciruelas de la dueña de la pensión. Tapada. La nata sobre el mantel y los gritos de dolor de la hermana. Había comido dulces y algo le había picado en el labio.

Pito, pito, gorgorito,
dónde vas tú tan bonito,
a la era verdadera,
pim, pom, fuera.

En Múnich, Hansen entregó un informe por escrito sobre Radio Hamburg y sobre el proyecto de abrir una emisora para la zona de ocupación británica. Tres días después lo hizo llamar Middleton, que apartó los papeles y le preguntó por Hugh Greene, hermano de Graham Greene. Hansen no conocía a Graham Greene. *¿El poder y la gloria? No. Sir. Qué pena,* dijo Middleton,

debería leerlo, y después le preguntó cómo avanzaban las investigaciones. Lo de ese eugenista que también había vivido en Estados Unidos. Tenía al CIC encima, quería saber si el hombre había fundado allí grupos o grupúsculos comunistas. Si era posible que siguiera habiendo topes agitadores en Estados Unidos.

De eso hace cincuenta años.

Los compañeros del CIC, paranoicos profesionales, preguntan si todavía había contacto con los de aquí. Él pensaba que eran tonterías, pero al menos tenía que preguntarlo. Hansen le comunicó que hasta el momento no había encontrado ningún indicio de ello. Cualquier vínculo actual quedaba descartado.

Sus conversaciones se están prolongando como los cuentos de *Las mil y una noches*. Dígame, ¿este viejo amigo del eugenista no será por casualidad una mujer?

No, respondió Hansen, el hombre tiene ochenta y un años.

Bien, tómese su tiempo. Quizá sea una pieza del puzle que explique toda esta locura.

Y entonces Hansen le preguntó al coronel si podría expedirle un permiso a una conocida que le había ayudado mucho en sus indagaciones para viajar a la zona de ocupación francesa.

¿Una alemana?

Sí. *Sir*.

¿Y trabaja para alguna otra jefatura? No me refiero solo a los rusos, sino a los franceses, no vaya a ser que tengamos problemas.

Hansen contestó osado: No, *sir*, seguro que no.

Día 8

—¿Ha estado fuera?

—Sí. He estado en Hamburgo.

—¿Cómo ha encontrado la ciudad?

—En ruinas. Destruída, mucho más que Múnich. Los barcos naufragados están en el puerto. Pero también reina una gran actividad. Las ruinas se vuelan por los aires. Las excavadoras no descansan. Los escombros se llevan a los canales en pequeños convoyes que se vuelcan en gabarras y chalanas.

—He estado tres veces en Hamburgo. El puerto, el Alster, una ciudad magnífica. Es terrible lo que ha causado esta guerra.

—Algunos barrios están destruidos casi por completo. Rothenburgsort y Hamm.

—La Royal Air Force bombardeó barrios obreros, pensaron que la gente se hartaría de la guerra pero solo consiguieron despertar su obstinación. La gente me daba pena, seguro que murieron muchos inocentes, pero así lo quiso la mayoría. Puede imaginarse el desgarró con el que recibí esas espantosas noticias. La liberación solo era posible mediante la destrucción. Fue terrible. Una pesadilla que sin embargo era muy real. Cuando su padre se marchó a América, ¿lo hizo también por motivos políticos?

—No. Recibió una buena oferta de trabajo. Del Museo de Historia Natural. En primavera de 1930. Se quedó allí y nos llevó con él dos años después. Sigue estando orgulloso de su origen. En casa hablábamos alemán. Padre está a gusto allí, vive en una casa con un gran jardín y tres robles. Y sin embargo siempre tiene algo que objetar. Siempre compara. En Estados Unidos falta historia. La Edad Media, las iglesias góticas, el barroco, pero también el viejo Fritz, la comida alemana, la música. Sí, una cosa no quita la otra. No lo creería, admira a Roosevelt y admira a los capitanes de submarino alemanes. Solíamos discutir sobre política cuando iba a casa en vacaciones. Había tensiones. Yo le hablaba de Kuppitsch, mi profesor, al que habían expulsado. Padre decía: Excepciones. Pero las cuestiones generales, esas son

ciertas. Desempleo erradicado. Orden. Seguridad en las calles. Etcétera. Levantábamos la voz porque sabíamos lo que diría el otro. Últimamente solo hacía visitas breves, por mi madre y mi hermana. Ahora, paseando por esas calles, pensé en la suerte que tuve, que tuvimos, de que se marchara entonces. Pero hábleme de usted.

—En Hamburgo pronuncié conferencias sobre la política colonial cuando todavía gobernaba el káiser. En los centros formativos para obreros. Salario, precio, beneficio. Historia de la lucha de clases y ese tipo de cosas. Pero también había charlas sobre mariposas. Un compañero de Hamm, he olvidado cómo se llamaba, era un entusiasta lepidopterólogo. El fin de semana recorría los alrededores con su red cazamariposas y su estuche para guardarlas. Hablaba sobre formas y colores, sobre ojos compuestos y escamas en las alas, y el público, entre el que también había operarios de astilleros, lo escuchaba con atención. Yo lo conocía de Zúrich. Las leyes antisocialistas nos habían empujado al exilio. En Zúrich también se reunieron los revolucionarios rusos. Allí conocí más adelante a la maravillosa Wera Figner, que ayudó a preparar el atentado contra el zar Alejandro II. Fue detenida, condenada a muerte, se le conmutó la pena por la cadena perpetua en la fortaleza de Schlüsselburg, la isla de los Muertos, encerrada y liberada veinte años después. Cuando la conocí había superado la cincuentena, era una mujer encanecida, seguramente debido a su espantoso encarcelamiento, pero todavía bella, de convicciones políticas inquebrantables. En *petit comité* pronunció un discurso sobre el apoyo a los presos políticos de Rusia. Había estudiado en Zúrich mucho antes que nosotros, también medicina. ¿Puedo enseñarle el libro en el que describe su reclusión en la fortaleza? Dentro también encontrará una foto de la joven Figner.

—Sí, una mujer orgullosa.

—En Zúrich se reunió un grupito de lo más variado, todos aquellos hipnotizadores, teósofos, ocultistas, defensores de la patología humoral...

—[Ininteligible]

—La teoría de los cuatro humores, que se remonta a Galeno. Vegetarianos. Todos ellos predicadores. Tenían un corazón puro, querían salvar a la humanidad o al menos mejorarla, como el ex oficial prusiano Guttzeit, que declaraba que la alimentación vegetariana era un requisito para una vida espiritual. El amigo, investigador abstemio y fanáticamente entregado a la ciencia del cálculo, llamaba a Guttzeit «el apóstol del colinabo». Y eso que él mismo se había convertido en un apóstol ya que un

día, sentados en la taberna Zum Weißen Wind bebiendo nuestras jarras de vino, anunció que llevaba tres meses sin probar ni gota de alcohol y que mantendría la promesa de no beber hasta el final de su vida. Decía que el alcohol era el culpable de las enfermedades mentales, que incluso echaba a perder la herencia genética, arruinaba la salud del pueblo. Pronunció un encendido discurso y al acabar nos pidió a todos que lo imitáramos, porque el alcohol no perjudicaba solo al individuo, también impedía el desarrollo y la evolución de la raza humana. Pretendía demostrarlo científicamente.

—[Ininteligible]

—Bueno, Guttzeit era, la verdad sea dicha, un apóstol de la humanidad. Predicaba contra los castigos corporales, predicaba la igualdad entre la mujer y el hombre, daba discursos acerca del amor y la paz eterna; el amigo lo consideraba un ingenuo sin remedio, una presencia molesta. Guttzeit no hablaba del *übermensch*, ni de depuración ni de evolución, ni de dureza, grandeza, lucha o selección, sino de amor al prójimo, ternura, también para con los más débiles. Tendría que haberlos visto juntos, el joven vestido de riguroso negro, Ploetz, con sus arrugas ya entonces marcadas en la frente, y Guttzeit, de mirada amable y vestido con una túnica de lino que parecía de mujer, su pelo hirsuto se transformaba en una barba igual de larga; aquel hombre había combatido como oficial en Francia en 1870 y se había convertido en un pacifista convencido. En Zúrich lo oí hablar en una sala sobria acerca de su experiencia en la guerra, de la batalla de Mars-la-Tour, donde se produjo un ataque de caballería, seguramente el último en la historia de la guerra moderna, el grito de la naturaleza, decía, caballos a los que el fuego de artillería les había arrancado las patas delanteras y que aullaban al cielo de dolor sobre los cuartos traseros; el joven teniente que con un lamento gutural digno de compasión se sujetaba las tripas que le asomaban por el vientre; el joven mosquetero al que le habían reventado los ojos a tiros y andaba a tientas y a gritos por aquella nube de sangre, sudor y mierda. Horror. Horror. Ay y más ay.

»Su discurso era muy distinto del de la lucha necesaria por la existencia en la que se imponía el más fuerte, es decir, quien tuviera más éxito. Aquella ley de la naturaleza y su heroísmo propagandístico se utilizarían más tarde para justificar las masacres de Verdún y Flandes. La guerra y la lucha como algo natural, un disparate adornado con la pátina de lo nacional y lo religioso. Aunque también debe saber que para el amigo, la guerra era muy negativa desde el punto de vista eugénico porque los mejores y los más valientes eran

diezmados mientras que los de físico débil o dañado sobrevivían en la retaguardia. La selección de los pies planos, por así decirlo. La guerra es depuración negativa, decía. Lo veía todo desde la perspectiva de la herencia genética, de la salud. Sin embargo, lo que los unía a ambos era la insistencia en la igualdad entre mujeres y hombres. Por otro lado, también los separaba su actitud en público. Mientras Ploetz recordaba a los profetas belicosos y autoritarios del Antiguo Testamento, Guttzeit podría haber salido del Nuevo Testamento. Afable. Aquellos ojos siempre amables, y los movimientos suaves de sus manos cuando hablaba, no como el puño derecho con el que mi amigo clavaba los mensajes en sus discursos. Guttzeit, fundador de la Liga Pitagórica, predicaba en contra de los castigos en las escuelas. Exigía que se reconociera la homosexualidad. La vida es diversa y así debe vivirse. También en lo sexual. Aún me parece estar escuchando su voz, nada acalorada, melódica, yo la describiría como una voz instructiva que no pretendía convencer, solo hablaba sobre el sufrimiento y el amor, nada de órdenes autoritarias: ¡Debes hacer esto! ¡Debes hacer aquello! Sino una voz que decía: ¿No es horrible profanar las calles y las plazas con nombres que remiten a asesinatos: Gravelotte, Sedan, Wörth? Y es posible que aquellos encuentros también transformaran mi punto de vista, no de inmediato sino poco a poco, fue como un eco lejano que me convirtió en pacifista. Esto también me enfrentó a los compañeros. Ya que la lucha de clases encierra en sí misma la posibilidad de la guerra, como se había visto en Rusia. A todo esto, Gerhart Hauptmann se inspiró en Guttzeit para su relato *El apóstol*. Una bonita obra que le recomiendo. Escrita antes de *El guardavías Thiel*. Pero para entonces nuestro grupo revolucionario ya se había disuelto. Los hermanos Hauptmann se habían marchado a Berlín. Cuando aprobé el examen, yo también me mudé allí, alquilé un piso en Charlottenburg. Steinmetz, otro que había huido a Zúrich, emigró a Estados Unidos en 1889 e hizo carrera como ingeniero y científico. Escribió muchos libros y artículos, registró patentes, se convirtió en miembro de la Academia Americana de las Artes y las Ciencias. Siguió siendo socialista, comprometido con la causa. De vez en cuando nos escribíamos cartas. Por desgracia murió incluso antes de cumplir los cincuenta. Me alegro de haber conocido a aquellos hombres importantes y tan humildes.

—¿Y Ploetz?

—El amigo fue de Zúrich a París junto con su esposa Pauline, ambos como doctores titulados.

—¿Cómo se apellidaba su esposa? ¿Rüdin?

—Sí. Pauline Rüdin, como ya he dicho, era hermana de Ernst Rüdin, el catedrático de psiquiatría que colaboró en la redacción de la ley para la prevención de descendencia con enfermedades hereditarias. No sé qué pensaba Pauline sobre su hermano, que se había entregado al servicio de los nazis. Y no sé qué pensaba sobre él, Alfred, su exmarido, después de que se practicaran esterilizaciones forzosas y asesinatos en el Reich. Se suicidó con setenta y seis años en Suiza, en 1942.

»Era una mujer asombrosa, inteligente y con conocimientos políticos, que además actuaba en consonancia con ellos. Se ríe usted. Sí. Lo sé, tengo una visión romántica de las mujeres, mujeres activas que además poseen la fortuna de un aspecto proporcionado. Una visión antisocial, ya que la belleza es el regalo de una naturaleza injusta. Y sin embargo resulta imposible rehuir a ella y a su atracción. Pauline era fuerte por ser imperturbable, más tarde trabajó como médica en el ejército, y se tomó la gran libertad final de suicidarse. En París ambos trabajaban en una clínica, y él me explicó por carta que las condiciones higiénicas de los hospitales de París eran inauditas. Las ratas correteaban por el pasillo y arrastraban tras ellas vendajes sucios. A pesar de hablar bien francés, Ploetz no era amigo de los pueblos románicos, al menos no de los franceses, que por aquel entonces eran considerados un pueblo moribundo y degenerado debido a su baja tasa de natalidad. Los dos jóvenes médicos vivían y trabajaban en aquella ciudad que les parecía frívola y superficial. Sus cartas estaban repletas de observaciones con las que él creía demostrar la degeneración y la decadencia: el afán desenfrenado por la diversión, las frivolidades del día a día, el cancan, el coqueteo, la moda, los escotes con puntillas y lazos seductores, los bordados vanidosos, y encima las cinturas estrechadas con corsés, que el amigo rechazaba de pleno por ser perjudicial para la salud. Sobre todo por el efecto negativo que podía tener sobre la fertilidad. Él y Pauline eran una pareja muy unida. Debían de llamar la atención en aquella ciudad. Un conocido que los vio durante una visita me los describió: él, un alemán alto y siempre vestido de negro con cabello y barba densos de color castaño claro, y esa mujer hermosa, rubia, vestida con sencillez que se movía sin afectación; ambos doctores y sin obligación de obedecer a nadie. En París él tuvo la ocasión de admirar el gran cuadro *Les Romains de la Décadence* de Thomas Couture. Una imagen que me describió gráficamente y que pude ver por mí mismo con ocasión de un encuentro de partidos socialistas en París. Mi impresión de la ciudad fue completamente

distinta. Me fascinaron los jardines de Luxemburgo, la gente, los atuendos, los restaurantes, el vino, el burdeos, el borgoña, la comida, los filetes que no se cocinaban hasta parecer una suela de zapato, los dulces; créame, disfruté de todo tanto como lo permitían las tareas de los grupos de trabajo. Finales de mayo de 1907, un aire sedoso, un cielo cubierto de pinceladas de nubes hacia el que se alzaba la torre Eiffel, maravillosas filigranas arqueadas, y de repente comprendí que no es solo un himno a la técnica, sino también a la Ilustración, que nació en esa ciudad, Voltaire y Diderot, el abandono del ser humano de una minoría de edad de la que él mismo es culpable, como lo describiría Kant. La torre Eiffel se eleva hacia los cielos como una antorcha de las posibilidades humanas, en el sentido literal de la expresión, pensé en Steinmetz y en la revolución, también en nuestros sueños icarianos, el significado de la obra reside únicamente en su construcción y en las vistas. El ingeniero Eiffel deseaba contemplar la ciudad desde su bañera en lo más alto; el disfrute del arte liberado de cualquier utilitarismo, incluido el económico.

—[Ininteligible]

—Sí. Me habría encantado enseñarle el ejemplar de la pequeña revista, pequeña en todos los sentidos, en la que se publicó mi artículo sobre la torre Eiffel. Está confiscado, como todo el material escrito. Y hasta el momento no he logrado dar con un segundo ejemplar. He esperado en el sótano, pero quién sabe, quizá aparezca ahora que se ha limpiado el lodo pardo. Quería hablarle de ese cuadro que tan relevante le pareció al amigo para su teoría. Muestra un banquete, quizá según la *Cena Trimalchionis* de Petronio (disculpe, el bachillerato humanista lo persigue a uno toda la vida), un banquete en una galería romana que al fondo se abre al exterior entre cuyas columnas se ven cinco estatuas de mármol en su corporeidad clásica, tres de ellas desnudas, ante ellas mujeres y hombres tumbados y sentados beben de sus copas, pero se trata de una celebración desanimada, la escena está empañada por la tristeza, no se ve el éxtasis propio de los dionisiacos, la experiencia de la propia naturaleza, fuerza, el deseo impetuoso de placer, el olor a semen y a procreación, no se aprecia nada de eso; en el centro de la imagen hay una hermosa joven con ropajes blancos bajo los que se dibujan sus pechos, pero tiene aspecto fatigado, en su mirada no hay vida ni deseo, solo cansancio, indiferencia, el desconsuelo de tenerlo todo, de haberlo tenido todo, de la satisfacción desmesurada de los deseos; también el hombre joven y barbudo en cuyo regazo se apoya ella, que extiende la copa hacia el sirviente para que se la rellene. Una maraña de cuerpos, pechos desnudos,

una mujer que en ese momento se está quitando las ropas, la cabeza de un hombre cuelga lánguida del lecho, y para acrecentar la perversión imperante, el pintor coloca a un joven romano sobre una repisa para que le tienda un recipiente con alcohol al héroe marmóreo de la República, quizá Escipión el Africano, por pura diversión. A la derecha se ven dos extraños con barba, fornidos, sanos, podría tratarse de bárbaros o dos resucitados de la época republicana que observan asqueados la escena.

Cuando me escribió sobre el cuadro, nuestra relación era cercana y yo pensé que esos dos observadores podríamos ser nosotros, aunque mi barba en esa época era muy pobre, nosotros, allí, buscando lo nuevo, la sociedad de los iguales, de los justos, una relación amistosa que incluye el auxilio mutuo, sobre todo una labor que también satisface los sentidos. Porque él, el amigo, todavía estaba a la búsqueda.

—[Ininteligible]

—Por supuesto yo me he preguntado una y otra vez cuándo se produjo ese cambio repentino, cuándo dejó de esforzarse por mejorar la sociedad, alcanzar la igualdad y la justicia social, y comenzó a cultivar ese ideal de la raza nórdica. Es posible que los motivos se remonten a su infancia. Como ya he mencionado, leyó *La batalla por Roma* de Felix Dahn. La historia del ocaso de los dioses en Italia. De joven no le vi la gracia a aquel mamotreto, esa novela académica en la que se ensalzaba a los dioses. Mi padre me regaló muy pronto *Calzas de cuero* y *El último mohicano*, que seguramente me inmunizaron contra ese fervor germano. Esto demuestra, y lo digo convencido como librero de viejo, lo determinantes para la vida que son las novelas de nuestra juventud. Así que la literatura bonita tiene más consecuencias de las que nos imaginamos. Aunque por otro lado tampoco puede impedir el horror. Ya que los asesinos vestidos de negro también leyeron a Kleist y a Hölderlin. Uno desearía que fueran excluyentes.

—[Ininteligible]

—No. Eso fue la segunda vez. En 1890 fue a América con Pauline. Se instalaron en un pueblucho provinciano, disculpe, en la pequeña ciudad de Meriden, en Connecticut. Allí trabajaron como médicos casi cuatro años. El contacto con los pacientes, que acudían con cortes, catarros, furúnculos, esputos sanguinolentos, hemorroides y gonorrea a aquel médico impaciente que aspiraba a mejoras generales no podía resultar satisfactorio. Durante el primer año tuvo tiempo libre suficiente para trabajar en su obra *La capacidad de nuestra raza y la protección de los débiles*. Solo por el título ya se intuye

de dónde venía y adónde lo conduciría su viaje.

»Gerhart Hauptmann lo visitó en 1894 y más tarde me contó cómo Ploetz lo había llevado a toda velocidad con su coche de un solo caballo por los bosques que rodeaban Meriden, campo a través, y el miedo que había tenido de volcar o salir disparado. Junto a la sencilla casa en la que vivían Pauline y Alfred, en la que también pasaban consulta, había un jardincito con numerosas conejeras pintadas de colores distintos. Amarillo, azul y rojo, una clasificación por colores muy importante para organizar los experimentos. Un matrimonio negro alimentaba a los animales y limpiaba las jaulas.

»El doctor trabajaba en una serie de ensayos con los que creía estar siguiendo la pista a cómo se determinaba el sexo. Cuando estudiaba en Breslavia ya le interesaba el hecho de que en tiempos de guerra, en los que por lo tanto morían más hombres, la tasa de nacimiento de niños crecía notablemente y la de las niñas disminuía.

—¿De qué tipo de experimentos se trataba?

—Un método bastante tosco: a los machos se los emborrachaba con alcohol durante semanas y se los sometía a privación de sueño y despertares bruscos, algo similar a lo que viven los hombres en las guerras, y después se los llevaba con las hembras. Así lo contaba Gerhart Hauptmann, pero entonces ya pensé que quizá estaba siendo algo poético. Porque el dramaturgo también se encontraba en una situación peliaguda. Había conocido a la joven violinista Margarete Marschalk, de la que no quería separarse, de manera que su esposa, la rica heredera que hacía posible que él pudiera dedicarse a escribir, había huido con sus tres hijos a Estados Unidos, a casa del amigo y de su esposa Pauline. Hauptmann, un hombre impulsivo, la había seguido. Al parecer hubo escenas dramáticas: reproches, promesas, juramentos, tazas que volaban, niños que lloraban, votos de fidelidad, perdón y reconciliación. La delicada intervención de Pauline contribuyó a que las cosas se tranquilizaran. Sin embargo no duró mucho porque el dramaturgo regresó con la virtuosa del violín. La joven amante tuvo un hijo, un niño con el prometedor nombre de Benvenuto y, al fin, Hauptmann se separó, aunque debo decir en su favor que devolvió la dote. Esta había sido, por así decirlo, un crédito para su producción escrita. Y Hauptmann lo había aprovechado.

»Con el tiempo, Gerhart Hauptmann fue pareciéndose cada vez más a Goethe físicamente. A pesar de que los retratos de Goethe son muy distintos unos de otros. La diferencia evidente eran los ojos marrones de Goethe, tantas veces descritos. Los de Gerhart eran azules. De todos modos, a una

edad avanzada el parecido era asombroso.

»Así fue como lo vi. En 1938, dos años después de que Ploetz me visitara en la librería. La puerta se abrió y una figura oscura entró en la tienda. Yo estaba sentado a la mesa de nogal, rotulaba las fichas de los libros recién adquiridos. Entró con un torrente de luz. Tras él brillaba un día de foehn de finales de otoño. Axthelm, que se había levantado de su secreter *biedermeier*, diría después que pensó que era el mismísimo autor de *Fausto* quien nos visitaba. Redivivo. Hauptmann vestía una levita negra pasada de moda, un pañuelo de seda al cuello sujeto con un alfiler de perla. Se había quitado el sombrero. Saludó a Axthelm con una ligera inclinación, se acercó a mí y dijo: Has envejecido, pero te habría reconocido incluso en la calle. Se sentó en la silla de la que yo me acababa de levantar. Su pelo encanecido y ahuecado a los lados que le envolvía el cráneo, la frente alta, las cejas, la nariz, pero sobre todo su actitud solemne, todo ello recordaba al escritor de Weimar. Al hablar buscaba las palabras, ya lo hacía antes, también cuando nos veíamos a solas, con tono político y gesticulando mucho, siempre finalizaba con un “no es cierto” sin dudar de que así era, jamás preguntaba realmente, jamás quiso saber cómo estaba yo, quizá por miedo a que le diera un sablazo, sus ojos azules siempre apuntaban más allá de mí, como si tuviera la mirada puesta en algo de importancia nacional o cultural. Axthelm se había retirado discretamente a la parte trasera de la tienda. Hauptmann se quedó allí sentado y me habló de él, de Alfred, al que había visitado en Herrsching. Peculiar, dijo, y levantó la mano, la dejó un instante en el aire, esperé a ver qué hacía con ella, finalmente la dejó caer dibujando un arco melancólico, sí, prosiguió, el anciano se ha vuelto peculiar, con sus conejos, pero sin duda, y volvió a levantar la mano derecha, otra vez inmóvil y trascendental, medio abierta como si quisiera otorgar bendiciones, el daimón nos empuja a destinos desconocidos, y la mano cayó. Como el otro grande que ahora está allí, al otro lado del océano, y habla en nuestra contra. Qué fácil resulta cuando uno no siente apego hacia estas raíces, sangre de su sangre, y no puede ponerse a viajar sin más en tiempos difíciles. Debe aguantar. También en épocas de necesidad. Y entonces, después de una larga pausa con la mano en el aire, dijo: Si lo deseas, puedes venir con nosotros. La casa es grande. También protege en días fríos.

»Fue un gesto generoso que me conmovió y aún me conmueve ahora que puedo contarlo, y a continuación añadió: Y en los que no lo son. También entonces. No es cierto. Y su mano derecha hizo un gesto abarcando toda la

estancia. La vieja congregación sigue viva.

»Le di las gracias y respondí que allí estaba en buenas manos. Sin embargo me llevé una gran alegría. Sí. Él había logrado el éxito. Sus obras de teatro se representaban, su prosa se publicaba, *El guardavías Thiel* enseguida se convirtió en lectura escolar, los derechos de autor fluían, se había construido una casa, no, un castillo en Schreiberhau. Qué curioso que los dos amigos, Ploetz y Hauptmann, acabaran viviendo en castillos. ¿Casualidad? No lo creo.

»Como puede imaginar, después de aquella visita Axthelm se dirigió a mí muy solícito y quiso saber de qué conocía a aquel escritor de fama mundial. Me limité a responder Breslavia, universidad, Zúrich, de vez en cuando nos veíamos en Berlín. No le conté más. Podría decirse que le estaba esperando a usted para hacerlo.

»Cierto, también debo mencionarlo: dos meses después, Axthelm aumentó mis honorarios, como él los llamaba. Hauptmann, dijo Axthelm, el gran dramaturgo. Fabuloso. Tendríamos que haberle pedido que firmara ejemplares.

—Apenas conozco la obra de Hauptmann. Pero para el profesor Kuppitsch era poco relevante comparada con la de Hofmannsthal [ininteligible], *El difícil*, [ininteligible], o con la de Schnitzler, más significativa, más profunda, [ininteligible]...

—Puede ser. Pero *Los tejedores*, ¡menudo éxito! ¡Qué poderío! Menuda agitación suscitó aquella obra, debates, se prohibió representarla, las autoridades reconocieron su componente subversivo, en ella se enfrentaban las revueltas de los hambrientos a la burguesía saciada, la indignación por las injusticias de una sociedad que deja morir de hambre a los obreros y los asalariados mientras los patronos se ceban. Tal como ya había denunciado públicamente el amigo en Breslavia. Los Pacíficos. Hauptmann lo llevó al arte, al teatro, el lenguaje, lo nunca visto, el dialecto silesio, después de todo aquel estuco clásico de los sucesores de Schiller, de pronto era la lengua del día a día, tal como lo habla la gente, los pobres, los perdidos, los hambrientos, el intento de sacar a la luz la fractura que atraviesa la sociedad hasta sus tics más sutiles, sus gestos menos evidentes. La jefatura de policía de Berlín se dio cuenta. Tras el estreno en un entorno reducido, en 1892 se prohibieron más representaciones, *Los tejedores* no llegó a los teatros hasta dos años después. Nuestra época revolucionaria en Breslavia tuvo una gran influencia en la obra. También el final, que recuerda a la revolución de 1848,

un final que en mi opinión incluso llama a la revuelta. Y también: mi preocupación, sí, preocupación, mi tristeza porque Hauptmann, aquel escritor que había utilizado su talento, su capacidad para ver las injusticias y las humillaciones, y su sensibilidad para dar voz a los que no la tienen, él, que mostraba esa bondad, más adelante, cuando la fama y la riqueza precisamente le garantizaron la independencia, se dejó cortejar por los poderosos. Se movía en los círculos de los gobernantes, mostraba codicia por los títulos y los premios, en 1942 leí en mi sótano que se había dejado agasajar en el teatro por los *gauleiter* Frank y Schirach. Una foto mostraba a los tres en el palco. Profunda tristeza. En fin, *de mortuis nil nisi bene*.

—[Ininteligible] ¿Por qué no *de mortuis semper male*? ¿Acaso no seduce la fama? El deseo de conservarla. El miedo a perder reconocimiento. Y en el reconocimiento siempre hay algo de entrega, es decir, amor.

—Seguro que sí. Pero no en el caso de los poderosos. De los monstruos. La fama ciega. Me consiguió una entrada para el estreno de su primera obra, *Antes del amanecer*. En ella aparece el economista Alfred Loth, un militante en contra del alcohol, es evidente que se trata de Alfred Ploetz, reconocible también por su intransigencia. Una obra que muestra las consecuencias del abuso de la bebida. Martha, una alcohólica, está de parto, un parto que dura toda la pieza. Una familia de alcohólicos. Loth está convencido de que el alcoholismo es hereditario. Los diálogos son algo excesivos, sobre todo cuando se habla sobre la teoría de Ploetz acerca de la heredabilidad de la adicción a la bebida. En virtud de esta teoría, Alfred Loth abandona a la mujer de la que se acaba de enamorar. Así es el amigo. Consecuente. Radical. Al fondo sigue Martha con sus contracciones. Loth se marcha de viaje, deja atrás a su novia Helene. Al final esta se suicida por mal de amores y quizá también por miedo de llevar el alcoholismo en la sangre. Martha trae un niño al mundo, nace muerto. Teatro de tesis. A mí me pareció penetrante. Pero tuvo su efecto. Durante la representación se produjeron tumultos una y otra vez. Abucheos. Y en la escena en que Martha tiene al niño, un ginecólogo sentado delante de nosotros abrió su maletín y lanzó un fórceps al escenario. Un teniente a mi lado dijo: Adónde hemos llegado con tanta bondad, verdad y belleza. Ahora incluso los fontaneros vienen al teatro. Esa intransigencia, también frialdad, de Alfred Loth pertenece en realidad a Alfred Ploetz.

—En las *Huellas* de Bloch, que realmente son huellas campo a través que nos llevan por la vida cotidiana y la literatura, he leído esta hermosa frase: «En la separación, el ahora que ha sido permanece con nosotros de un modo

distinto, sobre todo cuando no se ha experimentado hasta el final, entonces nos ronda».

—Es muy hermoso. Sí. La distancia entre nosotros crecía, entre Ploetz y yo, una distancia casi imperceptible al principio, que nació ya después de la visita a la comunidad icariana. Pero el momento en que me di cuenta de que nos habíamos distanciados tanto como para decir que ya no nos unía una amistad, sino el recuerdo de una amistad, fue cuando él se unió a aquel círculo de debate nacional en Berlín.

—[Ininteligible]

—Ploetz regresó de América a Alemania con Gerhart Hauptmann en 1894 y se instaló en Berlín. Pauline se quedó un poco más para liquidar la consulta y la casa y después lo siguió a la capital, donde trabajó como médica para los pobres de Scheunenviertel. Ella me habló de su experiencia, de la ignorancia, también de la horrible crudeza del ser humano en el extremo más oscuro de la sociedad, la profunda desesperación, niños que morían de diarrea porque la leche estaba pasada, el calor insoportable en la angustiante estrechez de los callejones, de la tisis provocada por el polvo de las fábricas, del contagio en las diminutas viviendas, y las heridas por palizas, mujeres a las que sus maridos borrachos pateaban o empujaban por las escaleras, fracturas abiertas de brazos, abortos que dejaban abdomenes supurantes, enfermedades sexuales, y constantemente tenía que firmar partidas de defunción de hombres y mujeres que se habían colgado del crucero de la ventana o de una escalera. Mientras tanto él, el doctor Ploetz, que mejoraba el mundo, forjaba planes y fundaba sociedades secretas, había aceptado una oferta para convertirse en redactor de la revista *Welt am Montag* porque creía que allí su influencia sería mejor y mayor. Escribía acerca de la selección artificial y quería acercar al público la ciencia de la salud hereditaria. En Berlín estaba en contacto con una sociedad secreta, un círculo de debate que seguramente ayudó a fundar. Si tenía nombre, lo he olvidado. Es probable que algo nórdico. En una ocasión me llevó a una de las sesiones. Un hombre intervino para alertar de la mezcla de sangres, de los judíos que se infiltraban como parásitos entre los claros, los de los ojos celestiales, como él decía, judíos a los que les faltaba profundidad, que no se interesaban por la auténtica verdad, ya que no había más que mirar al judío del este, decía siempre «el» judío, oscuro, ojos negros maliciosos, barbas negras, esas narices: semitas. Nómadas. Comerciantes. Tienen tendencia al trueque. El capital que arrebató enfrentado al capital alemán que produce.

»¿Qué opinas tú?, me preguntó después de la conferencia.

»Una soberana estupidez.

»Él guardó silencio, algo que no ocurría a menudo, y siguió caminando pensativo a mi lado.

»No llegamos a hablarlo en confianza, cuando esperábamos las respuestas ya siempre lo hacíamos irritados por conocerlas de antemano. Ya no reflexionábamos, ya no nos preguntábamos con franqueza. Ya no había dudas, en mi caso tampoco, y sin embargo sentí que había perdido, también me había perdido a mí mismo; la rigidez de lo que se considera correcto se había instalado en ambos como un andamio sobre el que apoyarse. Entonces, como ya le he contado, se separó de Pauline y se mudó a Múnich con la griega. Se compró el castillo junto al hermoso lago bávaro. Ya lo conoce.

—Sí, es maravilloso. El bosque, el lago, la vista de los Alpes. Aunque el bosque es bastante oscuro y está alineado como en estilo militar. Los abetos. Pero los viejos robles que rodean el castillo y descienden hacia el lago son bonitos.

—Abetos, el bosque industrial. No tiene mucho misterio. Madera de crecimiento rápido. Una plantación puramente económica. Fabricación de papel y madera para la construcción. Allí fui a visitarlo desde Berlín en 1919, fui un huésped en su castillo. En 1931 me mudé a Múnich, me dediqué a escribir y a dar conferencias. Nada importante, no en lugares determinantes como cuando lo de Bebel, sino pequeños artículos, valoraciones, también trabajé como redactor y corrector en la revista del sindicato Unión Libre de Trabajadores de Alemania. Nada notable, pero estaba satisfecho conmigo mismo y con mi trabajo. Hasta que me metieron en prisión preventiva con tanta vehemencia.

»Después seguí su trayectoria desde la distancia. En el sótano tenía mucho tiempo. Las obras del amigo ocupaban una posición privilegiada aquí junto a *El mito del siglo XX* de Rosenberg, por si recibíamos una inspección sorpresa del Partido. Sí, seguí al antiguo amigo mediante la lectura, del mismo modo que de joven lo había seguido como su adlátere.

—[Voz:] Se acabó por hoy.

La lancha motora

Había regresado a la Ludwigstraße, a los edificios de la universidad. La fachada reventada ya estaba reconstruida hasta el primer piso. Entretanto los estudiantes se habían agenciado una hormigonera. Casi todo había que agenciárselo porque todavía no se podía pedir ni comprar.

Los estudiantes trabajaban a pesar de ser sábado, se habían subido al andamio, construían el muro, el tejado ya estaba tapado, en algunas zonas de forma provisional con lonas, al menos ya no llovía sobre las aulas. Las clases se retomarían para el semestre de invierno. Se buscaban ladrillos enteros entre los escombros y se dejaban sobre varios montones. Esa mañana Hansen también se detuvo y observó a un joven de camisa gris clara remangada que desprendía a golpes la argamasa de los ladrillos. Ya eran gestos hábiles, experimentados, sostenía el ladrillo con la izquierda y con un martillo plano daba en las zonas blancas que cubrían la superficie rojiza. Los ladrillos limpios se apilaban cuidadosamente, un marrón rojizo con muy pocas manchas claras que delataran su uso.

Hansen le preguntó al joven qué estudiaba. Física. Lo habían llamado a filas hacía apenas un año y había caído prisionero cerca de Günzburg, no muy lejos de Múnich, pero enseguida lo habían soltado. ¿Qué sucedería ahora? Ni idea, dijo el estudiante. Ya se vería. Pero lo primero era poner orden.

Cuando Hansen le ofreció un cigarrillo, le dio las gracias y lo rechazó. Pero su compañero sí fumaba. Así que lo cogió con cuidado y se lo alcanzó a su vecino, que también golpeaba ladrillos.

Hansen siguió su camino, pensó en visitar a Wagner en la librería de viejo, se dijo que no era buena idea, ya que entre ellos había surgido una complicidad que no debían compartir con Axthelm, siguió por la Ludwigstraße junto a la Biblioteca Nacional con los filósofos griegos tallados en piedra que parecían cavilar sobre lo que tenían delante, los escombros, los sillares de piedra en pedazos, las columnas reventadas, las vigas

carbonizadas, las calles levantadas.

Siguió caminando y se sentó en una cafetería reabierta de la Odeonsplatz.

- 21 de julio -

Lo asombroso de los alemanes es cómo se ponen manos a la obra, cómo actúan, cómo se resisten al destino. Quizá sea consecuencia de la historia, esa historia catastrófica, todas las guerras que ha vivido y también ha provocado este país. Apenas veo letargo, resignación, en cambio sí determinación, firmeza, una resolución obstinada.

El cabo por fin había dado con un cabezal de distribución y lo había colocado en el motor. Hansen y George bautizaron la lancha con el nombre de *Bora-Bora*. Los hermosos mares del sur. Se adentraron en el lago, a toda velocidad, el acelerador pisado a fondo, la proa levantada, a su paso se amontonaban las olas. *Cómo traga gasolina*. Persiguieron patos, que levantaban el vuelo chapoteando, dibujaron círculos ceñidos con la lancha inclinada, fueron hacia el sur, hacia la isla Schwedeninsel, y desde allí hacia Dießen, la torre de la iglesia del monasterio, viraron poco antes de llegar a los juncos de la orilla pero a suficiente distancia de la zona de mosquitos, echaron el ancla, desplegaron la escalerilla y saltaron al agua, nadaron, subieron a bordo y se estiraron sobre la amplia cubierta trasera para tomar el sol.

El agua golpeteaba contra la quilla y corría una ligera brisa con la fuerza justa para refrescar un poco.

Esto sería el paraíso si no fuera por esos informes, dijo George, si no fuera por los informes que debía leer acerca de los fríos experimentos, si no fuera por los médicos de los campos a los que debía interrogar. ¿Cómo es posible que la gente que vive aquí, en este paisaje que Dios debió de crear cuando estaba de un humor especialmente bueno, haya podido volverse tan bárbara como para matar, asesinar y dejar morir de inanición, realizar experimentos tan precisos con seres humanos y torturarlos hasta la muerte? ¿Cómo pueden haber llegado a semejantes atrocidades con todos esos héroes de los que tan orgullosos están, con todos sus Goethe, Kant, Schiller, Lessing, con sus universidades y escuelas y clases de latín y griego, con versos como este: Noble es el hombre, altruista y bueno? Había leído las instrucciones de Himmler, se debían llevar a cabo experimentos en prisioneros, en aquellos que ya habían caído lo más bajo posible, a los que ya nadie prestaba atención,

se les prometía una reducción de condena para después martirizarlos hasta la muerte, médicos que controlaban la tensión arterial, que realizaban experimentos con humanos como si de ratas o conejos se trataran, mediciones, ¿cuándo cae la tensión?, ¿cuándo aumenta?, había hablado con aquellos médicos y decían que era necesario obtener la información, había que mantener la cabeza fría, y al fin y al cabo a ellos, a los alemanes, también les habían hecho lo indecible en el frente, y ¿qué pasaba con los bombardeos en alfombra de las zonas residenciales, mujeres y niños quemados vivos en los sótanos?, a ningún americano ni británico le preocupó lo más mínimo. Ningún sentimiento de culpa. Ningún sentimiento. Esas son sus excusas. Así es como intentan justificar su barbarie.

Hansen lo contradijo, habían sido la mayoría, sin duda, pero no habían sido todos. Por eso era tan engañosa la prohibición de confraternizar. Había distintos grados de conocimiento, de colaboración, los había que miraban y callaban, los había que ayudaban, los que se enriquecían con una sonrisa, los criminales que torturaban y martirizaban, y los había que miraban para otro lado, que tendrían que haberlo visto, pero también los había que se resistían.

Entonces George lo acusó de buscar resquicios de comprensión por haber nacido allí, en Alemania, aunque se hubiera marchado de niño, lo acusó de no querer reconocer las monstruosidades por ser parcial, con la mejor intención, pero parcial, como muchos otros que también lo habían sido.

Basta.

A diferencia de la ida, bastante alegre, regresaron sentados en silencio uno junto al otro. Amarraron la lancha en el pequeño muelle y subieron juntos hacia la casa sin pronunciar palabra.

Sorry, dijo George.

Okay, respondió Hansen, y se despidieron con una palmadita mutua en el hombro.

Tardó mucho en dormirse. Pensó en el chico, Ernst Lossa, al que habían asesinado por ser distinto, pensó en la cámara azulejada, como la había descrito el doctor Alexander, que parecía una gran sala de duchas pero era una sala para matar, las boquillas del techo que simulaban ser cabezales de ducha y por las que se introducía el gas, y pensó en los niños a los que se había administrado Luminal con zumo de frambuesa, que tan rico estaba, y pensó en el anciano con el que ya había hablado en ocho ocasiones. El intento de comprender algo que al fin y al cabo, y ahí tenía razón George, era incomprensible. Y también pensó en la bendita casualidad —¿o no era

casualidad?— de no estar en la posición de George. A él también lo habían enviado a preguntar. Pero no a los criminales, sino a una víctima. George tenía razón, los culpables eran una mayoría aplastante. Los justos no eran más que un puñado, por utilizar el lenguaje de la Biblia, y entre ellos estaba aquel anciano que se había retirado a un sótano lleno de libros.

Día 9

—Le he traído azúcar, también café. Podemos prepararnos uno. Y latas de atún.

—Gracias. Dará para muchas, muchísimas tazas de café.

—Por lo que he entendido, Ploetz quería evitar que se transmitieran enfermedades hereditarias. Pero ¿y el culto a lo germano?

—Con sus mediciones de cráneos creía haber demostrado que la raza germánica tenía el mayor volumen craneal entre los arios occidentales. Llenaba el interior de los cráneos con granos de mostaza y, según la cantidad, calculaba el tamaño y el peso de la masa encefálica. Eso era cuantificable, lo demás eran ciencias humanísticas. Opiniones. Se tomaban medidas del ser humano y al mismo tiempo des-medidas, en el sentido de la desmesura.

»Pero a qué conclusiones se llegaban con esas medidas más allá de la simple presunción, preguntaba yo como lego interesado. Como si no hubiera cantidad de cabezas de gran volumen huecas por dentro, me refiero a que no es tanto la masa sino la calidad lo que cuenta. Justus von Liebig, el gran químico, que al inventar el abono mineral hizo más por la conservación de la vida humana que todos los frenólogos eugénicos, al parecer tenía una cabeza pequeña y por lo tanto un cerebro pequeño. Sin embargo el amigo estaba convencido de que los arios occidentales eran la raza cultural superior de nuestro tiempo, como ya había mencionado Darwin. En la lucha por la supervivencia, el adverso clima nórdico había provocado un incremento de las fuerzas físicas e intelectuales. Le leeré el pasaje.

—No se preocupe, no...

—Aquí está. Lo he buscado esta mañana: «En cualquier caso basta con reconocer en la raza blanca de gran estatura, con su silueta recta y su gran volumen craneal, una categoría valiosa y destacada cuya disolución (nótese la referencia al hielo en el vocabulario) a manos de factores contraselectivos debe evitarse a toda costa».

»Así debemos imaginármolos, con sus siluetas rectas, envueltos en pieles

de oso, el pelo enmarañado trenzado y recogido, las plantas de los pies encallecidas de caminar por el bosque, manos encallecidas de despellejar animales abatidos, genitales masculinos formidables balanceándose libres y bien aireados bajo las pieles de oso, mujeres con pechos como calabazas, encantadas de parir, pelvis amplias como la cornamenta de los alces, niños grandes y rubios, de vigor germano, en el lenguaje de los higienistas raciales. Esas eran las ideas que manejaban. Si piensa que exagero, vaya a la Pinacoteca, allí podrá verlo pintado al óleo, inmenso, el cuadro de Piloty a juego con el de la *Décadence* de París, *Thusnelda im Triumphzug des Germanicus*. Mire a esas mujeres pervertidas, lascivas y voluptuosas sedientas de semen rubio junto a los muros de Roma, mientras un Sigfrido es presentado con cadenas; observe al viejo bardo teutón de pelo cano y adornado con una corona de encina, al que arrastran esposado en el desfile triunfal, lleva su enorme arpa fabricada con cuernos de carnero atada al cuerpo. Un legionario de bigote negro y sonrisa burlona tira de la barba del honorable anciano hacia delante. Esta imagen también tiene un comentarista al margen, un viejo romano que explica a un joven con pergaminos, claramente su alumno, el significado de la escena, en la que, a pesar del desfile triunfal, ya es patente la suntuosa decadencia de Roma. Observe el oso que acompaña a los germanos a modo de mascota. Ahí está la futura ferocidad y fuerza, a pesar de desfilarse atado a una argolla. Estas son las imágenes que acompañaron el ascenso de Alemania durante la industrialización y la creación del Reich.

»En la librería tenemos colgadas varias de estas pletóricas representaciones de la germanidad. Axthelm ha colgado ahora una litografía en señal de esperanza por que esta Alemania humillada recupere la fortaleza. ¿Me permite señalar que yo no lo deseo?

»A pesar de ser un inmigrante en el Nuevo Mundo, como usted mismo dice, ha jurado su Constitución, que no solo menciona la libertad —que también ocupa un lugar central en la Constitución francesa y que naturalmente es importantísima—, sino que va más allá: el derecho a la felicidad. Esto remite por completo al individuo y a su felicidad, solo aquí y ahora y en esta vida, no a la felicidad del pueblo ni mucho menos a la felicidad de la raza. Permítame decirle que hay una gran fuerza en esta actitud, cómo decirlo, no indolente, porque eso siempre alude en cierto modo a la negligencia, sino más bien relajada, personas que no siempre tienen que mostrarse firmes tanto interior como exteriormente. Las manos en los

bolsillos y no pegadas a la costura del pantalón, como nos ordenaban a nosotros, y los pies sobre la mesa, en una reflexión tranquila, en lugar de tener que golpear los talones uno contra el otro.

—[Ininteligible]

—La Pinacoteca está destruida. Sí. Pero los cuadros se pusieron a salvo al principio de la guerra. Supongo que tendrá acceso a ellos. Contemple lo que había en sus cabezas. Se reirá. Yo me he reído. Y sin embargo mentes tan inteligentes y sensatas como las del antiguo amigo se deleitaban con imágenes como estas. En sus mentes científicas, centradas en la causalidad y en el cálculo, florecían estas ideas. Al fin y al cabo un volumen craneal mayor también ofrece espacio para más estupideces. En Berlín le dije que el cerebro puede utilizarse como la mano, sirve para estrangular a alguien pero también para sacar del agua a quien se ahoga.

»Nos veíamos de vez en cuando en un café de Kurfürstendamm. Nos sentábamos y hablábamos sin parar, pero nuestros debates, como ya he dicho, eran estériles. Después de años de trabajo, él había publicado sus resultados: *La capacidad de nuestra raza y la protección de los débiles*. El elemento central era la relación entre la higiene racial y el humanitarismo contraselectivo. La compasión, la asistencia a los débiles, a aquellos que no daban la talla, como él decía, todo ello conducía a la degeneración de las razas culturales humanas. La compasión es contraria a la lucha por la existencia. Por supuesto que la ayuda es necesaria, decía él, también para los débiles y los mayores, pero el débil no debe reproducirse, así es como comienza la decadencia de la raza. La selección era divina. La contraselección, la compasión, la ayuda social eran cosa del diablo. Retórica de la salvación, y eso viniendo de él, ateo. ¿Me creerá si le digo que la palabra raza me da náuseas con solo pronunciarla, sí, ahora que debo hacerlo? Por aquel entonces aún era una idea nueva que salía de su boca, a mí siempre me hacía pensar en tipos de conejos, perros o gallinas. Ahora que se ha hecho realidad, después de los pasaportes raciales, las leyes raciales, las autoridades raciales, la palabra me da ganas de vomitar. Sin duda ya había algo inhumano en ella entonces, al menos tal como él la utilizaba. Lo débil debe desaparecer. Es la ley de la naturaleza. ¿Cómo puede ser compatible la protección de los débiles con la idea de escardar la falta de inteligencia, una característica que debe de ser muy habitual entre los débiles? En aquella época tenía una propuesta humana, como él decía: una selección sexual mejorada. Una pareja joven nos miró desde la mesa contigua, él con uniforme

de teniente, la delicada muchacha con una mullida boa negra sobre los hombros, el cuello blanco reluciente bajo la cabellera recogida, el sombrero adornado con una pluma grisácea, la cintura encorsetada. Bebían champán. Aún me parece estar viendo la imagen, porque por un momento me temí que el teniente de bigote rubio hubiera oído la expresión “selección sexual” y se la hubiera tomado como algo personal. Sin embargo la pareja volvió a mirarse a los ojos como si lo demás no existiera. Judía, dijo él, anémica, encorsetada, sin apenas posibilidad de amamantar, pero con dinero en la familia. Fue entonces cuando empezó a cambiar su visión de los judíos. Si antes los había considerado una rama especialmente aventajada de los arios, ahora comenzaba a tergiversar las virtudes que tanto había apreciado, el don de lenguas, la capacidad de adaptación, su sentido de la música y las matemáticas. El don de lenguas no era más que mimetismo; su capacidad de adaptación, una habilidad que tan importante le parecía antes para la lucha por la vida, de pronto era una táctica refinada con los negocios como único objetivo; el talento para las matemáticas lo era en realidad para las finanzas, dinero y siempre dinero.

»Seguramente palidecí y me disponía a contradecirlo con vehemencia cuando él me interrumpió: Claro que no se podía generalizar. Por supuesto que había excepciones. Sin duda había ejemplos impresionantes que demostraban lo contrario, personas con una profunda sensibilidad para las injusticias sociales, le venían a la mente Lassalle, naturalmente Marx, o Simon, nuestro amigo Pacífico. Pero en general era así, y a continuación expuso ejemplos de su trabajo en la redacción.

»Lo interrumpí diciendo que podía rebatir de un plumazo sus ejemplos con un no judío codicioso, estratega y con facilidad para los idiomas, así que ¿qué valor tenía su reflexión? Cero. Y cero por cero es cero. Es decir, nada.

»La ironía le resultaba ajena. Y sin duda el don del humor no le había sido concedido. El humor requiere distancia de las cosas, pero sobre todo distancia de uno mismo. Y él no entendía que todos somos imperfectos, también él.

»Así discurrían nuestros debates del café.

»Él: Sé por propia experiencia y por largas conversaciones que tu Bebel es un hombre agradable, pero lleva su profesión de tornero demasiado arraigada para un cambio real. Tus socialdemócratas reparan y trabajan en los síntomas. No quieren una revolución, algo completamente nuevo. Piensa en la Revolución Francesa, la única auténtica, buscaba la felicidad de todas las personas. Y debía surgir un nuevo ser humano. No mejores ayudantes.

»Yo: Los cambios, los verdaderos cambios, solo se producen paso a paso, y las masas deben comprender su necesidad. Es cuestión de educación. De formación.

»Él: Lo sé. Lo vimos en Icaria. Y me parece perfecto que luchéis por el sufragio femenino y por la jornada de ocho horas. Pero el desarrollo verdadero que supere al ser humano actual solo puede producirse mediante la selección consciente de parejas, y en los casos en los que exista el peligro de un apetito sexual incontrolado o ante la falta de inteligencia de los enfermos mentales, debe tomarse la medida preventiva de la esterilización. El desarrollo y la evolución del ser humano únicamente pueden lograrse mediante los conocimientos de la medicina. Además de la tecnología y otras ciencias naturales. Los déficits, también los morales, pueden compensarse. Para superarnos a nosotros mismos debemos controlar la evolución y organizar conscientemente la sociedad.

»Yo: Primero hay que asegurarse de que todo el mundo tenga algo en el estómago y un techo sobre su cabeza. Y el enfermo necesita al menos una cama y una sopa.

»Él: Lo que voy a decir suena cruel, pero la asistencia a los pobres debe ser mínima y solo debe suministrarse a aquellos que ya no puedan influir sobre la descendencia. Esas y otras sensiblerías como el cuidado permanente de enfermos, ciegos, sordomudos, débiles en general, simplemente obstaculizan o retrasan el efecto de la selección natural.

»Esa fue su respuesta literal, yo le dije que eso desembocaba en la inhumanidad.

»Él: No, se trata de una humanidad más elevada. Gracias a Dios, si se me permite nombrar al de ahí arriba, vuestro Partido Socialdemócrata ya ha reconocido la importancia de la eugenesia. También vosotros me invitáis a debates. Tus compañeros, incluso los de arriba, leen *La capacidad de nuestra raza y la protección de los débiles*.

—[Ininteligible]

—Sí. Es cierto que en nuestro partido también se reflexionaba acerca de cómo evitar la transmisión de enfermedades hereditarias, de que era necesario, y también políticamente importante, informar a los futuros matrimonios acerca de las características hereditarias.

»Él: Ampliar las capacidades mediante la selección de cónyuges, la buena alimentación y la reproducción de parejas inteligentes puede aumentar el volumen del cerebro.

»Yo: ¿Y qué opina el cráneo de eso?

»Él: Las costuras del cráneo pueden estirarse. Es de suponer que no se cierran hasta alcanzar una edad avanzada. Así se podrían ampliar los intersticios. Eso permitiría una mayor masa encefálica.

»Yo: ¿Y cómo funcionaría el emparejamiento selectivo para la cría? ¿Como en la colonia Mittgart?

»Él: No. Eso son estupideces, tonterías.

—¿A qué colonia se refiere?

—Las colonias Mittgart. Un proyecto de Willibald Hentschel, un conocido del amigo. Hentschel se manifestaba a favor del emparejamiento libre y en contra del matrimonio monógamo. Creía que, como en el caso de los conejos, un macho fuerte tenía derecho (¡derecho natural!) a muchas hembras. Hentschel creía que en los viejos tiempos, cuando la lucha por la existencia aún era una cuestión física, un germano tenía que dar muerte a otros nueve hombres antes de poder casarse con sus viudas. En Hentschel también se observa esa conjunción sorprendente de ideas irracionales y ciencias naturales calculadas. Fue un importante químico. Gracias a sus patentes e inventos había acumulado un gran patrimonio y había comprado terrenos donde quería fundar colonias Mittgart para la cría seleccionada de la raza aria. Buscaba mil mujeres libres grandes, rubias, de ojos azules, sin vicios posturales, que convivieran durante varias semanas con cien hombres también seleccionados y que en ese tiempo tuvieran relaciones sexuales con distintas parejas con el objetivo de engendrar un germano que cumpliera con todos los requisitos. Y entre todos ellos, por supuesto, nuestro profesor Hentschel. Después las mujeres y los hombres se separarían para llevar a cabo tareas agrícolas o domésticas. El proyecto fracasó porque se presentaron pocas mujeres, exactamente cuatro. En cambio miles de hombres se apresuraron a ofrecerse voluntarios para fundar la comunidad. Todos querían, cómo decirlo, participar de aquel proyecto.

»El amigo lo consideraba una estupidez, una estupidez que sin embargo se hizo realidad más adelante, como seguramente ya sabe, con el proyecto Lebensborn. Himmler era seguidor de Hentschel. Hitler también lo admiraba. Le enviaba felicitaciones escritas a mano por su cumpleaños. Hentschel fue quien introdujo el saludo del *Heil* en el movimiento. Tomado de los romanos, pero alimentado con la idea de estar extendiendo la mano hacia el sol. Hacia el Führer.

—Pero ¿cómo acabó su amigo rodeado de semejantes compañías? ¿Y esas

extrañas sociedades secretas? Justo ahora estoy leyendo los *Nocturnos* de E. T. A. Hoffmann. Con ilustraciones de Kubin.

—Una edición preciosa. La tuvimos una o dos veces, y siempre la vendimos enseguida.

—Un regalo de mi profesor. «La casa vacía». Un cuento en el que me he perdido en toda regla. La leí hace dos días, por la noche. Transmite cierta angustia. Y la locura de la condesa me pareció bastante normal. En un mundo de confusiones. Nada encaja ya. «La casa vacía» es inquietante. Y ahora viene usted con sus historias de cría selectiva y sociedades secretas, es algo delirante.

—Es interesante que se lo parezca. Ya que todas esas sociedades y asociaciones secretas eran círculos escogidos que buscaban crear una nueva élite resistente. En 1905 nació en Berlín la Sociedad para la Higiene Racial. En 1907 Ploetz se trasladó a Múnich y creó allí otra sociedad análoga. En 1910, creo recordar, el Nordischer Ring, una asociación secreta. Después vinieron el Bogenklub München, el Ring der Norda, el Nordbund, y más adelante, en 1918, el Widar-Bund.

—Desconcertante. Los científicos suelen ser personas sensatas.

—Eso pensaría uno. Pero una cosa no quita la otra. Sé muy poco de biología y medicina. Pero en el caso de Ploetz, creo yo, el error es el punto de partida metodológico de equiparar raza y sociedad. Aplicó procesos biológicos sobre estructuras sociales y de carácter. Creía que la historia evolutiva de la estructura celular conformaba al individuo, y por lo tanto determinaba el comportamiento social del ser humano hasta el más mínimo detalle, lo que a su vez influía en las relaciones económicas y sobre todo en la formación del Estado y en la cultura. ¿Puede ser casualidad que haya tantos compositores y músicos célebres alemanes?, se preguntaba. Había que buscar la causa de las peculiaridades de cada raza. Él lo llamaba biología social, y la dividía en fisiología de la sociedad, patología de la sociedad e higiene social. En *La capacidad de nuestra raza* menciona el Estado celular, representado por el individuo, y habla de los Estados celulares comparables de la vida, ya que existen las tribus, las naciones, las razas. Traslada la biología a todos los ámbitos de la vida, la política, la ética, las ciencias jurídicas, la historia; todas ellas están determinadas por las leyes de las ciencias naturales. Y postuló: «La ley general de la causalidad es al mismo tiempo una ley natural y también social. Abarca al ser inorgánico, al orgánico y al social. La raza es el sustrato biológico de todas las formaciones sociales». Raza y cultura son

idénticas.

—[Ininteligible]

—Pues sí. Le pregunté: ¿qué sucede con el libre albedrío? ¿Está determinado por la formación celular? Él respondió que sí, el libre albedrío, lo que haces, se deriva de las combinaciones de células, ganglios, está determinado, pero la decisión del momento está sujeta a la capacidad de querer decidir, y eso requiere también poder decidir. Si la voluntad es fuerte, se producirá una libre elección. Pero si es débil, y ahí entran en juego influencias como el alcohol, la tuberculosis, el consumo excesivo de tabaco, la voluntad de vivir también será débil y con ella la libre decisión.

»¿El alma?, pregunté.

»Átomos, contestó, y de nuevo hizo referencia a la glaciación: “La selección más rigurosa debido al clima adverso parece tener como consecuencia un aumento de las fuerzas físicas e intelectuales en la raza que habita la región”.

»¿Y los chinos? ¿Los chinos, que hace cuatro mil años, cuando aquí todavía recorríamos los bosques envueltos en pieles de oso, inventaron la escritura, la brújula, además de la pólvora y una medicina muy complicada?

»Una buena pregunta, dijo, esas civilizaciones, la china, la griega, la romana, eran precisamente ejemplos que demostraban su teoría, ya que habían sucumbido a la degeneración.

»¿Acaso las culturas no están determinadas por mucho más que las capacidades biológicas, es decir, el tamaño de las extremidades, del cráneo, de la silueta, también por algo distinto, no lo sano sino lo diferente, quizá lo enfermo, lo dañado, precisamente porque de ahí nace la noción de que hay algo que mejorar, algo que cambiar? ¿No tuvo Utopía su origen en la necesidad, en la discordancia, en lugar de los cráneos grandes y las extremidades largas?

»¿No tenía el genial Darwin —fue un comentario malicioso que no se correspondía con mi visión de las personas y su aspecto— cierto parecido indudable con un mono? Esa frente retraída, las protuberancias sobre los ojos.

—¿Fue esa la época en la que estuvo en el Ring der Norda?

—Sí. Allí fue donde lo sumergieron en el caldo ario. La nación. Lo alemán. Gótico: Theus. Ese es el sentido más profundo. Es a Él a quien debemos obedecer. Escuchar. El propio Verbo nos habla.

»¿Podemos dejarlo por hoy?

La Estrella de Bronce

Hansen debía personarse en Múnich para dar parte.

Middleton le ofreció una silla y le preguntó por las pesquisas. Hansen respondió vagamente que avanzaban y que la época del cambio de siglo parecía ser importante. Temía que Middleton lo destinara a su equipo administrativo. Pero el coronel dijo que lo habían convocado porque el comandante de la división le había concedido la Estrella de Bronce. Por el combate de Dietersdorf.

Hansen trató de explicar que la condecoración no le correspondía. Que él y su chófer habían acabado por descuido en la vanguardia y de pronto habían comenzado a dispararles con una ametralladora desde un pueblo en el que se habían atrincherado un par de soldados alemanes y miembros del Volkssturm bajo las órdenes de un sargento. Se había tumbado en la cuneta y había disparado un par de veces con la pistola. *Es la única vez que he oído el silbido de las balas, señor.* No, la condecoración no le correspondía. Más bien debía recibirla el capitán que había avanzado con rapidez y lo había sacado del apuro.

Middleton hizo un gesto de desdén con la mano. Puede que también se la hayan dado. Pero, por favor, nada de rechazarla, eso pondría todo el sistema burocrático al rojo vivo. No. Nada de rectificaciones. Felicidades.

Hansen se puso en pie. No podía estar orgulloso y de hecho no lo estaba. Pero se puso la gorra de acuerdo con el reglamento, conocía las costumbres, se puso firme, y después de que el coronel le colocara la insignia en la chaqueta, saludó con la mano en la visera. El coronel abrió su estuche de cigarrillos, le ofreció uno a Hansen, cogió uno él también y señaló la silla que había delante del monstruoso escritorio. Fumaron sentados y en silencio.

Middleton, que fumaba en pipa, estaba pasándose a los cigarrillos. Hansen admiraba el gesto pulido con el que encendía las cerillas y el ligero movimiento que hacía con la mano para apagar la llama.

Entonces el coronel sí que le preguntó a Hansen por la entrevista, quería

más detalles, cuánto tiempo duraría aún.

El hombre era mayor. Ochenta y uno. Había estado en el campo. Un par de meses en Dachau.

¿Comunista?

Anarquista, no militante, pacifista. Muy leído. Librero de viejo, pero asalariado.

¿Y cuánto tiempo más le hará falta?

Dos o tres semanas.

¿Le interesa la historia?

Sí, respondió Hansen, mucho. Recibiré el informe.

Bien, dijo Middleton.

Hansen, envalentonado por su Estrella de Bronce, le preguntó si podía proponer algo.

Adelante.

¿No sería posible acondicionar una sala de lectura con literatura americana? Hansen comenzó a hablar con un entusiasmo desacostumbrado en él, por ejemplo en esa librería hay libros americanos, Faulkner, Wilder, Hemingway, en alemán y en inglés, quizá el ejército podría comprarlos y ponerlos en una sala de lectura. En invierno habría que caldearla. Así se podrían unir ambas cosas de un modo estupendo, pies calientes y mente despierta. Una mente liberada de la neblina mística nazi. También se podrían poner periódicos a disposición de los lectores. Libros de fotografías de Estados Unidos. La gente está sedienta de información. Muchos quieren aprender inglés. Se podrían proyectar películas, organizar exposiciones, teatro, conferencias, debates...

Okay, dijo el coronel Middleton, me lo pensaré y lo comentaré.

Hansen tuvo que recuperar el aliento.

Permanecieron allí sentados en silencio y miraron el cielo gris por la ventana, de tanto en tanto el viento empujaba la lluvia contra el cristal. Después de un rato el coronel dijo: Dos mesecitos más. Estas montañas son imponentes, también los lagos, pero no se pueden comparar con el mar de Boston.

Hansen había quedado con Molly al mediodía. Esta se acercó corriendo al coche debajo de un paraguas, se subió y dejó el paraguas detrás. Llevaba un vestido camisero blanco con una flor de tela roja en la solapa, zapatos de

cuero marrones de tacón alto y medias de seda. Tuvo que contenerse para no preguntarle de dónde había sacado ese vestido y los zapatos nuevos. A pesar del tiempo lluvioso, Hansen se puso las gafas de sol y le dijo con una sonrisilla irónica: Deslumbras.

Vamos a mi casa, añadió, el almacén puede esperar.

No, he organizado la visita al almacén y después tengo una cita, por la noche.

Ahí ya no pudo controlarse, a pesar de que no tenía ningún derecho a preguntárselo, ¿qué tipo de cita?

De negocios.

Los negocios también pueden esperar.

No, eso no.

Ya he conseguido el permiso. Puedes ir a la zona francesa.

Gracias.

Ese escueto «gracias» fue todo lo que dijo mientras comprobaba el nombre y las fechas del documento.

¿No quieres hacer una excursión al lago?

No. Hoy no.

Era imposible hacerle cambiar de opinión, así que salieron en dirección al almacén en el que se guardaban los cuadros de la Pinacoteca Antigua. Una medida de precaución que había resultado justificada porque la galería había recibido un impacto de bomba. Hansen le había dicho al conservador, vestido con un traje demasiado ancho, que quería ver el cuadro de Piloty. El hombre fue a buscarlo acompañado por dos empleados. Después de un rato trajeron un cuadro de tamaño exagerado envuelto en arpillera como si fuera un regalo. El conservador se quejó, ¿por qué había que desembalar aquello? Hansen contestó: Eso a usted no le importa. Venga, ¡desenvuélvanlo! Sin protestas.

La iluminación era mala. Desembalaron el cuadro. A media luz, pero fácilmente reconocible, la mujer central: Thusnelda. Menudo ideal de mujer. Inmensa, lleva de la mano a un niño rubio.

Un bodrio histórico, dijo Molly. La batalla del bosque de Teutoburgo había sido una catástrofe. De no ser por Arminio *el Querusco* habríamos podido tener también un *tepidarium* en la zona de Hamburgo o Berlín. Y en lugar de lino tieso, nuestros antepasados habrían llevado algodón y seda.

Y como le reconcomía y se le había presentado la oportunidad, se lo preguntó: ¿De dónde has sacado el vestido?

Ella se puso las gafas de sol y dijo fríamente: Lo he cambiado.

El conservador preguntó qué debía hacer.

Vuelva a embalar esta porquería.

Ella guardó silencio todo el camino de vuelta, de nuevo miró aburrida por la ventana, él se decía: Está de morros, lo que ve es destrucción, son ruinas, solo de vez en cuando, por una de esas casualidades que se rebelan contra la ley en las catástrofes, una casa intacta se alzaba de entre los montones de ladrillos, travesaños, vigas metálicas.

La dejó en la Odeonsplatz. Levantó un poco la mano, lo saludó con la cabeza y se marchó. Él la siguió con la mirada observando cómo el vuelo del vestido jugueteaba con sus rodillas.

La idea de volver a la casa del lago, contemplar la puesta de sol con un Martini, comerse a solas el pollo que había conseguido la señora Sachs a cambio de una cajetilla de Camel y, peor aún, tumbarse solo en la cama le resultaba humillante. Se había creado expectativas bastante detalladas de aquella noche. Y eran expectativas salvajes, llenas de gritos, de cuerpos entrelazados, el olor a sudor con una nota de perfume.

Para compensar su decepción —solo se sintió miserable durante un instante—, creyó que tenía derecho a resarcirse. Llamó a Sarah y le preguntó si esa noche tenía tiempo y ganas. Y resulta que sobre todo tenía ganas.

Sarah llegó de uniforme y maldiciendo por haberse roto las medias con un ganchito de metal al subirse al jeep. Ya era el segundo par. Había detenido la carrera con esmalte de uñas. Se levantó hasta las rodillas la larga falda del uniforme, que ya llevaba tres centímetros más corta de lo estipulado. Un caminito prometedor ascendía hacia la oscuridad.

Era incómodo tener que llevar uniforme. Estaban sentados delante de la casa. Sarah se abrió los botones de la chaqueta. *He engordado tres kilos.*

Hansen había subido al máximo el volumen de Artie Shaw, *The Carioca*, su canción preferida, y se había preparado un café americano. Permanecieron allí sentados contemplando los Alpes más allá del lago y Hansen le habló del anciano al que estaba entrevistando, de su vida y de la vida de aquel que había estado investigando en ese castillo de allí al lado.

¿Y tu lancha?

Hansen le contó lo complicado que había sido encontrar la pieza de repuesto, y que ya la habían utilizado, había sido magnífico. Pero hoy, con

esta llovizna, no apetece mucho. Ya tendremos tiempo.

George pasó por allí, vio a Sarah y dijo: *Tengo que irme. Me recogerán enseguida, así que no os molestaré.*

No me molestas, contestó Sarah, *al contrario: me pones a tono.*

Miró a su alrededor, comentó que era increíble cómo vivían allí los dos, aquello era jauja, la vista a los Alpes, la lancha y la cocinera, mientras ella se pudría en la residencia de oficiales. Visitas masculinas prohibidas.

Para eso tendrías que estar hurgando en la mierda parda, dijo George.

Cualquiera lo diría viendo a Michael con el viejo, el único no nazi en kilómetros a la redonda.

Tienes razón, contestó George, no era del todo cierto.

Después de que George se fuera, Sarah quiso saber si Hansen también estaba confraternizando.

¿Quién lo dice?

Lo he oído por ahí. ¿Y bien? ¿Son distintas las mujeres alemanas?

Él resopló por la nariz, se levantó y puso el disco de *Well, All Right Then*.

Y Sarah se acaloró; aquello que se les reconocía a los hombres sin cuestionamientos era impensable para las mujeres. Ellas iban simplemente por detrás. Una injusticia. Tenía un hombre alemán en el punto de mira, un profesor de literatura inglesa, un buen tipo, ya no estaba intacto, le habían disparado en un pie en Rusia, pero eso no le importaba. Qué escándalo, la teniente americana con un alemán, y encima un exoficial. Así que tenía que limitarse a él, Michael, y a los demás compañeros; se reía, pero era endogamia. Cuando Hansen quiso replicar, ella le dijo que podía hacer y deshacer a su gusto, que tenía carta blanca. Se puso de pie y se le sentó en el regazo de manera que la butaca de mimbre crujió.

Cuidado, exclamó él, se va a romper.

Qué va, pero tenía que contárselo todo, con detalles, si no se pondría celosa. Ella también se lo contaría todo si él quería.

No, mejor que no, repondió él riendo.

Cobarde.

La señora Sachs dijo que la cena estaba lista. Había puesto la mesa y había convertido el pollo en un asado con manzana. Las frutas de la última cosecha se guardaban en el sótano envueltas en papel de seda. Que tengan una buena noche, se despidió la señora Sachs.

- 2 de agosto -

¿Es inmoral comparar? ¿O siquiera querer comparar? El deseo que ya ansía el siguiente deseo, algo distinto. Las diferencias sutiles y, por otro lado, su disfrute. El peligro de perderse en el goce. Y por eso la obligación de ser monógamo. Habría que evitar las comparaciones. Se piensa que las diferencias en estas simplezas no son grandes. Sí que lo son.

Las diferencias son lo que nos permite conocernos, conocer nuestro cuerpo. Y con él, nuestros deseos más profundos. Las caricias están muy bien, pero...

Día 10

—¿Sus dolores de cabeza? Le he traído un remedio. Un amigo médico me lo ha sacado de nuestra farmacia.

—Gracias, pero hoy me encuentro bien. Me lo guardaré para la siguiente vez que se levante foehn.

—Estuve en el almacén y contemplé a Thusnelda. Una poderosa imagen de propaganda. Quizá se pensó como modelo para reproducirla. Como ilustración para libros escolares. Pero qué mundo tan distinto. ¿En algún momento resultó atractiva?

—Sí. Claro. Como ya le dije, en París se encuentra su equivalente. Aunque el cuadro francés sí tiene su efecto.

—Espero poder ir a París antes de tener que regresar.

—Ayer vino un comandante muy amable a la librería. Lo acompañaba un sargento. El comandante hablaba un alemán fluido con acento vienés, no muy marcado pero sí audible. Un judío emigrado, supongo. No quise preguntar.

—Seguramente era Leo Alexander. Antes de marcharse fue profesor en Frankfurt.

—Puede ser. Buscaba libros de Schnitzler. El sargento se mantuvo a su lado, ojeaba los libros de fotografías, se aburría y masticaba. Un gran contraste, el sargento masticando monótonamente y el comandante consultando libros. No soy de esos borrachuzos empedernidos que opinan que solo se disfruta con la cerveza, y como mucho con el tabaco. De ningún modo. Pero ¿el chicle? Cuando estuve en su país por primera vez no lo vi por ningún lado, o al menos no me llamó la atención. Recuerdo que vi masticar por primera vez en mi segundo viaje, en Nueva York. Iba en el metro cuando un operario sentado a mi lado, puede que fuera cerrajero, abrió un envoltorio de papel de plata y se llevó una laminilla blanca a la boca. Comenzó a masticar. A un ritmo constante. Pensé que sería tabaco de mascar. Pero olía a menta. Decidí probarlo yo también. Pero no me gustó. Una actividad física como palear arena. Lo digo alegremente porque veo que usted no cultiva esa

costumbre. ¿Para qué sirve, aparte de para movilizar la mandíbula?

—Tranquiliza. Quizá tenga algo que ver con esa actitud relajada que tanto aprecia en nosotros. Y además, el movimiento de esa musculatura mejora la circulación de la cabeza y por lo tanto el suministro de oxígeno al cerebro. Es decir, mejora la capacidad de pensar, y sin necesidad de cría selectiva.

—Bueno, en el caso de este sargento no daba esa impresión. No he leído mucho a Nietzsche, nunca me ha gustado. Su mirada hacia el ser humano es hostil. Es la mirada de un miope, pero que siempre habla desde la perspectiva de un águila. Axthelm no solo admira a George, sino también a Nietzsche. Todavía recuerdo a la perfección cómo me hizo salir del sótano y me enseñó un artículo del periódico titulado «Hitler visita a la hermana de Nietzsche». En la foto se veía a ambos, ella con una cofia blanca fruncida, él de traje civil. ¿Sabía usted que Förster, el yerno de Nietzsche, fundó una comuna en Paraguay? Nueva Germania, una Alemania sin judíos, o eso decían, el *übermensch* ario también debía criarse bajo palmeras y plátanos. Sí, el concepto era como el de una fábrica de pollos, ¿sabe que Himmler crió pollos durante un tiempo?, y más tarde vino Lebensborn. Seguro que a Nietzsche le habría parecido una idea estúpida. El antisemitismo le resultaba despreciable, pero la idea de elevar la vida y el intelecto también aparece en su obra. No es casualidad que todos aquellos higienistas raciales tuvieran el *Zarathustra* en sus estanterías. El amigo también citaba pasajes. No sé qué opinaba de Lebensborn, pero seguramente en principio le parecía una iniciativa digna de apoyo.

—[Ininteligible]

—Mire, he tomado notas, me he preparado para nuestra entrevista de hoy. Una cita de Alfred Ploetz sacada de un discurso ante el Congreso Internacional de Demografía en 1935 en Berlín: «A las políticas fiscales, económicas, agrícolas y colonizadoras orientadas a aumentar la tasa de natalidad de los más dotados, en la línea de la higiene racial positiva, debería sumarse la esterilización obligatoria y vehemente, que no ceda a la resistencia de los círculos eclesiásticos más políticos, la esterilización de los enfermos y los lisiados cuyos problemas sean hereditarios, así como de los deficientes de carácter hereditario».

»Ahí tiene en pocas palabras el programa nazi, incluido el tema del pueblo sin suelo. Suelo que debía conquistarse. De ahí el ataque a la Unión Soviética, de ahí la eliminación de los sujetos inferiores, para que nuestros relucientes héroes se quedaran con sus granjas. Agricultores. Vaya una visión

superada de la sociedad, le dije cuando me visitó en la librería; ve a un taller de laminación para tubos de acero sin soldadura, visita un puesto de enclavamiento de los ferrocarriles, las fábricas de Siemens, en cuyos motores se utiliza la conexión Steinmetz, inventada por nuestro compañero Pacífico. Si las fuerzas productivas siguen desarrollándose, por hablar en términos marxistas, la mano de obra acabará siendo superflua. Entonces ya no hará falta que la población crezca, incluso será deseable que se reduzca. Pero el pensamiento de la época estaba cegado por la idea de la grandeza y la abundancia del pueblo, también con miras al archienemigo francés.

»Sin embargo sus tesis, que tan toscas me parecieron entonces, se hicieron realidad. A aquellos a los que había que escardar, según él, los inútiles, los enfermos, los dignos de compasión, se los dejó morir de hambre o se los gaseó o se los asesinó con una inyección de veneno. Sucedió a escondidas pero no era ningún secreto para la población. Puedo dar fe. Axthelm, cuya hermana era una pianista de gran talento con esquizofrenia y hospitalizada en Haar, recibió un día una carta de Gomadingen, creo que fue a finales del verano de 1940, en la que se le comunicaba que su hermana había muerto de apendicitis. Sin embargo ya le habían extirpado el apéndice de joven. Aceptó la mentira. Para que se haga usted una idea del miedo, Axthelm no protestó, no escribió diciendo que se trataba de una mentira infame y que la habían asesinado, calló y bajó al sótano, a mi reino, algo que no hacía casi nunca, y permaneció sentado a oscuras en mi butaca. Y lo oí llorar.

—[Ininteligible]

—No lo sé, pero no hago reproches a nadie que guarde silencio por miedo. Axthelm seguramente habría perdido la licencia de la librería si hubiera denunciado la mentira. Los reproches se los hago a aquellos que se implicaron, que no se abstuvieron a pesar de que no corrían ningún peligro. Como ese conserje que vio a los estudiantes lanzar octavillas contra la guerra y contra los nazis desde la tribuna de la universidad. Eso sucedió a menos de trescientos metros de la librería. Ese hombre podría haber hecho la vista gorda. Pero no, los detiene y los entrega a la Gestapo. Los ejecutan y el conserje Jakob Schmid recibe, si no recuerdo mal, 3.000 marcos del Reich y un ascenso. A esa predisposición a obedecer y a denunciar me refiero. El afán por el reconocimiento y el ascenso social. Esas ganas de participar del poder. De alentarlos. Como sabe, el ángel cayó por decir a su superior divino: *Non serviam*. No serviré.

—¿Puede decirme algo del laboratorio del castillo?

—Cierto. El castillo. Y el bosque. Estuve allí por primera vez en febrero de 1919, poco después de la guerra. Tengo que remontarme un poco para explicar los motivos de mi prolongada visita. Yo vivía en una habitación alquilada en Berlín y estaba enfermo. Había cogido un resfriado en una de las numerosas manifestaciones y debates, no lo había curado, y se había convertido en una neumonía. En 1915 había dejado el Partido Socialdemócrata y me había acercado a la Asociación Libre de Sindicatos Alemanes, que se había pronunciado en contra de la guerra y también en contra de lo que se había llamado la tregua; más adelante, en 1919, pasó a ser la Unión Libre de Trabajadores de Alemania. Sí, es confuso y me gustaría explicárselo si...

—[Ininteligible]

—No. Yo trabajaba para el *Syndikalisten*. Me encargaba de anunciar las asambleas y de resumir las actas. Una labor periodística de poca importancia por la que no se reciben honorarios elevados. En aquella época vivía en una pequeña habitación alquilada sin calefacción. La fábrica de padre había quebrado unos veinte años antes. Había rumores sobre sus opiniones republicanas. No se lo consideraba un patriota, sufrió represalias. Y seguramente también contribuyó a ello mi huida a Suiza, que con tanta generosidad apoyó mi padre. El ejército prusiano rescindió el contrato de suministro de un día para otro. Sin embargo, mi previsor padre me había abierto un depósito fijo en un pequeño banco privado sólido, o eso creía él. Pude vivir modestamente de los intereses durante varios años, dedicarme al periodismo y a la política de forma independiente, y en 1912 también pude viajar a América para visitar de nuevo la comunidad Amana.

»Sin embargo, inmediatamente después del alto el fuego en noviembre de 1918, ese banco privado, como ya le he dicho, quebró debido a especulaciones ilegítimas. Una bancarrota fraudulenta. El banquero, que respondía personalmente, se suicidó, pero eso no me devolvió mis inversiones. Hasta entonces podría haberme considerado un inversor socialista que completaba un poco sus ingresos con conferencias y artículos. Sí. Fui hijo mucho tiempo.

»Sin embargo, una tarde, yo estaba en la cama con el abrigo, la viuda avariciosa y amargada me anunció: Tiene visita femenina. Eso no está permitido. Aquí no. En mi casa no.

»Pero la griega, que para entonces ya estaba un poco rechoncha, si me permite la descortesía, con su largo abrigo forrado de piel y un sombrero

imponente, sobre el que se alzaba una pluma como una vela negra, ya estaba en la habitación. Se había enterado de mi precaria situación a través del antiguo compañero icariano Lux. Me dijo que había aprovechado una visita a su hermana en Berlín para ir a verme. Pero era evidente que había ido por mí.

»Me dijo: Tienes que salir de aquí, cuanto antes.

»La casera reclamó: Mi alquiler. Preaviso.

»La griega apuntó a la gruñona con el paraguas: Cállese. Recibirá lo que le corresponde. ¡Venga, las maletas! Y mientras lo decía, resuelta, pescaba mi maleta del armario torcido con el mango del paraguas.

»Vendrás con nosotros. La casa es lo bastante grande para todos.

»Dudé.

»Me dio una carta. La caligrafía limpia del amigo: me invitaba a una visita prolongada. Desde que vivía en el bosque echaba de menos las réplicas. Ven a recuperarte, hay sitio de sobra.

»Acepté, pero solo por ella.

»Nos marchamos al día siguiente. A pesar de la revolución, a pesar de los marineros que llevaban sus armas con el cañón hacia abajo como símbolo de la revuelta, a pesar de los tumultos, de los empujones en los andenes, a pesar de los tiroteos, a pesar de las manifestaciones, los ferrocarriles funcionaban. Aunque no se respetaran los horarios. Había controles constantes de los trabajadores revolucionarios. Íbamos en primera clase y con nosotros se sentaban una joven y su esposo, un capitán de uniforme. En Leipzig varios soldados y también civiles revolucionarios se subieron al vagón. ¡Documentación! El capitán protestó, él no tenía por qué identificarse. Se puso de pie: Era oficial. El cabecilla respondió: Cierra el pico y siéntate. Y ese hombre, que tan solo tres meses antes estaba por encima del bien y del mal, se sentó obediente como un alumno.

En la estación de Herrsching nos esperaba el cochero Ernst, que puso las maletas en el coche de caballos y nos ayudó a montarnos. Yo tenía escalofríos, de eso no me protegía ni siquiera la enorme manta de piel de zorro que el cochero había extendido sobre nosotros. Fue la única vez que estuve junto a la griega bajo una misma manta, bueno, estábamos juntos pero separados por los gruesos abrigos de invierno, y sin embargo, como viejo que soy puedo decir que nuestros cuerpos percibían la cercanía. Es extraño lo mucho que dura el deseo en nosotros. Sin duda la fiebre contribuía a la deliciosa sensación que me inundó al estar cerca de aquella mujer después de todos esos años. Avanzamos por la carretera junto al lago, extenso e inmóvil.

Una bruma gris flotaba en las alturas, y los oscuros abetos asomaban pesados y húmedos. Aquel bosque con sus abetos desconsolados en hileras. Transmitían codicia. En verano el paisaje es magnífico, con sus ligeras colinas formadas por el empuje del glaciar, la vista prealpina con los Alpes nevados detrás. Bueno, ya conoce usted el paisaje y el castillo.

—Todas las mañanas me asombra la belleza arrebatadora de la región.

—Sí. Pero en invierno, de noviembre a enero, un ambiente sofocante se cierne sobre el lago hasta que por fin el sol atraviesa la bruma con un rayo de luz y hace brillar el agua; la felicidad. En verano, como ya he dicho, es maravilloso. Solo hay que evitar ese oscuro y monótono bosque de abetos. O al menos eso hago yo. ¿Sigue con los *Nocturnos*?

—[Ininteligible]

—Puede ser. Sí. Pero yo he preferido leer a Kleist y a Goethe. E.T.A. Hoffmann siempre me ha resultado un poco inquietante. Hay que tener cuidado de no meterse uno mismo en una de sus historias.

—[Ininteligible]

—Cuando llegué apenas pude echar un vistazo al castillo, pero recuerdo los gruesos muros más bien bajos de aspecto medieval. El crujido de los tablones, las escaleras, el olor a madera vieja, a no sé qué, puede que a mirra, a cera, a excrementos de lagartija, aunque quizá se debiera a la fiebre. Me instalaron en una buhardilla del castillo con vistas al lago hasta los Alpes. Guardé reposo en cama durante seis días, tal como me había ordenado la griega, una criada de delantal blanco me traía caldo de pollo, zumo de saúco y queso fresco con la conserva de frutas del verano anterior. Por la tarde me traía café y un zumo de membrillo. El amigo subía todas las mañanas, llamaba a la puerta, entraba en el cuarto, siempre con un traje oscuro que irradiaba autoridad, se sentaba en la cama, me auscultaba, me tomaba el pulso, miraba el termómetro, todo ello sin mover un ápice el rostro, y el cuarto día dijo: Bueno, ya se está pasando.

»Ella quería que me quedara dos o tres días más en cama. Él, en su estilo directo: No. ¡Mañana aire fresco! La mayoría mueren por quedarse demasiado tiempo en la cama.

»A la mañana siguiente, lo recuerdo a la perfección, el sol brillaba a través de un frío brumoso, salí por la puerta vestido con uno de sus abrigos forrados y un gorro de piel de nutria en la cabeza. El amigo me guió por sus dominios. El edificio de tres pisos tenía un techo abuhardillado en curva. Todas las plantas se abrían a tres grandes ventanas. La construcción transmitía una

sensación más bien maciza y cubista. Solo la pequeña capilla añadida hacia el este, con su delgada torre bulbosa, le confería al edificio un aire palaciego. Me llevó al templo e hizo sus malvados comentarios, habló de las supersticiones piadosas y comentó que había exorcizado el lugar con Marx. En esa capilla consagrada al arcángel Miguel guardaba la literatura socialista y comunista que había sacado de su despacho. Un santo barroco se elevaba sobre un pedestal de piedra y se llevaba la mano derecha al corazón como horrorizado por los libros apilados ante él. No había calefacción y la humedad había hinchado los volúmenes. *El capital* se ondulaba pesaroso en dirección a una virgen María. La pintura clara de su rostro se había descascarillado y había dejado al descubierto una madera casi negra. Recordaba a la Virgen de Tschenschow.

»Ya ves, dijo él, estos libros la ponen negra.

»A modo de guía turístico, me contó la historia del castillo, que en su día había sido la residencia veraniega de los abades del monasterio de Fürstfeld. Allí lo dejaban todo a la ventura de Dios y se entregaban al vino, a la cerveza y a los abundantes peces pescados en el lago. Por cierto, añadió, la cocinera, la buena de Alma, preparará esta noche un lucio pescado esta misma mañana por Stumbaum. Me guió por el terreno, que parecía un pequeño reino. Me mostró los grandes cobertizos de madera junto al castillo, las caballerizas, la casa para el servicio, la de los administradores de la finca. Los cuidados arriates prometían arbustos floridos para la primavera.

»Por allí rondaba el tío Erich, su hermano, un poco tocado de la cabeza, como suele decirse. Se parecía a él, con su denso pelo gris y la barba canosa, solo que era más bajo, más delgado, y su mirada vagaba inquieta de un lado a otro, igual que sus palabras, apuntilladas constantemente por un “pues claro, don Amaro”, que iban a toda velocidad del tiempo a la comida, pasando por el veloz jaguar y los planes colonizadores de las abejas brasileñas, ¿era el cielo infinito? Pues claro, don Amaro. Ploetz aseguraba que su hermano, que había querido dedicarse a la apicultura en Brasil y había trabajado en condiciones de esfuerzo y privación considerables, había sufrido un golpe de calor. Eso explicaba su comportamiento confuso. En cambio yo sospecho que lo habían enviado a Brasil precisamente por sus peculiaridades, sobre todo porque la griega me contó que su padre había intentado que dejara de repetir palabrotas mediante palizas y duchas frías. Incluso le habían lavado la boca con una pastilla de jabón. El tío Erich era un hombre confiado, muy querido por los niños, ya que no se parecía en nada a esos adultos que siempre tenían

prisa, les corregían y les daban órdenes, y sus movimientos algo torpes también eran todo lo contrario a la autoridad monolítica del patriarca. El profesor particular venido de Silesia que daba clases a los niños decía que el hombre era un poco simplón. Pero el miedo al peligro de la locura acechaba a aquella familia. Puede que todas esas teorías sobre la salud y el fortalecimiento nacieran de la sospecha de que también él, Alfred, estaba amenazado.

»La mejor miel la daban las flores de las lianas. ¿Las lianas tienen flores? Pues claro, don Amaro. No se había casado, no tenía hijos. Pero mencionaba a una hembra de jaguar con la que se había encontrado en una ocasión. Y entonces se reía y decía “*oh, là là*” y guiñaba un ojo. El amigo le prohibió hablar de ello. Y el tío Erich siguió murmurando para sí mismo.

»Viví en el castillo durante varias semanas. Cuando estábamos en el salón, arriba se oían pasos extraños. Un continuo ir y venir. Había algo inquietante en el ruido que se desplazaba en diagonal por el techo de la habitación. Y cuando volví a levantar la mirada, la griega dijo: Mi madre.

»Aquella mujer, Anastasia, que entonces tenía ochenta o casi cien años, como se descubriría más adelante, vivía allí arriba. No bajaba jamás. Solo la vi una vez. Subía a mi cuarto por la noche y me encontré de frente con ese fantasma, un rostro decrepito bajo una inmensa peluca negra como el carbón, una bata blanca y zapatos resistentes, como si se fuera al bosque. Yo me incliné. El fantasma me miró fijamente, se dio la vuelta despacio y desapareció en una habitación sin pronunciar palabra.

»Allí estaba esa mujer, cuya vida había sido una gran aventura. Le subían la comida puntualmente y de vez en cuando lanzaba los huesos de pollo mordisqueados por la ventana.

»Estábamos sentados en el comedor de paredes claras. La cubertería de plata con las iniciales de la griega, las servilletas adamascadas, los vasos de cristal de Bohemia —¡y no copas!— para el zumo y el agua. Trajeron la comida. Abundante, ya que en el campo había de todo lo que en la ciudad ya no se encontraba, y mucho menos en Berlín. Una comida sencilla pero de fundamento y alemana, ternera rellena, pollo frito, asado de corzo y cerdo con lombarda. Se me hace la boca agua. De postre se sirvieron las frutas en conserva del verano. Después de comer nos sentamos juntos a hablar en el salón.

»El amigo comentó su trabajo en el Archivo para la Biología Racial y Social y los problemas de la Sociedad para la Higiene Racial que había

fundado en 1905. La griega intervino para evitar conversaciones que pudieran llevar a un duro enfrentamiento entre nosotros dos. El debate se acaloró en una ocasión cuando yo le pregunté a él, que ya no defendía el socialismo pero que no había abandonado el pacifismo, por qué había apoyado al Partido de la Patria Alemana fundado en 1917. Una organización extremadamente conservadora que quería relevar de su cargo al débil emperador Guillermo II y poner en su lugar al príncipe heredero como soberano. Levanté la voz y mi exaltación alimentó la suya cuando exclamé: El príncipe heredero, el putero de Verdún, ese príncipe decadente que se divertía mientras cientos de miles de soldados eran desmembrados, mutilados, y entonces llega este partido a luchar contra la paz negociada, contra la paz judía, como solía decirse, y exige una paz victoriosa en 1917. Es una locura.

»Él se encolerizó, la izquierda, los bolcheviques, su revolución fue la que liquidó al ejército combatiente. El humillante armisticio, la izquierda, los rojos...

»La griega intervino tajante: Se acabó. La guerra esto, la guerra aquello. Haya paz en esta casa. Y sonó como si dijera “mi casa”.

»El tío Erich había presenciado el debate con creciente nerviosismo. La conversación regresó a las contribuciones al archivo. El problema de la herencia genética, que podía investigarse en gemelos univitelinos, precisamente acababa de recibir una contribución sobre el tema, ya no recuerdo de quién. Se observaba una gran similitud en la educación, la profesión, incluso en la elección de pareja, y lo que era más interesante, también cuando los gemelos habían crecido separados durante décadas. Así que la palabrería de la izquierda —¿qué quieres decir con palabrería?, me enfadé— acerca del entorno, que todo lo define, puede irse a... Pero la griega volvió a interrumpirlo. El tío Erich, sentado a la mesa, murmuraba para sí hasta que se quedó dormido en un silencio asombroso, apenas se lo oía respirar, la cabeza le cayó hacia un lado y se le descolgó el labio inferior. Al despertarse de golpe, miró sorprendido a su alrededor, nos hizo un gesto con la cabeza, se levantó, hizo una pequeña reverencia, que se iba a descansar, y salió para subir a su cuarto, que también estaba en el ático como el mío, aunque el suyo tenía vistas sobre el extenso bosque oscuro y melancólico con pequeñas colinas.

»Junto a la chimenea contaron la historia del fantasma que vagaba por allí arriba, una historia como de Hedwig Courths-Mahler.

—[Ininteligible]

—Una escritora de entretenimiento. En un año publicó nada menos que catorce novelas. Con partes intercambiables y diálogos prefabricados. No. Claro que sus libros no estaban en el sótano. A Axthelm le habría parecido una ofensa. Aunque a mí me habría gustado colocarla junto a Grimm, Johst y Vesper. Courths-Mahler. Son historias estridentes. Quizá tuviera que ver con la época, en la que las historias de aventuras asombrosas eran tan habituales que también tuvieron su expresión en la literatura sencilla, con su propio público. Hoy en día las historias con un final esperanzador son poco habituales. La vida produce historias uniformes de muerte y asesinatos. En masa. ¿Cómo he llegado a Courths-Mahler?

—El fantasma.

—Eso. La conversación nocturna junto a la chimenea. Arriba se oían los pasos, y la griega nos hablaba de la mujer, de Anastasia, su madre, que vagaba inquieta de un lado a otro. Nacida en Constantinopla, hija de un griego que trabajaba como vigilante del cereal para el sultán, es decir, un puesto similar al del patriarca José en Egipto. Una teja caída acabó con él. Tras un tiempo de luto, la madre se casó con otro griego, el médico personal del sultán. Al parecer, cuando el sultán vio a la niña que ahora vaga sobre nuestras cabezas, hizo gorgoritos y la comparó con una rosa. Cuando la muchacha viajó a Odesa para continuar con su educación, su regalo de despedida fueron tres medias lunas de oro adornadas con diamantes. De allí huyó con su profesor particular de alemán, el pianista y compositor Litzmann, y su esposa cantante. Empeñó una media luna. Los tres llegaron a Múnich, se divertieron, tuvieron que empeñar la segunda media luna. ¿Hubo escenas de celos? ¿Cómo funcionaba aquello? ¿Una mujer, una muchacha, un hombre? El fantasma nunca había hablado de ello. Pero sí solía contar que el compositor Litzmann había buscado en vano un director de teatro para su opereta titulada *El sultán y la muchacha griega*. Que los tres viajaron a París y empeñaron allí la última media luna. Que el músico no encontraba empresario para su opereta ni para su cuarteto de cuerda, a pesar de que su esposa se había bajado el escote de forma considerable para visitar a un agente. En ese momento el tío Erich solía decir: Pues claro, don Amaro, y se reía entre dientes. El fantasma cuyos pasos oímos arriba recibe clases de dibujo, visita el Louvre, muestra en la pintura mucho más talento que Litzmann en la música, el dinero de los tres fugitivos se agota, deudas en el hotel, deudas en el restaurante, deudas con el sastre, deudas con el profesor de dibujo, la muchacha gasta los últimos francos en tres boletos de la lotería

nacional y uno de ellos recibe el premio gordo, más de un millón de francos de oro. La joven griega se hace inmensamente rica de la noche a la mañana y puede rescatar la última media luna de oro con diamantes. Los tres deciden dar la vuelta al mundo, viajan a Brasil, a Argentina, a Buenos Aires, el cónsul alemán Nordenholz sube a bordo, este ve ojos negros y brillantes (como zarzamoras maduras, le escribe a su madre en Bremen), ella ve sus ojos azules (como zafiros, le escribe a su madre en Constantinopla), amor a primera vista, cuatro hijos. Este comerciante de Bremen y cónsul en Buenos Aires es dueño de una hacienda del tamaño de la ciudad de Bremen llamada Germania. Después de veinte años, el fantasma de allí arriba ya no soportaba ni las reses ni los asados ni las calles de Buenos Aires polvorientas y cenagosas en invierno, deja a su marido, se separa, regresa a Constantinopla, desde allí viaja a Berlín, envía a su hija menor, es decir, Anita, la que nos cuenta la historia junto a la chimenea, a clases de dibujo y pintura, la niña muestra un talento asombroso, pinta, esculpe, no se casa conmigo sino con el amigo, y tras la muerte del comerciante de Bremen hereda tierras, reses, casas, acciones y dinero, con el que se compran el extenso bosque y el castillo por el que ahora vaga la valiente centenaria.

—No entiendo muy bien qué tiene esto que ver con...

—Esto no es importante, lo que cuenta es que al final hubo una herencia que les dio mucho dinero. El amigo, que había oído las historias muchas veces, se despidió pronto y se sumergió en sus disertaciones higienistas, el tío Erich se quedó dormido, se despertó y dijo: Pues claro, don Amaro, volvió a dormirse, los nietos escuchaban atentos, a los niños les gusta oír la misma historia una y otra vez porque oyen las pequeñas diferencias al contarla, les gustan las sutiles variaciones, preguntan cuando hay cambios. Por desgracia no tuve hijos.

—[Ininteligible, a continuación claramente]: ¿verdad?

—Se esperaba visita, la griega subió a su cuarto, volvió a bajar por la escalera a la gran sala de la lámpara de araña, y en la densa cabellera recogida llevaba la media luna de oro adornada con diamantes. Qué brillo. Era cálida. Se sirvió un ponche de grosellas sin alcohol, sí, era todo muy agradable, pero yo pensaba nervioso en mis compañeros que luchaban en Berlín. Se trataba de la democracia consejista, contra la que luchaban socialdemócratas, conservadores y el ejército. Con armas. En el castillo me sentía protegido, pero no bien.

»Me he desviado un poco.

—Me gusta seguir el hilo.

—Gracias. Sí. Por allí pasaban invitados, catedráticos, médicos, antropólogos, biólogos y zoólogos, entre ellos muchos profesores particulares, jóvenes científicos que buscaban cátedra, y también rentistas, la mayoría de los cuales investigaban en ámbitos de los más peregrinos gracias a que eran independientes económicamente de un modo u otro. Médicos. Al igual que el antiguo amigo, eran criminales por convicción, convencidos de que había que salvar al pueblo de la decadencia. Las enfermedades mentales y físicas destruirían la sociedad desde dentro. Ya sabrá que el movimiento eugénico se extendió por muchos países. Formaba una Internacional. En 1903, en el Congreso Internacional contra el Alcoholismo de Bremen, el amigo pronunció una conferencia: *El alcohol en el proceso vital de la raza*. En ella se volvía en contra de Haycraft, Reid y Headly, que veían en el alcohol una gran oportunidad ya que contribuía a erradicar a las personas inferiores. Una lucha contra la decadencia, contra la degeneración. A diferencia de los ingleses, Ploetz veía peligro de que los alcohólicos siguieran reproduciéndose y trajeran al mundo a más alcohólicos. Lo suyo con el alcohol ya lo sabía, pero esa palabrería sobre los defectos físicos, los retrasados, la selección, qué desagradable. Se multiplicaron las voces que no solo reclamaban la elección consciente de pareja, es decir, eugenesia positiva. También había que poner en práctica la negativa. Castración y esterilización. Había que combatir las reservas de la Iglesia. El pueblo. Y siempre el pueblo.

»Discutir con él resultaba fatigoso. Más adelante, cuando sus ideas se hicieron realidad, me reproché duramente no haber escrito nada en contra. Ni haber pronunciado ningún discurso en los sindicatos en contra de la eugenesia. Esa omisión es parte de mi culpa. Sí puedo decir que escribí y me manifesté en contra de los aspavientos de Odín, las tonterías de las Valquirias, es decir, contra el delirio racial, siempre en la medida de mis capacidades.

»Todos aquellos científicos que celebraban la salud y la fuerza acudían al castillo no solo en nombre de la ciencia, sino también porque allí siempre se comía muy bien. Como ya he dicho, eran los años del hambre. Pero la griega también tenía dinero en Suiza. Así que allí estaban, saciados y con el ceño fruncido, hablando sobre la lucha por la existencia y preguntándose de dónde venían los arios, quiénes pertenecían a la raza y quiénes no. Entre los invitados que conocí también había tipos de lo más extraños. Soñadores, tramoyistas, aventureros, charlatanes.

»Recuerdo a uno de ellos perfectamente, Schaller, el explorador del Tíbet, antropólogo de formación y entomólogo por devoción. Un hombre largo y delgado que debía agacharse al entrar en las habitaciones del castillo para después incorporarse ensanchando el pecho con un “ommmm” y acercarse al techo. Llevaba un traje de viaje comprado en Inglaterra de apariencia muy práctica gracias a sus numerosos bolsillos. Según Schaller, antes se reconocía la posición en la sociedad de alguien por los colores del *tweed* que vestía, y el de su traje, de cuatro o seis colores, ya no estoy seguro, a prueba de desgarros, solo lo llevaban los pares y los bufones del siglo XVI. Puede escoger a qué clase pertenezco yo, dijo con una sonrisa pícaro, y se sacó la pipa del bolsillo lateral con solapa de su chaqueta, la sostuvo en la mano sin encenderla, como una ofrenda. Nunca lo vi fumar. La chaqueta era un poco entallada y tenía un cinturón desabrochable del mismo *tweed*. Explicó a los congregados que con ese cinturón se podían ligar extremidades en caso de herida, también se podía pasar una cuerda por los dos ojales y, gracias a su interior reforzado con cuero, utilizarlo para tirar y arrastrar objetos. Después contó que en la meseta del Tíbet, por la que había viajado durante tres años —una expedición financiada por un miembro adinerado del Bogenklub—, de camino a un apartado monasterio tibetano, había utilizado ese cinturón como bocado de la brida para un yak. Le resultó interesante que el escroto del yak, a diferencia del de los toros europeos, estaba pegado al vientre debido a la altura de la nieve. Lo mismo sucedía con la ubre de las hembras. Así se evitaba la congelación de esos órganos tan sensibles. Y también habló de los regalos con los que le habían obsequiado en Lhasa en nombre del dalái lama: ovejas desecadas, momias de cerdos, comida de caballo y arroz.

»Era adepto de la cosmogonía glacial, una teoría que en aquella época se debatía acaloradamente. Y buscaba al hombre de las nieves, esa criatura gigante que aparecía una y otra vez en los relatos de los viajeros al Tíbet, que entonces aún eran escasos. Para los extranjeros, el Tíbet era la tierra prohibida. Hoy afirmo: con razón.

—[Ininteligible]

—Antes no opinaba así. Creía que el bienestar, la tecnología y la ciencia debían llegar a todos los rincones del planeta. Si su andadura lo lleva a París, vaya al Panteón, baje al sótano y contemple el sarcófago de Rousseau. Un pequeño templo de cuya entrada asoma una mano con una antorcha. La luz de la Ilustración. Sí, nos llevó lejos, se acabaron los espíritus, se acabaron las brujas, pero llegaron las máquinas que lo apisonaron todo. También pienso en

las dos bombas que su gobierno acaba de lanzar sobre Japón. Lo he leído en el periódico. ¿Sabe algo más?

—No, solo sé lo que aparece en los diarios. Bombas con unos efectos devastadores. Pero han conseguido que Japón se rinda.

—¿No habría sido mejor formular la amenaza y lanzar la bomba sobre una zona deshabitada como prueba? Y sobre todo, ¿por qué dos bombas?

—No lo sé. Pero al menos ha salvado a muchos de mis compañeros de la muerte.

—En eso no estoy de acuerdo con usted. Ya que esa es la lógica de la guerra y no la de la paz. Como el gas venenoso de la guerra mundial que ahora debemos llamar la Primera. Y también las barreras de fuego móvil de Verdún. Karl Marx escribió que las viejas telas de araña de las supersticiones y de la religión estaban siendo borradas. Creía que era lo correcto. Pero ¿qué más se está borrando, cuánta diversidad cultural está desapareciendo, cuánta poesía perdida? Las órdenes de los lamas del Tíbet, la prohibición de entrada a los extranjeros occidentales, los narigudos, los diablos, era la única posibilidad de conservar una cultura tan hermosa, misteriosa, desarrollada a lo largo de miles de años. Se sospechaba que los exploradores, los misioneros y finalmente los comerciantes la pisotearían. A Sven Hedin también le impidieron pisar sus tierras bajo amenazas de muerte. En cambio a él, a Schaller, se le había permitido entrar por el Chumbi Valley y continuar hacia Lhasa después de presentarse expresamente como viajero del Imperio alemán.

»Schaller dijo que prefería el nombre de Yeti, ya que las demás denominaciones del gigante peludo, que había entrado en la literatura científica como “hombre de las nieves” u “oso del Tíbet”, determinaban si pertenecía al reino animal o al humano. De hecho, posiblemente se trataba de un prehumano muy distinto del *missing link*, el eslabón perdido, una criatura llegada de los tiempos primigenios de la glaciación cósmica y seguramente el antepasado de todos los arios. Esta criatura era vista a menudo en la lejanía, peluda, caminando erguida, extremadamente recelosa y de pies inmensos que llevaba descalzos a pesar de la nieve y el frío. Según él, no se podía saber con certeza si los testimonios tenían su origen en las sagas tibetanas o por el contrario se habían imbricado en las sagas indígenas. Él estaba convencido de su existencia y una vez había visto a lo lejos una figura negra en la nieve. Enseguida se había acercado con sus botas para establecer contacto con la criatura. No lo consiguió. Asustadiza, se había alejado rápidamente y solo se

había vuelto hacia él una vez. Había visto las enormes huellas de la criatura en la nieve y las había fotografiado. Había traído las imágenes como prueba. Las había donado al generoso fabricante de zapatos Hauswald, que había financiado el viaje. El propio Schaller tenía pies inmensos para su estatura también asombrosa. Necesitaba zapatos hechos a mano, ya que su talla no se vendía en ningún comercio.

»A diferencia de Ploetz y de muchos otros invitados científicos, Schaller tenía una buena dosis de humor, también era irónico hacia sí mismo, eso le permitía decir que con sus huellas habría podido atraer a cualquier hembra yeti que buscara pareja. Y esa única vez que se había encontrado con un yeti, había huido, lo que podía interpretarse como una señal inequívoca de que se trataba de un macho.

»Un mitómano de pies grandes, dijo el profesor Schubert, el espíritu crítico del castillo.

»En cualquier caso, sus pintorescos relatos lo convertían en un apreciado invitado a cualquier reunión, y había ricos de sobra que nadaban en la abundancia y que se aburrían lo bastante para dejarse entretener por él, de villa en villa y de castillo en castillo, y dispuestos además a financiar una segunda y una tercera expedición, que ya tenía planeadas.

»No era el caso de Anita. Decía: No donaremos ni un penique —hablaba en plural, no en singular— para ese hombre de las nieves. Y lo afirmaba tan decidida que el antiguo amigo, que no tenía inconveniente en apoyar a Schaller, guardaba silencio. La palabrería acerca de las capacidades telepáticas de los tibetanos le parecía un embuste, pero la teoría de la cosmogonía glacial le interesaba, a pesar de considerarla muy problemática desde el punto de vista científico.

»Debo mencionar otro dato curioso: el dogo alemán, grande como un ternero, que mantenía a distancia a todos los intrusos con sus astutos ojos amarillos, se tumbó a los pies de Schaller en cuanto este entró en el castillo, gimoteó y lo miró como si esperara sus órdenes.

El piquituerto

Dos semanas después volvieron a llamar a Hansen a la comandancia. Se había visto con el coronel Middleton, que le había dicho: Se ha presentado una queja. El CIC la había transmitido enseguida, había pasado por todos los estamentos, seguro que era una tontería, pero el comandante de Coburgo había denunciado que Hansen le había endosado un comunista como alcalde.

A qué se refiere con eso de endosar, el tipo era sindicalista, había estado en prisión. No le pregunté si había sido comunista. No era nazi. Y eso era lo importante. Qué más daba si era socialista o comunista.

A los de arriba no les da igual. Desde luego ya no. Y otra queja más. El precioso descapotable. El farmacéutico nazi se ha presentado ante el teniente del comandante, es decir, alguien de muy arriba, y se ha quejado. Ha presentado casos en los que habría tenido que entregar medicamentos, dijo Middleton, por supuesto a los simpáticos enfermos nazis. Había tratado de dar largas, pero Hansen tenía que dejar de recorrer el hermoso paisaje bávaro en el descapotable.

Hansen preguntó por el comandante Engel, si recibiría una nueva misión cuando finalizara la entrevista.

Engel va y viene haciendo honor a su nombre, respondió Middleton. Es decir: no lo sé.

Hansen regresó y se encontró a George con los prismáticos en el jardín observando el viejo roble. *Es increíble la cantidad de criaturas que reptan o vuelan por ahí.* Y señaló un pájaro con el vientre verde amarillento. A *crossbill*. Joven. De la familia de los pinzones. Estas aves ya fascinaban a Darwin.

George dejó que Hansen mirara por los prismáticos. Pero el pájaro ya había echado a volar. Lo más característico de estas aves era su pico cruzado con el que no podían picar con precisión, pero que en cambio les permitía

extraer las semillas de los conos de los abetos, lo que demostraba lo bien adaptados que estaban a su entorno. Ahí hay otro. Esta vez un adulto. La rabadilla era roja.

Hansen quiso saber cuál era su pájaro favorito, sin pensarlo mucho.

George solo necesitó un instante. *The crow*.

Y entonces comenzó a enumerar todas las maravillas del cuervo, su astucia y el plumaje negro reluciente. Su inteligencia destacaba entre las aves. Él mismo había hecho el experimento. Después de haber visto un disparo, los cuervos son capaces de distinguir un arma de un palo colocado como si lo fuera. Con el palo se quedan quietos, con el arma salen volando.

¿Y esos horribles graznidos?

George se aventuró a teorizar que el graznido expresaba el deseo de cantar, que el cuervo era un ave utópica. Había tristeza en su canto, cuya aspereza reconocía. La tristeza eterna por un pedazo de queso perdido.

Al entrar en la casa, Hansen pensó que George se habría bebido un par de ginebras y las habría acompañado con queso. No fue hasta más tarde cuando recordó la fábula de Esopo, y una vez más quedó asombrado por la sabiduría oculta del texano.

- 16 de agosto -

Crossbill: piquituerto. En alemán se le añade además la palabra «abeto», es más preciso.

Middleton. El tratamiento de usted establece jerarquías claras. Entre nosotros —¿he escrito nosotros?—, el *you*, cuando no se acompaña de *sir*, aporta cercanía. Pero hay matices en la entonación. Sería impensable tutear a Middleton, con su bigote canoso.

Los *Nocturnos*. La semana pasada leí «La casa vacía». La primera frase también podría aplicarse aquí a nosotros: «Todos estaban de acuerdo en que las manifestaciones reales de la vida eran con frecuencia más maravillosas que todo lo que la más excitada fantasía tratara de imaginar»⁴.

- 17 de agosto -

En la plaza que hay delante de la estación de Starnberg había hombres sentados, con el pelo corto, vestidos de forma extraña. Chaquetas que no conjuntaban con los pantalones, pero de buen material y buen corte, sobre todo llamaban la atención unos zapatos elegantes de tacón blanco, pantalones

verde rana, chaqueta de esmoquin con pantalones de chaqué de raya negra, zapatos marrones claros. Nada iba con nada. Trabajadores extranjeros, desplazados que todavía vagaban por el país y ahora, después de meses o incluso años de hambre y humillación, sencillamente cogían lo que les hacía falta. Se los podría considerar saqueadores si no se conociera su pasado, durante el cual habían llevado harapos. Una legión que se desplazaba de este a oeste y de oeste a este sin descanso. La migración de los pueblos. Su origen se indicaba en pequeños letreros triangulares cosidos a la ropa que decían «Este» u «Oeste». Ahora a los inquietos se los reconoce por las prendas de ropa que han ido recogiendo, en las que se mezcla lo caro y lo barato.

Los que han sido humillados durante años muestran a menudo una gran brutalidad; también entre ellos.

- 19 de agosto -

Los buenos tiempos se acaban. Sin el Adler, en cada ocasión hay que solicitar un coche al servicio de transporte. Con un motivo justificado.

Un viernes, un cartero le trajo una carta a Hansen en bicicleta. Era la primera carta que recibía en aquella casa. Todos los demás mensajes, cartas o telegramas los recogía en la comandancia.

La carta tenía tres meses y la dirección se había reescrito una y otra vez. Había pasado por Amberes, Frankfurt, Coburgo, otra vez Frankfurt, Wiesbaden, Múnich y finalmente se la habían reenviado a Herrsching. Quién sabe por qué había estado seis semanas en Frankfurt. Y en la oficina de Wiesbaden la habían abierto. Después de leerla, Hansen, que por lo demás era tranquilo, sufrió un arrebato de ira y se puso a vociferar contra los del servicio secreto, que metían las narices en todos lados.

Querido Michael:

Hace tiempo que quería escribirte. No he podido porque no tenía ni idea de dónde estabas exactamente, qué hacías, o si seguías con vida, un pensamiento que siempre me entristecía mucho. Y nuestra despedida solo podía recordarla con vergüenza.

Entonces fui al Museo de Historia Natural y pregunté por tu padre, hablé con él y supe que estabas bien pero que no escribías mucho. También vi algunos de sus animales disecados. Un armadillo gigante y

un oso *grizzly* de aspecto amenazador que está en la sala IL. Tu padre es un auténtico artista capaz de transformar lo muerto en vida inmóvil. Sin duda puede compararse con la fotografía, pero en tres dimensiones y con el deseo de tocar al animal. Cuando nadie miraba, acaricié al oso, algo que está completamente prohibido. El pelo era tan áspero como las virutas de madera.

La guerra ha acabado en Europa. Y quería decirte que en otoño o invierno regresaré a Francia. Tengo muchas ganas de ver a mi familia. Mi padre, mi madre y mi hermano están bien. Alsacia vuelve a ser francesa. Y nosotros también. Mi padre ya ha sido dos veces francés y dos veces alemán. Trabaja otra vez como médico en Colmar. Mi hermano también ha vuelto a casa. Debe de haber vivido muchas cosas porque no quiere escribir sobre ello. Yo creo que sería bueno para él. Al igual que escribir esta carta es bueno para mí.

A principios de verano hubo una gran ola de calor en Nueva York, lo opuesto a la ventisca que vivimos los dos. Una vez estuve en aquel bar, bebí café y me comí un sándwich, y pensé en nosotros sentados allí, toda la gente a nuestro alrededor, los cristales empañados por la humedad de la ropa. Y hablando alemán.

Ahora quizá me resultaría más fácil escribir en francés, también en inglés, pero he pensado que debía escribirte tal como hablamos entonces. (De todos modos he escrito primero un borrador).

Me he separado de Horace. La boda ya estaba preparada. Me regaló un bonito anillo de compromiso con un brillante de tamaño considerable. Lo raro era que el anillo me molestaba en la mano. Ese fulgor llamativo y constante. Centelleaba. Relucía. Tenía la sensación de ser un faro. Lo había escogido con la mejor de las intenciones pero brillaba tanto que resultaba molesto. Entonces sucedió algo extraño. Una noche me desperté junto a Horace después de un sueño, lo oí respirar. Me quedé tumbada escuchándolo y pensé: esta no es la respiración que quieres oír durante años y décadas.

Me levanté en plena noche y me senté en la mesa de la cocina hasta la mañana siguiente. Y entonces se lo dije, que no podía ser, que no podía casarme con él.

Él conservó la calma. Me preguntó por qué. Yo solo acerté a decirle que no podía ser. Él dijo: *Tómate el tiempo que necesites*. Pero no necesito tiempo.

Estas son las noticias desde el Nuevo Mundo.
Espero te halles bien. Ojalá volvamos a vernos.

Catherine

[4](#) Traducción de Cecilia Lupiani y Rafael Jurian (*N. de la T.*).

Día 11

—Ayer recibí una carta que llevaba casi tres meses en tránsito. Con esta despedida: Espero te halles bien. ¿Eso todavía se dice?

—Sí. Es una expresión algo anticuada pero bonita.

—[...] castillo [...] [Ininteligible] [...] la revolución [...] [Ininteligible]

—Pues sí. En el castillo solo había podido seguir desde lejos los acontecimientos de Baviera. En febrero de 1919 asesinaron al ministro presidente Eisner. Un socialista libertario y un pacifista radical —si me permite la palabra en este contexto— que no quiso nacionalizar los bancos ni las empresas industriales, o sea, un idealista que creía poder formar una sociedad pacífica e igualitaria simplemente con argumentos. Implantó la jornada de ocho horas, el sufragio femenino y el seguro de desempleo. Un subteniente, el conde Arco, le disparó en plena calle. Un sinsentido, ya que Eisner, después de haber perdido las elecciones, se dirigía precisamente a presentar su dimisión. El conde Arco era miembro de la Sociedad Thule, un nombre que delata su agenda racista, nórdica, y especialmente en contra de los judíos.

—[Ininteligible]

—Sí. Eisner era judío. Pero no practicante, como suele decirse. Más bien ateo. El atentado contra Eisner no propició la victoria de la reacción, de hecho, en un primer momento fue al contrario: se proclamó una república consejista.

»Yo me enteré el 7 de abril, y después de dos días ya no había nada que me retuviera en el castillo, fui a la estación y cogí un tren a Múnich, a pesar de mis achaques, envuelto en el abrigo de pieles del amigo que ella, la griega, me había obligado a ponerme. Aquella Múnich tan parecida a una aldea, con sus habitantes en trajes regionales, sus árboles de mayo, las nubecillas algodonosas en el cielo azul y sus desenfadados carnavales era una ciudad a la que yo tuve mucho aprecio hasta los acontecimientos que se sucederían entonces. Siempre había pensado que vivir en Múnich era vivir una suerte de

vacaciones perpetuas. Sí, uno creía estar de asueto. Incluso ahora, durante la revolución, la situación era tranquila a excepción de los aviones que llegaban de Bamberg, adonde había huido el gobierno socialdemócrata, y que lanzaban octavillas. Estas se recogían y se comentaban entre risas, ya que en ellas se amenazaba con la entrada de tropas. Pero la burguesía no creía que fuera verdad, todo le parecía más bien una comparsa carnavalesca, bohemios de Schwabing que habían tomado el gobierno: anarquistas, literatos y artistas, entre ellos Ernst Toller, Erich Mühsam, Ernst Niekisch, Silvio Gesell y Gustav Landauer, al que yo tanto apreciaba. Era ministro de Cultura. A su cartera pertenecían las escuelas y universidades.

»Un frío día de abril. Las reuniones ministeriales de Cultura se celebraban en la taberna Goldener Anker, “el ancla dorada”. Ni ríos ni barcos en kilómetros a la redonda. El dueño seguramente era uno de esos bávaros adictos a todo lo naval. Delante del local había un pequeño mayo con símbolos de artesanía, tijeras, martillo, cepillo, paleta y cintas blanquiazules. Dentro una neblina de asado, cerveza, humo de puro y ropa húmeda. No había madera, no había carbón, de manera que los delegados se habían puesto sus abrigos marrones y negros y estaban sentados en aquella cervecería junto al público, porque el consejo ejecutivo se reunía a diario y cualquiera podía tomar la palabra. Democracia de base se llamaba. Vigorosas camareras levantaban cuatro o seis jarras de cerveza y apretujaban sus generosas caderas entre las estrechas hileras de sillas en las que se sentaban hombres, barbas largas, cabellos largos e hirsutos, debe saber que la largura del pelo era una protesta contra el corte de pelo al cepillo obligatorio en el ejército prusiano. Entre ellos también había algunas mujeres que o bien peinaban canas o aún eran muy jóvenes. Alguna que otra participaba con toda naturalidad en el debate, centrado en la validez de la asignatura de historia en los colegios, ya que Landauer quería suprimirla. Al principio en su totalidad para que se pudieran descatalogar aquellos libros de texto con capítulos en los que se glorificaban las guerras. Sería complicado porque los debates y las formaciones no permitirían a los profesores transmitir tan rápidamente un nuevo concepto de la historia, sobre todo porque ellos mismos habían crecido con el antiguo. Los grandes que hacían historia, Federico el Grande, el Gran Elector, y todos los demás grandes, sobre todo Bismarck y más Bismarck. Y Moltke y Zieten y Hindenburg y todas las batallas y descripciones de combates. Pero la historia del hombre pequeño existe, decía Landauer, y esa es la realmente conmovedora, la de las necesidades, las concesiones, las

invenciones, los reveses.

»Se alzaron algunas voces que abogaban por abordarlo, hablarlo, explicarlo y transformarlo lentamente. Gustav Landauer se levantó de un salto y exclamó a gritos, algo muy poco habitual en él, que quien quisiera seguir llenando las cabezas de los niños con aquellas soflamas, al infierno con todos los enemigos de Brandemburgo, el himno de Leuthen, las fiestas de Sedan, el viejo Fritz, el sádico, ante todo tendría que hablarles de los dieciséis mil muertos de esa batalla, de los soldados de infantería tanto austriacos como prusianos que habían quedado mutilados. Puede que aquel himno solo se entonara para acallar los gritos desesperados de los que morían en el frío helador. Esa era la verdad de la historia. El celebrado rey hablaba una lengua alemana cruel, y lo que escribía era aún peor. Aparte de la prohibición de las torturas civiles, su régimen no había mostrado mucha más humanidad. Había conservado la tortura militar, las baquetas.

»Alguien exclamó: Pero el rey ha dicho expresamente que cada uno debe ser feliz a su manera.

»Si es que tiene la manera. La libertad nace en el pensamiento, pero se hace realidad en la acción. Es entonces cuando nos liberamos de la pesadilla de los poderosos. Aquellos que proyectan grandes sombras oscurecen las acciones de los demás.

»La baronesa Lettau, una joven escritora sentada delante de mí que se había pronunciado a favor de las relaciones abiertas siguiendo las huellas de la escandalosa condesa Reventlow de Schwabing, exclamó: ¡Bien dicho!

—[Ininteligible]..., ¿relaciones abiertas?

—El fin de la monogamia. Las mujeres también tienen derecho a convivir con varias parejas. Bueno, pues aquella baronesa estaba allí con su vestido de profundo escote a pesar del frío, sin inmutarse. Muchos de los viejos de pelo hirsuto estiraron el cuello para echarle un vistazo.

»Delante, en la mesa presidencial, se discutía cómo representar la guerra que había acabado cinco meses atrás. ¿Cuáles eran las causas? ¿Quién había hecho qué para que se produjera esa masacre? ¿Quién había ganado con ello? ¿Es correcto otorgar condecoraciones a los llamados héroes que han destacado por matar a muchas personas? Ir por ahí exhibiendo condecoraciones es obsceno, exclamó la baronesa. Un joven se levantó de un salto y gritó que quien defiende la patria lo hace poniendo en juego su vida. Eso era lo que representaban las insignias. Esa valentía era la máxima expresión del altruismo. Se oyeron silbidos y abucheos en la taberna. Se

contabilizaban las muertes. Se elaboraban estadísticas. Entre los aviadores, por veinte aviones enemigos derribados se recibía la *Pour le Mérite*, conocida como el Max Azul en honor al piloto alemán Max Immelmann. Al menos veinte muertos. La insignia se lleva al cuello con orgullo.

»Sí, es obsceno, afirmó Landauer.

»¿Cómo debía representarse esa guerra? Ya no se trataba de una lucha sobre caballos. Millones de muertos, millones de heridos. Verdún. El Somme. Era el Estado-Leviatán.

»En aquella asamblea se produjo un fuerte enfrentamiento en torno a la cuestión de quién tenía la culpa de la guerra. Debe saber que Eisner había atribuido la culpa a Alemania en unas declaraciones, algo de lo que por cierto yo también estoy convencido. ¿La culpa de la Gran Guerra? ¡Alemania! El emperador. El Estado Mayor. Guerra ofensiva. El Plan Schlieffen. El atropello de la Bélgica neutral. Alguien gritó: Vergüenza. Otro: Horror. Más caos de voces. Griterío. Silbidos. Un hombre que se había levantado para protestar y quería salir de allí arrolló a una camarera con cuatro jarras de cerveza en las manos. La cerveza se le derramó por los pechos y empapó a dos clientes sentados al lado. Quieto ahí, gritó la mujer, no se vaya, tendrá que pagarlo.

»Si el flaquito de Landauer no se hubiera hecho oír subido a la silla, aquello habría acabado en una pelea de bar.

»Según él, el compañero Kurt Eisner había actuado correctamente al proclamar el Estado Libre de Baviera. La independencia de una Alemania dominada por Prusia era el primer paso hacia una sociedad pacífica que no girara en torno a lo militar y al enfrentamiento. De hecho sería deseable que aquella Baviera tan cercana a Italia estableciera una unión hacia el sur basada en el apoyo mutuo. Para ello era necesario eliminar esas clases de historia truculentas centradas en la confusión de los combates y en los héroes.

»Al final Landauer hizo votar a los asistentes y la mayoría se pronunció a favor de eliminar la asignatura de historia en los colegios con efecto inmediato.

»Al caer la tarde regresé al castillo. Estaba ardiendo. Por dentro y por fuera, si puede decirse así. Les hablé al amigo y a la griega de aquella reunión. El amigo me había dado un remedio contra la fiebre que amortiguó un poco la temperatura. Les conté que los delegados se sentaban junto a los interesados, que cualquiera podía entrar, que todas las cuestiones se trataban de forma abierta y sin rencores, que se había hablado de las causas de la

guerra, aquella desgracia que se había cernido sobre toda Europa. Lo que les conté debió de ser algo confuso, porque además la reunión también había sido caótica.

»Como ya he dicho, la eugenesia posicionaba a Ploetz absolutamente en contra de la guerra, en la que las personas con buena herencia genética, los valientes, los fuertes, los decididos y los de mayor fortaleza eran los que antes morían. Por otro lado veía el peligro del bolchevismo, de los rusos, cuyo afán de igualdad social también obstaculizaría la selección de una raza más fuerte y más elevada. Claro que aquel primer gobierno consejista no tenía nada que ver con los bolcheviques. Gustav Landauer, Erich Mühsam, Silvio Gesell y Ernst Toller perseguían lo contrario que los partidos comunistas autoritarios; no buscaban una dictadura del proletariado, sino que tendían a lo liberal, a un anarquismo pacifista, también dentro del movimiento anarquista. Todos ellos se habían manifestado firmemente en contra del Manifiesto de los Dieciséis, anarquistas como por ejemplo —por desgracia— Kropotkin y Jean Grave, que abogaban por una victoria de los aliados contra Alemania y Austria. Los anarquistas reunidos en Múnich rechazaban cualquier tipo de apoyo a las partes beligerantes en sus asesinatos aprobados por el Estado. Un convencimiento que no se dejó influir por la embriaguez nacional que buscaba la victoria propia y la derrota de las otras naciones. Se habían resistido a la palabrería que había circulado durante el verano de 1914 acerca de fuego purificador de la guerra, y por ello habían acabado en prisión o en el exilio. Sí, algo así les expliqué, como ya he dicho estaba algo confundido por la fiebre.

»Bah, dijo él, todavía te aferras a esas ideas antiguas. Yo conozco a esos hombres desaseados que apestan a cerveza. Son revolucionarios de café. Nadie los toma en serio. Solo ellos mismos. Debaten, hablan sin parar. Son personas ingenuas y simpáticas pero no están en condiciones de poner en práctica una voluntad política. Piensa en nuestros icarianos, en esa cháchara infinita. El discurso y la réplica de los que tan orgullosos están al final solo impide pasar a la acción. Asumir la responsabilidad. El que actúa no tiene conciencia. Si la tuviera, no actuaría. Esos débiles tan alejados de la vida real no cambiarán nada. No, repliqué, son precisamente los débiles los que lo cambian todo, son los débiles los que conocen la imperfección, son los débiles los que llevan dentro la esperanza de que la naturaleza bronca que exhala fuerza y sangre no lleve la razón, son los débiles —y todos somos débiles ante la muerte y la enfermedad— los que reclaman felicidad para

nosotros y para los demás infelices; no son los que viven en plenitud, sino los mutilados, los que se sufren a sí mismos y al mundo, los que llevan consigo la luz de la sabiduría; los débiles son los fuertes porque exigen justicia. Su mera existencia convierte su debilidad en fortaleza. Fortalecen nuestra lucha contra la injusticia, contra el poder arbitrario, incluso contra la arrogancia de los sanos. Percibía mi propia agitación, las palabras salían acaloradas de mi boca, como los arranques de fiebre que incluso me hacían castañetear los dientes. ¿Recuerdas aquel doctor del Burghölzli, cómo se llamaba?

»Él no se acordaba.

»El médico que nos guió por el hospital. Pienso en él a menudo, en esa bata negra poco habitual con aspecto de gasa cuyas mangas estaban sujetas con gomas. Defendía a los débiles porque nos enfrentan a la fortuna inmerecida de estar sanos. ¿Cómo se llamaba?

»Y volví a sentir un acceso de fiebre que me hizo entrechocar los dientes. Anita se dio cuenta, esa mujer hermosa que ahora tenía el pecho, la cintura y las caderas más rechonchas, y en la que yo aún veía la joven flexible que pintaba en su estudio y daba forma al barro. ¿Cuánto dura la nostalgia por un ideal que un día se enraizó en nosotros? Deseaba decirle que aquel cuadro suyo me acompañaba, ¿lo sabías? Estás aquí, el pasado está aquí. En el ahora. El amigo, sentado a su lado, me daba igual; sí, estaba febril. Debió de intuir lo que estaba a punto de brotar de mis labios, porque enseguida dijo en tono neutro: Ahora mismo te vas a la cama, si no vas a acabar mal.

»Me cogió de la mano, que ardía, como la frente y las ideas, y me llevó a mi buhardilla con el armario, la mesa, la silla, la escopeta en la pared en la que hasta ahora ni siquiera me había fijado, la cama abierta, la estufa que ella misma había pedido al ama de llaves que encendiera. Desvístete y tumbate, traeré toallas y te prepararé una envoltura. Me tumbé, ella volvió y —nunca habíamos estado tan cerca el uno del otro, aunque fuera en una situación tan prosaica— estiró una gruesa toalla de rizo sobre la cama y me envolvió las piernas con las toallas frías y mojadas. Un recuerdo de mi propio cuerpo, un estremecimiento cálido, la sensación de felicidad, como en la infancia. Los pensamientos vagaban sin rumbo, veía pasar imágenes, ella ante el caballete, el verde y el azul de su bata blanca, el rojo del haya de sangre junto a la ventana, un flujo de ideas como en sueños, ¿qué son la libertad y el amor?, la camarera entre las mesas con platos humeantes y Landauer entre jarras de cerveza rebosantes de espuma.

»El amigo también había subido. Experimenté el pequeño triunfo de que

se uniera a nosotros, probablemente por celos, para ver cómo estaba, como dijo al entrar en el cuarto. No, quería ver cómo estábamos. Quizá él, enemigo de la compasión, pensó que las mujeres pueden verse arrastradas a una cercanía desacostumbrada debido a su delicada sensibilidad hacia el que sufre, hacia el débil, hacia el desvalido. No me refiero a un acto indebido, no, solo a una cercanía que va más allá de simplemente darse la mano. Sobre todo porque durante mi confuso discurso ella había apoyado mis argumentos en contra de él, algo que no sucedía a menudo, y me había dado la razón. Con exclamaciones del tipo: Qué razón tiene. Tiene razón. Y finalmente dijo que eran los infelices, también los enfermos los que creaban las grandes obras. El bajito de Menzel. Y qué cuadros tan maravillosos había pintado. El infeliz de Lenau, que murió trastornado. Mi poema favorito: *Los tres gitanos*. Y recité: “*Dreifach haben sie mir gezeigt, / Wenn das Leben uns nachtet, / Wie man’s verraucht, verschläft, vergeigt / Und es dreimal verachtet*”⁵.

»Bueno, bueno, había dicho Alfred.

»Y ahora estaba sentada junto a mi cama y me colocaba en la frente un paño mojado, frío, frío.

»Él también me puso la mano en la frente y me midió la fiebre, me dio otro trago de la medicina que él mismo elaboraba, se sentó un rato junto a mi cama y me insistió para que me terminara aquel líquido de sabor tan amargo. Quizá habría sido todo muy distinto si se hubiera establecido como médico rural. Pero fue el doctor Schmidinger, el médico del pueblo, un hombre fuerte y barbudo con un cuidado dialecto bávaro, la personificación de la salud, el vigor y la longevidad, quien me diagnosticó otra neumonía y me ordenó guardar reposo absoluto.

»Estuve dos semanas en cama atendido por ella.

»Entretanto, el gobierno huido a Bamberg había llamado a luchar contra la República Consejista de Múnich. La Reichswehr se puso en marcha desde Berlín, y en la Alta Baviera se formaron los Freikorps. ¡Luchad contra el anarquismo! ¡Luchad contra el bolchevismo judío!, gritaban. Luchad contra el antipatriotismo. Contra los rojos. Luchad contra los enemigos judíos del pueblo. Aunque en Bamberg también hubo judíos que se presentaron voluntarios. Yo leía las noticias en el periódico que llegaba al castillo, un panfleto nacional.

»El hijo mayor del amigo ni siquiera había cumplido los diecinueve, acababa de volver de la guerra y se había agenciado armas, algo que no resultaba difícil para las tropas que regresaban a casa, fusiles y granadas de

mano, también una ametralladora, se abrieron dos trincheras para un solo hombre en la carretera de acceso al castillo con la intención de defender la finca de los rojos, a los que también pertenecía yo, el visitante, ironías de la vida. Se decía que se estaban librando combates en los alrededores de Múnich. Rudolf Egelhofer, un joven marinero, y el dramaturgo Ernst Toller, que había sido suboficial en la guerra, se convirtieron en comandantes en jefe del Ejército Rojo.

—¿Toller? ¿Ernst Toller?

—Sí, ese cuyo libro ha comprado. De hecho, había logrado rechazar el ataque del Freikorps que penetraba por Dachau. Ese mismo Dachau donde yo tendría que tirar de una apisonadora por el campo de concentración catorce años después. El 13 de abril se proclamó una nueva república consejista bajo el liderazgo del Partido Comunista. En el castillo recibí noticias de los combates, eso fue, déjeme pensar, el 16 de abril, creo. Diez días más tarde se decía que el Freikorps había penetrado hasta Múnich. Y el 1 de mayo ya nada pudo retenerme en la cama, ni siquiera las palabras de la griega. Quería ir a Múnich, sí, yo, el pacifista, quería luchar. Al menos quería apoyar al gobierno, escribir octavillas. Hacer algo. Y no limitarme a dormir en el castillo y esperar. A pesar de la ligera fiebre, me marché envuelto en su abrigo de piel de nutria. Ella, la griega, me había obligado a ponérmelo otra vez. No le había preguntado al amigo. Al fin y al cabo le había comprado el abrigo con su propio dinero. Te pondrás el abrigo, me ordenó. Y yo volví a ponérmelo. Tienes que mantenerte caliente. Ni siquiera hacía frío. Viajé a Múnich con aquel lujoso abrigo y resulta que me protegió de los abusos de las tropas blancas. La estación ya estaba ocupada por la Reichswehr. Vehículos acorazados, ametralladoras, artillería. En el cielo los aviones del gobierno de Hoffmann huido a Bamberg. En la ciudad ya solo se combatía en dos puntos. El Ejército Rojo, formado por trabajadores y revolucionarios, se defendía con uñas y dientes. Sí. Valerosos contra las fuerzas en superioridad. Se oían disparos aislados, pero el Freikorps ya había vencido. Gracias al abrigo burgués de pieles con cuello de castor pude pasearme libremente por todas las zonas bloqueadas por el bando blanco. Nadie me pidió la documentación. Allí fue donde vi las primeras esvásticas. Pintadas de color negro en brazaletes. El partido nazi aún no existía. Seguramente eran hombres de la Sociedad Thule. Vi cómo se llevaban en grupos a los obreros que habían defendido a su gobierno, es decir, que habían actuado legalmente, cómo los maltrataban y los ejecutaban. Camiones con soldados de Potsdam

recorrían la ciudad, reconocibles por la calavera de sus cascos. Pregunté por ahí, quería ver a Gustav Landauer, entonces me enteré de que lo habían detenido y se lo habían llevado a Starnberg, donde se habían instalado los líderes del Freikorps, que se habían dado a sí mismos el pretencioso nombre de Comando Oeste.

»¿Lo estoy aburriendo?

—Al contrario. En la primavera de 1932 yo tenía doce años y viví en Hamburgo los enfrentamientos entre el SPD y el KPD. Manifestantes que se lanzaban unos sobre otros con estacas y mazos. Nos marchamos ese mismo agosto. Pero todavía recuerdo que mi madre nos habló del Domingo Sangriento de Altona. Fue en julio. Dieciséis personas, la mayoría comunistas y socialdemócratas, murieron por disparos de la policía. Mi madre estaba encantada de tener visado y de poder marcharnos a Nueva York. ¿Entonces aún era miembro de los socialdemócratas?

—No. Dejé el partido porque la fracción socialdemócrata votó a favor de los créditos militares, es decir, de la guerra patriótica. No enseguida, porque había compañeros a los que apreciaba, hacia los que sentía cierto compromiso y cariño, y que trataron de hacerme cambiar de opinión en prolongados debates. Uno no se borra tan rápidamente cuando ha trabajado y luchado codo con codo durante años. No me resultó fácil. Pero entonces di el paso. Al principio fue un paso hacia la soledad. Muchos compañeros y amigos dejaron de saludarme de un día para otro. Me hicieron el vacío. Yo era un traidor. La organización del Partido Socialdemócrata también había adoptado ciertas costumbres del ejército prusiano. Las banderas, el himno: la Internacional, la consigna de luchar y jamás capitular. En lugar de camarada decíamos compañero. Confiábamos los unos en los otros de forma incondicional. Hace tres semanas vino a la librería un antiguo compañero. Hace tan solo cuatro meses Axthelm le habría señalado la puerta y me habría dicho que nos viéramos en un bar. Lo conocía de la época de Bebel. Le conté que en Lörrach habían salvado la bandera socialdemócrata de los matones de las SA: un compañero la había metido en un cochecito de niño, la había tapado con un jergón de paja y encima había acostado a un bebé. Una joven había atravesado la frontera con Suiza empujando el cochecito con el bebé llorando a gritos. Así salvaron la bandera. ¿Lo entiende? Era como en la guardia, la bandera se defendía, y el último se tumbaba moribundo sobre ella. Esta se salvó. Es una de las más antiguas del movimiento obrero. Yo la vi en el congreso nacional del SPD en 1905 en Jena. La portaba una delegación de

Baden, una bandera roja ribeteada con flecos. En la tela se lee en letras doradas: «Unión General de Trabajadores. Sección Lörrach 1872». En el centro de una imagen enmarcada por una corona de roble. Una sirena delante de un horizonte rosa y un cielo azul claro. Se eleva de un océano azul oscuro marcado por unas olas estilizadas. En la mano sostiene una espada. Símbolo de la justicia. Es una imagen maravillosamente ingenua, en la que el azul claro y las nubecillas pintadas encima representan la esperanza por la que todos los obreros han trabajado y luchado durante años y décadas. Por ese azul y por ese horizonte rosa se marcharon al exilio o acabaron en prisión. Disculpe que me ponga tan sentimental. Solo quiero expresar lo difícil que me resultó dejar el partido.

»En aquella época tuve un sueño recurrente. Me echan de una casa. Y los que lo hacen no muestran malicia, sino que guardan silencio. Cuando intento tenderles la mano, me niegan la suya. Entonces llega un tren. Veo el vapor de la locomotora, que me envuelve. Y así termina el sueño.

»En enero de 1915 devolví a mi sección del partido el pequeño carnet de afiliación rojo con los sellos de cotización pegados. Después ya no me afilié a ningún otro partido, ni al USPD ni al KPD.

—[Ininteligible]

—Contactos con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania sí. Pero no afiliación. Desde entonces he sido un luchador solitario. Comprometido únicamente conmigo mismo, si me permite la expresión grandilocuente. De vez en cuando he trabajado para la Unión Libre de Trabajadores de Alemania, la agrupación de los anarcosindicalistas, es decir, he pronunciado conferencias, he retocado textos, he redactado octavillas. Como ya he dicho, conocí a Landauer en el Congreso Internacional Socialista de Trabajadores en Zúrich. Fue en 1893, cuando el grupo anarquista fue excluido por manifestarse en contra de las elecciones parlamentarias. Más adelante lo vi varias veces en Berlín. Al principio por casualidad. Landauer trabajaba en una librería y después la falta de medios lo llevó junto con su familia al sur de Alemania, a Krumbach.

—¿Landauer y Ploetz se conocían?

—Sí, pero se evitaban. Gustav Landauer era opuesto al antiguo amigo en todos los aspectos. Era hijo de un vendedor de calzado de Karlsruhe y un hombre más bien enjuto, extremidades delgadas, cráneo de erudito. Era imposible imaginarlo en la cancha...

—¿Cancha?

—Me refería a la plancha de esgrima de las asociaciones estudiantiles. Era imposible imaginarlo atacando a alguien con un sable. El rostro rodeado por cabello castaño claro. Una frente alta que los buscadores de germanos habrían considerado abombada. Mostraba una cortesía humilde y retraída. Un socialista convencido que veía en la posesión de terrenos el primer paso hacia la esclavización, que hablaba de las plantas y los animales como criaturas hermanas del ser humano. Solo debía defenderse la vida universal. De ese panteísmo nace nuestra capacidad de descubrir lo infinito, somos el mundo y por eso podemos participar de su belleza. Escribió ensayos sobre Shakespeare, tradujo a Walt Whitman, a Rabindranath Tagore, a Oscar Wilde, estudió a Plotin y al Maestro Eckhart, al que también tradujo al alemán actual. Suyas son frases tan magníficas como esta: «Es distinto si grazno o digo quiquiriquí». Y también: «Es mortal sustituir al viejo Dios por un mundo ilustre que experimenta un constante y loable progreso». Mortal porque este mundo también trae consigo las catástrofes del progreso.

»Escuché que Landauer dejó el gobierno después de que los comunistas asumieran el mando bajo el liderazgo de Eugen Leviné. Y de todas formas lo habían detenido y se lo habían llevado a Starnberg.

»En Múnich traté de llamar por teléfono al amigo desde una pensión. Quería pedirle que intercediera para que liberaran a Landauer. Supuse que conocería a miembros del Bogenbund, algunos de los cuales habían sido nombrados jefes del Freikorps. Sin embargo se había marchado a Landshut y no se lo esperaba hasta la noche. Insistí a la griega para que le trasladara mi petición. Ella me lo prometió. Pero me preguntó: ¿Por qué te juntas con esos? Pero si no son tu gente.

»Sí que lo son, le dije. Esa frase no se me fue de la cabeza. Qué poco sabía de mí y de lo que estaba sucediendo fuera. Esa frase me distanció más de lo que quise reconocerme en un primer momento. Así de distinta era ya nuestra vida entonces, yo a la búsqueda del revolucionario Landauer, al que esperaba poder ayudar, y ella sentada en su castillo, ante el que su hijo había instalado la ametralladora. Fui a Starnberg, a la sede del Freikorps. El tren se detuvo en mitad del recorrido. Miembros del Freikorps controlaron a los viajeros en busca de rojos. El majestuoso abrigo de Ploetz, con su cuello de castor, fue mi salvoconducto, me dirigieron un saludo militar. Miré por la ventanilla de pura vergüenza.

»En Starnberg pedí indicaciones hasta llegar donde un capitán sentado en una estancia con un plano de Múnich en la pared marcado con alfileres rojos

y azules. De la sala contigua se oyó de pronto un chasquido, un gemido y un grito de dolor. Al ver mi mirada, el capitán dijo que estaban en conversaciones. Tenemos que aclarar un par de cuestiones con esa gentuza roja, el tono siempre acaba elevándose.

»A Landauer, ese cerdo, lo hemos trasladado a Múnich con tres consejos de trabajadores de Starnberg. Tuve la impresión de que en la palabra “trasladado” ya resonaba lo siguiente, o sea, que lo habían llevado al paredón. Al parecer en el caso de Landauer, un hombre conocido, querían guardar las apariencias de la legalidad. Algo sorprendente porque el distrito de Starnberg era un feudo de los reaccionarios. Un paisaje precioso pero ocupado por lo auténtico, lo perdurable, la convicción. Ya ha estado allí, ¿verdad?

—[Ininteligible]

—Tuve que pasar la noche en Starnberg porque ya no había trenes a Múnich, seguramente por un toque de queda. Al día siguiente hacia el mediodía llegué a la estación, donde me encontré con un compañero que me recomendó salir de la ciudad inmediatamente y marcharme a Leipzig o a Berlín, porque la reacción estaba sedienta de sangre. Estaban disparando a obreros, Gustav Landauer, el ministro de Cultura, había sido asesinado. Hombres del Freikorps de Epp lo habían matado de camino a la celda, y eso que cualquiera se sentiría más seguro en una cárcel bávara que en libertad. Un oficial, el barón Von Gagern, no olvidemos este nombre, golpeó a Landauer hasta hacerlo caer al suelo y le dio una patada en la cabeza. Cuando Landauer trató de incorporarse, un soldado le disparó en la sien izquierda. Aún se movía, intentó levantarse una vez más, dos disparos más lo mataron.

»El asesinato no se ocultó en absoluto, sino que sus autores lo contaron a diestro y siniestro. Decían que habían matado a la cucaracha. Landauer, un pacifista que jamás había causado ningún sufrimiento a nadie, fue maltratado, pisoteado, asesinado a tiros. Después el muerto fue saqueado por los soldados. Y también hay que dejar constancia de que aquel barón Von Gagern fue condenado en septiembre de ese mismo año a pagar una multa de quinientos marcos por maltratar a un prisionero. Un soldado implicado en el asesinato y el saqueo del cadáver fue condenado en 1920 a cinco semanas de prisión por daños corporales y encubrimiento.

»Landauer era el objeto del odio de aquellos pueblerinos con medias altas y sombreros de fieltro adornados con gamuza que habían regresado embrutecidos del baño de sangre de la guerra y que no solo mataron a tiros a los defensores de la república consejista, sino que los degollaron como a

animales. Gustav Landauer era todo aquello que ellos no podían ser: leído, culto, interesado, una persona que aún creía reconocer el alma de las plantas, que predicaba un mundo sin odio, y que se mostraba a favor de la igualdad y en contra de todo poder y violencia.

»Usted que ha estudiado literatura, permítame recomendarle la magnífica disertación de Landauer acerca de Hölderlin.

—[Ininteligible]

—No regresé al lago Ammer. La idea de los jóvenes de inclinaciones patrióticas reunidos allí con sus metralletas y granadas de mano me lo impidió. Pero también la frase de ella: Pero si no son tu gente. Pues sí, sí que lo eran, y estaban siendo asesinados a tiros y a golpes en Múnich.

»Alquilé una habitación en una pequeña pensión cerca de la estación central de Múnich y pasé tres días en la cama con fiebre.

»Hablar de Berlín y del ambiente allí nos llevaría demasiado tiempo.

»Pero sí diré que muchos de los miembros del Freikorps reaparecerían después con la plaga. Hagamos una pausa.

—¿Cuándo se dio cuenta por primera vez de que esta guerra estaba perdida?

—Muy pronto. Con el ataque a la Unión Soviética.

—Conocía el campo de Dachau por experiencia. Pero ¿y los campos en los que se mataban judíos?

—Naturalmente había rumores. Se murmuraban cosas. Pero todo el mundo sabía esto: los vecinos desaparecían. Los judíos. Se decía que los reasentaban, se hablaba de guetos. En algún lugar del este. El este era muy extenso. El este debía convertirse en espacio vital para los alemanes. Todos eran cuidadosos conmigo, sabían que yo había estado de vacaciones forzosas, es decir, en el campo. Las señales de complicidad eran solo insinuaciones. Elogios a un libro prohibido, a una película prohibida. Charlie Chaplin es fantástico con ese bigotillo, me decía uno. Un payaso maravilloso. Ya me entiende. Así deben servirse los esclavos de la lengua. Pero con respecto a su pregunta: recibí información concreta sobre los asesinatos de judíos de una voz autorizada en 1943, a finales de febrero. Una mañana.

»Estaba sentado a la mesa de nogal en el centro de la librería. Axthelm, que siempre decía “la mesa de nogal”, se la había comprado a un campesino de Ochsenfurt. Un mueble sólido pero nada tosco, marcado por un uso cuidadoso, de más de cinco metros de largo por uno y medio de ancho. Axthelm contaba a menudo la historia de su origen, que ya pertenecía a la

propia mesa. El campesino, que no era tan mayor, debía mudarse para que el hijo tomara las riendas de la granja. El espacio abierto de la casa de campo, construida hacia el 1800 con arenisca, se empequeñecería. El hijo quería levantar una pared. No habría sitio para la mesa, que seguramente se había encargado a medida para esa estancia. En realidad, decía Axthelm, había sido cosa de la joven campesina de la ciudad de Ebern, que quería algo más limpio y colorido. También se consideró serrar la mesa y obtener dos más pequeñas. Pero entonces la joven vio una mesa de cocina blanca con el borde rojo en el escaparate de una tienda de Wurzburg. Así que Axthelm compró aquella mesa de nogal. Hizo pulir la superficie, pero conservando las marcas de uso, y la hizo barnizar con goma laca. Usted mismo la ha visto recientemente. Un mueble extraordinario. Encima están los libros con las portadas favoritas de Axthelm, por motivos estéticos pero también comerciales: primeras ediciones y libros ilustrados. El objetivo es que llamen la atención del cliente. Sin embargo se trata sobre todo del gusto de Axthelm. Puede pasar toda una mañana ordenando los libros por colores, letra y tamaño. Así después el coleccionista no debe pescar con caña, sino más bien meter el buitrón en un estanque con carpas. Estoy convencido de que el coleccionista apasionado busca el hallazgo, el feliz descubrimiento, quiere encontrar lo singular entre lo común.

»Axthelm estaba sentado a su escritorio *biedermeier* en la parte trasera del local. Otro mueble interesante. Quizá haya podido observarlo de cerca. Con las hazañas de Hércules en la marquetería de ébano.

—Quería contarme...

—Sí. Cuando no estoy ocupado en el sótano, me siento en un rincón sin libros de la mesa de nogal, a la derecha de la puerta. Así que allí estaba, escribiendo textos sobre los libros en oferta para el catálogo que Axthelm publica dos veces al año. Se trata de descripciones detalladas de los volúmenes, sus marcas de uso, el estado de la encuadernación, la calidad y el color del papel, editorial, año de publicación, número de edición, dedicatorias y señales. Sobre todo su clasificación dentro de la obra del autor. Como ya he dicho, estábamos a finales de febrero de 1943, un día cálido con una cierta promesa de la primavera gracias al foehn. Habíamos dejado la puerta abierta, como siempre que el tiempo lo permitía. Yo había bajado al sótano, seco debido al papel que se acumulaba en él y sin embargo con cierto olor a humedad, y cuando ascendí la escalerita para atravesar la trampilla vi unos pantalones delante de mí, de un modo muy similar a aquella vez que vino el

antiguo amigo; esta vez eran gris campaña con la raya roja lateral característica del Estado Mayor. Era un teniente coronel muy joven para su rango, vestía un uniforme de corte elegante y de buen tejido, algo que ya era muy poco habitual, evidentemente era obra de un sastre. El oficial me saludó con la cabeza, dijo «buenos días» y no «*heil Hitler*». Solo por el saludo ya podía saberse con quién se trataba, si era un correligionario convencido o un hombre con cierta distancia, cuando no oposición, hacia el régimen, hacia el Partido y hacia Hitler.

»Me senté a la mesa de nogal de espaldas a Axthelm y el teniente coronel y seguí anotando detalles para el folleto, en esa ocasión se trataba de una bonita edición de Marcial, aún lo recuerdo.

»El lomo encuadernado en piel, acuñado en oro: “Marco Valerio Marcial, compendio, en latín y alemán. Traducciones poéticas de distinta autoría, reunidas por Karl Wilhelm Ramler. Leipzig 1787”. El ejemplar presentaba un rastro de carcinoma en la esquina superior derecha, pero por lo demás estaba muy bien conservado para su antigüedad.

»El libro anunciaba otras cuatro partes y por eso había bajado al sótano, porque esperaba que tuviéramos al menos un tomo más en nuestro fondo, pero desgraciadamente no era el caso. Lo interesante de esta edición a cargo de Ramler, que en su día fue celebrado como el Horacio alemán y cuatro o cinco décadas después fue difamado, era que había retocado las traducciones de Opitz y había suprimido algunas partes por escrúpulos morales. Por supuesto se trataba precisamente de los pasajes que cualquiera habría querido leer.

»Volví a inclinarme sobre las obras de consulta, hojeé la edición, que presentaba algunos tachones con tinta, y oí que Axthelm, que hablaba de usted a todo el mundo, se tuteaba con el teniente coronel; dado que no parecían ser familia, seguramente se trataba de un conocido del Círculo George.

»El teniente coronel contó que, pocos días antes de que los rusos tomaran el último aeropuerto durante la encerrona de Stalingrado, había recibido por casualidad, si es que esta existía, la orden de volar al cuartel general del Führer para dar parte. Una vez allí, con barba y el uniforme mugriento, nadie quiso escucharlo. Le dijeron que podía volver al frente. Pero ya era demasiado tarde. Oí como relataba a Axthelm las condiciones indescriptibles del frente, la atención insuficiente a los heridos, la congelación, cómo los soldados alemanes habían rebuscado comida en la basura junto a los civiles

rusos que habían quedado atrapados. Los refuerzos de la Luftwaffe prometidos por Göring habían sido una farsa y en ningún momento se habían aproximado siquiera a lo que habría hecho falta.

»Entremedias el oficial debió de preguntarle a Axthelm, seguramente mirándome de reojo, si podía hablar con libertad, y Axthelm debió de asentir con la cabeza ya que comentó la ofuscación incomprensible que reinaba en el cuartel general, especialmente por parte del Führer, los errores tácticos por querer mantener siempre la posición, por no querer acortar el frente jamás; y cuando Axthelm le preguntó si se podía considerar Stalingrado un giro amenazador, incluso decisivo para una posible victoria alemana, el oficial respondió que no, que ya se había producido mucho antes. En 1941 a las puertas de Moscú. A partir de entonces todo había consistido en retrasar la derrota, aunque en 1942 se hubiera vuelto a ganar terreno. Pero esas victorias, con las que habían penetrado hasta el Cáucaso, también habían extenuado a las tropas. Refuerzos, distancias, comunicación. Lo que sucedería ahora ya podía preverse entonces, y también todo lo que conllevaría la derrota.

»Después de una larga pausa dijo: Esos horrores espantosos. Él no lo había visto de primera mano, pero un amigo y compañero había sido testigo de las ejecuciones en masa de miles y miles de judíos cerca de Kiev. Y sí, aquello que se hablaba en el Estado Mayor, si bien solo entre susurros, era lo inimaginable, lo indecible. Campos inmensos, casetas de verdugos, sufrimiento indescriptible y asesinatos a semejante escala y con unos métodos que no se han visto ni en los círculos del infierno de Dante.

»¿Y no podrían ser rumores difundidos por Inglaterra para dañar la imagen de Alemania en el mundo?, preguntó Axthelm.

»No, le oí decir, es verdad.

»Tras una larga pausa, la conversación tomó otro rumbo y finalmente abordó el motivo de la visita, la compra de una edición especial de *Las elegías de Duino*; en la guarda, en tres tipografías clásicas Antiqua, Rainer Maria Rilke, debajo a tamaño un poco mayor *Las elegías de Duino*, un amplio espacio en blanco y allí, manuscrita, la firma de Rilke, debajo y en el centro el año 1923, separado del nombre de la editorial por una raya estrecha: Editorial Im Insel de Leipzig.

»Una edición preciosa a un precio soberbio. En lo que respectaba a los negocios Axthelm no concedía ningún descuento, por mucho que ambos se tutearan.

»Detrás de mí, los dos comentaban la octava elegía y el ángel al que debe

agradecerse el mundo. Qué mundo, pensaba yo, pero sobre todo pensaba que aquel hombre, que sabía de lo que hablaba, había convertido en certeza los rumores que circulaban: estaban asesinando a los judíos.

»Cuando el teniente coronel se marchó con su volumen de poesía envuelto en papel de seda y empaquetado con papel de embalar —y despidiéndose de mí con un “adiós”—, Axthelm se sentó a su pequeño secreter, sacudió la cabeza, murmuró: Atroz, inconcebible. Y después se dirigió a mí: Silencio absoluto. ¿Entendido?

»Sí.

»No mencionó el nombre del oficial. Por aquel entonces todavía no confiaba tanto en mí. De todos modos yo tampoco se lo pregunté.

5 «Tres veces me enseñaron, / cuando la vida nos da la espalda, / a fumarla, dormirla y tocarla / y tres veces despreciarla.» (*N. de la T.*)

Traslado del archivo

Recibieron una llamada de la comandancia, los resultados de la investigación del eugenista se recogerían y se trasladarían a Wiesbaden. Allí un biólogo revisaría los documentos y después se fletarían a Estados Unidos.

El vehículo anunciado llegó por la mañana, un Opel Blitz de tamaño mediano se detuvo junto al castillo. Hansen se acercó. La vieja dama, la griega, no protestó al oír que venían a recoger la obra de su marido. Probablemente seguía temiendo que requisaran el castillo. Aunque quizá incluso se alegraba, algo habitual entre viudas seguras de sí mismas, de que el legado de su marido desapareciera, de que se hiciera sitio. Comenzaba una nueva etapa. Por fin cedía la presión que había sufrido durante años para andar de puntillas por la vida con tal de no interrumpir las reflexiones del investigador. Ya no sentiría mala conciencia ante la imagen de los restos de su trabajo.

Hansen les mostró el despacho del profesor a los dos GI, que jamás habían oído hablar de la higiene racial ni de la eugenesia, y les ordenó recogerlo todo y llevarlo a la camioneta. Especialmente las miles y miles de fichas que se habían elaborado a lo largo de años de experimentos en los conejos que, achispados o borrachos, se habían transformado en números.

Sin embargo, en el vehículo ya había tres cajas con las actas personales del juez de la corte suprema nazi.

Quedó claro: a pesar de un embalaje concienzudo, allí apenas cabían la mitad de los ficheros y expedientes. Era impensable trasladar los frascos con las hojas blastodérmicas y los cerebros conservados en alcohol.

Hansen exigió que el chófer regresara.

El soldado, con el elocuente nombre de Burt Mankiller, confirmó al preguntárselo Hansen que era indio, cheroqui. Solo había recibido la orden de realizar ese viaje. Ese mismo día regresaba a Wiesbaden y al día siguiente a Wurzburg.

Hansen vio alejarse bamboleándose por el camino de tierra la camioneta

con la mitad de los documentos elaborados a lo largo de décadas de investigación.

George pasó por allí con la cámara colgada del hombro y dijo: *Maravilloso. He visto un «hermit-thrush». Nuestro tiempo aquí está tocando a su fin. Nuestra vida disoluta. ¿Qué es de la dama?*

Vendrá esta tarde.

George se acercó al pequeño estanque de carpas empantanado para fotografiar al chochín, el ave heráldica de ambos, ya que solía convivir con varias hembras. A veces, aunque en contadas ocasiones, también podía ser monógamo.

- 21 de agosto -
Confusiones.

El comandante Engel cuenta: Himmler no era capaz de decidir si era una reencarnación de Enrique el León o del emperador Enrique I. A veces uno y a veces el otro. El anatomista y teórico racial Eugen Fischer examinó el esqueleto de Enrique el León y constató una adherencia en la cadera. El héroe, el gran caballero oriental, cojeaba. ¿Una tara hereditaria?

El profesor Fischer explicó conciliador que la adherencia se debía a un accidente de caza.

Pero lo mejor es que: era el esqueleto de una mujer.

- sin fecha -

De ascendencia judía.

Ojo de criador.

Razas parasitarias de sangre extranjera.

Enfermos hereditarios.

Hansen había hecho la compra en el PX. *Bread and cheese* y embutido de hígado y vino, añadido recientemente al surtido. Al principio había buscado vino alsaciano pero la oferta todavía no era tan amplia; sin embargo sí había un blanco de Iphofen. Dos botellas, que había puesto a enfriar.

Bajaron al lago con la cesta de pícnic. Molly llevaba un vestido blanco y

unas deportivas de lona gastadas y blanqueadas con tiza. Se había vuelto a poner los calcetines blancos enrollados, y ya cuando se estaban subiendo a la lancha pensó en las ganas que tenía de decirle que se los dejara puestos.

Agosto tocaba a su fin, hacía calor pero el sol ya no quemaba. Salió despacio del pequeño muelle y después dibujó una curva a estribor hacia el lago, empujó la palanca para acelerar. La lancha levantaba dos elegantes estelas centelleantes de agua a izquierda y derecha, la proa se levantaba, el viento revolvía el pelo de Molly, que dijo: Venga, más rápido.

Cruzaron el lago hasta Dießen, se acercaron a un embarcadero, amarraron la lancha y subieron por la carretera al monasterio que había encima de la colina. La luz del este inundaba la iglesia, los rayos dorados caían sobre el altar e iluminaban el cielo pintado encima, los frescos de colores delicados con los santos y el fundador de la parroquia, que sostiene un modelo de la iglesia en la mano. ¿Qué impresión causarían en el pasado a los campesinos y a los pescadores?, se preguntó Hansen. De no ser por los pecados irremisibles, les habría sobrevenido un fuerte deseo de conocer el más allá. Sin embargo ¿quién podía pensar en pecados teniendo delante la claridad de aquel cielo y sus colores? Una maravilla.

Qué bonito es, dijo Molly, y se echó a llorar.

Más tarde Hansen se reprochó no haberla abrazado por temor a su profunda emoción; se había limitado a decir «sí», pero ese «sí» simplemente reconocía su propio desvalimiento. Un abrazo le habría proporcionado la mayor cercanía posible a ella durante un instante.

Después se detuvieron ante el ángel de madera que parecía elevarse en el aire con ligereza sobre la pila bautismal.

En el norte no tenemos ángeles flotantes. Pesan y permanecen ligados a la tierra.

Y Hansen tampoco pudo decir nada entonces porque lo desconocía todo acerca de los ángeles del norte. Desde luego no recordaba ninguno, así que, por decir algo, preguntó: ¿De verdad?

Sí, respondió ella con decisión, de verdad.

Él recordó la palabra «*dörpert*», que su maestro de St. Louis había tomado de un dialecto medieval del alemán para referirse a las personas sencillas e incultas del campo. Y se vio representado en ella.

Todo aquello era conocimiento pero no podía ponerse en práctica.

De vuelta en el embarcadero, cruzaron el lago hacia la otra orilla. Echaron el ancla delante de una zona alargada de juncos detrás de la cual nacía el bosque, y colgaron la escalerilla del costado de la lancha. Se desvistieron y saltaron al agua de la mano. El agua estaba fría y cristalina.

Cuando volvieron a subirse a la lancha, él abrió la botella de vino, ella extendió un mantel a cuadros azules y blancos sobre la mesita plegable y sacó de la cesta el pan, el queso, las latas de conserva de pescado y el embutido de hígado. Se sentaron, comieron y bebieron. De vez en cuando la brisa traía de la orilla el olor de los abetos y de la tierra seca y cálida. El lago estaba vacío y reinaba un profundo silencio.

Más tarde un comentario de ella dio pie a una conversación sobre la prohibición de confraternizar. ¿Qué dirían tus superiores si nos vieran así?

No lo sé. Me da igual.

Ella consideraba que el comportamiento de los americanos era engañoso. La arrogancia de la potencia vencedora. La acusación de la culpa colectiva es escandalosa. También afecta a los niños y a las víctimas de los nazis.

Hansen le dio la razón. Esa política es una falacia.

Habéis lanzado dos bombas sobre Japón. Se dice que han muerto cientos de miles de personas.

No he sido yo quien las ha lanzado.

¿Es correcto matar civiles de ese modo? Como aquí. Atacar zonas residenciales de manera intencionada. Miles de muertes. Hamburgo. Dresde.

¿Qué ha sido correcto en esta guerra?

Habláis de los crímenes de guerra que hemos cometido nosotros, pero ¿eso no son también crímenes de guerra?

No, replicó Hansen, no lo creo, así se puso fin a la guerra. La guerra que empezasteis vosotros, que empezaron los japoneses.

No, insistió ella, tenéis un doble rasero, y es indignante.

Elegisteis a esos tipos libremente. Los nazis no dieron un golpe de Estado, o lo hicieron más adelante. Vosotros los elegisteis. Un tipo con pelo de gamuza...

¿Un qué?

Un tipo con un adorno de gamuza, un monárquico, me lo explicó así. Todos, excepto los socialdemócratas, votaron a favor. Una autodeclaración democrática de incapacidad.

No podéis juzgarnos. Es fácil atribuir la culpa cuando ya ha pasado todo, pero a menudo los pasos que conducen a ello son pequeños, no pueden

comprenderse en términos de culpa y culpabilidad. No sucedió de un día para otro. Fue un proceso lento. Una violencia homeopática, una incapacitación progresiva. Sin duda con la complacencia de muchos de los incapacitados.

La discusión se interrumpió bruscamente. Al intentar abrir la segunda botella, Hansen tiró el sacacorchos por la borda. Volvió a quitarse la camisa y los pantalones y saltó al agua, tuvo que sumergirse varias veces, resopló, buceó hasta recuperar el sacacorchos del fondo. Al volver a la lancha se quedó helado y los labios le temblaban un poco, incluso cuando se reía.

Buen chico, dijo ella, *valiente*. Yo te calentaré, añadió, lo frotó con una toalla y lo envolvió en ella mientras le decía: *Mi valiente*. Naturalmente él notaba que ella no lo tomaba en serio. Pero aquella cercanía a la que se prestaba hacía que le diera igual. Brindaron con el riesling de Iphofen, arrancaron pedacitos del pan tostado y los mojaron en el aceite de la lata de cangrejo. Así, sentados uno junto al otro, él consideró un instante la idea de preguntarle si se imaginaba yéndose a Estados Unidos con él. Pero entonces, como si lo hubiera intuido, ella le dijo que no concebía marcharse de aquel país. Me pertenece tanto como yo le pertenezco a él. Y tras una pausa: También por él. Y con ese «él» seguramente se refería al hombre del marco de plata.

A última hora de la tarde, el sol no se había ocultado del todo, estaban desnudos en la cama. Molly tenía los calcetincitos blancos puestos. Vaya una idea perversa, le había dicho ella cuando él se lo había pedido, pero después se había echado a reír. Suelo tener los pies fríos. La ventana estaba abierta. El aire ya huele a otoño, dijo Molly, ya trae el humo de los campos, el aroma de las patatas asadas, y los bosques, que lentamente se vuelven marrones, y las hojas de las hayas, que en invierno forman caracolillos. Prometió enseñárselo —*mi buen chico*— si todavía seguía allí.

Qué suerte tengo, soy el chico más afortunado del país.

Vale.

- 22 de agosto -

Tendría que haberlo dicho en alemán, *glücklich*. Es más bonito, suena mejor, la «ü» es como un puente de dentro afuera, de mí hacia ti. Un dedo de distancia, ni siquiera.

Día 12

—Han recogido los documentos, las estadísticas de sus investigaciones. Bueno, no cupo todo en la camioneta. Tendrán que volver a por el resto.

—¿Adónde lo llevan?

—Seguramente lo embalarán. Después lo enviarán a América. O puede que lo hagan ya.

—¿Qué sucederá con nuestras conversaciones?

—Se reunirá todo el material. Se transcribirá. Quizá se utilice para la acusación.

—Está muerto.

—Otros culpables siguen vivos. Se exigirán responsabilidades. Después de la era de la injusticia tendrá que reinar la justicia. Hay que averiguar cómo es posible que se llegara a esto. Y además los crímenes deben repararse. Lo que ha sucedido no puede repetirse.

—Siempre puede repetirse.

—No, se hará justicia.

—La libertad y la justicia no están ahí sin más, hay que defenderlas una y otra vez. También en el entorno más cercano, el más estrecho.

—Es cierto. Me hablaba usted del fin de la república consejista.

—Fue entonces cuando huí de Múnich a Berlín y no regresé hasta febrero de 1931; no por el amigo, no, claro que no, sino por la mujer con la que tuve la suerte de convivir durante dos años y un mes. Había conseguido un empleo como encargada de vestuario del Teatro de Cámara de Múnich. Me trasladé con ella porque mi trabajo no me ataba a ningún lugar. Aunque debo decir que no me gustó volver a Múnich. Los recuerdos de la época en la que la reacción se desencadenó en aquella ciudad eran demasiado nítidos, demasiado reales. El bávaro tosco del Freikorps de Oberland, la brutalidad con la que maltrataron a los defensores de la república para después asesinarlos: Egelhofer, comandante del Ejército Rojo, y Gustav Landauer. No fueron solo ellos dos, mataron a más de dos mil personas.

»La reacción está sedienta de sangre, me dijo el compañero que me advirtió que me quedara en la ciudad el día en que murió Landauer. Debía contar con que mi nombre estuviera en las listas negras. Listas de traidores a la nación. Traidores a la nación, así se decía ya entonces. Se habían establecido las bases de todo lo que los nazis adoptarían más adelante como programa de gobierno, todo nació en el golpe derechista. La reacción había vencido en Múnich. Y por eso pudo formarse allí aquel partido de los pardos y recabar fuerzas en el lóbrego ideario de la condición aria. Habrá visto los letreros pintados por encima pero aún legibles en los límites de la ciudad: “Múnich, capital del movimiento”.

»Ya le he contado que tras el asesinato de Landauer y de los demás republicanos me marché a Berlín. Quizá, no, seguro que me habría quedado a su entierro, pero tiraron su cadáver a una fosa común. Cuatro años después, su hija Charlotte lo hizo exhumar y lo enterró en el Waldfriedhof. En esa ocasión no pude venir. No tenía dinero. Ese mismo año Hitler y el general Ludendorff dieron un golpe contra el gobierno elegido. Por suerte la policía sofocó a tiros el *Putsch*, que más adelante se celebraría con un desfile en el Feldherrnhalle.

»No, también quería añadir que nosotros, es decir, las facciones anarquistas, recaudamos fondos para un monumento a Gustav Landauer, y en 1925 levantamos un obelisco de cinco metros. Los nazis lo derribarían y las piedras se triturarían a mano en Dachau para construir carreteras. La urna de Landauer se entregó a la comunidad judía a cambio de dinero y se colocó en el Nuevo Cementerio Israelita junto a la de Eisner. Todos los años lo visito el 2 de mayo y pongo un guijarro del Isar sobre la pequeña lápida. No podemos olvidarlos.

—Quería hablarme de su esposa.

—¿Puedo preguntarle algo? Al fin y al cabo le he contado muchas cosas de mí mismo, de mi vida, del antiguo amigo, de la griega. ¿Ha estado enamorado alguna vez? Creo que puedo expresarlo así. ¿Ha estado dispuesto alguna vez a dejarlo todo y a empezar de cero?

—No estoy seguro. Puede. No, no he renunciado a tanto.

—¿Y qué sucedió?

—Una interrupción. Esta guerra.

—¿Cómo lo interrumpió?

—Bueno, fue breve. Y había otras personas en juego. Una joven a la que conocí en el tren en invierno, llegamos a Nueva York y la borrasca había

paralizado la ciudad. Montones de nieve. El tráfico estaba parado. Estuvimos un buen rato en un bar en el que había mucha otra gente esperando. Muy juntos. Nos contamos nuestra vida allí sentados. Unas tres horas. Hablamos y hablamos. Un bonito entendimiento. ¿Puede decirse así?

—Sí.

—Fuera se veían de vez en cuando faros de coches. Más adelante nos vimos varias veces. Y poco antes de que embarcara para Amberes estuvimos juntos. Estaba prometida. Y entonces me marché. Vino al muelle pese a que yo me había opuesto. Y cuando quise abrazarla y besarla para despedirme, dijo con brusquedad: No me toques.

—Qué extraño. Pero permítame decirle que todos los amores nuevos están cargados de culpa. A excepción del primer enamoramiento, que aún es inocente y no suele tener consecuencias, que más bien es un termómetro de nuestros sentimientos. Experimentamos con nosotros mismos.

»¿Puede explicarse por qué se sintió tan atrapado, digámoslo así, por esa persona?

—Me gustó. Como suele decirse: a primera vista. Y después sí, también la conversación. Y la situación. Estar de pronto atrapados por la nieve en esa ciudad de la tecnología, del metro, de los trenes, de los autobuses. Un profundo silencio algodonoso.

—Tiene razón, la situación, el entorno, todo eso resalta a las personas que vemos, nos las acerca. Es una revelación. Suena solemne, pero sin duda lo es la noción del otro, del que esperamos que completará nuestra propia imperfección. Perdemos la cabeza. La expresión es muy elocuente, cuando nos enamoramos no somos nosotros mismos, somos más, somos mejores.

—¿Y su esposa?

—Tenía muchas cosas de las que yo carezco. Tenía una ligereza muy particular. Cantaba. Imagínese, cantaba por las mañanas. Sabía dibujar. Sabía llorar. No solo de tristeza, también de alegría. Estuvimos en Dießen, en el monasterio que debería usted visitar sin falta, si me permite el consejo.

—Sí, ya he estado...

—¿Y bien?

—Precioso.

—Estuvimos allí en 1931. En verano. Lisaweta. Yo ya era un hombre mayor, cerca de los setenta, mientras que ella no había cumplido los cincuenta. De hecho, parecía más joven aún. La diferencia de edad no le preocupaba. Lo que pensarán los demás, tampoco. Tenía una constancia

admirable. También en su visión de las personas. Comprensiva pero de juicio decidido. Y sobre todo: tenía una risa maravillosa. Le salía de dentro, como cuando cantaba. Quizá se sorprenda, pero hasta que la conocí jamás me había oído reír a mí mismo. Claro que me reía, pero por alguna razón no me oía por dentro, como si estuviera sordo. Puede que mi risa también fuera muda. Seguramente tenía una risa sordomuda. Me oía reír través de ella, a través de su risa. Extraño, ¿no cree? Fue la única vez que viví con una mujer, convivía con ella, me despertaba con ella, me dormía con ella. Una época feliz, que quede claro desde el principio. Teníamos un pisito en una antigua casa de comercio. El edificio estaba en la linde de un gran terreno en Schwabing. El fabricante Hartl, que se dedicaba a los sanitarios (sí, comenzaban los días de las duchas y los baños domésticos), se había construido allí una gran villa acorde con su estatus. Había dejado la antigua casita en el borde del jardín a modo de monumento a la familia. Su abuelo había sido el dueño de la tiendecita que albergaba, y su padre también había trabajado allí como aprendiz antes de inventar la alcachofa de ducha regulable. El hijo, el propietario actual, había ampliado la empresa, también había invertido en el negocio de las acciones con éxito, y no solo vivía bien sino que se había hecho rico. Y era amante del teatro. A través de él, Lisaweta había conseguido alquilar la casita de tres habitaciones rodeada de varios manzanos y cerezos. Un pequeño vergel que aún conservaba el aire rural del antiguo Schwabing. Con esto solo quiero describirle las felices circunstancias en las que vivíamos. Yo escribía mis artículos para la revista del sindicato en una mesa de jardín bajo el cerezo. Idílico. También ha tenido de eso mi vida. Brevemente, pero ha permanecido en mi conciencia hasta ahora. Los domingos había tarta de frutas, que a Lisaweta le salía espectacular. Por las tardes nos sentábamos junto al seto de saúco. El Teatro de Cámara no estaba lejos. Todavía la veo marcharse en bici con un vestido de verano o una gabardina y un sueste de mujer cuando llovía, girarse un instante y despedirse con la mano. Esas son las imágenes que se me han quedado grabadas. Como la de la primera vez que la vi.

—¿A su esposa?

—Sí, la llamo mi esposa pese a que no estuvimos casados. Ella, Lisaweta, la mujer con la que estuve, durante dos años y un mes. La conocí en Berlín en 1930, en la fiesta de una *première*. *La medida* de Brecht. Me habían invitado porque tenía que escribir una crítica. La vi. Estaba hablando con otra mujer cuyo rostro he olvidado, también su vestido, su cabello, todo, pero ella estaba

allí, me permito dar rienda suelta a mi entusiasmo: la voz melódica, con ese acento que apuntaba hacia el este, ese sonido aspirado, su pelo negro, ébano, y la piel como de leche, todo en ella era delicado, la nariz, las piernas, los brazos, los pechos, las manos, solo los ojos eran grandes y de una profunda negrura; era delicada pero tenía una fuerza descomunal. En Posen había aprendido el oficio de costurera y se había trasladado a Berlín. Había conseguido trabajo en el taller del Teatro Alemán. Aunque no solo cosía, también diseñaba trajes. Había hecho un curso de patronaje y se había familiarizado con la historia del vestuario. Más adelante pude visitarla varias veces en el estudio del teatro y esa imagen también me acompaña: ella con su bata blanca ante la plancha de madera sobre dos caballetes dibujando con trazos rápidos un boceto del abrigo que llevaría María Estuardo, elaborando el patrón con regla y escuadra, calculando pinzas. Me arrepiento de no haber aprendido ningún oficio manual. Tanto más la admiraba cuando corregía un poco el vestido de María Estuardo en las pruebas de vestuario, con el acerico en la muñeca, uno o dos alfileres entre los labios, aquí habría que recogerlo un poco más, allí acortarlo. Sí. El teatro nos unió.

»De vez en cuando escribía reseñas más completas para *Besinnung und Aufbruch*, una revista anarquista pequeña, no alcanzaba los cinco mil ejemplares. O publicaba comentarios políticos en *Syndikalist*, el periódico de la Unión Libre de Trabajadores de Alemania. Tampoco era un diario de gran tirada, y los honorarios iban en consonancia. Pero tenía libertad para tratar los temas que quisiera. Soy un escritor muy lento. Siempre he dicho que soy como una tetera, el agua tarda en hervir a borbotones, pero entonces por fin se puede preparar el té y dejarlo reposar. Me tomaba mi tiempo, tiempo para reflexionar, tiempo para formularlo. También fue así en el caso de la crítica de la obra de Brecht: *La medida*. La obra, una pieza política y didáctica, se estrenó en diciembre de 1930 en la sede de la antigua Filarmónica de Berlín. Brecht se inspiró en el teatro Nō de máscaras. Cinco revolucionarios profesionales son enviados a China para hacer propaganda entre los trabajadores brutalmente oprimidos y conseguir que se subleven. Los cinco se ponen máscaras, símbolo de la clandestinidad, del camuflaje entre los obreros locales, y comienzan a actuar. Pero un joven compañero no respeta la ley de la lógica estricta en la lucha clandestina y reacciona espontáneamente, muestra compasión, se arranca la máscara de la cara, ya no es un funcionario revolucionario sino de repente un individuo. Así es como se descubren las intenciones del grupo. Todos ellos se arriesgan a que los descubran y los

maten así que, para proseguir con su labor, deciden matarlo con su propio consentimiento. A su regreso a Rusia, los cuatro revolucionarios deben justificarse ante un consejo de control por la muerte de su compañero. Por cierto, Hanns Eisler, que había compuesto la música de la obra, cantaba en el coro del consejo de control, un coro de trescientos trabajadores. Eisler estableció en la obra una conexión evidente con las Pasiones de Bach. Debo decir que fue una representación impresionante y conmovedora incluso para mí, que tenía una postura muy crítica con el contenido y el mensaje del texto.

»En mi reseña escribí que se trataba de la ejecución consecuyente de la persona que actúa por responsabilidad propia. El presente como simple tránsito no es nada comparado con una sociedad feliz sin clases. Y para lograrla, todos los medios están justificados. Sin embargo, el presente aquí y ahora lo es todo para nosotros. Solo en él hallamos la felicidad. Y más bien se debería sopesar cómo compartir la felicidad con los infelices. Esa sería una decisión de cada individuo en la situación correspondiente. Esa sería la libertad que también nos uniría a los demás. ¿Le interesa la historia, la de la obra de teatro?

—Sí, claro. No he leído mucho de Brecht. Mi profesor de Saint Louis lo aprecia mucho, y también esa obra.

—Tras la representación, ya era de noche, se produjo un intenso debate. Yo también intervine y expuse de forma espontánea aquello que más tarde desarrollaría en mi crítica. En la obra, el presente no se considera el espacio de una posible vida realizada. La felicidad de todos se alcanza en la sociedad sin clases, pero hasta entonces hay que atravesar un valle de lágrimas. No, dije yo, la felicidad solo es posible aquí y ahora, la muerte limita cualquier rectificación. No hay repeticiones. El objetivo es que la felicidad del individuo también contemple la infelicidad de los demás. Y no la lógica de la lucha de la liberación, según la cual el compañero accede a su propio asesinato.

»*La medida* es un anticipo teatral de lo que se hizo realidad en 1936 en los procesos políticos de la Unión Soviética. En Alemania se habló profusamente sobre ello. Al fin y al cabo el “bolchevismo judío” era el principal enemigo de los nazis. La prensa sometida informó sobre el juicio a Zinóviev y Kámenev. Entonces Ribbentrop viajó a Moscú y se selló el pacto entre Hitler y Stalin. Una vergüenza, una vergüenza eterna para la Unión Soviética. No hay casuística que lo justifique. A veces quedaba en Múnich con un compañero del prohibido KPD. Este hombre, junto al que había estado de

vacaciones forzosas, defendía ese infame acuerdo con el argumento de que la Unión Soviética se había visto obligada a aceptar. Porque aún no estaban lo bastante armados para la guerra. Porque necesitaban tiempo. Uno de esos argumentos sofisticados que me provocan náuseas físicas, no exagero. Stalin es el personaje más despreciable de la historia del socialismo.

—Roosevelt firmó un pacto con Stalin para derrotar a Hitler y a los nazis. ¿Cómo habría sido posible si no? Y Roosevelt sabía que Stalin no era demócrata. En la Unión Soviética no había libertad. Había cientos de miles de personas en campos. Pero cómo si no...

—[Ininteligible]

—Max Weber lo llama ética de la responsabilidad. Por cierto, en 1910, durante la Primera Jornada Sociológica de Alemania, Ploetz participó en un debate con Max Weber acerca del concepto de raza. Weber atacó duramente a Ploetz señalando el carácter cultural y social de las distintas comunidades, mucho más determinantes que el factor hereditario. Ya solo ese término ridículo de la «raza vital». Max Weber, y a eso me refiero con lo del pacto entre Roosevelt y Stalin, destacó la diferencia entre la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad en la actividad política. La ética de la convicción prohibiría ese acuerdo, pero la ética de la responsabilidad precisamente lo obligaría. El amigo también lo argumentaba así: La compasión, la protección social tiene consecuencias que perjudican a largo plazo a la sociedad, o a la nación si utilizamos su lenguaje. La compasión estaba bien para el individuo, pero en un ámbito superior debía anteponerse la responsabilidad.

—[Ininteligible]

—Stalin no sabía lo que era la ética de la convicción. Cuando firmó el pacto por motivos políticos, no lo hizo para poner coto a aquella Alemania agresiva, al contrario, pactó con ella y le ofreció los recursos necesarios para la guerra. Su política no cambió hasta que Hitler, y ahora personifico, atacó la Unión Soviética. Por supuesto que no habría debido pactar con Stalin de acuerdo con la ética de la convicción, pero la ética de la responsabilidad lo exigía. Roosevelt hizo bien. Solo así se podía vencer al horror de los nazis. A pesar de mi postura totalmente contraria a la guerra, yo también consideré que esta guerra, la que han librado ustedes, Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética, estaba justificada. Qué contradicción desgarradora vivir en un país al que se ama profundamente, sus ciudades, sus paisajes, sus ríos, su gente, esa gente deslumbrada, y al mismo tiempo entregarla a las bombas que

destruyeron esas ciudades, las iglesias góticas, las bibliotecas, y sí, ay, también a la gente. Y sin embargo fue la razón, contra toda emoción, la que decía: Bienvenidos, sí, bienvenidos. Fuego. Incendio. ¡Destrucción! ¿Lo entiende?

—Quería hablarme de su esposa.

—Qué bonito oírlo de usted: Su esposa. Sí. Ciertamente, fue mi esposa. Lisaweta. Como ya he dicho, la vi después de la función, era de noche, todos seguían en grupitos, ella también, absorta en una agitada conversación. La representación sorprendía por lo intensos y vivos que eran los diálogos, el choque de opiniones, sí, así de dramático debo describirlo, y yo la vi, la vi hablar con la otra mujer a la que ella oscurece como un velo en mi recuerdo, su rostro enrojecido, acalorado, gesticulaba, y cuando me acerqué a ella, me miró y dijo: Justo estoy defendiéndolo porque lo que ha dicho me ha convencido. Después me agarró con cautela de la manga y me atrajo hacia ella. Así nos conocimos. Me agarró y tiró de mí. Después de dos meses en Berlín recibió la oferta de Múnich, del Teatro de Cámara, y...

—¿Y Ploetz?

—Disculpe, sí, estoy divagando. Llevaba varios años sin ver a Ploetz. Y entonces llegó la carta por mensajero. Se había enterado de que estaba en Múnich. Debió de conseguir la dirección a través del antiguo compañero Pacífico Heinrich Lux, que por cierto, *nomen est omen*, era un experto en luminotecnia y en derecho de patentes. Lo cierto es que yo no lo había avisado de que me trasladaba.

»Alfred Ploetz me invitó y yo acepté. En parte porque quería hablarle de mi felicidad, aquella felicidad tardía que por desgracia no nos obsequiaría con hijos a Lisaweta y a mí, sí, eso también se me pasó por la cabeza, un instante de tristeza por no poder tener hijos con ella, por amor, por el cariño más profundo, y no porque hubiera que multiplicarse y fortalecer el ente nacional. Quizá era eso lo que quería tratar de explicarle al antiguo amigo, la posibilidad del amor que no solo tiene la reproducción como objetivo. Lisaweta no quiso o no pudo venir, más bien creo que sospechaba que la visita no le haría ningún bien. Aún no nos conocíamos lo bastante. Pero yo le había hablado de él. No en detalle, pero sí sobre nuestro viaje a Icaria. También conocía su nombre por los periódicos, había oído hablar de su Sociedad para la Higiene Racial, seguramente también se había enterado de sus investigaciones. En cualquier caso no quiso acompañarme. Dijo que tenía que trabajar.

»Así que fui al castillo solo y esta vez me recogió de la estación el hijo mayor en un gran automóvil. Alfred y Anita me recibieron en la puerta del castillo. Él llevaba un traje oscuro, como siempre, con una corbata gris, y ella conservaba su aspecto radiante, afectuoso, seguía siendo imponente, dos mechones grises en la densa melena, que sin embargo llevaba recogida en un peinado hueco y juvenil.

»Habían puesto la mesa bajo un árbol delante del castillo. El aire era fresco y la vista hacia los Alpes estaba despejada. Había tarta de manzana bañada en azúcar. La que tanto te gusta, dijo ella, y me estrechó la mano. Qué pena que no hayas traído a tu esposa, como tú la llamas.

»Les hablé de su trabajo en el teatro. Ella me preguntó por su apellido y él por su ciudad de origen. Posen. Él me miró. Sí, dije, es judía. Él asintió. Yo sabía que había cambiado. En sus textos había despojado a los judíos de su condición de arios y ahora los presentaba como una raza en sí misma. No pude evitar reírme. ¿De qué te ríes? De nada. Me daba igual lo que pensara. Tomamos café, comimos tarta de manzana y evitamos los temas políticos. No discutimos. Lo hicimos por ella. Ya sabíamos de qué pie cojeaba cada uno. Ella recordó entusiasmada la época de Berlín. Mencionó la cantidad de veces que la había acompañado en su estudio. Y lo importante que había sido para su obra.

»¿Sigues pintando?

»Apenas. Muy poco. Aquí hay mucho que hacer.

»Él interrumpió nuestra conversación y dijo: Ven, te enseñaré el laboratorio, y tal como lo dijo, un poco rápido y demasiado vehemente, sonó como si quisiera evitar que habláramos sobre sus cuadros. Me pareció que al recalcar la palabra “laboratorio” pretendía justificar que ella ya no pintara.

»Me llevó al gran complejo. Jaulas de madera para conejos numeradas que nos llegaban a las caderas dispuestas en filas como pequeños barracones y rodeadas por una valla. Un campo en miniatura. Allí había mil seiscientos animales a los que se daba de comer y de beber regularmente. Dos ayudantes vestidos con largos delantales grises estaban limpiando las jaulas en ese momento.

»En el eje central del complejo había tres cobertizos más grandes en los que siete ayudantes trabajaban con los animales. Entramos en una sala pintada de blanco limpia y que olía a desinfectante. Uno de los cuidadores acababa de sacar un animal de la jaula, un conejo con manchas negras y blancas que presentaba intensos reflejos de huida; lo sujetó debajo del brazo

izquierdo y con la misma mano le agarró las patas delanteras, con la derecha mantuvo inmóvil la cabeza que el animal movía a derecha e izquierda, y otro ayudante le metió en la boca un instrumento de metal similar a unas pinzas pero con un mecanismo giratorio con el que le abrió la mandíbula. Le metieron un líquido por la garganta.

»La cantidad de alcohol está dosificada con exactitud, dijo Ploetz, y por supuesto no es puro, sino que está bien mezclado con agua y un poco de azúcar, así se achispan.

»Detrás de los cobertizos había un edificio de madera más grande con tejado a dos aguas, las puertas y los marcos de las ventanas estaba pintados de blanco, allí estaban las salas de disección, allí era donde se analizaba con el microscopio, se elaboraban tablas, se escribían fichas. A cada animal le correspondía un fichero con más de cien datos vitales. En el reverso se anotaban los datos de la disección. Los cerebros y las hojas blastodérmicas de los conejos se conservaban en frascos con alcohol. En las etiquetas se señalaba la filiación, la generación y la extracción del cerebro. Allí trabajaban los asistentes científicos. Una joven en bata blanca sostenía el conejo al que llevaban a la sala de disección. Los matamos con unas pinzas eléctricas, dijo él. A continuación extraemos el cerebro, el hígado, las glándulas germinativas, y analizamos los cortes en el microscopio.

»Se trataba de una serie de ensayos exhaustiva y planificada para varios años con la que pretendía demostrar que el alcohol modificaba las hojas blastodérmicas. Y explicó: En la primera serie de ensayos tenemos dos parejas de conejos, hermano y hermana de distintas familias. Administramos alcohol al macho de la primera pareja, es decir, lo achispamos, y a continuación lo apareamos con la hembra sobria de la otra familia. Y viceversa, emborrachamos a la hembra para que intime con el macho de la otra pareja, que también se ha mantenido sobrio.

»Lo que se quería investigar con esa primera serie de ensayos, que por supuesto se realizó en un gran número de parejas, era si el alcohol, aunque solo fuera en una ocasión y en grandes cantidades, y tomado justo antes de la concepción, provocaba daños en las glándulas generativas y por lo tanto también en la descendencia. En el caso de los humanos se podría comparar con alguien que se propasa en carnaval.

»Segunda serie de ensayos: se emborracha un grupo de conejos durante semanas y meses hasta generar, utilizando el término técnico, una adicción. Estos animales se corresponden con las personas que por costumbre se beben

sus dos o tres litros de cerveza al día sin que por ello se las considere bebedoras. También es evidente cuál es el objetivo de estos ensayos. Se trata de aclarar de una vez por todas si el hecho de que un tal señor Maier, cliente habitual de este o aquel bar, se beba una cantidad considerable de alcohol todos los días realmente no influye de ningún modo sobre su descendencia.

»Y la tercera serie de ensayos: el espermatozoides del conejo macho se empapa con alcohol y con él se lleva a cabo la fecundación artificial de la hembra, que en muchos casos se realiza con éxito. Como en este caso el alcohol tiene contacto directo con el embrión y por lo tanto puede actuar con la intensidad del diez por ciento, aumenta la probabilidad de que la descendencia concebida de este modo presente daños generativos.

»Me mostró la estructura del cerebro, las células ganglionares son el centro, dijo, aquí y ahí, ¿las ves? Estas células son, por así decirlo, la central de toda actividad vital orgánica y psíquica. También de las emociones. No creas que estas se estudian por separado. No, también están determinadas en gran medida por el material genético hereditario. Si el consumo de venenos alcohólicos contamina estas células durante generaciones, tanto el individuo como toda su raza se van degenerando cada vez más. De manera que el fomento del bienestar de la raza debe seguir siendo el requisito fundamental de cualquier política y la piedra de toque de cualquier otro ideal humano.

»Los animales son sacrificados con unas pinzas eléctricas que yo mismo he diseñado. Se colocan aquí, en las sienes. Es rápido e indoloro. ¿Quieres verlo?

»Dudé un instante, pero pensé que debía verlo para poder dar fe más adelante. El sufrimiento de cualquier criatura desgarró el mundo.

»Sí. Lo presencié. Las orejas del animal todavía se mueven nerviosas, los grandes ojos laterales se dirigen hacia el hombre de las pinzas, se observa un blanco vulnerable y temeroso, las pinzas se colocan en la cabeza que se retuerce, entonces una fuerte sacudida recorre el cuerpo del animal, que acto seguido se lleva a la mesa de disección.

»Más tarde nos sentamos en su despacho, rodeados por cientos de frascos de distintos tamaños que contenían cerebros y hojas blastodérmicas. Esa estancia llena de botes de alcohol era como una autoafirmación de la abstinencia y al mismo tiempo podía verse como el símbolo de un profundo odio hacia la represión del sencillo deseo de beber un vaso de cerveza en un día caluroso. Cuando entrábamos acalorados en algún bar de Breslavia y bebíamos el primer trago, él decía con placer: Ah, refrescante. Y Lisaweta,

que había leído a Sigmund Freud, decía: Todos esos conejos han tenido que sufrir solo porque él se niega el placer de beber una copa de vino. Se cobra su venganza en nombre de la ciencia tomándola con esa inocente criatura.

»Cuando me enteré de que había conejo asado para cenar, me despedí con la excusa de que debía terminar de escribir un artículo.

—[Ininteligible]

—Sí, puede que tristeza sea la palabra que describe lo que sentí en el tren de vuelta a Múnich, tristeza porque la intimidad que habíamos experimentado se perdía en la lejanía. Miré por la ventanilla del compartimento y pensé en nuestra marcha de Breslavia, el primer viaje largo de mi vida, a América, al Nuevo Mundo.

—[Ininteligible]

—Sí. Es extraño. Hubo algo parecido a una despedida. No la busqué yo. No, fue él quien me invitó. Poco antes de su muerte nos hizo llamar una vez más a todos sus amigos y conocidos. Primavera de 1940. La guerra se había estancado, o eso parecía. Polonia había sido vencida en lo que se conocía como una campaña relámpago. Lucharon y perdieron, tras esta derrota se esconde el bombardeo de Varsovia. Reasentamientos. El inicio de todas las expulsiones y ejecuciones que vendrían y de las reflexiones acerca de cómo diezmar a los eslavos, los polacos y los judíos, también mediante la esterilización, se experimentó con rayos X para esterilizar a las mujeres y se probó a matarlos de hambre y con epidemias.

»Así que 1940. En el Rin, los soldados alemanes frente a los franceses y los ingleses. La guerra sentada. Silencio. Aún no había comenzado la campaña occidental, la que arrasaría Holanda, Bélgica y Francia en cuarenta días. Parecía que el Reich anunciado por los pardos efectivamente cumpliría los mil años, una idea horripilante.

»Tomé el tren a Herrsching y fui en taxi de la estación al castillo. Era una tarde de mediados de febrero. Uno de esos días en los que ya se intuye la primavera. El foehn derretía los restos de nieve. Los herrerillos titubeaban en su canto, como si aún necesitaran practicar un poco. La suave brisa arrancaba destellos al lago. La vista estaba despejada y llegaba hasta las montañas. Entonces nos sumergimos en ese oscuro bosque de abetos que siempre me resultó algo inquietante y llegamos al castillo. La mayoría de invitados seguían fuera. Vi a algunos de sus alumnos, que ya eran también profesores, y junto a ellos, algo apartado, estaba Schaller con traje de *tweed* y sin abrigo. Me acerqué a él.

»¿No tiene frío?, le pregunté.

»Una vez que has estado en el techo del mundo eres inmune al frío. Se echó a reír. No, debajo de la chaqueta llevaba un jersey de lana de yak. Naturalmente no del pelo del animal adulto, que era tan duro como la viruta de madera, sino de la lana más delicada que pueda imaginarse, más bien una pelusa que se recorta cuidadosamente del cuello de las crías de dos semanas y después se hila. El jersey se lo había regalado un lama.

»Una asistente del amigo nos hizo entrar al castillo y nos condujo a su despacho, débilmente iluminado. Había dos sillas y su sillón de escritorio, en cuyo respaldo había un pequeño pentagrama dibujado con tiza. Los asistentes se presentaban, a mí me evitaban. El profesor Fischer, director de antropología, genética y eugenesia en el Instituto Kaiser Wilhelm, que me preguntó por mi nombre mientras me tendía la mano, dijo: Ah, es usted, y se dio la vuelta. Solo siguió charlando conmigo Schaller, a quien los demás también parecían hacer el vacío, me habló sobre un monasterio cerca de Lhasa especializado en momificar cerdos. Pero yo no prestaba atención a sus historias, sino que escuchaba las palabras del decano de la eugenesia sueca, el profesor Herman Lundborg, neurólogo y psiquiatra, un anciano fornido cuyas mejillas se sonrojaban a medida que relataba las experiencias positivas con la esterilización de los débiles intelectuales en su país. Contaba que el gobierno socialdemócrata por fin había reconocido su responsabilidad nacional y había ordenado su puesta en práctica en 1935. Gracias a Dios, la iglesia estatal luterana era razonable y no había armado mucho barullo, más bien al contrario, varios teólogos habían apoyado la operación. Su dominio del alemán incluía matices como la expresión “armar barullo”. Ahora la ley, prosiguió, se ampliaría por fin a los casos de comportamiento asocial reconocido como el alcoholismo —le hizo un gesto con la cabeza a Agnes Bluhm, del Instituto Kaiser Wilhelm—, así como a la manía sexual obsesiva entre los menores de edad. En esos casos era posible una esterilización tras consultar a dos médicos y sin consentimiento del afectado. El doctor Nitsche, director de la clínica Pirna-Sonnenstein desde hacía años, explicó cómo la biología racial continuaría desarrollándose precisamente gracias a las experiencias de la guerra porque esta exigía hacer sitio en los hospitales para los soldados heridos en la batalla. Se me quedó grabada la expresión “pauta Luminal”. La había ensayado y la había puesto en práctica. Entonces las conversaciones se extinguieron. Esperamos y nos preguntamos qué significaría aquella invitación tan repentina.

»Apareció la griega, con el pelo ya muy gris recogido y sujeto con una varilla negra al estilo japonés, el vestido de terciopelo azul oscuro se le tensaba un poco sobre los pechos, la parte trasera estaba adornada con garabatos blancos. No pude quitarme de la cabeza la molesta imagen de un pastelero dibujándolos con un espray de nata. Nos dio la bienvenida y nos invitó a refrescarnos. Una criada entró con una bandeja llena de copas. La griega me hizo un gesto serio con la cabeza y volvió a salir. Las conversaciones recuperaron el volumen. De vez en cuando se oía una risa apagada. Entonces de pronto se hizo el silencio, el antiguo amigo entró en la sala con su correcto y sempiterno traje negro, chaleco y corbata. El pelo y la barba se le habían encanecido.

»Os doy la bienvenida, dijo, a la mayoría de vosotros me dirijo con el tuteo que conservo de épocas anteriores; también les doy la bienvenida a ustedes, que me apoyaron más adelante en mis investigaciones con su interés y su aliento. Puedo decirlo y lo sabéis: el trabajo científico de la última década, los experimentos, las estadísticas, las conferencias, han dado sus frutos. Han tenido efecto gracias a la voluntad política actual. También han viajado al extranjero, querido Lundborg, podemos decir que se ha conseguido mucho de lo que imaginábamos hace cuarenta años; aquello que reclamábamos sin descanso se ha hecho realidad. La higiene racial ha obtenido reconocimiento y ya es una parte esencial de la ciencia alemana. Sin embargo, hoy les he invitado a ustedes, y a vosotros, no para celebrar ese éxito, sino para reconocer un fracaso.

»Guardó silencio y una inquietud palpable se extendió entre los presentes. Yo observé el rostro desconcertado de Ernst Rüdín.

»He perdido una batalla, prosiguió Ploetz. Aquellos que me habéis acompañado durante años sabéis me he amargado para demostrar con experimentos prácticos lo siguiente: que el alcohol, nocivo y destructivo, no solo echa a perder el cuerpo del bebedor, sino también el de su descendencia. Que sus perniciosas consecuencias se cuelan en las hojas blastodérmicas, en el esperma, en el óvulo, de tal manera que su efecto dañino para los nonatos se va, cómo decirlo...

»Yo, que lo conocía desde hacía mucho tiempo, reconocí su mirada perdida y dije: Desarrollando. Correcto, sí. Bienvenido, amigo del lejano Pacífico, bienvenido a pesar de que el transcurso del tiempo te haya llevado en la dirección opuesta. Nos hemos esforzado, eso puedo decirlo, y yo me he esforzado, sinceramente, y no he ahorrado tiempo ni dinero, ya que también

debo darte las gracias a ti, y se dirigió a la griega, ya que sin ti ninguno de estos experimentos habría sido posible —Schaller reprimió una carcajada y trató de disimularla tosiendo—, y por eso os he invitado, para celebrar aquello que normalmente no se celebra, una derrota. Mi hipótesis no ha podido demostrarse. Solo he logrado rebatirla. Me he engañado a mí mismo, me he dejado engañar por la esperanza de estar a punto de hacer un gran descubrimiento. El trabajo de los últimos años ha sido en vano. Pero, queridos amigos, nada es completamente inútil, ya que la negación también crea verdad. No, el consumo de alcohol, no importa en qué cantidad, no modifica la hoja blastodérmica. No produce daños hereditarios. Brindemos por ello.

»Trajeron vino y llenaron las copas. Todos cogieron una y entonces ocurrió lo impensable, un murmullo se extendió entre los asistentes, él, el antiguo amigo, también cogió una copa de vino, la levantó y dijo: Por las equivocaciones. Y bebió un sorbo. Se le vio en el rostro que le gustó, en ese rostro enmarcado por una barba blanca, también se mostró reflexivo, sí, un deleite reflexivo que lo devolvía cincuenta años atrás.

»Ya no tuve más oportunidad de hablar con él. Estaba sitiado por barbas grises que se dirigían a él con insistencia. Atravesé a pie el oscuro bosque de abetos hasta el pueblo y la estación, y regresé a casa.

—[Ininteligible]

—Tres semanas después me enteré de su muerte. Alguien llamó por teléfono a la librería y Axthelm dijo: Para usted, un caballero.

»Era muy poco habitual que me llamaran. Ya sabe que en mi buhardilla no hay teléfono. Y en la librería nunca nadie se ha puesto en contacto conmigo por esa vía aparte de la griega. Una voz masculina la mencionó precisamente a ella.

»¿Quién habla?, pregunté. La voz dio un nombre que no entendí y después dijo: Ha muerto. Supe de inmediato que solo podía referirse a él, el antiguo amigo, y pregunté: ¿Cuándo? Ayer. De su enfisema de pulmón. No fue una muerte fácil. Como todos los asmáticos que mueren de un ataque, fue como si se ahogara. Y entonces hubo una pausa.

»Como si lo estrangularan, añadió la voz.

»Volví a preguntar por el nombre de quien llamaba, ya que aquella descripción de su muerte me pareció extrañamente brutal. Y de nuevo no lo entendí, se perdió en el murmullo de fondo. Después colgó. Mantuve el auricular pegado a la oreja escuchando el tono regular.

»Debí de permanecer mucho rato así, porque Axthelm me preguntó: ¿Qué sucede?

»Ha muerto.

»¿Quién?

»Pues él, el doctor.

»Unas horas más tarde llamó ella, la griega. Y Axthelm me tendió el auricular sin decir palabra. Anita estaba llorando. Sí, antes de que dijera nada la reconocí por su lloro. Dirá que era fácil deducirlo después de la llamada anterior. Pero no, la reconocí enseguida a pesar de no haberla oído llorar jamás. Y entonces me dijo: Ha muerto.

»Le conté que ya me había enterado por una llamada de teléfono.

»Eso la sorprendió. ¿Quién era?

»No lo sé, no he entendido el nombre.

»Puede que fuera el médico al que consultamos además del doctor Schmidinger, que era quien lo trataba, dijo ella. Pero ¿de qué te conocía? Y sobre todo, ¿cómo sabía dónde encontrarte? Tú estabas allí, lo oíste decir que la hipótesis que había evaluado con tanta energía y desconsideración hacia sí mismo y hacia su familia era falsa. Recuerdo a menudo nuestra última conversación.

»No sabía si ir al entierro, también por ella, porque se sabía dónde había estado yo. Y ser vista en compañía de un veraneante forzoso no era muy recomendable, por decirlo de forma suave. Por otro lado, me dije, él y su familia hacía tiempo que se habían convertido en intocables. No sé si pertenecía a los “elegidos por Dios”, aquellos a los que debía protegerse a cualquier precio por voluntad de Hitler, como el actor Gründgens, el escritor —por decir algo— Hanns Johst y el escultor Arno Breker. Estos hombres no podían ser movilizadas militarmente y debían vivir en lugares donde estuvieran a salvo de bombas y otros ataques.

»Era un frío día de marzo. El sol brillaba como a través de un cristal traslúcido. Había restos de nieve al borde del sendero del pequeño cementerio. Pensé que el suelo habría estado duro para la pala. En torno a la tumba se habían reunido muchas personalidades. Abrigos negros. Sombreros altos. Cabello gris, barbas grises. Muchos doctores, muchos profesores adjuntos, muchos catedráticos, muchos eméritos. Un par de hombres de uniforme, grises, negros y pardos. Dagas honoríficas. Brazaletes con esvásticas. Las botas altas relucían. Puede que el sol sí brillara con toda su intensidad. Se había formado una auténtica montaña de coronas y ramos. En

primer plano se veían las pomposas coronas del lugarteniente del Führer, Rudolf Hess, y del ministro de Interior del Reich, el doctor Frick. Algún dirigente habló sobre los arios y la pureza de la raza, y sobre las virtudes nórdicas como la valentía y la lealtad. El profesor Rüdín, su amigo, yerno y compañero de lucha, lo siguió con la obra de su vida, el “estandarte de Adolf Hitler con absoluta seriedad y alegre esperanza por un futuro feliz para la nación alemana”. El profesor Lenz fue breve: “Este hombre al que enterramos hoy ha contribuido de manera esencial con su meritoria labor a la construcción de nuestra visión nacionalsocialista del mundo”.

»Schaller, vestido con un gastado abrigo negro de mangas demasiado cortas, se había acercado a mí de nuevo, me susurró: Seguro que los dioses nórdicos lo acogen en su seno, y me guiñó un ojo.

»Yo no había llevado corona ni flores, nada. La urna se enterró en el agujero que se había abierto. Después le di el pésame a ella, a la griega, que miraba a través de un velo negro.

»Respondió: Gracias por venir.

»Tras el entierro no fui a la recepción, a pesar de haber sido invitado, sino que regresé a Múnich. Bajé al sótano y me senté en mi sillón. Arriba sonó la campanilla y oí los pasos de un cliente. Se acercaron a las estanterías de la prosa alemana, después hacia la derecha, hacia las primeras ediciones de Hanns Johst, Kolbenheyer, Blunck y sí, también de él, Gerhart Hauptmann, firmadas y sin firmar. Entonces parecía que el Reich autoproclamado efectivamente duraría mil años. Me arrepentí de no haberme quedado en América en mi segundo viaje, en 1912. Pero entonces quería volver, consideraba que era mi obligación trabajar y colaborar en mi país, en Alemania, para que las cosas mejoraran, para lograr más justicia e igualdad. ¿Lo entiende? Alemania, este país industrializado con una clase trabajadora organizada y educada políticamente, un Partido Socialdemócrata fuerte, podía convertirse en un ejemplo para otros países si se producía una revolución, o así lo esperaba yo, y no caería en el despotismo asiático de la Rusia bolchevique.

»Los pasos de arriba siguieron en dirección a Axthelm, que estaba sentado a su secreter. Allí pagaron. Quizá la primera edición firmada y dedicada a Hitler del *Schlageter* de Hanns Johst. Recordé la última vez que vi allí al antiguo amigo. Los zapatos con el agujerito. Y traté de recuperar la imagen de la primera vez que lo oí, hablando sobre las injusticias del mundo. Arremetiendo contra los patrones de las fábricas, contra los ricos y contra la

desigualdad en la naturaleza, que a uno le daba una mente débil y a otro le otorgaba el hermoso don de la inteligencia. ¿Cómo equilibrarlo? ¿Cómo corregir los caprichos de la naturaleza? Y ya que las injusticias existen, entonces al menos que no haya aún más en la sociedad. Es indignante. ¡Defendeos! ¡Levantaos!

»Y allí en mi sótano recordé a su joven asistente, la de aquel rostro tan suave que llamaba la atención y los ojos sombreados por unas largas pestañas oscuras, acariciando lentamente las orejas del conejo, que dobló confiado una de ellas y la dejó colgando. Y recordé las pinzas que le pusieron en la cabeza al animal y el espasmo que recorrió su cuerpo. Una rigidez momentánea. Después se le cayó la cabeza a un lado.

Observación del enemigo

Habían vuelto a llamar a Hansen a la comandancia. Un capitán de la administración militar le preguntó por el discapotable requisado. Y por la casa. Una casa junto al lago. Seis habitaciones, sería una broma. Se había corrido la voz. Para dos personas, el médico y él. Además, nadie tenía ya muy claro a qué se dedicaba exactamente Hansen.

Él explicó que el archivo del eugenista estaba guardado allí. Los documentos. Las secciones histológicas. Y estaba interrogando a un compañero de ese eugenista.

El capitán contestó que se había informado en el departamento de historia del ejército y le habían respondido que el interés del caso Ploetz, en una escala del uno al diez, era como mucho de tres, más bien dos.

El proyecto no está cerrado.

Hay proyectos más importantes.

Hansen tuvo que justificar por escrito por qué había confiscado el Adler. Él, un teniente. Un discapotable como aquel le habría correspondido a un oficial superior, de comandante para arriba.

Una vez en la casa del lago, George dijo: *Simplemente escribe que estos jefazos jamás de los jamases te habrían tomado en serio si hubieras aparecido a pie o en bicicleta. Y en cuanto a los jeeps con chófer, tendrías que haberlos solicitado cada vez. ¿Cómo se supone que vas a investigar así? Y que el boticario nazi te la suda.*

Dos días más tarde apareció el farmacéutico, llegó a pie, llovía, llevaba un impermeable verde oscuro. Ese debía de ser el aspecto de los funcionarios de los que se escondía Wagner, pensó Hansen al verlo acercarse a la casa por la ventana de la cocina.

Llamó a la puerta.

Hansen lo hizo esperar. Tras una larga pausa llamó de nuevo. Hansen

abrió. ¿Qué quiere?

Las llaves del coche. Aquí está la confirmación de su comandancia. Tiene que devolver el vehículo inmediatamente.

¿Inmediatamente? Espere, le ordenó Hansen. Cerró la puerta y dejó al farmacéutico bajo la lluvia.

Se terminó su café con tranquilidad, se fumó un cigarrillo hasta el final, y entonces cogió la llave y se la tendió al boticario, que seguía bajo la llovizna tres peldaños por debajo de él, como quien le ofrece una salchicha a un perro. Cuando el hombre estiró la mano para cogerla, Hansen la levantó. Pero entonces le pareció un juego demasiado tonto y le tiró la llave.

Miró el coche alejarse por el camino de tierra, el precioso azul oscuro, la capota gris clara, todavía lo miraba cuando giró a la izquierda en la carretera extendiendo debidamente el indicador a pesar de que no había más coches en kilómetros a la redonda.

Dos días después Hansen fue a Múnich en un jeep conducido por un GI. Había quedado con Molly en un café: «y seguimos luego bajo el sol hasta el Hofgarten»⁶. Ella llegó puntual, como siempre. Llevaba un vestido azul de motitas, zapatos de tacón alto y medias de seda. Un abrazo rápido, después se sentó con él y cruzó las piernas, se quitó los guantes azules de piel fina y los dejó sobre la mesa.

Vino un camarero alemán vestido con una chaqueta blanca demasiado amplia con las mangas deshilachadas. Hansen quiso pedir ginebra.

Nah. No queda.

Las cosas se van normalizando, pensó Hansen, los camareros van perdiendo la vergüenza. ¿Y qué tienen?

Limonada.

¿Cerveza?

Tampoco.

Bueno, pues limonada.

Mejor así, dijo ella. Nada de alcohol, es pronto por la tarde. *El sol todavía brilla con fuerza.*

Eso dicen los ingleses, nosotros no.

Ella se quitó las gafas de sol, lo miró con sus transparentes ojos azules, lo cogió de la mano, algo que no había hecho nunca antes, y dijo, sin titubeos ni preámbulos: No podemos seguir viéndonos.

¿Por qué? Y de pronto sintió que se le aceleraba el corazón.

He conocido a alguien.

¿A quién?

No me hagas preguntas. Yo tampoco te las haré.

¿Lo conozco?

No. No lo conoces. Y tampoco importa. Tengo que sacar adelante mi negocio. La pensión de mi marido no alcanza. Y ahora mismo no recibo nada de nada. Quiero que mi niño viva bien.

El camarero trajo la limonada, y ella dijo: Brindemos. Por el futuro. También por el tuyo.

Entonces le habló de su negocio. Habían cosido los primeros vestidos y a través de contactos había recibido la autorización para fabricarlos. Él se preguntó qué tipo de contactos serían y no entendió bien cómo funcionaba el negocio. Hacían falta confirmaciones y más confirmaciones para la distribución, la administración americana eran tan burocrática como lo había sido la alemana, con la diferencia de que los estadounidenses no se manejaban bien con ella. Pero gracias a un contacto —él quiso preguntarle cuál, pero ella lo interrumpió con un gesto de la mano— había ido todo muy rápido, los sellos habían caído como del cielo. Sí, ya puedo empezar. Podemos seguir cosiendo vestidos. También se ha aprobado el uso de la seda de los paracaídas. Ella, la frialdad en persona, se había acalorado mientras hablaba, se había sonrojado, sus ojos tenían un brillo comercial. Estaba radiante. Imagínate: incluso puedo vender a la zona de ocupación británica.

Enhorabuena.

¿Cuándo regresas?

No lo sé. Todavía no.

Brindemos, repitió ella, todavía con el vaso de limonada en la mano. Él chocó el suyo y bebió distraído. Y entonces ella lo besó en la boca por primera vez en público. Los miraron, y era bueno que no perteneciera a ningún regimiento, que no tuviera compañeros de servicio. Era más bien un civil de uniforme.

Siguieron hablando de esto y aquello, guardaron silencio un instante mientras fumaban. Después ella se puso de pie y cogió el bolsito azul de piel. Le dio un beso en la mejilla y dijo: Que te vaya bien y gracias. Se marchó sobre sus tacones, un par que él no había visto antes, caminó por la gravilla bajo los castaños en dirección al Museo Militar en ruinas.

Él se volvió a sentar y pensó: En realidad ahora tendría que emborracharme. Pero entonces le pareció estúpido, como sacado de una película. ¿Qué esperaba? ¿Una relación estable? Lo que echaría de menos era aquel refinamiento frío y estético con el que se enfrentaba a él. Sí, eso es, se enfrentaba a él. Seguramente solo podía ser así porque no había muchas emociones en juego; sí, lo del juego era muy apropiado. Lo impredecible. El cambio de la entrega breve, voluble, sin miramientos, a esa distancia impasible, una lejanía sorprendente, la desvinculación. Ni punto de comparación con la mujer del representante de maquinaria agrícola con la que se había estado viendo varias semanas en St. Louis sin que su marido lo supiera, que fue haciéndose cada vez más dependiente hasta que amenazó con dejar a su marido. ¿Había estado enamorado de ella? Seguramente no. ¿Y de Catherine, con la que había pasado una noche poco antes de partir? Seguramente sí. ¿Y de Molly? Creía que sí, de un modo muy particular. Aunque debía decirse a sí mismo que él no solo le era de utilidad, sino que también disfrutaba, aunque de un modo frío, calculador y egocéntrico.

Más tarde, en la casa del lago, sentado en la terraza con un cigarrillo y un vaso de bourbon, sintió claramente que dentro de él también algo había llegado a su fin, quizá mi inocencia, pensó. Pero ¿por qué? No, es otra cosa, el futuro ha perdido amplitud. Pensaba en ello cuando se dio cuenta de que echaba de menos a George, con quien le habría gustado hablar en ese momento. El futuro angosto. *The narrow future*. No, eso sonaba a gramática. Qué derroche de tiempos verbales el del inglés, pensó; para entonces ya se había bebido el segundo vaso con el estómago vacío. Qué me deparará ese futuro: el *college* o la universidad. Clases de historia y literatura alemana. Ni Columbia ni Harvard. Conocía sus limitaciones. Evansville. Su maestro tenía buenos contactos allí. Una universidad pequeña con buena reputación.

Había estado allí una vez acompañando a Kuppitsch a una conferencia, en plena guerra, ahora ya lo sabía, los estadounidenses acababan de aterrizar en el norte de África, luchaban en Guadalcanal. Entonces fue cuando escuchó la conferencia sobre Heinrich Heine y Karl Kraus, esa repulsiva crítica de Karl Kraus a Heinrich Heine, como decía el profesor. Por la tarde Hansen había paseado solo por las calles, había oído el melancólico silbido lejano de los trenes que cruzaban el puente del Ohio. Pasó por delante de casitas con jardines, céspedes, arriates, pulcros, una pequeña ciudad aseada, un silencio

ni siquiera interrumpido por los ladridos.

¿Cuándo regresas?, le había preguntado ella.

¿Quién sabe? Yo desde luego no, puede que me quede.

[6](#) Traducción de José Luis Palomares (*N. de la T.*).

Día 13

—Nuestra conversación llega poco a poco a su fin. ¿Podría hablarme de su segundo viaje a Estados Unidos? A mi departamento le interesa especialmente. No me pregunte por qué. Algún motivo habrá.

—¿Regresa a América?

—Quizá tenga que marcharme a Berlín. Todavía no sé qué haré allí. Seguramente tampoco me estaría permitido decirlo. Aunque no sea secreto de Estado. En realidad ahora mismo todo lo es. De pronto ha aumentado la tensión con la Unión Soviética. Comunistas espías e infiltrados. Hábleme de su segundo viaje.

—Mi segundo viaje a Estados Unidos no tiene ningún misterio. Fui en 1912. Hacía varios años que mi padre había muerto y, como ya he dicho, me había dejado una herencia que me permitió financiarme también esa travesía. No reservé en la entrecubierta sino en segunda clase, muy confortable de todos modos. Fue un viaje tranquilo, en verano. El *Kaiserin Auguste Viktoria*. Un buque con todas las comodidades imaginables. Allí conocí a una cantante de ópera japonesa, Yu, una mujer delicada de cuyo cuerpo nadie habría sospechado que albergaba semejante potencia de voz. La escuché cantar en Nueva York y su actuación fue sensacional. Ya sabe que nuestras cantantes, especialmente las que cantan a Wagner, tienen todas una presencia descomunal, son mujeres opulentas. Durante aquel viaje la japonesa me introdujo en la cultura y la literatura japonesas gracias a sus amplios conocimientos.

»La ciudad había cambiado durante los últimos veinte años. Otra ciudad. Al entrar en el puerto fue impresionante ver la Estatua de la Libertad con su antorcha, un regalo de Francia, y yo me pregunté: ¿Por qué los alemanes no habíamos podido regalar aquel hermoso símbolo al Nuevo Mundo? ¿Habría sido siquiera imaginable? No. Nosotros les regalamos el bastón de mando y la porra. Gracias al general Steuben. Bien, también tuvimos a Carl Schurz, el revolucionario de 1848, que más tarde luchó en Estados Unidos por la

liberación de los esclavos. Pero ¿quién más?

—[Ininteligible]

—Sí, volví a Icaria. A la comuna, aquel hermoso sueño de juventud. Ya no quedaba mucho que ver. Los viejos miembros de la comuna habían muerto. La propiedad de las tierras había recaído en otros. Como no había acuerdos que regularan la disolución de la propiedad común —no se había contemplado la posibilidad de que la empresa fracasara—, de pronto eran millonarios. Una perversión del concepto. Las antiguas ideas que debían ser superadas habían prevalecido. Lena y Fred todavía vivían en el asentamiento, habían tenido seis hijos. Trabajaban como empleados del abogado. Este había acaparado gran parte de las tierras. Un explotador miserable que vivía en una casa de nueva construcción con servicio. Cuando entré en el terreno, me recibió en un cabriolé, restalló con el látigo y dijo: ¡Esto es propiedad privada! ¡Está prohibido entrar! Las leyes locales me permiten hacer uso de mi arma de fuego, ¿sabe?

»Lo dijo exactamente así: hacer uso de mi arma de fuego. A pesar de que el inglés americano había afectado a cómo hablaba, sus palabras seguían siendo gramaticalmente correctas.

»Durante nuestro primer viaje también visité la comunidad Amana. Brevemente, solo dos semanas. Mientras el amigo estudiaba la historia de la fundación de las distintas comunas con una diligencia absoluta, yo cortaba leña. Mientras él tomaba notas, yo molía grano y me sentaba a la mesa con gente que rezaba antes de comer. No tengo el don de la fe. Pero nadie me obligó a rezar. Aunque sí se multiplicaron las conversaciones con personas preocupadas que me describían el sufrimiento de Cristo, que me explicaban lo importante que era participar en el rezo para recibir inspiración divina. Había que escuchar a la voz interior. Y a esta debía despertarla otra voz desde el exterior. ¿La oyes? El de la barba redonda me miró a los ojos con franqueza y me dijo: Quiero volver a verte después de nuestra breve existencia terrenal. A la luz de Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

»Viajé hasta la comunidad Amana, de la que me habían contado que florecía, crecía y prosperaba. Y desde hacía décadas. ¿Por qué habían fracasado las comunas políticas y de orientación social? ¿Por qué las religiosas, como los *shakers*, aguantaban más tiempo? ¿O los menonitas o las comunidades amish? ¿Era inevitable, tal como parecía demostrar nuestra experiencia, que el movimiento icariano acabara en aquella comuna rural pequeñoburguesa?

»Volvieron a recibirme con simpatía, incluso cariño. Una de las diferencias que ya me había llamado la atención la primera vez: los amana hablaban alemán, mientras que en el asentamiento icariano reinaba una confusión lingüística babilónica. Y el alemán de la comunidad Amana no era el de la nación o el del pueblo, sino un lenguaje de inspiración. No solo servía para transmitir lo ordinario, también era el idioma en el que les hablaba Dios. El espíritu utilizaba sus herramientas, los inspirados. Los Amana no eran completamente de este mundo. En cambio el asentamiento icariano era Europa, una mini-Europa trasladada a Illinois en la que se hablaba francés, alemán, sueco, italiano, español e inglés. La lengua franca era esta última. Naturalmente esto provocaba malentendidos ya que no todos la dominaban por igual. El objetivo ideal, la igualdad, ni siquiera se garantizaba en la lengua. Sin embargo la igualdad es un objetivo abstracto al que solo podemos aproximarnos mediante la conversación constante y el esfuerzo práctico, un objetivo que debe rectificarse constantemente a través de y con el lenguaje. Como puede observar, en el pasado he formulado esta idea y la he expuesto en repetidas ocasiones. En las comunidades de orientación religiosa es distinto. En ellas, como por ejemplo en el caso de los amana, lo espiritual es el vínculo que los une, con una intensidad mucho mayor de lo que podría hacerlo un constructo estrictamente racional. Lo religioso y, sobre todo, el trato mutuo de marcado corte espiritual, el rezo conjunto, la espera de la inspiración, es decir, una actitud dirigida siempre hacia el futuro, dan lugar a una fuerza compensatoria, armonizadora. Alberga en sí misma la promesa de que la convivencia es un oasis en el desierto, el Elim, que gracias a sus doce manantiales de agua y setenta palmeras brinda fuerzas para el largo éxodo al jardín del Edén. Todo eso no le interesaba al antiguo amigo. Era un materialista. Para él la religión era un disparate, como el hombre de la luna, cuya inexistencia se había confirmado con la invención del telescopio. Sin embargo los amana estaban unidos por su inspiración, por su idioma, el idioma de los ángeles, como ellos lo llamaban.

—¿El idioma de los ángeles? ¿Y puede oírse?

—Si le interesa, puedo...

—Tenemos tiempo. Al menos por ahora. [Después murmullo ininteligible]

—Le recomiendo el relato del economista Robert Liefmann, de Friburgo, que visitó la comunidad Amana tras la primera gran guerra. Tenemos un ejemplar en la librería. En él se explica cómo hablaban los inspirados, cómo daban consejos a la comunidad, una vivencia de Pentecostés, son

herramientas divinas, y los escribanos son los evangelistas, que ponen la palabra por escrito. Y esto es muy importante: el comunismo no se desarrolla por necesidad mediante prolongados estudios sociales, sino que se les recomienda a través de la inspiración.

»A mí me interesaba precisamente este aspecto de lo espiritual, que en los amana tenía algo mágico —el antiguo amigo diría: espinoso—. En cualquier caso es asombroso que de ello surgiera algo razonable, mientras que en la comuna icariana, fundamentada por completo en la razón y sin espacio alguno para lo irracional, lo razonable quedara destruido. Les faltó cohesión en un sentido peculiar. La feliz promesa de la armonía no puede arrancarse solo a la razón, el alma también debe participar; nuestras ciencias han perdido la noción del alma como un elemento mediador entre la emoción y la razón.

—Todo eso del idioma de los ángeles está muy bien. Pero ¿y lo económico? ¿Y lo comunista?

—Por cierto, la igualdad total entre los miembros también se extendía a los niños. Las clases tenían un espíritu lúdico, y la comunidad escolar parecía más bien una gran familia.

»Durante mi estancia jamás vi que se pegara a un niño. Y llama la atención la tranquilidad con la que se relacionan, el trabajo se lleva a cabo de acuerdo con el siguiente lema: el mundo no se hizo en un día. Eso se aplica a los molinos de cereales, los telares, el estampado de calicó. Aparte de las largas pausas de mediodía y de la comida disponible, siempre deliciosa, todo el mundo tiene una silla en su puesto de trabajo. Lo cuento con tanto detalle porque allí he visto redimidas parte de las esperanzas que teníamos puestas en la comunidad icariana. También resultaba llamativo esto: el trabajo era radicalmente distinto de la actividad frenética y nerviosa de las fábricas y los talleres tradicionales, su ritmo no tenía nada que ver con el de la producción en masa. Esta observación también es importante: no se veían holgazanes ni chapuceros trabajando. Puede que algunos fueran más lentos y otros más rápidos en función de sus capacidades. Pero nadie se acomodaba a costa de otros, algo que siempre da lugar a enfados y desavenencias. Además, los inventos y las mejoras no se patentan, sino que redundan en provecho de todos, también de aquellos que viven y trabajan fuera de la comunidad. Se trata de mejorar las condiciones de trabajo y los productos, no de obtener un mayor beneficio. Quizá esté de acuerdo conmigo: ¿no sería esto deseable para cualquier sociedad? Claro que esto cuestionaría los fundamentos del sistema económico capitalista.

—[Ininteligible]

—Yo también me lo pregunto. ¿Es necesario el aglutinante religioso para construir una sociedad comunista? Estoy convencido de que no es necesario, pero sí requiere una voluntad ético-estética. Un entrenamiento de las emociones. La base debería ser el desarrollo de la compasión, así como el aprendizaje del debate crítico que evite la ofensa y la calumnia personal. Es necesario verse a uno mismo en el otro y ver a los otros en uno mismo.

—Lo que está describiendo es la solidaridad.

—Sí. ¿Podemos dejarlo por hoy?

Going home

El jeep esperaba delante de la casa. El chófer, negro, estaba de pie junto al vehículo y fumaba. Había colocado la caja y la maleta de Hansen en el asiento trasero y después había cerrado la capota, nubarrones negros se cernían desde el oeste.

Un familiar del dueño de la casa, un chico joven, había venido a recoger las llaves. Recorrió la casa como un arrendador indulgente, había traído una lista del inventario, rascó con la punta del pie el parqué junto a la puerta de la terraza. Se ha mojado. Está hinchado. Mire. Aquí ha entrado la lluvia. ¿Quién pagará la reparación?

Sí, sí, dijo Hansen, es que en América no sabemos lo que son las puertas. Esta casa se confiscó, no se alquiló. El joven de frente retraída miró a Hansen perplejo. Entonces preguntó qué organismo le abonaría la compensación por el uso.

Así son, pensó Hansen, los *übermenschen* arios. Compensación por el uso. Hombrecillo mezquino. Le habría gustado darle una patada en el trasero.

Lo miró tal como le había explicado Molly: Al servicio no se le mira a los ojos sino al nacimiento del pelo. Ella aseguraba que se trataba de una norma de conducta entre los dominadores coloniales ingleses. Así no se ve ese molesto odio en la mirada.

Claro que tampoco se ve si están a punto de rebanarte el cuello, replicó él.

Hansen llamó a la señora Sachs, le dio las gracias y le dio cincuenta dólares, quería que el *übermensch* lo viera. La señora Sachs quiso besarle la mano. Hansen se lo impidió.

Le dijo que George y él se habían sentido a gusto allí gracias a su trabajo. Y que ya había cumplido con su cometido.

Se instaló en un hotel de Múnich requisado por el ejército estadounidense, un antiguo hotel de lujo, aunque una bomba había abierto una parte del tejado y

estaba tapado de forma provisional. De todos modos, como no se había tenido que apagar ningún incendio, al menos el agua no había causado destrozos.

Los pasillos estaban enmoquetados con pesadas alfombras, de las paredes colgaban retratos de los Wittelsbach, Bismarck también lo recibió de azul marino y con los típicos síntomas del hipertiroidismo.

El mozo del hotel, un hombre mayor pero todavía fuerte con un gastado delantal azul oscuro, saludó a Hansen con el típico «*Grüß Gott*» bávaro, al que Hansen respondió con un «*hallo*», y le llevó la maleta al ascensor. La caja la recogería después. Si es que Hansen había entendido bien el dialecto. La habitación era grande y las ventanas llegaban al suelo. Esa noche tendría que compartirla otra vez con George, que al día siguiente se marcharía a Núremberg con los documentos que había reunido. Allí trabajaría como asistente para preparar la acusación contra los médicos de los campos y de las clínicas de eutanasia.

Tendría que haber estudiado medicina, pensó Hansen, tener un papel activo.

Había ido en coche a la comandancia y se había presentado ante el coronel.

Middleton parecía un faquir, con su barba gris y bastante delgado, sentado en una calma concentrada; le ofreció una butaca a Hansen.

¿Y su eugenista?

Estrictamente hablando, la entrevista ha terminado, dijo Hansen, pero el anciano quería volver a hablar conmigo. El material se está transcribiendo. Hemos encontrado una secretaria alemana. Antes trabajaba en la industria de la bisutería. Bisutería de Gablonz y de cristal. Huyó de los Sudetes. Trabaja con esmero. Ya ha presentado la mitad. ¿Ha podido echarle un vistazo?

Sí, dijo el coronel, he leído un poco, se habla mucho de ese tal, cómo se llama, Wagner. Es más bien una biografía doble. Quizá se cuentan demasiadas cosas. Todos los vericuetos posibles. En el CIC también lo han leído y ha habido algo de revuelo. No les interesan las historias sobre la genética, sino esos Pacíficos. Los comunistas. ¿Sigue habiendo algún vínculo? Enseguida se contagian la desconfianza. Es curioso lo que llegan a imaginar esos profesionales de la paranoia.

Hansen preguntó qué debía hacer con el resto del material de investigación que había en el castillo, con todas las secciones histológicas.

Por ahora déjelas ahí donde están. Mi sucesor decidirá qué hacer.

¿Y adónde ha ido a parar el resto?

¿Adónde? Ni idea. Puede que a Wiesbaden. Quizá ya esté al otro lado del charco. La orden vino de muy arriba. Pero ahora el investigador de conejos ya no parece interesarles gran cosa. Middleton sopló un pequeño aro de humo gris, que se deshizo lentamente.

Hansen fumaba un cigarrillo; Middleton, de su pipa. Permanecieron en silencio uno junto al otro mirando por la ventana, el follaje otoñal se agitaba, un árbol que arañaba la ventana con las ramas cada vez que una ráfaga de viento lo zarandeaba.

Tres semanas más, dijo Middleton después de un rato, ¿sabe qué será lo primero que haga? Ir a Brunswick a pescar.

Por la noche había quedado con George en el club de oficiales de la Casa del Arte Alemán. Una noche de finales de septiembre, se había levantado foehn, viento y un calor que se mantuvo hasta después de oscurecido. Pensó en el anciano, al que ahora le dolería la cabeza.

Hansen bebía bourbon con George en una de las salas en las que antes colgaban cuadros monumentales de campesinos arando, soldados lanzando granadas y mujeres desnudas. *Qué noche tan emocionante.*

Formamos un buen equipo, dijo Hansen, *y lo de las aves ha sido maravilloso.*

Es cierto.

Hansen le dijo a George que había aprendido mucho de él sobre aves y también sobre las diferencias entre idiomas, y comenzó a elogiar las particularidades y, por qué no, la belleza de la lengua alemana. Despacio y como si la lengua tuviera que arrastrar las vocales, expresó su gran decepción por lo sencillo y trivial que era el nombre inglés «*wren*». A diferencia de la palabra «*Zaunkönig*», rey de las vallas, que hacía justicia al pájaro, como él mismo había observado, concretamente a su habilidad para escalar estacas podridas con alambre de espino, y sobre todo a su salida a escena: un canto fabuloso desde la copa del árbol. Un auténtico rey.

Hansen y George salieron después de un rato, fuera una *big band* tocaba *swing*. Camareros alemanes con chaquetas blancas servían a los militares americanos, entre los que también había un par de oficiales ingleses y

franceses. Seguían de celebración: habían ganado la guerra. Los primeros oficiales regresaban a Estados Unidos. La banda tocó *Going Home*.

Hansen y George ya se habían bebido varios bourbons, Hansen uno o dos más que George, algo muy poco habitual, cuando el comandante Leo Alexander se acercó a su mesa y se sentó con ellos. Les preguntó cómo estaban en su arrastrado acento vienés.

Al menos eso nos ha reconciliado durante las últimas semanas y los últimos meses, dijo de repente George en bastante buen alemán, la casa, el paisaje, los pájaros y un par de personas. Hemos disfrutado de ello, una compensación por tener que hurgar en el barro, en la porquería, en la mierda. Al menos para mí.

Alexander dijo que no quería estropearles la velada, pero se había enterado ese mismo día: el profesor y doctor Werner Catel, supervisor jefe de la eutanasia infantil, también había inventado una nueva figura jurídica. Resulta que también era experto en derecho. Había escrito: «Los seres completamente idiotas tampoco son personas desde un punto de vista religioso ya que no poseen personalidad alguna. Por lo tanto, la extinción de dichos seres no constituye asesinato ni homicidio, sino una tercera opción no contemplada hasta ahora por la jurisprudencia. Provisionalmente emplearé el término “extinción” para referirme a ello».

Un sofista, dijo Hansen, a ese lo enviaremos al último círculo del infierno, allí no estarán los traidores sino los extinguidores, en el hielo, boca abajo, ya solo por acuñar ese eufemismo. El antiguo orden se restablece. La familia del juez de la corte suprema nazi se ha quejado porque el barniz de su lancha tiene un par de rasguños. Figúrate. Y quién sabe qué será de ese tal Catel. Puede que recupere su cátedra.

No, dijo Leo Alexander con determinación, no la recuperará.

Llegó Sarah, que se había retrasado, se sentó con ellos, pidió que le trajeran un whiskey con soda y les habló de un accidente causado por un GI. Completamente alcoholizado, se había empotrado contra una lechería y había amenazado con el revólver a los clientes y a la horrorizada lechera.

La banda anunció: *One O’Clock Jump*.

Sarah quería bailar y trató de levantar a Hansen, pero este dijo que había bebido demasiado, que ya no podía garantizar la pisada. Lo dijo en alemán y Sarah no lo entendió pero Leo se echó a reír: Muy bonito, no lo había oído nunca. Garantizar la pisada.

En ese momento Hansen vio llegar a Molly acompañada de un coronel.

Pasó por delante de las mesas. Un vestido azul oscuro y encima —por la noche refrescaría— una estola de zorro polar. El pelo rubio hábilmente revuelto estaba atado con un pañuelo del color del vestido. Sin embargo, lo más increíble eran sus zapatos, de tacón alto y piel de serpiente gris. Su entrada fue una exhibición. Desde las mesas la miraron por delante y por detrás. Las cabezas se giraron. En la mesa contigua alguien dijo: *Épica*.

Mira quién acaba de llegar, dijo George. Y ha llegado a lo grande. Ha escalado cuatro rangos. Un coronel. ¡Brindo por ella! Sara preguntó: *¿Es ella?* Y sin esperar su respuesta: *Tienes buen gusto. Doy fe.*

Tenemos a un auténtico héroe en la mesa, dijo George, explicó que Hansen había recibido la Estrella de Bronce con mención Combat V.

¿Por qué?, preguntó Alexander.

Hansen contó que se había perdido y de pronto se había encontrado bajo fuego enemigo, se había lanzado a la cuneta, había perdido el casco y había disparado al aire con su pistola. Eso había sido todo. Así que la condecoración era inmerecida.

Nada es inmerecido en esta vida, querido.

La banda anunció la siguiente canción, nuevísima: *Love Me Or Leave Me*. Sacaron a Sarah a bailar, *ven aquí*, y un teniente se la llevó a la pista de baile.

Un instante después Hansen se levantó también, algo inestable.

Venga. Siéntate, le pidió George. No montes un follón, por favor.

Hansen se acercó con paso torpe a la mesa en la que estaba Molly con el coronel y un comandante. Se detuvo delante de ellos, se tambaleó un poco, hizo una reverencia perfecta y le preguntó a Molly si quería bailar. El coronel hizo un gesto con la mano y declinó la oferta con afabilidad.

Hansen hizo caso omiso, esa vez no dijo «*sorry*», sino que repitió: Si me permite. La miró. La miró a los ojos. Tenemos que bailar. Hemos hecho de todo, pero nunca hemos bailado. *Ahora o nunca.*

Y entonces vio por primera vez cómo aquella mujer tan contenida, fría, que siempre hacía honor a su apellido, cuya raíz significaba «firme», perdía la compostura. Balbuceó: No, que no. Por favor. Déjalo estar.

Pero yo quiero, replicó él, a quien aquello que decía con la lengua trabada y cierta rabia le parecía totalmente justificado, ahora no podía rechazarlo, y como para subrayar sus palabras y no solo por el mareo, se precipitó hacia Molly por encima de la mesa, que no lo aguantó sino que se volcó, las copas cayeron al suelo y se hicieron añicos.

Hansen se incorporó desorientado sin saber qué hacer. Su rabia y su

sentimiento de ofensa se desinflaron. Entonces llegó el ángel de la guarda, como lo llamó más tarde George; el comandante Alexander, un hombre experimentado, del ramo, por así decirlo, psiquiatra, familiarizado también con la hipnosis, se disculpó ante el coronel y dijo que el teniente justo había estado celebrando la Estrella de Bronce con mención Combat V que le habían otorgado. Y como era de esperar había bebido un poco más de la cuenta. Mientras lo decía, levantó a Hansen de la mesa volcada y los pedazos de cristal del suelo.

Esa noche Hansen durmió en el hotel del ejército como anestesiado, tan profundamente que no oyó los intensos y constantes ronquidos de George. No se despertó hasta que alguien llamó con fuerza a la puerta por la mañana. Había llegado el chófer que llevaría a George a Núremberg. Este tenía un aspecto terrible y preguntó si ya era lunes. Cuando se lo confirmaron, entró en el baño.

El viejo mozo de hotel sacó la caja de George.

Hansen se quedó tumbado. La cabeza le pesaba tanto que tenía la sensación de que era de plomo.

George salió del baño con la corbata colgada del cuello, la chaqueta del uniforme en el brazo, los cordones sin atar, y dijo: *Sigo siendo de este mundo*, y a continuación: *Menudo chochín estás hecho*, y finalmente: *Buena suerte*.

Se despidió con la mano desde la puerta y salió a la luz cegadora.

Día 14

—Sí. Con ganas. Hasta bien entrada la noche.

—Yo también. Tengo un dolor de cabeza considerable. Quizá se deba a que bebí algún que otro whiskey. La despedida. Quería decir algo más sobre Schaller y las religiones.

—Sí, puede que le interese. Schaller vino a verme a la librería este año, en febrero. Se había enterado por la griega de que yo trabajaba allí. Llevaba días nevando. Había poca gente en la calle. Axthelm se había quedado en casa por la ventisca. Esos días en los que ya se perfilaba la derrota del Reich milenario los clientes eran escasos. La campanilla sonó y Schaller entró en la tienda. *Heil Hitler*, dijo, y añadió: Si es que puede. Se quitó la esclavina de los hombros, se sacudió cuidadosamente en la entrada y dijo que esa nieve le recordaba un día en Lhasa, cuando había conseguido audiencia con el dalái lama después de mucho esperar, y estaba de camino hacia allí con su colega inglés Williams, Rhys Williams, en realidad un indólogo que después se especializó en la cultura tibetana. Entonces Williams se sacó de la chaqueta una petaca plateada con funda de fieltro y me la tendió. *Tiene veinte años*, dijo. Y yo le di un trago. Qué experiencia. Increíble. Un sorbo de whiskey en el techo del mundo. Un lujo, ya que la botella, o las dos o las tres botellas habían tenido que esconderse y llevarse hasta allí arriba de tal manera que no reventaran por el camino. Bien, puede que se bebiera parte. El sabor del whiskey descongelado es hartamente interesante.

»Whiskey no puedo ofrecerle, le dije a Schaller, pero sí un té, aunque no será *darjeeling*.

»Fantástico.

»Axthelm le había comprado un samovar eléctrico al príncipe Mirski, un emigrante ruso que se ganaba la vida con un pequeño negocio de antigüedades. Ese lento burbujeo le recordaba una expedición a la tierra de los calmucos en Rusia, dijo Schaller. En los días oscuros y gélidos, al entrar congelados en las cabañas de madera, el samovar era una cocinilla de los

sentidos.

»¿Cocinilla de los sentidos?

»Sí, la luz de la vela contra el latón, el calor y los borbotones, todo ello promete una felicidad que por lo demás solo puede sentirse al ver el sol. Creo que yo me limité a asentir: Mmh, mmh.

»Bajo los zapatos de piel de foca con forma de piragua de Schaller se habían formado sendos charcos sobre el parqué cuidadosamente pulido por una trabajadora forzosa polaca.

»Schaller sostuvo el vaso para calentarse las manos y dijo: Exquisito; a continuación preguntó si teníamos libros del Schäfer del Tíbet.

»¿Ernst Schäfer? Sí. *Montañas, budas y osos*, un ejemplar del año 1933, primera edición, firmado por el autor.

»*Montañas, budas y osos*, en alemán *Berge, Buddhas und Bären*, una aliteración orgiástica. Menudo mercachifle. ¡Un chiste! Schaller se sacó una pipa de la chaqueta amarilla a cuadros marrones. Yo estaba un poco decepcionado de que no se hubiera presentado con su traje de *tweed* multicolor. Debió de percibir mi mirada porque dijo que el *tweed* era prácticamente indestructible, pero que aquel traje que había llevado durante treinta años se había desgarrado en dos zonas delicadas y en esa economía de guerra había sido imposible encontrar un tejido tan colorido para arreglarlo. Repitió como para sí mismo: Menudo mercachifle. Agitaba la pipa apagada hacia todos lados. ¿Sabe lo que significa mercachifle? Charlatán, dijo sin esperar mi respuesta. La palabra tiene su origen en los habitantes de la localidad italiana de Cerreto. Impostores. Embaucadores. Ese hombre no solo impidió mi segunda expedición con la grave calumnia de que yo nunca había estado en el Tíbet. Si así era, ¿de dónde habían salido los cerdos momificados que había donado al Museo Etnológico de Múnich? ¿Y mis fotografías? Resulta que también impidió por todos los medios que yo lograra un empleo en la Oficina de Genealogía de las SS. Le aseguro que no lo solicité. Quién sabe para qué habría servido. Sé cuál es su orientación política. De hecho, estuvo de vacaciones forzosas. Por eso quiero hablarle con franqueza. Esos rumores que se difunden de forma sistemática se me pegan como lapas. Los difunden Schäfer y su gente, y me han perjudicado a lo largo de los años. No se lo imagina. En especial el de que no he estado en el Tíbet. Que faltan pruebas fotográficas. ¿Y las fotos del palacio del dalái lama? ¿Y la imagen que me muestra junto a los yaks de hocico vacuno? ¿Y las pisadas del yeti? Todas esas fotos puede verlas quien quiera. Bueno, faltan imágenes, aquellas

en las que se me ve con el panchen lama. Se quedaron en Königsberg junto con muchos de mis documentos. Como sabe, los rusos han cercado la ciudad. Se encuentra bajo el asedio constante de su artillería. Han destruido la universidad de Kant. Han arrasado la vieja y hermosa ciudad, la catedral gótica. Lo que no destrozó el bombardeo inglés es ahora víctima de los proyectiles. La biblioteca, los archivos, mi archivo, pasto de las llamas. Lo que queda sufrirá el saqueo de los bolcheviques. Y ahora, de repente, años después, Heini me invita a su casa, sé lo que opina y me permito hablar así de él. Como comprenderá, lo primero que provoca una invitación semejante es miedo, sobre todo ahora, en esta época. Fui a Berlín, me instalé en una de las habitaciones reservadas por las SS en el hotel Adlon, al día siguiente un coche oficial, un Mercedes, me recogió y me llevó a una villa a las afueras de Berlín. Me condujeron al salón de fumadores donde me esperaba Himmler. Iba vestido de civil con un pantalón gris y una chaqueta de punto. Me ofreció un puro que yo rechacé. Un criado con chaqueta blanca nos sirvió café. Había pastas. Se me ofreció coñac. Di las gracias y respondí que no bebía alcohol. Bien hecho, dijo él, como el Führer. Al verlo sentado allí pensé que, como general en jefe del grupo de ejércitos del Vístula, al menos debía estar cerca del frente, ya que los rusos ya habían cruzado el río y se preparaban para golpear Berlín. Sin embargo no habló de batallas defensivas ni de contraataques, sino que me preguntó por mis experiencias con la telepatía en el Tíbet. Porque Schäfer, el del Tíbet, siempre le respondía con evasivas cuando le planteaba esa pregunta.

Le mencioné un par de ejemplos asombrosos, como aquella vez que me habría perdido sin remedio en una fuerte tormenta de nieve de no ser por la voz de un viejo monje al que había conocido el día anterior, que me condujo a una cabaña. Una voz que provenía de la ventisca, desde arriba. En tibetano. Se lo repetí al comandante general. Él me pidió que se lo escribiera. Lo hice. Dio una calada al puro, bebió del coñac francés y me contó que Helena Petrovna Blavatsky, experta en la antiquísima sabiduría tibetana, había establecido contacto directo con lamas tibetanos que le habían dictado los secretos de esta ciencia oculta. Himmler quería saber mi opinión acerca de los indicios de asentamientos arios primigenios que había encontrado en el Tíbet, ya que él creía que aquel era el lugar de la redención, el paraíso, el Shangri-La. El hombre parecía enfermo. La piel descolorida. Tenía ojeras. De su barbita colgaban migas de galleta. Imagínese, me pasé toda la conversación pensando en cómo decírselo. Al amo y señor de todos los

campos de concentración. ¿Realmente debía decírselo? Señor comandante general, tiene migas en la barba. Imposible. Y ya estaba cogiendo otra de aquellas galletas secas, también me ofreció una a mí, la acepté, la sostuve entre los dedos con prudencia y sin empezarla aún mientras él la olisqueaba con la barba y mordía un pedacito. Como una ardilla. Entonces abordamos el tema de la cosmogonía glacial que, según él, había formado un arco cósmico de hielo hasta el Himalaya, y podía ser que algunas criaturas arias se hubieran quedado atrás, los hombres de las nieves. Quedó fascinado cuando le dije que había visto a lo lejos un ser inmenso y asustadizo que se había alejado de mí. Sin embargo las huellas gigantes que había dejado en la nieve eran inequívocas y yo las había inmortalizado en fotografías. No quise decirle que las imágenes se habían perdido en Königsberg, seguramente durante el bombardeo o bajo el fuego de la artillería rusa.

»Quiso leer mi crónica de inmediato.

»En su día, en 1914, solamente pude autoeditar la crónica en una tirada muy reducida.

»Ya intuirá por qué he venido a verlo. ¿No tendrá *par hasard* —la casualidad, que a veces es incluso afortunada— algún ejemplar en su almacén?

»Le dije: No, conozco nuestro inventario. Me temo que debo decepcionarlo, no lo tenemos. Y tampoco he visto nunca ninguno.

»Schaller me dio las gracias por el té, se puso la esclavina y se adentró en la tormenta de nieve.

—[Ininteligible]

—No. O puede que sí. Le he contado la historia de Schaller para que entienda que ese amo del terror no era un monstruo alado, sino un burgués fantasioso. Tenía el aspecto de lo que era, un contable. Al principio nos reíamos de él, hasta que tomó el mando del aparato de policía, entonces la risa se nos borró rápidamente de la cara. La burocracia del horror también puede gestionarse de forma eficaz. Contable del terror.

»Por cierto, yo también le pedí a Schaller que me anotara lo que le había dicho la voz. Mire, aquí. Esta caligrafía le habría gustado a Lisaweta, delicada como las huellas de un pajarito.

—¿Dónde vive ahora su esposa?

—No lo sé. Huyó a Francia después de que me detuvieran. Y de allí a Argentina a través de Uruguay para reunirse con un tío que ya había emigrado allí en 1920. Cuando me liberaron recibí tres cartas suyas. Vivía en

Buenos Aires y esperaba conseguir trabajo como costurera de teatro en la ópera de la ciudad, el Teatro Colón. Entonces, como ya le he contado, tuve que trasladarme varios meses al sótano de la librería. Durante ese tiempo se confiscó todo mi correo. Y las cartas desde el extranjero eran especialmente sospechosas para la Gestapo. Después de aquello le escribí a la dirección de su primera carta. Me devolvieron el sobre casi cuatro meses después. “Destinatario desconocido”. Mire, este es el aspecto que tiene una carta que ha cruzado dos veces el ecuador. Una larga travesía. Cuando la sostengo en la mano me parece sentir el balanceo del barco. Es un misterio que me la devolvieran sin abrir, ni siquiera lo hicieron aquí los fisgones de correo a sueldo. Yo tampoco la he abierto. Quién sabe, quizá algún día le llegue a su destinataria original ahora que las cosas han mejorado.

—[Ininteligible]

—Sí, a la griega la vi por última vez a finales de verano de 1944. Volvió a visitarme en la librería. Yo estaba ocupado ordenando una Biblioteca Insel que habíamos recibido en herencia. Un nieto del fallecido, que había sido profesor de numismática, nos había traído la colección en una cesta de la colada. Entre aquellos libros había pequeñas joyas de la resistencia que seguramente habían escapado del radar de los posibles censores del Partido. Había obras de Stefan Zweig y de Aldous Huxley. Naturalmente no podíamos venderlas. Teníamos una lista prohibida que incluía veintiocho tomos de la Biblioteca Insel. Me pregunté quién habría elaborado esa lista de libros excluidos (sospechaba que se trataba de un hombre y de letras). ¿Qué burócrata se dedicaría a algo así? ¿Ocuparía un despacho del Ministerio de Interior o del de Cultura? Se llevaría los bocadillos en una lata con forma de pan, daría un mordisco (¡embutido de hígado, como debe ser!) y pensaría: Brecht, Heinrich Mann, Alfred Döblin, Feuchtwanger, eso está claro, también los judíos, Stefan Zweig, Jakob Wassermann, Heinrich Heine, no había ni que pensarlo, pero ¿qué hacer con el *Loreley* de Heine? Y también los textos de Heine musicados por Schubert. Preguntas y más preguntas. A su superior no podría preguntarle porque nunca había escuchado a Schubert ni leído a Heine. Antes era carnicero pero había participado en la marcha del Feldherrnhalle. Portaba la Orden de la Sangre. El Partido lo había colocado allí. Lealtad a cambio de lealtad. Entonces dejaría su bocadillo sobre el papel encerado y escribiría el nombre en la lista. Mejor excluir un libro de más que pasar uno por alto. Obediencia con visión de futuro.

»Quería hablarle de la griega. Estábamos a finales de agosto, un día

cálido, la puerta de la tienda estaba abierta cuando entró. Me visitaba de vez en cuando. Axthelm le besaba la mano y le decía que era un placer verla y que siempre se ponía un poco celoso por tener que permitirme su compañía. Acompañaba sus comentarios caballerescos con una leve sonrisa mientras se sacaba el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y nos decía adiós con él. Solíamos ir al Café Luitpold, cerca de allí, que desgraciadamente quedó destruido por las bombas hace algunos meses. Siempre me traía miel y una loncha de tocino, también una hogaza de pan. Ese día llevaba la media luna adornada con diamantes, que había convertido en un broche. Ya le conté la historia. Axthelm no estaba, había ido a ver a una viuda que quería vender la biblioteca de su marido. Mediodía, la griega y yo estábamos sentados en un rincón de la mesa de nogal, yo había preparado té, bastante flojo, apenas recordaba ya a la infusión frisia que había contenido la lata. Se sirvió azúcar, y a pesar de que nunca hablaba de política, inició una conversación sobre lo que sucedería entonces, tras la invasión de los americanos y los ingleses por Normandía. ¿Y la ofensiva estival de los rusos? Habían arrasado al grupo central de ejércitos. Un avance de cientos de kilómetros.

»De su boca salían palabras que nunca antes le había oído pronunciar, términos militares: ofensiva estival, acometidas, escasez de reservas, avances. Así que la preocupación también había llegado al castillo. El ruso, siempre hablaba de ellos en singular, ya no estaba lejos de la frontera oriental. ¿No había llegado el momento de buscar la paz negociada?

»Yo repliqué que la paz negociada sería una catástrofe ya que, tal como estaban las cosas, tras la paz volvería a haber discordia interna, como había sucedido tras la Primera Guerra Mundial. La mentira de la puñalada de la izquierda, del SPD y de los sindicatos en la espalda del ejército heroico e invicto. En realidad fue el gran héroe alemán Hindenburg quien forzó un alto el fuego inmediato. Pero de pronto se culpó de ello a la mano ejecutiva, Erzberger. El centro, los socialdemócratas. Los compañeros sin patria. El ejército alemán invicto. No, esta vez la derrota debía ser total, al igual que la guerra que habían proclamado los nazis. Solo así podría consumirse la ponzoña que había infestado las ideas y las acciones de Alemania.

»¿Qué ponzoña?

»La ponzoña de la raza elegida, de la percepción de grandeza, fuerza y heroicidad, obligación, obediencia y más obediencia, la ponzoña del “nuestro honor es la lealtad”, la ponzoña de los Nibelungos, Arminio *el Querusco*, la ponzoña del hombre dominador, de los arios, de los dioses, de los vándalos,

Vidar, los frisios rubios. Sí, estallé, no fue el té lo que me tiró de la lengua, no, solo me había bebido una taza y era demasiado flojo, era la rabia acumulada durante mucho tiempo y que no dejaba de crecer, rabia por aquello que normalmente solo le insinuaba cuidadosamente a la griega mediante circunloquios, lo que me guardaba para mí por tacto y por consideración, sí, también por el recuerdo de ese amor de juventud, la verdad sobre él, el gran pensador barbudo, el precursor de la sublimación de la humanidad. El ser humano debe superarse a sí mismo. Los arios occidentales. Los germanos. Los alemanes.

»Ella jamás había mostrado interés por la política. La esfera pública en la que se formaban las opiniones y sobre la que actuaban las cooperaciones, las asociaciones y los partidos, todo ello le quedaba muy lejos. En una ocasión mucho antes de lo que los nazis llamaron la toma de poder, al mencionarle yo el poder político, ella me dijo que la ostentación del poder y las ansias de poseerlo le resultaban ajenas. Subestimándose, me dijo: Yo me ocupo de las cuentas de la casa para que él pueda investigar. Eso también es poder. Pero no sabía decirme exactamente qué investigaba él, eso tampoco le interesaba. Eso tendrás que preguntárselo a Alfred, era la respuesta que repetía cuando se le preguntaba por el trabajo de él. No tenía una mente especulativa ni analítica, pero sin duda era lo bastante —y utilizaré esta palabra una única vez— lista para comprender lo profundamente cuestionable que era el objetivo de sus experimentos. Se negaba a fijarse, a preguntar, a reflexionar, porque sospechaba que en última instancia se experimentaría con personas, aunque por el momento solo fueran conejos. Por el momento.

»Allí estaba su marido, como en un laboratorio de alquimia, rodeado de frascos con las secciones histológicas de cerebros de conejos conservadas en alcohol, mil seiscientos animales a los que sus ayudantes daban de comer y de beber, también alcohol, que se les administraba mediante un bozal y un embudo; una vez alcoholizados se les hacía aparearse y se analizaban los cerebros y los embriones de su descendencia en busca de daños. Al fin y al cabo los ensayos perseguían reconocer y escardar el material hereditario defectuoso y por lo tanto inferior.

»No, dijo ella para evitar lo que yo quería decir. Sí. Para eso trabajaba, y era un científico aplicado, para eso fundó aquellas sociedades secretas, el Nordischer Bund, el Nordischer Ring, el Bogenklub de Múnich, el Widar-Bund alemán, la palabra “nórdico”, personas fuertes, altas, lo más rubias posibles, los ojos más azules posibles, buena selección de parejas sexuales,

como él lo llamaba, eso es lo que significa la higiene racial, a eso se ha dedicado tu herencia, a la revista y al instituto de investigación de la higiene racial, al proyecto de los conejos, y entonces llega él y dice que no pueden presentarse resultados fiables, no, tuvo que decir que no había servido para nada, que todo había sido un disparate, que se había cepillado el dinero y había torturado y matado a miles de animales para nada. Así es la ciencia.

»Así es la ciencia. No, eso no es ciencia, son embustes de consecuencias letales. Presentó propuestas extravagantes para criar al *übermensch*. Los dolicocefalos debían juntarse con dolicocefalos. Los braquicefalos eran sobre todo los obreros, las clases bajas, pequeños, feos, por no hablar de los judíos. Si lo pienso, yo podría decir algo al respecto, algo que reveló un teniente coronel del Estado Mayor, pero es lo indecible, eso sería hablar del infierno, no el confortable infierno con sus calderos y un simpático demonio con cuernos y tridente en el que arden los condenados, sino un infierno técnico con alambre de espino y baldosas y hornos. Cuando murió, ese infierno aún no existía. Pero sí existía ya el limbo, allí practicaban, mataban a los enfermos, a los trastornados, a los lisiados, y en ese cómodo limbo también se practicaba lo siguiente: jóvenes dolicocefalos debían relacionarse con jóvenes dolicocefalas en los balnearios. ¿Niegas con la cabeza? Puedes consultarlo. Allí debían juntarse los dolicocefalos, conocerse relajadamente en los conciertos, durante la gimnasia matutina, en el desayuno, podría pasarme la sal, comandante. Gracias. Y por la tarde el baile, foxtrot, o puede que sea demasiado americano para los dolicocefalos, pues un vals vienés, y más tarde la puesta de sol en las playas del Báltico, los sillones de mimbre, y en uno de ellos se está concibiendo el *übermensch*, un pequeño dolicocefalo, por supuesto después de comprobar el pasaporte genético y el documento de salud —era cruel lo que estaba haciendo con la mujer a la que apreciaba, de la que había estado enamorado—, eso es la cría, y aquello que presente algún rasgo braquicefalo, o tenga pies planos, o tartamudee, o tienda a la melancolía, eso se escarda. Nos encontramos en el jardín del Edén de la higiene racial. Se cría, se cuida y se protege al *übermensch*. O bien dejamos que venza nuestra compasión, garantizamos protección a los débiles y ponemos en peligro la inteligencia y la belleza de nuestra raza, o antepone la raza a todo lo demás y aceptamos la desgracia como algo inevitable. Y lo que no entre en el canon se esterilizará, y el siguiente paso para los comilones inútiles, los deformes, los anormales, es la eutanasia, también para los niños que, al no corresponderse con la norma, serán

señalados con una cruz en su expediente por uno de esos dioses blancos que deciden sobre la vida y la muerte, y para tranquilizarlos antes de gasearlos recibirán una inyección de morfina-escopolamina.

»Se había quedado petrificada, no puede decirse de otro modo. Estaba completamente pálida, y en un primer gesto, una reacción equivocada, casi ridícula, le pregunté si quería un vaso de agua.

»No, respondió ella, no, yo lo sé, jamás lo hizo. No.

»No, jamás lo hizo, pero desde que regresó de Icaria trabajó en ello, reunió todo el material, estadísticas, discursos, disertaciones, cuando todavía estaba en Berlín, todavía no lo conocías. Puede que nunca lo hayas conocido, que no hayas querido conocerlo.

»Acto seguido se levantó y fue hacia la puerta, vaciló un instante y salió a aquel cálido día de verano. Ya en la calle se volvió una vez más y en ese momento solo la vi como una sombra, como recortada, oscura, pero un rayo de sol que se reflejaba en una ventana por casualidad iluminó los numerosos diamantes de la media luna que llevaba en el vestido. Un pequeño fuego artificial. Se quedó allí, quería añadir algo, negó con la cabeza, se dio la vuelta y se marchó.

—Bueno, pues ya está. Misión cumplida. Volveré a visitarlo. Cuídese.

—Gracias. Cuídese usted también.

La última visita

Hansen subió la estrecha escalera hasta la buhardilla. En una gran bolsa de lino del ejército llevaba paquetes con un kilo de azúcar, un kilo de café, dos cartones de cigarrillos, una lata de cacao y varias de atún, mantequilla y manteca, también en lata. Todos esos productos eran fácilmente intercambiables si no quería consumirlos. Y le había comprado a Wagner un jersey en el PX, gris claro, lana de oveja, tres hebras. Para que no pasara frío en invierno. Desenvuélvalo luego, le dijo Hansen.

Se volvió a sentar por última vez en la silla que crujía.

Wagner quiso saber qué haría a continuación.

No sabía si podría quedarse o si lo destinarían a Berlín. Quién sabe, puede que vuelva a Estados Unidos. Desmovilización.

¿Y entonces?

Allí me espera la Universidad de Evansville. Una ciudad pequeña a orillas del Ohio.

¿Tiene ganas?

No, no muchas, de hecho muy pocas. Puede que encuentre otra misión. He propuesto la apertura de una sala de lectura con revistas y literatura americanas, aquí en Múnich. Los alemanes podrían informarse sobre política y cultura. Quizá también libros de consulta. Diccionarios. Su superior había mostrado interés. Aunque el coronel Middleton pronto regresaría a Boston.

Wagner quiso acompañar a Hansen hasta el portal pero este le pidió que se quedara. Así que se dieron la mano en la puerta de la buhardilla.

Muchas gracias, por el café y las demás cosas, pero sobre todo por su interés en mi historia. Y por su paciencia. Solo quiero pedirle una cosa más. Le estaría muy agradecido si al volver a Estados Unidos visitara la comunidad Amana en alguna ocasión y me enviara un breve relato de su situación actual. Ojalá esa pequeña utopía hecha realidad no haya sido devorada por la avaricia de la especulación. Y eso de la sala de lectura tiene buena pinta. Si se crea de acuerdo con las ideas de los padres fundadores,

libertad de expresión, sería una iniciativa estupenda, dijo Wagner. Daría un buen empujón hacia el oeste a esta Alemania. Y quién sabe, quizá comencemos de cero, una sociedad basada en la igualdad, la libertad y la fraternidad. Si la inocente bandera de la Unión General de Trabajadores Alemanes se convirtiera en bandera nacional, una sirena que alza la espada de la justicia hacia el cielo, ya habríamos dado un gran paso adelante. En cuanto a esa sala de lectura, ¿quiere presentarse al puesto?

Sí, me presentaría si es que existe la posibilidad, ya que al fin y al cabo dependemos de que nos destinen a un lugar u otro. A mí, dijo Hansen, me gustaría quedarme aquí.

Cuervos

La griega había invitado a Hansen a la boda de su hijo menor. Quizá lo hacía para darle las gracias por no haber requisado el castillo. Wagner también estaba allí, sentado en un banco de jardín blanco en el que aseguraba haberse sentado en su primera visita. Hansen había ido con Sarah. Se había levantado la prohibición de confraternizar y ambos podían vestirse de civil sin pedir permiso. Él se había comprado un traje gris claro salido de un almacén especial del PX. Sarah se había embutido en un vestido negro de seda con cuello blanco de encaje. Le tiraba del costado, en la zona de sus *love handles*, asideros del amor, como llamaba Hansen a los pequeños michelines por encima de la cintura; los pechos también le deformaban la abotonadura — aunque eso le sucedía con todas sus blusas—. El vestido además era corto. Se sentó junto a Wagner y habló con él en inglés. Cuando fue con Hansen hacia el bufet, le dijo: *Qué anciano tan interesante. Ahora entiendo por qué le has dedicado tanto tiempo.*

El bufet era humilde pero bastante opíparo teniendo en cuenta la escasez que reinaba en el país. Había ensalada de patata y salchichitas. Una banda de música tocaba canciones tirolesas. Después valeses. Se había preparado un gran cuenco de ponche, conservas de frutas de varios años antes, cerezas, peras, frambuesas, zarzamoras, se habían liberado de sus frascos con un chasquido de la tapa y se habían echado al alcohol. Era un ponche fuerte, por el licor. Los invitados bebían, se leyeron versos en honor a los novios. Se les deseó una larga vida y muchos niños sanos, fuertes e inteligentes. El viejo se habría alegrado.

Qué ponche tan bueno, dijo Sarah, está riquísimo. Y Hansen también bebió, y el cielo parecía extenderse hasta el infinito e invitaba a volar. La banda hizo un descanso, los músicos bebieron cerveza y eructaron, entonces algún joven de aquella familia de germanos puso un disco: *In The Mood*, de The Glenn Miller Band, y Hansen se levantó de un salto y cogió a Sarah de la mano con la que ella se estaba estirando el vestido un poco hacia abajo, así

entraron en la pista de baile, y ella exclamó: *Vaya, fantástico*. Menudo día, dijo él, menuda noche, ese ponche es magnífico, y bailaron y saltaron de un lado a otro, veían imágenes extrañas y se dejaron caer sin aliento, se tumbaron en la hierba húmeda por el rocío. Hansen volvió a levantarse, se apartó y meó. A la luz del crepúsculo vio dos cuervos que picoteaban y se comían algo.

Hola, cuervos, les gritó Hansen. Había bebido mucho y llevaba todo el día hablando en inglés con Sarah. *Cuervos, ¿qué hacéis en esta bendita noche?* Se acercó a los cuervos, que graznaban, pero no, no eran sus graznidos secos, era algo melódico, más bien un canto áspero. No había duda, estaban cantando. *¿Qué habéis dicho?*, les preguntó Hansen en serio. Sí, estaban cantando: *When Jenny Wren Was Young*. Chochines, exclamó Hansen, sois los reyes de las vallas. Los dos cuervos cantaban, corrían y se caían, corrían, se desplomaban, pero cantaban. Hansen gritó: *Hola, cuervos, viejos torpones*. Levantaron un poco el vuelo, se ladearon con un batir de alas arrítmico, un aleteo, y volvieron a dar contra el suelo. *Venga, batid con fuerza, y largo*. Y entonces por fin se elevaron lo bastante para sobrevolar la valla haciendo eses y adentrarse en el bosque.

Se sentó en el banco junto a Sarah, volvió a servirse ponche, Sarah también se rellenó el vaso y brindaron. *Pregunta cómo ha preparado este ponche tan rico*. Y él preguntó de dónde habían sacado tanto alcohol habiendo tanta escasez.

Fue él quien le respondió, Wagner, había oído que el alcohol era el de los frascos en los que se habían conservado los cerebros de los conejos. Alguien, seguramente un urbanita ignorante, había tirado los cerebros al compost por desconocer la regla universal: nada de carne en el compost. ¡Peligro de ratas!

Nadie se había dado cuenta hasta que los cuervos habían aparecido borrachos.

¿Qué ha dicho?, preguntó Sarah, *cuéntame qué ha dicho*.

Me ha dicho que los cuervos se han llevado algunos trozos de fruta, se han emborrachado y han empezado a cantar, y no te lo vas a creer, sonaban como chochines.

Pero entonces llegó uno de los invitados, orgullosísimo de su inglés, y le contó a Sarah de dónde había salido el alcohol.

Sarah permaneció un momento sentada como reflexionando, miró a Hansen en busca de ayuda, se levantó de golpe y consiguió apartarse un poco antes de echar por la boca con violencia las salchichitas a medio digerir, la

mezcla de patatas, vinagre y mostaza, y todas las frutas en conserva.

Hansen buscó una servilleta, trajo agua, le limpió la boca y le secó el vestido.

No quería quedarse en aquel lugar ni un minuto más.

Sí, soy supersticiosa.

Hansen condujo hacia Múnich. Sarah dormía a su lado. Había bebido mucho y estaba claro que no habría debido conducir pero al menos iba despacio, en un estado meditativo, atravesaba el paisaje sumido en una oscuridad total, pueblos y suburbios, aparecieron las ruinas de la ciudad, sin luz, o habían cortado la luz o el sistema se había vuelto a sobrecargar. Por las ventanas vacías de las fachadas que seguían en pie se veía el cielo nocturno con su luna, y de vez en cuando se distinguía una hoguera entre los escombros. A su alrededor había personas calentándose. Así debió de ser en el principio de los tiempos, cuando el fuego aún se custodiaba.

Apéndice 1

En octubre de 1945, en el marco de la iniciativa «Reeducation», se abrió en Múnich la primera biblioteca estadounidense en la Biblioteca de Medicina situada en la Beethovenplatz.

Desde entonces se han fundado cincuenta y siete Casas de América en todo el mundo.

Apéndice 2

Las raciones que vendía el ejército estadounidense venían de otro mundo. Un paquetito costaba treinta peniques. Contenía: galletas, porciones de mermelada, gaseosa en polvo, miel, chicle, queso y de vez en cuando dos cigarrillos. Puede que se debiera a ese sabor tan distinto, o también al jeep o a los soldados, que se movían y olían tan diferente, sí, olían diferente, su gasolina, su tabaco. Y quizá también ese asombroso «*okay*» que tan distinto sonaba del «*jawoll*». Seguramente bastaba con que hubieran cuestionado la autoridad del gran padre, una autoridad rechazada por los americanos, los vencedores, su lengua y su cultura, aunque en realidad no pudieran hacer nada en su contra. Sin que nadie me lo recomendara, ni mucho menos me animara a ello, iba a la Casa de América situada a orillas del Binnenalster, me sentaba allí y, con ayuda de un diccionario de consulta, leía *The Old Man and the Sea*, de Hemingway.

Fin

Agradecimientos

Los inicios del proyecto «Icaria» se remontan al año 1978, cuando terminé la novela *Morenga*. El trabajo que comencé entonces se interrumpió; no daba con la estructura épica que abarcara el material y, no menos importante, no contaba con el dinero necesario para dedicarme de forma exclusiva a esa novela durante un periodo prolongado. El largo proceso de planificar, esbozar y desechar el texto, así como de escribirlo, ha tenido como resultado la influencia de un gran número de voces distintas en la obra, tanto voces literarias lejanas como voces orales cercanas. También voces que se hicieron escuchar desde los documentos, los artículos, los libros y las entrevistas.

Sobre todo le estoy agradecido a Dagmar, que me ha acompañado durante años a lo largo de este proceso de creación con espíritu crítico y exigente, así como a varios amigos: Keith Bullivant por el apoyo en la investigación histórica y por la traducción de algunos diálogos al inglés; Martin Hielscher, que durante los últimos años ha sido un importante interlocutor y cuyas sugerencias he introducido en el texto; el firme editor de mesa Olaf Petersenn; Roman Ritter, por la revisión final del manuscrito; y por supuesto al editor Helge Malchow.

A Michael von Cranach, Paul Michael Lützeler, Norbert Mecklenburg, Egon Schwarz, Patricia Reimann, Mary Rodena y Peter Sprengler les agradezco sus relevantes comentarios, y Laura Velten me ayudó a conseguir libros y documentos.

Por último me corresponde dar las gracias a los trabajadores de la editorial, que son quienes se ocupan de que esta novela llegue a sus lectores.

Bibliografía

Una novela no es una tesis doctoral, pero de todos modos deben mencionarse algunas obras especialmente importantes para la investigación o de las que se han extraído citas.

Peter-Emil Becker, *Zur Geschichte der Rassenhygiene. Wege ins Dritte Reich* [«Historia de la higiene racial. Hacia el Tercer Reich»]. Stuttgart: 1988.

Con respecto a esta obra debe observarse que su autor, catedrático de genética humana en Gotinga (a partir de 1957), fue oficial de las SA ya en 1934.

Karl Binding/ Alfred Hoche, *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens. Ihr Maß und ihre Form* [«La autorización para el exterminio de la vida indigna. Medida y forma»]. Leipzig: 1920.

Johanna Bleker/ Svenja Ludwig, *Emanzipation und Eugenik. Die Briefe der Frauenrechtlerin, Rassenhygienikerin und Genetikerin Agnes Blum an den Studienfreund Alfred Ploetz aus den Jahren 1901-1938* [«Emancipación y eugenesia. Cartas de la defensora de los derechos de las mujeres, higienista racial y genetista Agnes Blum a su compañero de estudios Alfred Ploetz entre los años 1901-1938»].

Gilbert Keith Chesterton, *Eugenik und andere Übel*. Berlin: 2014. [Trad. cast: *La eugenesia y otros males*, Eduardo Toda Valcárcel (trad.). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1966.]

Michael von Cranach/ Hans-Ludwig Siemen (eds.), *Psychiatrie im Nationalsozialismus. Die Bayerischen Heil- und Pflegeanstalten zwischen 1933 und 1945* [«Psiquiatría durante el nacionalsocialismo. Las clínicas bávaras entre 1933 y 1945»]. Múnich: 2012.

De esta obra, que incluye una detallada bibliografía acerca del problema de la eutanasia, se han extraído también los hechos sobre la muerte de Ernst Lossa (Ulrich Limmer produjo la conmovedora película *Niebla en agosto* acerca del destino de Lossa).

Werner Doelke, *Alfred Ploetz (1860–1940). Sozialdarwinist und Gesellschaftsbiologe* [«Alfred Ploetz (1860-1940). Darwinista y biólogo social»]. Frankfurt: 1975.

Gerhart Hauptmann, *Die großen Beichten* [«Las grandes confesiones»]. Berlín: 1966.

Stefan Heym, *Nachruf* [«Necrológica»]. Múnich: 1988.

Ernst Klee, *»Euthanasie« im Dritten Reich. Die »Vernichtung lebensunwerten Lebens«* [«“Eutanasia“ en el Tercer Reich. El “exterminio de la vida indigna“]. Frankfurt: 2010.

Ernst Klee, *Das Personenlexikon zum Dritten Reich. Wer war was vor und nach 1945* [«Diccionario de personajes del Tercer Reich. Quién fue qué antes y después de 1945»]. Frankfurt: 2005.

Ernst Klee, *Was sie taten – Was sie wurden. Ärzte, Juristen und andere Beteiligte am Kranken- oder Judenmord* [«Lo que hicieron y en lo que se convirtieron. Médicos, juristas y otros implicados en el asesinato de enfermos o judíos»]. Frankfurt: 2012 (13.^a ed.).

Victor Klemperer, *Man möchte immer weinen und lachen in einem* [«Uno querría llorar y reír siempre al mismo tiempo»]. Berlín: 2016.

Gustav Landauer, *Nation, Krieg und Revolution. Ausgewählte Schriften. Band 4* [«Nación, guerra y revolución. Textos escogidos. Volumen 4»]. Lich/Hessen: 2011.

Gustav Landauer, *Die Revolution*. Münster: 2003. [Trad. cast.: *La revolución*, José M^a Ripalda (trad.). Barcelona: Nuevos Emprendimientos Editoriales, D.L. 2017.]

Melvin J. Lasky, *Und alles war still. Deutsches Tagebuch 1945* [«Y se hizo el silencio. Diario alemán de 1945»]. Berlín: 2014.

Robert Liefmann, *Die Kommunistischen Gemeinden in Nordamerika* [«Las sociedades comunistas en Norteamérica»]. Jena: 1922.

George L. Mosse, *Die Geschichte des Rassismus in Europa* [«La historia del racismo en Europa»]. Frankfurt: 2006.

Medizin ohne Menschlichkeit, Dokumente des Nürnberger Ärzteprozesses. Herausgegeben und kommentiert von Alexander Mitscherlich und Fred Mielke [«Medicina sin humanidad. Documentos de los juicios a médicos en Núremberg. Editados y comentados por Alexander Mitscherlich y Fred Mielke»]. Frankfurt: 1995.

Benno Müller-Hill, *Tödliche Wissenschaft. Die Aussonderung von Juden, Zigeunern und Geisteskranken 1933–1945* [«Ciencia mortal. La eliminación de judíos, gitanos y enfermos mentales entre 1933-1945»]. Reinbek: 1984.

Esta extensa obra del catedrático de genética de Colonia también documenta sus conversaciones con médicos y antropólogos de la época nazi, así como sus hijos y sus colaboradores. Sería oportuno que este importante libro se reeditase, también por su estudio de la mentalidad.

Alfred Ploetz, *Die Tüchtigkeit unserer Rasse und der Schutz der Schwachen. Ein Versuch über Rassenhygiene und ihr Verhältnis zu den humanen Idealen, besonders zum Sozialismus. Grundlinien einer Rassen-Hygiene, 1. Teil* [«La capacidad de nuestra raza y la protección de los débiles. Un ensayo sobre higiene racial y su relación con los ideales humanos, especialmente con el socialismo. Fundamentos para una higiene racial, 1.^a parte»]. Berlín: 1895.

Alfred Ploetz, *Ziele und Aufgaben der Rassenhygiene* [«Objetivos y deberes de la higiene racial»]. Braunschweig: 1911.

Alfred Ploetz, *Volksaufartung. Erbkunde. Eheberatung* [«Sublimación del pueblo. Herencia genética. Orientación matrimonial»]. 1930.

Alfred Ploetz, *Archiv für Rassen- und Gesellschafts-Biologie. 1904-1944* [«Archivo de biología racial y social. 1904-1944»]. Publicado por Alfred Ploetz hasta 1939.

Richard Saage, *Zu Étienne Cabets utopischem Roman Reise nach Ikarien* [«Sobre la novela utópica de Étienne Cabet *Viaje por Icaria*»].

Hans-Walter Schmuhl, *Rassenhygiene, Nationalismus, Euthanasie, 1890-1945* [«Higiene racial, nacionalismo, eutanasia, 1890-1945»]. Gotinga: 1987.

Stephen Spender, *Deutschland in Ruinen* [«Alemania en ruinas»]. Heidelberg: 1995.

Peter Sprengel, *Gerhart Hauptmann. Bürgerlichkeit und großer Traum* [«Gerhart Hauptmann. Civismo y grandes sueños»]. Múnich: 2012.

Utopie Kreativ, H. 108. Berlín: 1999.

Peter Weingart/Jürgen Kroll/Kurt Bayertz, *Rasse, Blut und Gene. Geschichte der Eugenik und Rassenhygiene in Deutschland* [«Raza, sangre y genes. Historia de la eugenesia y de la higiene racial en Alemania»]. Frankfurt: 1992.

Ludger Weiß (ed.), *Die Träume der Genetik. Gentechnische Utopien von sozialem Fortschritt* [«Los sueños de la genética. Utopías de ingeniería genética para el progreso social»]. Frankfurt: 1989 (2.ª ed.).

Wikipedia. La enciclopedia libre: Aquí pueden consultarse las biografías de los participantes en la eutanasia, así como sus posteriores carreras científicas en la República Federal de Alemania.

El autor quiere agradecer a la dirección del archivo de la Academia de las Artes de Berlín que le permitiera consultar la correspondencia de Carl Hauptmann, y también quiere dar las gracias a la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Berlín por darle acceso a la correspondencia entre Alfred Ploetz y Gerhart Hauptmann.

Título original: *Ikarien*
Publicado originalmente en alemán como *Ikarien*, de Uwe Timme.

Edición en formato digital: 2018



La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.

Copyright © 2017, Verlag Kiepenheuer & Witsch
GmbH & Co. KG, Köln/Germany
© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-096-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com